

UAN

UTÓNOMA DE NUEVA

GENERAL DE BIBLIOTECAS

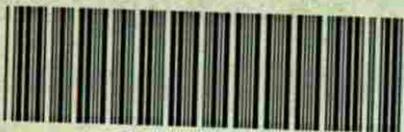
MAUPASSANT

UNA VIDA

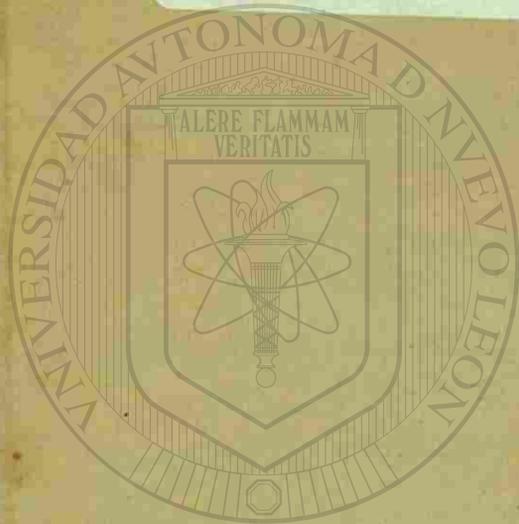
PQ2349

V5

S6



1020026662

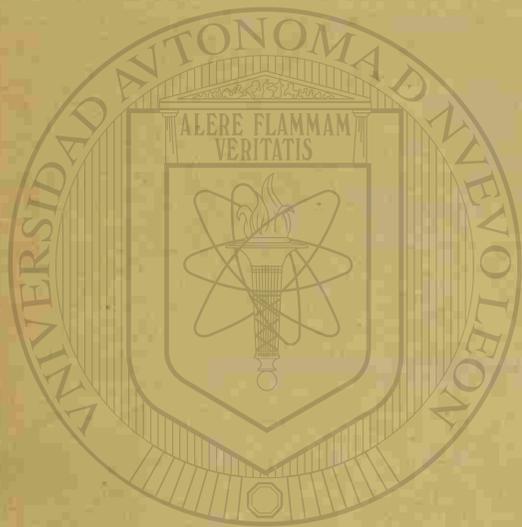


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNA VIDA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. ML52 v
Núm. Autor 30526
Núm. Adq. -8-
Procedencia (R)
Precio S
Fecha S
Clasificó S
Catalogó S

GUY DE MAUPASSANT

UNA VIDA

VERSIÓN CASTELLANA

FOR

EUGENIO DE OLAVARRÍA



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2.

1889

30520

85940



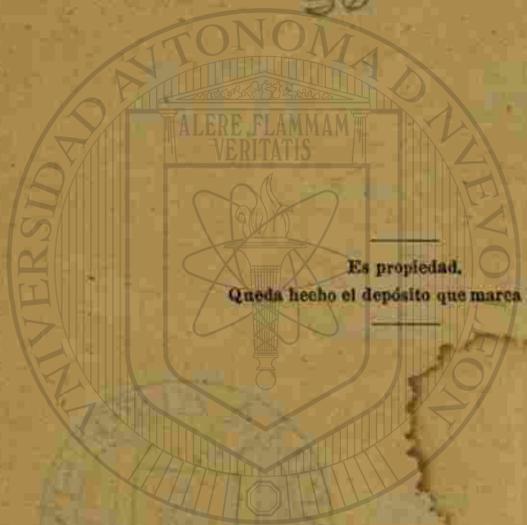
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

843
M.

PA 2349

VE
56



Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Imprenta de Enrique Rublidos, plaza de la Paja, 7 bis.

UNA VIDA

I

Una vez arregladas sus maletas, Juana se acercó al balcón, pero la lluvia no cesaba.

Durante toda la noche habíase oído la ventisca estrellándose contra los techos y cristales. El cielo, bajo y preñado de agua, parecía abrirse, dejándose caer sobre la tierra, desliéndola en vapor, deshaciéndola como si fuese un terrón de azúcar; cargadas de pesado calor pasaban grandes ráfagas de viento. El rugido de los arroyos desbordados llenaba las calles desiertas, cuyas casas, semejantes á esponjas, empapaban la humedad, que penetraba en el interior y hacía sudar á las paredes, desde la cueva al granero.

Juana, que la víspera había salido del con-

vento, libre al fin para siempre, pronta á gozar todas las felicidades de la vida con la cual soñaba hacía tanto tiempo, temía que su padre vacilase en salir si no aclaraba el tiempo; y por centésima vez en aquella mañana interrogaba al horizonte.

Advirtió luego que se le había olvidado guardar el calendario en su saco de viaje. Descolgó de la pared el cartoncillo dividido por meses, y que dentro de una orla llevaba impresa, en cifras de oro, la fecha del año corriente, 1819. Luego pasó una raya por las cuatro columnas, tachando el nombre de todos los santos hasta el día 2 de Mayo, día de su salida del convento.

Una voz detrás de la puerta, la llamaba.

—¡Juanita!

Juana respondió:

—Entra, papá.

Y entró su padre.

El barón Simón-Jacobo-Le-Perthuis des Vauds era un noble del siglo pasado, maniático y bueno. Discípulo entusiasta de J. J. Rousseau, sentía ternuras de amante por la naturaleza, los campos, los prados, los animales. Aristócrata de nacimiento, odiaba por instinto el 93

pero filósofo por temperamento y liberal por educación, execraba la tiranía con odio declamatorio é inofensivo.

Su gran fuerza y su gran debilidad era la bondad, que no tenía brazos bastantes para hacer caricias, para dar, para abrazar: una bondad de creador, derramada sin resistencia; algo así como el entorpecimiento de un nervio de la voluntad, una falta en la energía, casi un vicio.

Hombre teórico, meditaba un plan de educación para su hija, queriendo hacerla dichosa, buena, recta y amable.

Juana había permanecido en casa hasta los doce años; pero, á pesar de las lágrimas de su madre, ingresó en el Sagrado Corazón. Allí había vivido severamente encerrada, enclaustrada, ignorada é ignorante de las cosas humanas. Su padre quería que se la devolviesen casta á los diecisiete años, para empaparla por sí mismo en un baño de poesía razonadora; y á través de los cambios, en medio de la tierra fecundada, abrir su alma, disipar su ignorancia al aspecto del amor sencillo, de las simples ternuras de los animales, de las leyes severas de la vida.

Ahora salía del convento, radiante, llena de

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
 PROHIBIDO DE NUEVO LEÓN
 "ALF. U. 123" 112-123
 1946. 1823. BONAERENY, MENDOZA

savia y apetitos de felicidad, dispuesta á todas las alegrías, á todos los azares encantadores que su espíritu había recorrido ya en la inacción de sus días, la extensión de sus noches, la soledad de sus esperanzas. Asemejábase á un retrato del Veronés, con sus cabellos de un rubio brillante, que parecía haberse desteñado sobre la carne, carne de aristócrata, apenas matizada de rosa, ensombrecida por un ligero vello; como terciopelo pálido, que se distinguía un poco cuando el sol la acariciaba. Sus ojos eran azules, con ese azul opaco que tienen en Holanda los ojos de los muñecos de porcelana.

Tenía un lunar encima del ala izquierda de la nariz, otro á la derecha, en la barba, donde se agrupaban algunos pelillos á la piel, que apenas se distinguían de ella. Era alta, de pecho fuerte, talle ondulante. Su voz clara, parecía á veces demasiado aguda; pero su risa franca esparcía á su alrededor el júbilo. A veces, con un gesto que le era familiar, se llevaba ambas manos á las sienes, como para alisar su cabellera.

La joven corrió hacia su padre, y dándole un abrazo, le besó:

—Y qué, ¿nos vamos? le dijo.

El barón se sonrió, sacudió los cabellos, ya blancos, y que llevaba bastantes largos, y extendiendo la mano hacia la ventana:

—¿Cómo quieres ir de viaje con semejante tiempo?

Pero la joven, tierna y mimosa, se lo suplicaba:

—¡Oh, papá, vámonos, te lo ruego! ¡Aclarará á la tarde!

—Pero tu madre no consentirá.

—Sí, te lo prometo; yo me encargo de eso.

—Si llegas á decidir á tu madre, lo que es por mí no tengo inconveniente.

Juana se precipitó hacia el cuarto de la baronesa, porque había aguardado este día con ansiedad creciente. Desde su entrada en el Sagrado Corazón no había abandonado Rouen, porque antes de la edad fijada su padre no la permitía distracción alguna. Sólo dos veces la había llevado quince días á París; pero París era también una ciudad, y ella no soñaba más que con el campo.

Iba ahora á pasar el verano en su propiedad de los Pueblos, viejo castillo de familia enhiesto en la costa, cerca de Iport; y prometíase una

alegría infinita de aquella vida libre, hecha al lado de las olas. Además, había oído decir que, cuando se casase, aquel castillo formaría parte de su dote.

Y la lluvia, cayendo sin descanso desde la tarde anterior, era el primer fuerte dolor de su existencia.

Pero, al cabo de tres minutos, salió corriendo del cuarto de su madre dando gritos por toda la casa:

—¡Papá! ¡Papá! Mamá consiente; di que enganchen.

El diluvio no cesaba; hasta hubiérase podido decir que arreciaba cuando la berlina se acercó á la puerta.

Preparábase Juana á subir, cuando la baronesa bajó la escalera, sostenida de un lado por su marido, y del otro por una robusta doncella, tan fuerte y tan airosa como un mozo. Era una normanda, del país de Caux, que representaba lo menos veinte años, por más que sólo tenía dieciocho. En la familia la trataban como una segunda hija, porque había sido hermana de leche de Juana. Se llamaba Rosalía.

Su principal ocupación consistía en guiar los

pasos de su señora, que hacía algunos años había puesto obesa á causa de un hipertrofia del corazón, de que incesantemente se quejaba.

La baronesa, jadeando mucho, llegó á la escalera del viejo hotel, miró al patio, en que el agua caía formando arroyos, y murmuró:

—¡Verdaderamente es una locura!

Su marido, siempre sonriente, contestó:

—Vos lo habéis querido, Mad. Adelaida.

Como la buena señora tenía un nombre tan pomposo, el barón lo hacía siempre preceder del título de «Madama,» con cierto aire de respeto algo burlón.

La baronesa continuó andando, y subió trabajosamente al coche, cuyos resortes todos crujieron. El barón se sentó á su lado: Juana y Rosalía ocuparon la banqueta.

Ludivina, la cocinera, trajo líos de capas, que se arreglaron sobre las rodillas, y dos cestas, que se ocultaron bajo las piernas; después de lo cual trepó al asiento al lado del tío Simón, arrebuñándose en una gran manta que la envolvía por completo. El portero y su mujer vinieron á saludar, cerrando la portezuela; recibieron los últimos encargos sobre las maletas que de-

bían ir detrás, en un carro, y el coche arrancó.

El tío Simón, el cochero, con la cabeza baja, la espalda encorvada bajo la lluvia, desaparecía en su carrick de triple cuello. La borrasca, gimiendo, batía los cristales, inundaba la calle.

La berlina, al largo trote de los dos caballos, rodaba suavemente sobre el muelle; siguió la línea de los grandes navíos, cuyos mástiles, vergas y cordajes se enderezaban tristemente en el cielo lluvioso, como árboles despojados de sus hojas, y luego entró en el ancho *boulevava* del monte Riboudet.

Pronto atravesó los prados, y, de cuando en cuando, un sauce anegado, de caídas ramas, con cadavérico abandono, se dibujaba vagamente á través de la bruma líquida. Las herraduras de los caballos sonaban, y las cuatro ruedas formaban soles de barro.

Todos callaban; los espíritus parecían empapados como la tierra. Mamaíta, recostándose, apoyó la cabeza y cerró los ojos. El barón contemplaba con mirada sombría las campiñas monótonas, llenas de agua. Rosalía, con un paquete en las rodillas, pensaba con ese pensamiento ambicioso de la gente del pueblo. Pero Juana,

bajo este tibio chorreo, sintióse revivir, como una planta encerrada y que se acaba de sacar al aire libre; y semejante á un follaje protector, lo espeso de su alegría abrigaba su corazón contra la tristeza. Aunque no hablaba, sentía deseos de cantar, de extender fuera del coche la mano para coger del agua que caía y beberla; y gozaba al verse arrastrada al trote de los caballos, al ver la desolación del paisaje y sentirse al abrigo en medio de esta inundación.

Y bajo la lluvia tenaz, las grupas relucientes de los dos animales exhalaban un vaho de agua hirviente.

Poco á poco la baronesa se dormía. Su rostro, rodeado por seis bucles de cabellos se inclinaba poco á poco, muellemente sostenido por el robusto cuello, cuyas últimas ondulaciones se perdían en la pleamar de su pecho. Su cabeza, que á cada aspiración se levantaba, volvía á caer en seguida; las mejillas se hinchaban, mientras por entre los labios entreabiertos pasaba sonoro ronquido. Su marido se inclinó hacia ella, y colocó dulcemente en sus manos, que tenía cerradas sobre el vientre, una carterita de cuero.

Su contacto la despertó, y se puso á mirar la cartera, con turbia mirada, con ese atontamiento de los sueños interrumpidos. La cartera se cayó, y al caer se abrió. Oro y billetes de Banco se desparramaron por el coche. Esto acabó de despertarla, y la alegría de su hija estalló en un cohete de carcajadas.

El barón recogió el dinero, y colocándose en la falda:

—Ahí tienes, mi querida amiga, todo lo que queda de mi granja de Electot. La he vendido para reparar los Pueblos, donde, en adelante, viviremos á menudo.

La baronesa contó seis mil cuatrocientos francos y se los metió tranquilamente en el bolsillo.

Era aquella la novena granja que vendía, de las treinta y una que había heredado de sus padres. Sin embargo, todavía les quedaban unas veinte mil libras de renta en tierras que, bien administradas, hubieran podido producir treinta mil francos anuales.

Como vivían con sencillez, esta renta hubiera sido bastante, á no haber en la casa un agujero sin fondo, abierto siempre, la bondad; y lo

mismo que el sol evapora el agua de los pantanos, así evaporaban cuanto dinero caía en sus manos. El dinero se iba, se iba, y desaparecía. ¿Cómo? Nadie se lo explicaba. A cada momento decía uno de ellos:

—No sé cómo es, que he gastado hoy cien francos, sin gastar nada extraordinario.

Esta facilidad para dar era, por otra parte, una de las grandes felicidades de su vida; y sobre este punto, los dos esposos se entendían de una manera encantadora.

Juana preguntó:

—¡Está hermoso mi castillo?

—Ya lo verás, hija, la contestó alegremente el barón.

Poco á poco iba disminuyendo la violencia de la lluvia; luego no quedó más que una especie de bruma, algo así como una fina polvareda de lluvia flotante. La bóveda de las nubes parecía elevarse, blanquear; y de pronto, por un agujero que nadie distinguía, bajó á los prados un ancho rayo de sol.

Y entre las desgarradas nubes, el fondo azul del firmamento apareció; luego el desgarrón se ensanchó como un velo que se rompe,

Era ésta una de esas altas y grandes casas normandas, que á la vez parecía granja y castillo, edificada con piedras blancas á que el tiempo había dado ligero tinte gris, y lo bastante espaciosa para que en ella pudiera vivir toda una raza.

Un gran vestíbulo partía en dos la casa, atravesándola de parte á parte, abriendo por las dos fachadas grandísimas puertas. Una doble escalera parecía montar sobre esta entrada, dejando vacío el centro y uniendo en el primer piso sus dos tramos á manera de puente.

En el piso bajo, á la derecha, entrábase en el salón inmenso, cubierto de tapicerías rameadas en que abundaban los pájaros. Todo el mobiliario, forrado de tela finísima, era la ilustración de las fábulas de Lafontaine; y Juana se sintió estremecer de gozo al encontrar una silla, que cuando niña la gustaba mucho, y que representaba la fábula de la Zorra y la Cigüeña.

Al lado del salón abríase la biblioteca, llena de libros antiguos, y otras dos piezas inutilizadas á la izquierda, el comedor, de madera nueva, la pieza de costura, la repostería, la cocina y un cuartito en que había un baño.

Un corredor cortaba en toda su longitud el primer piso, y un él se abrían, alineadas, las diez puertas de los diez cuartos. En el fondo, á la derecha, la habitación de Juana. Entraron en ella. El barón acababa de amueblarla de nuevo, empleando sencillamente cortinas y muebles que no se habían usado y que se conservaban en los graneros. Tapicerías de origen flamenco, y muy viejas todas ellas, poblaban este lugar de personajes extraños.

Pero al ver su cama, la joven prorrumpió en gritos de alegría. En las esquinas, cuatro grandes pájaros de roble, negros y lucientes á fuerza [de encerados, sostenían el lecho y parecían ser sus guardianes. Los lados representaban dos amplias guirnaldas de flores y plantas esculpidas, y cuatro columnas finamente acanaladas que terminaban en chapiteles corintios, levantaban una cornisa de rosas y amores enlazados. Alzábase monumental y airosa, sin embargo, á pesar de la severidad de la madera, oscurecida por el tiempo.

La colcha y la colgadura del lecho chispeaban como dos firmamentos. Eran de seda vieja de azul oscuro, en la que de trecho en tre-

cho aparecían flores de lis bordadas en oro.

Después que la hubo mirado á su satisfacción, Juana, levantando la luz, examinó los tapices para darse cuenta de lo que representaban.

Un joven mancebo y una gallarda señora, vestidos de verde, rojo y amarillo, del modo más extraño, hablaban bajo un árbol azul, del que pendían frutas blancas. Un gordo conejo del mismo color rumiaba un poco de hierba gris. Encima precisamente de los personajes, y en una perspectiva convencional, distinguíanse cinco casitas redondas, de techos puntiagudos; y allá arriba, casi en el cielo, veíase un molino de viento completamente rojo. Grandes ramajes figurando flores rodeaban todo esto.

Los otros dos tapices se parecían mucho al primero, salvo que se veía salir de las casas cuatro hombrecillos vestidos á lo flamenco, y que alzaban los brazos al cielo, dando muestras de gran cólera y asombro.

Pero el último cortinón figuraba un drama. Cerca del conejo, que seguía rumiando, el joven, tendido, parecía muerto. La joven, fijando en él sus ojos, se atravesaba con una espada, y los frutos del árbol se habían vuelto negros.

Juana renunciaba á comprender lo que era aquello, cuando descubrió en un extremo una fiera microscópica, que á estar vivo el conejo, hubiera podido comérsela como si fuera un tallo de hierba. Y sin embargo, era un león.

Entonces reconoció las desgracias de Píramo y Tisbe; y aunque riéndose de la sencillez de los dibujos, se alegró de verse rodeada por esta aventura amorosa que hablaría sin cesar á su pensamiento, contándola queridas esperanzas, y que todas las noches cernería sobre su sueño esa antigua ternura legendaria.

Todo el resto del mobiliario lucía los estilos más diversos. Eran esos muebles que cada generación deja en la familia y que convierten las casas antiguas en museos en que todo se mezcla. Una soberbia cómoda Luis XIV, cubierta de colores brillantes, tenía al lado dos sillones Luis XV, revestidos todavía de una funda de seda rameada. Un *secretaire* de madera de rosa hacía *pendant* con la chimenea, que sostenía, bajo un globo redondo, un reloj del Imperio. Era éste una columna de bronce suspendida por otras cuatro de mármol, encima de un jardín de flores doradas. Un delgado columpio

que salía de la columna por una hendidura vertical paseaba eternamente sobre este parterre una pequeña abeja de alas esmaltadas. El cuadrante era de porcelana pintada, y estaba encajado á un lado de la columna. Empezó á dar las once. El barón dió un beso á su hija, y se retiró á su cuarto.

Entonces Juana, disgustada, se acostó. Recorrió con una mirada todo el cuarto, y luego apagó su bujía. Pero el lecho, cuya cabecera solamente se apoyaba en la pared, tenía á su izquierda una ventana, por donde entraba una oleada de luna, que esparciendo una mancha de claridad, enviaba reflejos á las paredes, reflejos pálidos que acariciaban débilmente los amores inmóviles de Píramo y Tisbe.

Por la otra ventana, que se abría á sus pies, veía Juana un gran árbol, iluminado con tenue luz. Volvióse de lado, cerró los ojos, y luego, al cabo de un momento, tornó á abrirlos. Creía sentirse mecida todavía por las sacudidas del carruaje. Al principio se mantuvo inmóvil, esperando que este reposo acabaría de dormirle; pero pronto la impaciencia de su espíritu invadió todo el cuerpo.

Sentía crispaturas en las piernas, fiebre que se aumentaba. Entonces se levantó, y con los pies y los brazos desnudos, envuelta en su larga camisa, que la daba aspecto de fantasma, atravesó el charco de luz marcado en el suelo, abrió la ventana, y miró.

La noche era tan clara que se veía como en plena luz, y la joven recordaba todo el paisaje querido de su primera infancia.

En primer término, había delante de ella un ancho césped, amarillo como manteca; á la claridad de la luz nocturna, dos árboles gigantes alzábanse á sus extremos delante del castillo, un plátano al Norte, un tilo al Sur. Al extremo de la gran extensión de hierba, un pequeño bosque terminaba este dominio, protegido de los huracanes por cinco filas de antiguos olmos, torcidos, rasos, raídos, inclinados como un techo por el viento del mar, siempre desencadenado.

Esta especie de parque lindaba á derecha é izquierda con dos largas avenidas de manzanos llamados *Pueblos* en Normandía, que separaban la residencia de los dos amos de las dos granjas afectas á él, ocupadas, una por la

familia Conillard, otra por la familia Martín.

Estos *Pueblos* habían dado nombre al castillo. Más allá de este recinto extendíase una vasta llanura inculta, sembrada de aliagas, en las cuales soplabla la brisa corriendo día y noche; luego, de repente, la costa se abatía en un acantilado de cien metros, recto y blanco, que bañaba su pie en las olas.

Juana miraba á lo lejos la larga superficie tornasolada de las ondas, que parecía dormir bajo las estrellas.

En esta tranquila calma del sol ausente, esparcíanse todos los perfumes de la tierra. Un jazmín que había trepado alrededor de las ventanas bajas, exhalaba continuamente su aroma penetrante que se mezclaba al olor más ligero de las nacientes hojas. Lentas ráfagas pasaban trayendo los fuertes sabores del aire salino y del viscoso sudor de las algas.

La joven se entregó á la felicidad de respirar, y el reposo del campo la calmó, como calma un baño tibio.

Todos los animales que se despiertan á la caída de la tarde y ocultan su oscura existencia en la tranquilidad de las noches, llenaban las

semitinieblas de silenciosa agitación. Grandes pájaros que no graznaban, huían en el viento como manchas, á manera de sombras; zumbidos de invisibles insectos rozaban el oído; carreras mudas atravesaban la hierba empapada en rocío ó la arena de los caminos desiertos. Sólo algunos sapos melancólicos elevaban hacia la luna su acompasada nota.

Parecíale á Juana que su corazón se ensanchaba; llenábase de murmullos, como esta noche clara; hormigueaba de pronto en mil deseos vagarosos, semejantes á aquellos animales nocturnos cuya palpitación la rodeaba. Cierta afinidad la unía á esta poesía viviente; y en la muelle blancura de la noche sentía como humanos estremecimientos, palpitar esperanzas inaccesibles, algo como un soplo de felicidad.

Y se puso á pensar en el amor.

¡El amor! Hacía dos años que se sentía dominada por la ansiedad creciente de su aproximación. Ahora era libre para amar; ¡no tenía más que encontrarle á *El!*

¿Cómo sería *él?* Juana no lo sabía, ni tampoco se lo preguntaba. *El*, sería *él*, nada más.

Sabía sólo que le adoraría con toda el alma,

y que él, por su parte, la querría con toda su fuerza. Los dos se pasearían en noches parecidas á aquélla, bajo el polvo luminoso que caía de las estrellas. Cogidos de la mano, unidos uno al otro, andarían, oyendo latir sus corazones, sintiendo el calor de sus hombros, mezclando el amor á la suave limpidez de las noches de verano; tan juntos, que fácilmente, y por sólo el poder de su ternura, penetrarían mutuamente hasta los más secretos pensamientos.

Y todo esto continuaría indefinidamente, en la serenidad de un afecto indestructible.

De pronto la pareció que le sentía allí, á su lado; y bruscamente un vago estremecimiento de voluptuosidad recorrió todo su cuerpo. Apretó los brazos contra su pecho, con un movimiento inconsciente, como para abrazar su sueño; y sobre su boca, extendida hacia lo desconocido, algo pasó que la hizo desfallecer, como si el hálito de la primavera la hubiera dado un beso de amor.

De repente, allá abajo, en el castillo, sobre el camino, oyó que alguien andaba. Y en un transporte de su alma enloquecida, en un transporte de fe en lo imposible, en los azares providen-

ciales, en los presentimientos divinos, en las novelescas combinaciones de la suerte, pensó:—«¡Si fuera él!»—escuchando con ansia el andar acompasado del pasajero, segura de que iba á detenerse ante la verja pidiendo hospitalidad.

Cuando hubo pasado, se sintió entristecida, como después de una decepción; pero comprendió la exaltación de su esperanza, y se echó á reír de tal demencia. Después, un poco calmada, dejó flotar su espíritu al correr de un éxtasis más razonable, queriendo penetrar el porvenir, adelantando en su existencia.

Con él viviría aquí, en este tranquilo castillo que dominaba el mar. Tendría dos hijos, un niño para él, una niña para ella. Y los vería corriendo sobre la hierba, entre el plátano y el tilo, mientras los padres los seguirían con ojos cariñosos, cambiando por cima de sus cabezas miradas exuberantes de pasión.

Y continuó mucho tiempo, mucho tiempo, desvariando así, mientras la luna, terminando su viaje á través del cielo, iba á hundirse en el mar. El viento refrescaba. Hacia Oriente, palidecía el cielo. Cantó un gallo en la granja de

la derecha, y otros dos de la izquierda le respondieron. Sus voces, mezcladas, parecían venir de muy lejos, á través del cercado de los corrales; y en la inmensa bóveda del cielo, blanqueada insensiblemente, palidecían las estrellas.

Oyóse el graznido de un pájaro; gorjeos, tímidos en un principio, salieron de entre las hojas; luego se fortalecieron, se hicieron vibrantes, alegres, volando de rama en rama, de árbol en árbol. La joven sintióse de repente envuelta en cierta claridad; y levantando la cabeza, que había ocultado entre sus manos, cerró los ojos, desvanecida por el resplandor de la aurora.

Una montaña de nubes teñidas de púrpura, escondidas en parte tras la gran avenida de los *Pueblos*, lanzaba destellos de sangre sobre la tierra, despertada de improviso. Y lentamente, traspasando las nubes brillantes, envolviendo en oleadas de fuego los árboles, los campos, el Océano, todo el horizonte, el inmenso globo esplendente surgió.

Y Juana creyó que enloquecía de felicidad. Una alegría delirante, un enternecimiento infinito ante el esplendor de las cosas, anegó su corazón, que desfallecía. ¡Aquello era su sol! ¡su

auroral ¡el principio de su vida! ¡el amanecer de sus esperanzas! Tendió los brazos hacia el espacio radiante, como si tuviera deseos de abrazar al sol; quería hablar, gritar algo divino como este aparecer del día; pero seguía paralizada en un entusiasmo impotente. Entonces, dejando caer la frente en las manos, sintió que sus ojos se llenaban de lágrimas, y lloró con delicia.

Cuando levantó la cabeza, la soberbia decoración del día naciente había ya desaparecido. Sintióse más tranquila, algo cansada, como fría. Sin cerrar la ventana fué á tenderse en su lecho, soñó unos minutos más, y durmióse tan profundamente, que á las ocho no oyó que su padre la llamaba, y no se despertó hasta que entró en su cuarto. El señor quería enseñar la los embellecimientos del castillo, de *su* castillo.

La fachada que daba al interior de las tierras estaba separada del camino por un gran espacio plantado de manzanos. Este camino, llamado vecinal, seguía entre los cercados de los aldeanos, y media legua más allá unía la carretera del Havre á Fécamp. Una avenida recta llegaba de

la barrera de madera hasta la escalinata. Las dependencias de labor, pequeñas casitas de guijarros marinos cubiertos de rastros, se alineaban á ambos lados, á lo largo del camino de los pasos de ambas granjas.

El techado era casi nuevo; todo el maderaje se había restaurado, las paredes estaban reparadas, las habitaciones tapizadas de nuevo, todo lo interior se había vuelto á pintar. Y la vieja mansión revocada ostentaba, á modo de manchas, sus persianas lucientes, los remiendos recién hechos en la gran fachada gris. Por la otra fachada, en la cual se abría una de las ventanas de Juana, veíase el mar á lo lejos, por cima del bosque y de la muralla de olmos, roída por el viento.

Juana y el barón, cogidos del brazo, lo visitaron todo sin omitir un rincón; luego se pasearon lentamente por las largas avenidas de álamos que encerraba lo que se llamaba el parque. La hierba había crecido bajo los árboles, desplegando su verde alfombra. El bosquecillo era encantador; mezclaba sus pequeñas sendas tortuosas, separadas entre sí por cierres de verdura. Una liebre saltó de pronto, asustando á

la joven; salvó el cercado, y se perdió entre los juncos marinos hacia la playa.

Después de almorzar, Mad. Adelaida, cansada todavía, declaró que iba á acostarse, y el barón propuso á su hija bajar con ella hasta Iport. Salieron juntos, y atravesaron el caserío de Etouvent, donde estaban los Pueblos. Tres aldeanos los saludaron como si les conocieran de toda su vida. Siguiendo un valle hacia un recodo, entraron en los bosques que bajan hasta el mar.

No tardó en aparecer la aldea de Iport. Unas mujeres que arreglaban vestidos, sentadas á la puerta de sus casas, los miraban pasar. La calle empinada, con un arroyo en medio y montones de desperdicios delante de las puertas, exhalaba un fuerte olor á salmuera. Oscuras redes, en las que quedaban de trecho en trecho algunas escamas brillantes, parecidas á piecicillas de plata, se secaban en las puertas de aquellos tugurios, de donde salían el olor de familias numerosas que viven en una sola habitación.

Algunas palomas se buscaban la vida picoteando á orillas del arroyo.

Juana miraba todo esto, que la parecía nuevo

y curioso, como si fuese una decoración teatral.

Pero de pronto, al dar la vuelta á un muro, vió el mar, de azul opaco y liso, extendiéndose hasta perderse de vista.

Hija y padre se detuvieron y miraron enfrente de la playa. Velas blancas, como alas de pájaros, pasaban á lo lejos. A derecha é izquierda alzabase el enorme acantilado. A un lado, una especie de cabo detenía la mirada, mientras por el otro la línea de las costas se prolongaba indefinidamente hasta llegar á ser un punto invisible.

Un puerto y algunas casas aparecían en uno de sus próximas bahías; y olas pequeñas, que daban al mar una franja de espuma, rodaban sobre la arena con un ligero ruido.

Las barcas del país, detenidas en la pendiente cubierta de redondos guijarros, descansaban sobre un costado, tendiendo al sol sus hinchadas popas barnizadas de brea. Unos cuantos pescadores las disponían para la marea de la tarde.

Acercóse un marinero á ofrecer pescado, y Juana compró un barbo, que por sí misma quiso llevar á los Pueblos. Después, el hombre aquél propuso sus servicios para paseos por el

mar, repitiendo su nombre una vez y otra, á fin de que se les quedase grabado en la memoria: «Lastique, Josefino Lastique.»

El barón prometió no olvidarlo, y volvieron á tomar el camino del castillo.

Como el grueso pescado fatigaba á Juana, le pasó por los oídos el bastón de su padre, del cual tomó un extremo cada uno; y andaban alegremente, remontando la cuesta, charlando como los niños, la cabeza y los ojos brillantes, mientras el barbo, que poco á poco cansaba sus brazos, barría la hierba con su gruesa cola.

grías desordenadas, como si fuera la misteriosa aproximación de felicidad que se cernía sobre ella.

Invadíala el amor á la soledad, en la dulzura de aquel país fresco y la calma de aquellos limitados horizontes; y tanto tiempo permanecía sentada en la cumbre de las colinas, que algunos conejillos de campo pasaban saltando por entre sus pies. Con frecuencia echaba á correr por la playa, fustigada por el aire ligero de las costas; sintiendo el goce exquisito de moverse sin cansancio, como los peces en el agua ó las golondrinas en el aire. Sembraba recuerdos por todas partes, como se esparcen granos por la tierra; recuerdos de esos que arraigan hasta la muerte. Parecía que dejaba algo de su corazón en todos los repliegues de aquellos valles.

Se entregó á los baños con pasión. Nadaba hasta alejarse mucho; siendo fuerte y atrevida, no tenía conciencia del peligro. Sentíase bien en aquella agua fría, límpida y azul, que la arrastraba meciéndola. Cuando ya estaba lejos de la orilla, acostábase de espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho, la mirada perdida en

II

Empezó para Juana una vida libre y encantadora. Leía, soñaba y recorría sola todos los alrededores. Vagaba con lento paso á lo largo de los caminos, con la imaginación preocupada; ó bien bajaba, saltando los vallecitos tortuosos, cuyas dos cimas mostraban, como una chapa de oro, un vellón de flores de junco. Su aroma dulce y fuerte, aumentado por el calor, la emborrachaba como si fuera un vino perfumado, y el ruido lejano de las olas que rodaban sobre la playa, mecía blandamente su espíritu.

A veces sentía cierta molicie que la obligaba á tenderse sobre la hierba abundante de una pendiente; y á veces también, cuando en un recodo del valle veía de pronto en un embudo de césped un triángulo de mar azul chispeando al sol, con una vela en el horizonte, veníanla ale-

el azul profundo del cielo, cruzado por el rápido vuelo de una golondrina, ó la blanca silueta de una ave de mar. No se oía más ruido que el murmullo lejano de la ola contra los guijarros y el vago rumor de la tierra que se desliza sobre las ondulaciones de las olas, confuso, casi imperceptible. Luego se enderezaba, y loca de júbilo, chillaba y reía, batiendo el agua con las manos.

Si algunas veces se alejaba mucho, una barca venía en su busca. Volvía al castillo pálida de hambre, pero ligera, despierta, con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de felicidad.

Por su parte, el barón proyectaba grandes empresas agrícolas; quería hacer ensayos, organizar el progreso, experimentar nuevos instrumentos, aclimatar razas exóticas; y pasaba parte del día hablando con los aldeanos, que teniendo poca fe en tales tentativas, movían de un lado á otro la cabeza. Otras veces se iba al mar con los marineros de Iport. Después de haber visitado las grutas, las fuentes, los cabos de las cercanías, quiso pescar como un simple marino.

En los días de brisa, cuando la vela, hinchada por los vientos, hace correr por la espalda de las olas la cáscara mofletuda de las barcas, y por cada borda arrastra hasta el fondo del mar la gran línea fugitiva que persiguen las hordas de pescados, sostenía con mano trémula de ansiedad la cuerdecilla, cuyas sacudidas se sienten en cuanto un pez se enreda en ella.

A la luz de la luna salía á levantar las redes que la víspera había echado. Gustábale oír cómo chascaba el mástil, respirar las ráfagas frescas de la noche; y después de haber perdido mucho tiempo para encontrar la derrota guiándose por la cresta de un peñasco, el techo de un campanario y el faro de Fecamp, gozaba, permaneciendo inmóvil bajo los primeros fuegos del sol levante que sobre cubierta hacía lucir la espalda humeante de las anchas rayas en forma de abanico, y el grueso vientre de los rodaballos.

A la hora de comer contaba con entusiasmo sus paseos; y mamáta le decía á su vez cuántas veces había recorrido la gran avenida de los *pueblos*, la avenida de la derecha, que pasaba rozando la granja de los Canillard, porque la otra no tenía bastante sol. Como la habían recomen-

dado que hiciera mucho movimiento, se obstinaba en andar. En cuanto se había disipado el fresco de la noche bajaba, apoyada en el brazo de Rosalía, envuelta en un mantón y dos chales, cubierta la cabeza bajo una papalina negra, que iba además tapada por un tricot rojo.

Luego, arrastrando el pie izquierdo, algo más pesado, y que ya había trazado todo á lo largo de la avenida, uno á la ida y otro á la vuelta, dos surcos polvorientos en que no crecía hierba, tornaba á empezar su interminable viaje en línea recta, desde la escalinata del castillo hasta los primeros arbustos del bosque. Había hecho colocar un banco á cada extremo de la pista; y cada cinco minutos se detenía, diciendo á la pobre muchacha, que pacientemente la sostenía:

—Sentémonos, hija mía; estoy algo cansada.

Y á cada parada dejaba sobre uno de los bancos el tricot que la cubría la cabeza, luego un chal, luego otro, luego el sombrerito, luego la manta; todo lo cual formaba dos grandes líos de ropa que Rosalía tenía sobre su brazo libre al volver para almorzar.

Y á la tarde la baronesa, con actitud más

cansada, con descansos más prolongados, volvía á los paseos, durmiendo á ratos como cosa de una hora sobre una *chaise-longue* que se le sacaba fuera. A esto le llamaba ella «su ejercicio,» como decía: «mi hipertrofia.»

Un médico, consultado diez años antes, porque sentía ahogos, había hablado de hipertrofia. Desde entonces esta palabra, cuyo sentido no comprendía, había se alojado en la cabeza. Hacía que el barón, Juana y Rosalía tocasen obstinadamente su corazón—que nadie llegaba á percibir—por lo enterrado que estaba bajo la masa carnosa de su pecho; pero rehusaba con energía dejarse examinar por ningún nuevo médico, temiendo que éste la descubriera nuevas enfermedades; y hablaba de hipertrofia á propósito de todo, y tan á menudo, que no parecía sino que esta afección era especialmente suya, le pertenecía en propiedad, de modo que los demás no tenían sobre tal dolencia derecho alguno.

El barón decía: «la hipertrofia de mi mujer,» y Juana «la hipertrofia de mamá,» como hubieran dicho: «el vestido, el sombrero ó el paraguas.» La baronesa había sido muy linda en su juventud, y más esbelta que una rosa. Después de

haber valsado en brazos de todos los uniformes del Imperio, había leído *Corina*, que la hizo llorar, quedando desde entonces como marcada por el sello de esta novela.

A medida que fué engrosando su talle, su alma tomó impulsos más poéticos; y cuando la obesidad la clavó en una butaca, su pensamiento vagabundeaba á través de las tiernas aventuras de que se juzgaba heroína. Había entre éstas unas cuantas preferidas, que evocaba constantemente en sus sueños, como una caja de música cuyo manubrio repite interminablemente el mismo aire. Todas las romanzas lánguidas, en las que se habla de cautivas y golondrinas, llamaban lágrimas á sus ojos; y hasta la gustaban algunas canciones piraescas de Beranger, por los dolores que expresan.

Absorta en sus meditaciones permanecía inmóvil á veces durante muchas horas; y su casa de los *pueblos* la agradaba excesivamente porque servía de decoración á las novelas de su alma, recordándola, con su bosque alrededor, su landa desierta y la proximidad del mar, los libros de Walter Scott, que leía hacía algunos meses.

En los días de lluvia permanecía encerrada en su cuarto, visitando lo que ella llamaba sus «reliquias.» Eran todas sus cartas antiguas, las cartas de sus padres, las del barón cuando era su novio, y algunas otras más.

Guardábalas en un *secrétaire* de caoba que tenía esfinges de cobre en sus esquinas, y decía con voz extraña:

—Rosalía, hija mía, tráeme la caja de los *recuerdos*.

La doncella abría el mueble, cogía la caja, y la ponía sobre una silla al lado de su señora, que empezaba á leer lentamente, una á una, estas cartas, dejando caer una lágrima de cuando en cuando.

Otras veces Juana reemplazaba á Rosalía, y paseaba á mamaíta, que la contaba recuerdos de su infancia. La joven se veía en estas viejas historias, asombrándose de la semejanza de sus pensamientos, del parentesco de sus deseos; porque todo corazón se imagina haberse estremeado antes que otro cualquiera, bajo una porción de sensaciones que han hecho latir los de las primeras criaturas, y hará palpitár también los de los últimos hombres y las últimas mujeres.

Con tardo paso seguía la lentitud del relato que de cuando en cuando, y durante algunos minutos, detenían los ahogos; y entonces el pensamiento de Juana, saltando por cima de las comenzadas aventuras, se lanzaba hacia el porvenir poblado de goces, se abismaba en las esperanzas.

Una tarde en que descansaba sobre el banco del fondo, vieron en el fondo de la avenida un grueso sacerdote que se dirigía hacia ellas. Las saludó al verlas, se sonrió, volvió á saludarlas cuando llegó á su inmediación, y exclamó:

—Y bien, señora baronesa: ¿cómo estamos?

Era el cura del pueblo.

Nacida en el siglo de los filósofos, educada por un padre poco creyente, en los días de la Revolución, mamáta frecuentaba apenas la iglesia, aunque, por una especie de instinto religioso de mujer, amase á los sacerdotes.

Habíase olvidado completamente del padre Picot, su capellán, y al verle se puso colorada, excusándose de no haberle anunciado su venida. Pero el buen hombre no parecía resentido; miró á Juana, la felicitó por su buena cara, se sentó, y poniendo el sombrero sobre las rodi-

llas, se enjugó la frente con el pañuelo. Estaba gruesísimo, muy colorado, y sudaba á mares. A cada momento sacaba del bolsillo un enorme pañuelo de cuadros, empapado en sudor, y se lo pasaba por la frente y el cuello; pero apenas el húmedo lienzo había entrado en las negras profundidades de su traje, nuevas gotas aparecían en su piel, y cayendo sobre su sotana ceñida al vientre, fijaban en manchitas redondas el polvo volante de los caminos.

Era alegre, verdadero cura de aldea, tolerante, hablador y buen hombre. Contó historias, habló de las gentes del pueblo, sin notar al parecer, que sus dos feligresas aún no habían ido á misa, la baronesa porque ponía de acuerdo su indolencia con su fe vaga y confusa, y Juana, demasiado feliz con verse libre del convento, donde estaba ya harta de ceremonias piadosas.

Llegó el marqués. Su religión panteísta le dejaba indiferente á todo dogma. Estuvo muy amable con el cura, á quien conocía de antiguo, y le convidó á comer. El sacerdote se hizo agradable, gracias á esa sagacidad inconsciente que el manejo de las almas da á los hombres

más medianos, llamados por la casualidad de los hechos á ejercer dominio sobre sus semejantes. La baronesa le escuchaba, atraída quizá á él por una de esas afinidades que acercan entre sí á las naturalezas semejantes; el rostro sanguíneo y el corto resuello del grueso cura agradaban á su enfermiza obesidad.

A los postres, el sacerdote adquirió gran verbosidad, esa espontaneidad que dan las comidas alegres. Y de pronto exclamó, como si una idea luminosa hubiera acudido á su espíritu:

—¡Pero si tengo un nuevo feligrés que he de presentaros: el señor vizconde de Lamare!

La baronesa, que conocía al dedillo toda la nobleza de la provincia, preguntó:

—¿De la familia de Lamare de l'Eure?

El sacerdote se inclinó:

—Sí, señora; hijo del vizconde Juan de Lamare, que murió el año pasado.

Entonces Mad. Adelaida, que amaba sobre todas las cosas á la nobleza, hizo una porción de preguntas, y así supo que, una vez pagadas las deudas del conde, el joven había vendido su castillo de familia, arreglándose un pequeño pabellón en una de las tres granjas que

poseía en la comarca de Etouvent. Estos bienes representaban en total cinco ó seis mil libras de renta; pero el vizconde era de carácter económico y juicioso, y contaba con vivir sencillamente durante dos ó tres años en aquel modesto pabellón, con objeto de reunir algo para figurar en el mundo y casarse ventajosamente sin contraer deudas ni hipotecar sus granjas.

El cura añadió:

—Es un buen mozo, encantador, y tan arreglado como se puede ver. Pero está aburrido en el pueblo.

El barón dijo:

—Traigánosle usted, señor cura, y de cuando en cuando aquí se distraerá.

Y hablaron de otra cosa.

Cuando pasaron al salón, después de tomar el café, pidió permiso el sacerdote para dar una vuelta por el jardín, porque tenía costumbre de hacer algo de ejercicio después de la comida. El barón fué con él. Paseaban lentamente á lo largo de la fachada blanca del castillo, para volver después sobre sus pasos. Sus sombras, delgada la una, redonda y cubierta con un hongo la otra, iban y venían, ya detrás, ya delante de

30520

ellos, según caminaban hacia la luna ó le volvían la espalda. El cura mascaba una especie de cigarrillo que había sacado de la faltriquera, y cuya utilidad explicó con la franqueza de los curas de aldea.

—Es para favorecer la salud, porque hago mal las digestiones.

Luego, mirando de pronto al cielo, en donde vagaba el argentado disco, añadió:

—¡Nunca se cansa uno de este espectáculo!
Y volvió á despedirse de las señoras.

III

El domingo siguiente, la baronesa y Juana asistieron á misa, impulsadas por un sentimiento delicado de deferencia hacia su cura.

Terminado el oficio divino le esperaron para invitarle á almorzar el jueves. Salió de la sacristía con un joven, alto, elegante, que le daba familiarmente el brazo. En cuanto distinguió á las dos señoras, el sacerdote hizo un gesto de alegre sorpresa, y exclamó:

—¡Vienen ustedes á buen tiempo! Permítanme ustedes, señora baronesa y señorita Juana, que les presente á su vecino el señor vizconde de Lamare.

El vizconde se inclinó, expresó el deseo que tenía de ponerse en relación con aquellas señoras, y se puso á hablar con facilidad, como hombre *comm' il faut*, que ha visto mucho. Poseía

ellos, según caminaban hacia la luna ó le volvían la espalda. El cura mascaba una especie de cigarrillo que había sacado de la faltriquera, y cuya utilidad explicó con la franqueza de los curas de aldea.

—Es para favorecer la salud, porque hago mal las digestiones.

Luego, mirando de pronto al cielo, en donde vagaba el argentado disco, añadió:

—¡Nunca se cansa uno de este espectáculo!
Y volvió á despedirse de las señoras.

III

El domingo siguiente, la baronesa y Juana asistieron á misa, impulsadas por un sentimiento delicado de deferencia hacia su cura.

Terminado el oficio divino le esperaron para invitarle á almorzar el jueves. Salió de la sacristía con un joven, alto, elegante, que le daba familiarmente el brazo. En cuanto distinguió á las dos señoras, el sacerdote hizo un gesto de alegre sorpresa, y exclamó:

—¡Vienen ustedes á buen tiempo! Permítanme ustedes, señora baronesa y señorita Juana, que les presente á su vecino el señor vizconde de Lamare.

El vizconde se inclinó, expresó el deseo que tenía de ponerse en relación con aquellas señoras, y se puso á hablar con facilidad, como hombre *comm' il faut*, que ha visto mucho. Poseía

una de esas caras afortunadas con que sueñan las mujeres y que suelen desagradar á los hombres. Sus cabellos, negros y rizados, daban sombra á su frente despejada y morena; y dos grandes cejas regulares, como si fueran postizas, hacían tiernos y profundos sus ojos sombríos, cuyo blanco aparecía teñido de azul.

Sus pestañas, largas y pobladas, prestaban á la mirada esa apasionada elocuencia que en los salones turba á la hermosa dama altiva y en las calles hace volver la cara á la joven que lleva una cesta al brazo. El lánguido encanto de aquellos ojos hacía creer en la profundidad del pensamiento y daba importancia á las menores palabras.

La barba, abundante, fina y brillante, ocultaba una mandíbula algo gruesa.

Después de muchos cumplidos, unos y otros se separaron.

Dos días después, M. de Lamare hizo su primera visita.

Llegó cuando estaban probando un banco rústico que aquella misma mañana habían colocado bajo el plátano grande, frente á las ventanas del salón. El barón quería que se coloca-

se otro debajo del tilo, para hacer *pendant* con el primero; mamaíta, enemiga de la simetría, no quería. Consultado el vizconde, fué de la misma opinión que la baronesa.

Luego habló de la comarca, que declaró muy «pintoresca» y en la cual había hallado en sus solitarios paseos muchas encantadoras «perspectivas». De cuando en cuando sus ojos, como por casualidad, encontraban á los de Juana; y esta mirada brusca, apartada en seguida, y en la que aparecía una admiración cariñosa y una despierta simpatía, causaba viva sensación á la joven.

Precisamente, M. de Lamare, padre, muerto el año anterior, había conocido á un íntimo amigo de M. des Coultaux, padre de mamaíta; y la revelación de este conocimiento provocó una conversación interminable de alianzas, fechas y parentescos. La baronesa hacía maravillas de memoria, restableciendo ascendencias y descendencias de otras familias, circulando, sin perderse jamás, por el complicado laberinto de las genealogías.

—Dígame usted, vizconde: ¿ha oído usted hablar de los Saunoy de Varfleur? El hijo ma-

yor, Gontrán, se casó con una señorita de Coursil, una Coursil-Courville, y el menor con una prima mía: la señorita de la Roche-Aubert, que estaba emparentada á los Crisange. Pues bien; M. de Crisange fué íntimo amigo de mi padre y debió conocer al de usted.

—Sí, señora. ¿No es ese M. de Crisange que emigró y cuyo hijo se ha arruinado?

—El mismo. Había pedido la mano de mi tía después de la muerte de su marido, el conde de Eretry; pero no le quiso, porque tomaba rapé. A propósito: ¿sabe usted qué ha sido de los Viloises? Salieron de Turena hacia 1813 para establecerse en Inglaterra, á consecuencia de reveses de fortuna, y no he vuelto á oír hablar de ellos.

—Creo, señora, que el viejo marqués murió de la caída de un caballo, dejando una hija, casada con un inglés, y otra con un tal Basolle, un comerciante rico que, según dicen, la había seducido.—

Y surgían nombres aprendidos y retenidos desde la infancia en las conversaciones de los viejos parientes; y los matrimonios de estas familias iguales tomaban en su ánimo la importancia de grandes acontecimientos públicos. Ha-

blaban, como si las conociesen mucho, de personas que no habían visto nunca; y éstas, en otros países, hablaban de ellas en el mismo tono, y se sentían, aunque separadas, íntimas, amigas casi, casi parientes, sólo por el hecho de pertenecer á la misma clase, á la misma casta y ser de sangre equivalente.

El barón, de naturaleza bastante popular y de una educación que no estaba de acuerdo con las creencias y prejuicios de las personas de su esfera, apenas conocía á las familias de los alrededores, y pidió noticias al vizconde.

—¡Oh! No hay mucha nobleza en el distrito,—respondió M. de Lamare, con el mismo tono con que hubiera declarado que había pocos conejos en la costa; y dió pormenores de ella. En un radio bastante corto se hallaban solamente tres familias: el marqués de Coutelier, que era como el jefe de la aristocracia normanda; los vizcondes de Briseville, personas de excelente raza, pero que se mantenían aisladas, y, por último, el conde Fourville, una especie de coco de quien se decía que había matado á su mujer á disgustos y que vivía, como cazador, en un castillo de Vrilette, edificado junto á un estanque.

Unos cuantos advenedizos que querían alternar con ellos habían comprado dominios aquí y allá. El vizconde los conocía.

El joven pidió permiso para retirarse, y su última mirada fué para Juana, como si la hubiese dirigido un «¡adiós!» particular, más cordial y más dulce.

La baronesa le encontró encantador, y sobre todo muy *comm'il faut*. Papaíto respondió:— Sí, es verdad; es un chico muy bien educado.

Le invitaron para la semana siguiente. Desde entonces acudió con regularidad.

Llegaba, por lo general, á eso de las cuatro de la tarde; iba á la avenida á ver á «mamaíta» y la ofrecía el brazo para hacer «ejercicio». Cuando Juana no había salido, la joven sostenía por el otro lado á su madre, y los tres caminaban lentamente de un extremo á otro del camino, yendo y viniendo de frente sin cesar. Apenas hablaba á Juana; pero sus ojos, que parecían de terciopelo negro, encontraban á menudo los ojos de la joven, que parecían de ágata azul.

Muchas veces fueron los dos á Iport con el barón.

Una tarde, hallándose en la playa, se acercó á ellos el tío Lastique, y sin dejar su pipa, cuya ausencia hubiera causado más asombro que la de su nariz, dijo:

—Con este viento, señor barón, era cosa de ir mañana á Etretat y volver sin mucho trabajo.

Juana palmoteó.

—¡Oh, papá! Si quisieras...

El barón se volvió hacia M. de Lamare.

—¿Qué os parece, vizconde? ¿Vamos á almorzar allá abajo?

Y al punto se decidió la partida.

Desde la aurora estaba Juana de pie. Esperó á su padre, menos ligero para vestirse, y ambos echaron á andar, caminando sobre el rocío, atravesando primero la llanura, luego el bosque, que se estremecía con los cantos de los pájaros. El vizconde y el tío Lastique estaban sentados en un cabrestante.

Otros dos marinos ayudaron á la partida. Los hombres, apoyando la espalda en los bordajes, empujaban con toda su fuerza. La barca avanzaba trabajosamente sobre la plataforma de arena. Lastique deslizaba bajo la quilla rollos de

madera engrasada, y luego, ocupando su sitio, modulaba con una voz lánguida su interminable: «¡Ohe, hop!» que debía dirigir el esfuerzo común.

Pero cuando llegó á la pendiente, la barca partió de un golpe, descendió sobre los redondos guijarros, produciendo un gran ruido, como de tela que se rasga. Detúvose pronto en la espuma de las olas, y todo el mundo tomó asiento en los bancos, después de lo cual los dos marineros que habían quedado en tierra la pusieron á flote.

Una brisa ligera y continua, que venía del golfo, rizaba la superficie del agua. Bien pronto se izó la vela, se redondeó un poco, y la barca empezó á bogar apaciblemente, mecida apenas por el mar.

Hacia el horizonte, el cielo, inclinándose, se confundía con el Océano. Hacia la tierra, la alta costa recta formaba una comba á sus pies, y pendientes de césped llenas de sol la sesgaban. Allá abajo, á retaguardia, velas oscuras salían de la escollera blanca de Fécamp, y delante, una roca de forma extraña, redonda y agujereada, tenía aproximadamente la forma de un ele-

fante enorme, que hundía su trompa en las nubes. Era el boquete de Etretat.

Juana, que se asía á las tablas con una mano, algo aturdida por la ondulación de las olas, miraba á lo lejos, y le parecía que en la creación no había más que tres cosas verdaderamente hermosas: la luz, el agua y el espacio.

Nadie hablaba. El tío Lastique, que dirigía el timón, bebía de cuando en cuando un trago de una botella escondida debajo de un banco, y fumaba sin tregua su muñón de pipa, que parecía inextinguible, del cual salía siempre un delgado hilo de humo azul, mientras que otro hilo semejante se le escapaba por las comisuras de los labios. Y nunca se veía al marinero encender el hornillo de tierra, más negro que el ébano y lleno de tabaco. De cuando en cuando le cogía con una mano, se lo quitaba de los labios, y por el mismo lado de la boca por donde salía el humo arrojaba al mar una bocanada de saliva oscura.

El barón, sentado delante, cuidaba de la vela, ocupando el lugar de un marinero. Juana y el vizconde iban uno al lado de otro, algo turbados los dos. Una fuerza desconocida hacía que

amorosamente se mirasen sus ojos, á la vez levantados como si cierta afinidad se lo advirtiera, porque entre ellos flotaba ya esa sutil y sagaz ternura que nace tan pronto entre dos jóvenes, cuando él no es feo y ella es guapa. Sentíanse dichosos al verse juntos, quizá porque pensaban uno en otro.

El sol se elevaba, como para ver desde más arriba el vasto mar extendido debajo de él; pero como si sintiera cierta coquetería, se envolvió en una bruma ligera, que velaba sus rayos. Era una niebla áurea y transparente, muy baja, que no ocultaba nada, pero que hacía más suaves las perspectivas. El astro vibraba sus llamas, hacía fundir esta nube brillante, y cuando estuvo en toda su fuerza, el vaho se evaporó, desapareció, y el mar, liso como un espejo, empezó á centellear con la luz.

Juana, conmovida, murmuró:

—¡Qué hermoso es esto!

El vizconde añadió:

—¡Oh, sí, hermosísimo!

La serena claridad de esta madrugada despertaba algo así como un eco simpático en sus corazones.

Y de pronto descubrieron las grandes arcadas de Etretat, semejantes á dos piernas de la costa que se adelantaban en el mar, bastante altas para servir de arco á los buques, mientras una aguja de roca blanca y puntiaguda se enderezaba delante de la primera.

Abordaron, y mientras el barón, que bajó el primero, detenía la barca en la ribera tirando de una cuerda, el vizconde cogió en sus brazos á Juana para dejarla en tierra sin que se mojaran los pies; luego subieron al duro banco de arena, uno al lado de otro, conmovidos ambos por este rápido abrazo, y oyeron de pronto al tío Lastique, que decía al barón:

—Creo que harían una buena parejita.

El almuerzo, en una pequeña posada cerca de la playa, fué encantador. El Océano, entorpeciendo la voz y el pensamiento de ambos, los había vuelto mudos; la mesa les hizo charlatanes, como niños en vacaciones. Las cosas más sencillas se prestaban á bromas interminables.

El tío Lastique, al ponerse á la mesa, ocultó cuidadosamente en su gorra la pipa, que seguía humeando, y todos se rieron. Una mosca, atraída sin duda por su nariz roja, acudió

varias veces á ponerse encima, y cuando la había ahuyentado de un manotazo, demasiado torpe para cogerla, iba á posarse sobre un cortinaje de muselina que muchas de sus hermanas habían ensuciado ya, y parecía acechar con avidez el *pif* iluminado del marinero, porque volvía á alzar su vuelo para tornar á posarse allí.

Cada viaje del insecto producía una loca carcajada, y cuando el anciano, cansado ya de tanto cosquilleo, murmuró:

— ¡Es pesada de veras!

Juana y el vizconde se echaron á reír hasta derramar lágrimas, retorciéndose, sofocados, para no prorrumpir en gritos.

Después que hubieron tomado el café:

— Si nos fuésemos á dar una vuelta... dijo Juana.

El vizconde se levantó; pero el barón prefería descansar al sol sobre la arena.

— Idos, hijos míos, y aquí me encontraréis dentro de una hora.

Atravesaron en línea recta las pocas cabañas del pueblo, y después de haber pasado un castillejo que se parecía á un gran cortijo, encon-

tráronse en un valle abierto que delante de ellos se extendía.

El movimiento del mar les había dado cierta languidez, turbando su equilibrio ordinario; el aire salino del mar habíales abierto la gana de comer; el almuerzo los había puesto pesados, y la risa los fatigaba. Sentíanse ahora como locos, con ganas de correr desesperadamente por el campo. Juana, removida por suaves y rápidas sensaciones, notaba que le zumbaban los oídos.

Un sol abrasador caía sobre ellos. De ambos lados del camino las cosechas, ya maduras, se inclinaban, dobladas por el calor. Las langostas, numerosas como los tallos de hierba, se regocijaban lanzando por todas partes, en los trigos, en las avenas, en los juncos marinos de la costa, un grito ensordecedor y penetrante.

Ningún otro se oía bajo el cielo tórrido, de azul chispeante y amarillento, como si de un momento á otro fuera á convertirse en rojo, á modo de los metales que están cerca de un brasero.

Vieron un bosquecillo algo más lejos, y se dirigieron hacia él.

Encajada entre dos pendientes, una abertura

estrecha se adelantaba bajo grandes árboles impenetrables al sol. Una especie de húmeda frescura les penetró al entrar en él; esa humedad que hace que la piel se estremezca, y que se mete en los pulmones. La hierba, falta de luz y de aire libre, había desaparecido, pero ligero musgo alfombraba el suelo.

Los jóvenes seguían avanzando.

—Allá abajo podremos sentarnos un poco, dijo Juana.

Dos árboles muy viejos habían muerto, y aprovechándose del agujero hecho en el follaje un rayo de luz caía allí, calentaba la tierra, había despertado gérmenes de césped, dientes de león y lianas, haciendo brotar algunas florecillas blancas, finas como la niebla, y digitales parecidas á cohetes. Mariposas, abejas, abejorros rechonchos, mosquitos desmesurados, que semejabán esqueletos de moscas, mil insectos volantes, *cuentade dos* de color de rosa y manchados de reflejos verdosos; otros, negros, con cuernos, poblaban aquel pozo ardiente y luminoso, abierto en la sombra helada del pomposo follaje.

Sentáronse, con los pies al sol y la cabeza

resguardada por la sombra. Miraban toda aquella vida movible y diminuta que un rayo de sol había hecho surgir, y Juana, enternecida, murmuraba:

—¡Qué bien se está aquí! ¡Qué bueno es el campo! ¡Hay momentos en que quisiera ser mosca ó mariposa para esconderme entre las flores!

Hablaban de sí, de sus costumbres, de sus gustos, en ese tono bajo, íntimo, en que se hacen las confidencias. Él decía que estaba ya cansado de la sociedad, de su vida fútil; siempre lo mismo; no hay en ella nada de verdad, nada sincero.

¡La vida social! Juana hubiera deseado conocerla; pero estaba convencida de antemano de que no valía lo que el campo.

Y cuanto más se acercaban sus corazones, más ceremoniosamente se llamaban «caballero» y «señorita», más se sonreían sus miradas, confundándose, y les parecía que una nueva bondad entraba en ellos, afecto más misterioso, interés por mil cosas de que nunca habían hecho caso.

Volvieron; pero el barón había ido á pie has-

la «Cámara de las Doncellas,» gruta suspendida de una cresta de la costa, y le esperaron en el mesón; no volvió hasta las cinco de la tarde, después de un largo paseo por la playa.

Subieron á la barca, que iba blandamente, empujada por el viento, sin sacudida ninguna, como si no avanzase un paso. La brisa llegaba en soplos lentos y tibios, que un momento ponían en tensión la vela, dejándola caer luego, arrugada, á lo largo del mástil. La onda opaca parecía muerta, y el ardiente sol, siguiendo su inclinado camino, se acercaba á ella dulcemente.

El amodorramiento del mar imponía otra vez silencio á todos.

Juana fué la primera en hablar.

—¡Cuánto me gustaría viajar! dijo.

El vizconde añadió:

—Sí; pero para viajar es preciso ir en compañía, porque es muy triste viajar solo y sin tener á quien comunicar sus impresiones.

Ella reflexionó.

—¡Es verdad!... Sin embargo, á mí me gusta pasearme sola... ¡se siente una tan bien pensando, sola!...

El vizconde la miró fijamente.

—También se puede soñar en compañía.

Juana bajó los ojos: ¿era una ilusión? Quizá. Consideró el horizonte como para ver aún más allá; luego, con voz pausada, añadió:

—Quisiera ir á Italia... y á Grecia... ¡Oh! Sí, á Grecia... y á Córcega... ¡Debe ser aquello tan salvaje y tan hermoso!

Él prefería Suiza, por sus lagos y sus *chalets*.

Ella decía:

—No: á mí me gustaría ver países, ó muy nuevos, como Córcega, ó muy viejos y llenos de recuerdos, como Grecia. ¡Debe ser tan dulce hallar las huellas de estos pueblos, cuya historia sabemos desde la infancia, ver los lugares en que se hicieron tan grandes cosas!

El vizconde, menos exaltado, declaró:

—A mí me atrae Inglaterra; es una región muy instructiva.

Y empezaron á recorrer el universo, discutiendo las cualidades de cada país, desde los Polos hasta el Ecuador, extasiándose con paisajes imaginarios y costumbres inverosímiles de algunos pueblos, como los japoneses y los chinos; pero llegaron á deducir que el país más hermoso del mundo es Francia, con su clima

templado, fresco en el estío, suave en el invierno, con sus ricas campiñas, sus verdes bosques, sus grandes ríos serenos, y ese culto á las bellas artes que, desde los grandes siglos de Atenas, no ha existido en parte ninguna.

Luego se callaron.

El sol, más bajo, parecía tinto en sangre, y un ancho surco luminoso, un camino resplandeciente, se extendía sobre el agua, desde el límite del Océano hasta la quilla de la barca.

Cayeron los últimos soplos del viento, deshízose toda arruga; la vela, inmóvil, estaba roja. Una calma momentánea, ilimitada, parecía llenar el espacio, extendiendo el silencio alrededor de este choque de elementos, mientras, arqueando bajo el cielo su luciente y líquido vientre, la mar, monstruosa doncella, esperaba al amante de fuego que hacia ella descendía. Éste precipitaba su caída, teñido de púrpura, como por el deseo del abrazo; se unió á ella lentamente, y el mar le devoró.

El crepúsculo fué corto; la noche, tachonada de estrellas, se extendió. El tío Lastique cogió los remos, y entonces vieron que el mar estaba fosforescente. Juana y el vizconde, uno al lado

del otro, miraban estos fugitivos resplandores que la barca dejaba tras sí. Casi no pensaban, contemplando vagamente, aspirando la tarde en su bienestar delicioso; y como Juana tenía una mano apoyada en el banco, un dedo de su vecino se apoyó, como casualmente, contra su piel; ella no se movió, sorprendida, feliz y turbada por este contacto tan ligero.

Aquella noche, cuando entró en su cuarto, sintióse extrañamente agitada y enternecida, hasta el extremo de que todo le daba deseos de llorar. Miró su reloj, y pensó que la pequeña abeja latía á modo de un corazón, de un corazón amigo, que sería testigo de toda su vida, que acompañaría sus alegrías y sus penas con su acompasado tic-tac, y detuvo la mosca dorada para darle un beso en las alas. Hubiera besado cualquier cosa. Se acordó de que había guardado en el fondo de un cajón una vieja muñeca de otro tiempo; la buscó, volvió á verla con la alegría con que se halla á una amiga adorada, ausente mucho tiempo, y estrechándola contra su pecho, acribilló á besos ardientes las pintadas mejillas y las hilachas descoloridas del juguete.

Y teniéndola en sus brazos, meditó.

¿Sería *Él* el esposo prometido por mil voces secretas, arrojado en su camino por una Providencia soberanamente buena? ¿Serían dos predestinados cuyas ternuras, uniéndose, debían estrecharse, mezclarse indisolublemente, engendrar el *amor*?

No sentía aún esos tumultuosos transportes de todo su ser, esos locos impulsos, esas profundas conmociones que, á su juicio, constituían la pasión; sin embargo, parecíale que empezaba á amar, porque á veces se sentía desfallecer pensando en él; y en él pensaba sin cesar. Su presencia le agitaba el corazón; se avergonzaba y palidecía al encontrar su mirada, y al oír su acento se estremecía.

Aquella noche durmió poco.

Desde entonces, el turbulento deseo de amar la invadió más y más. Se consultaba sin cesar, y consultaba también á las margaritas, á las nubes, á las monedas arrojadas al aire y al azar.

Una noche le dijo su padre:

—Ponte guapa mañana por la mañana.

—¿Por qué, papá? le preguntó.

Y el barón la contestó:

—Es un secreto.

Y cuando al otro día bajó de su cuarto, hermosa, vestida con traje claro, encontró la mesa del salón cubierta de cajas de bombones, y en una silla un enorme ramo.

Un carruaje entró en el patio. En la parte superior se leía: «Lerat, pastelero en Fécamp. Comidas de boda.» Y Ladivina, ayudada por un marmitón, sacaba, por una trampa que se abría por la parte posterior del carricoche, muchos cestos grandes que olían bien.

Presentóse el vizconde de Lemare. El pantalón, extendido bajo pequeñas botas lustrosas, dejaba ver la pequeñez de su pie. Su larga levita, ceñida al talle, dejaba salir por la abertura del pecho el encaje de su chorrera, y una fina corbata de varias vueltas le obligaba á alzar la enorme cabeza, de aire distinguido y grave. Parecía otro; tenía esa apariencia particular que el traje da súbitamente á los rostros más conocidos. Juana, estupefacta, le miraba, como si no le hubiera visto nunca, pareciéndole soberanamente buen mozo, gran señor de la cabeza á los pies.

Se inclinó sonriente, y dijo:

—Y bien, comadre: ¿estáis pronta?

Ella balbuceó:

—Pero... ¿qué es esto? ¿Qué ocurre?

—Ahora lo sabrás, dijo el barón.

La calesa, adornada, se adelantó. Mad. Adela bajó de su cuarto, muy vestida, del brazo de Rosalía, que parecía tan conmovida ante la elegancia de M. de Lamare, que papafía murmuró:

—Vamos, vizconde; parece que nuestra doncella os encuentra de su gusto.

Él se avergonzó hasta el blanco de los ojos; hizo como que no oía, y cogiendo el gran ramo, se lo presentó á Juana. Ésta le tomó, más admirada todavía. Los cuatro subieron al coche, y Ladivina, la cocinera, que traía á su señora una taza de caldo tibio para darle fuerzas, exclamó:

—¡Verdaderamente, señora, esto parece una boda!

Al entrar en Iport echaron pie á tierra, y á medida que adelantaban en el pueblo, los marineros, vestidos con sus blusas nuevas, cuyos dobleces se veían, salían de sus casas, estrechaban la mano del barón, y seguían el cortejo como se sigue una procesión.

El vizconde había dado el brazo á Juana, é iba delante con ella.

Detuviéronse al llegar á la iglesia, y la gran cruz de plata apareció llevada en alto por un monaguillo, que precedía á otro rapaz vestido de blanco y rojo, que traía un caldero de agua bendita, en que se humedecía el hisopo.

Luego pasaron tres viejos chantres, uno de los cuales cojeaba, después el serpentón, detrás el cura, cuyo vientre abultado levantaba la estola dorada, cruzada por cima de él. Dió los buenos días con una sonrisa y un movimiento de cabeza; después, con los ojos medio cerrados, los labios trémulos, refunfuñando una oración, el bonete encasquetado hasta las narices, siguió á su estado mayor de sobrepelliz, dirigiéndose hacia el mar.

En la plaza esperaba la multitud alrededor de una barca nueva, muy adornado el mástil; su vela, sus cordajes, estaban cubiertos de largas cintas que volaban movidas por la brisa, y detrás, en la popa, veíase escrito en letras de oro el nombre—JUANA.—

El tío Lastique, patrón de esta barca, construída con el dinero del barón, se adelantó al

cortejo. Todos los hombres, con un mismo movimiento, se descubrieron; y una fila de devotas, encapuchadas bajo grandes mantos negros que en anchos pliegues las caían de los hombros, se arrodillaron al ver la cruz.

Colocóse el cura entre los dos monaguillos en un extremo de la barca, mientras que en el otro los tres viejos chantres grasientos, con su blanca vestidura, la barba peluda, aspecto grave, la vista clavada en el libro del canto llano, cantaban á voz en cuello.

Cada vez que se detenían para tomar aliento, el serpentón sólo continuaba su mugido; y en la hichazón de su mejillas llenas de viento, desaparecían sus ojillos grises. La misma piel de la frente y la del cuello parecía que se le despe- gaba: ¡tanto se hinchaba al soplar!

El mar, inmóvil y transparente, parecía asistir con recogimiento al bautismo de su barquilla, rozando apenas, como rumor de rastrillo que arañaba la arena, las olas altas como de un dedo. Y las grandes gaviotas blancas, con sus alas abiertas, pasaban describiendo curvas en el cielo azul, se alejaban, volvían con su vuelo circular por cima de la multitud arrodillada, como si

ellas también quisieran ver lo que pasaba allí.

Pero el canto, después de un amén aullado cinco minutos, cesó de pronto; y el sacerdote, con voz pastosa, glosó unas cuantas palabras latinas, de las que solo se percibían las sonoras terminaciones.

Dió la vuelta á la barca, rociándola con agua bendita, luego empezó á murmurar *oremus*, colocándose á lo largo de una de las bordas, enfrente del padrino y la madrina que, asidos de la mano, permanecían inmóviles.

El joven conservaba su gravedad de buen mozo; pero la joven, ahogada por una repentina emoción, desfallecida, empezó á temblar de tal modo, que sus dientes chocaban unos contra otros. El sueño que desde algún tiempo atrás la poseía, acababa de tomar de pronto, en una especie de alucinación, las apariencias de una realidad. Habíase hablado de boda, un sacerdote estaba allí bendiciendo; unos hombres vestidos con blancas sobrepellices salmodiaban oraciones; parecía que se casaba.

Contrajéronse sus dedos en una sacudida nerviosa. ¡Corrió á lo largo de sus venas comunicándose hasta el corazón de su compañero la obse-

sión de su propio corazón? ¿Comprendió á Juana, adivinó, fué, como ella, invadido por una especie de embriaguez amorosa? ¿O es que el vizconde sabía por experiencia que ninguna mujer le resistía? La joven notó bien pronto que él la estrechaba la mano, primero dulcemente, luego más fuerte, más fuerte, hasta rompérsela. Y sin que su rostro se contrajera, sin que nadie lo advirtiese, la dijo, sí, la dijo muy satisfecho:

—¡Ah, Juana! ¡Si quisierais, estos serían nuestros esposales!

Juana bajó la cabeza con un movimiento muy lento, que quizás quería decir: «sí.» Y el sacerdote, que todavía rociaba la barca con agua bendita, les envió unas cuantas gotas con los dedos.

Todo había acabado. Las mujeres se levantaban ya. La vuelta fué una desbandada. En manos del monaguillo, la cruz había perdido su dignidad, desfilaba de prisa, oscilaba de derecha á izquierda, ó inclinada hacia adelante, como si fuera á caer. El sacerdote, que no rezaba ya, corría detrás de ella; los chantres y el serpen-tón habían desaparecido por una callejuela, con objeto de desnudarse cuanto antes; los marine-

ros corrían en grupos. Un mismo pensamiento, que les daba en el cerebro, algo así como un olor de cocina, aligeraba sus piernas, humedecía las bocas en saliva, bajaba hasta el vientre, donde hacía vibrar los intestinos.

En los Pueblos les esperaba un buen almuerzo.

La gran mesa estaba puesta en el patio, bajo los manzanos. Sesenta personas, entre marineros y aldeanos, se sentaron á ella. La baronesa, en el centro, tenía á ambos lados á los dos curas, el de Iport y el de los *Pueblos*. El barón, en frente, se sentaba entre el alcalde y su mujer, una mujer delgada, vieja ya, que dirigía á todas partes una porción de saludos; tenía una cara estrecha, apretada por un gran gorro normando, verdadera cabeza de gallina de cresta blanca, ojos redondos y siempre muy abiertos; comía á bocados muy ligeros, como si picotease los platos con la nariz.

Al lado del padrino, Juana vagaba en la felicidad. No veía nada, no sabía nada y se callaba, con la cabeza llena de alegría.

Le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—Julián, la dijo él; ¿no lo sabíais?
Juana no respondió; pensaba.

—¡Cuántas veces voy á repetir este nombre!

Terminada que fué la comida, abandonaron el patio á los marineros, pasando al otro lado del castillo. La baronesa fué á dar su paseo habitual apoyada en el barón, seguida de los dos sacerdotes. Juana y Julián llegaron hasta el bosquecillo y entraron por las pequeñas veredas cubiertas de ramaje. De pronto él la cogió las manos.

—Decidme: ¿queréis ser mi mujer?

La joven bajó la cabeza; y como él balbuceaba:

—Responded, os lo suplico.

Alzó los ojos hacia él, dulcemente, y el vizconde leyó en sus ojos la respuesta.

IV

Una mañana entró el barón en la alcoba de Juana cuando aún estaba ésta acostada, y sentándose á los pies, dijo:

—El vizconde de Lamare nos ha pedido tu mano.

Ganas la dieron de ocultar el rostro entre las sábanas.

Su padre continuó:

—Hemos aplazado nuestra contestación para muy pronto.

Juana jadeaba, ahogada de emoción. Al cabo de un minuto, el barón, que sonreía, añadió:

—No hemos querido hacer nada sin contar antes contigo. Tu madre y yo, sin que esto sea comprometerte, no nos oponemos á ese matrimonio. Tú eres mucho más rica que él; pero tratándose de la felicidad de toda la vida, no

—Julián, la dijo él; ¿no lo sabíais?

Juana no respondió; pensaba.

—¡Cuántas veces voy á repetir este nombre!

Terminada que fué la comida, abandonaron el patio á los marineros, pasando al otro lado del castillo. La baronesa fué á dar su paseo habitual apoyada en el barón, seguida de los dos sacerdotes. Juana y Julián llegaron hasta el bosquecillo y entraron por las pequeñas veredas cubiertas de ramaje. De pronto él la cogió las manos.

—Decidme: ¿queréis ser mi mujer?

La joven bajó la cabeza; y como él balbuceaba:

—Responded, os lo suplico.

Alzó los ojos hacia él, dulcemente, y el vizconde leyó en sus ojos la respuesta.

IV

Una mañana entró el barón en la alcoba de Juana cuando aún estaba ésta acostada, y sentándose á los pies, dijo:

—El vizconde de Lamare nos ha pedido tu mano.

Ganas la dieron de ocultar el rostro entre las sábanas.

Su padre continuó:

—Hemos aplazado nuestra contestación para muy pronto.

Juana jadeaba, ahogada de emoción. Al cabo de un minuto, el barón, que sonreía, añadió:

—No hemos querido hacer nada sin contar antes contigo. Tu madre y yo, sin que esto sea comprometerte, no nos oponemos á ese matrimonio. Tú eres mucho más rica que él; pero tratándose de la felicidad de toda la vida, no

debe uno preocuparse de la cuestión del dinero. Como es solo en el mundo, si te casases con él haríamos cuenta de que entraba un hijo en nuestra familia, mientras que con otro, tú eres, hija mía, quien se iría á casa de unos extraños. El joven nos gusta. ¿Te gustaría también... á tí?

Avergonzada hasta lo blanco de los ojos, balbuceó:

—Sí, papá.

Y papáito, mirándola fijamente y con persistencia, murmuró:

—¡Ya me lo imaginaba yo!

Todo el día estuvo como borracha, sin saber lo que hacía, tomando maquinalmente unos objetos por otros, las piernas rotas de fatiga sin haber andado nada.

A eso de las seis hallábase sentada con mamáita bajo el plátano, cuando se presentó el vizconde.

El corazón de Juana empezó á latir precipitadamente. El joven se adelantaba, al parecer sin conmoverse. Cuando estuvo cerca, cogió los dedos de la baronesa y los besó; luego, levantando á su vez la trémula mano de la joven, de-

positó en ella fuertemente un largo beso de ternura y reconocimiento.

Y la radiante estación de los esponsales dió principio. Hablaban solos en los rincones del salón, ó sentados en las escarpas en el fondo del bosque, delante de la landa salvaje. A veces se paseaban por la avenida de la mamáita, él hablando del porvenir, ella, con los ojos bajos, fijos en la huella empolvada del pie de la baronesa.

Una vez decidido el casamiento quisieron apresurar el desenlace; convínose que la ceremonia se celebraría al mes y medio, el día 15 de Agosto, y que los recién casados saldrían inmediatamente para su viaje de novios. Consultada sobre el país que quería visitar Juana, se decidió por Córcega, donde podrían estar más solos que en las ciudades de Italia.

Espéran el momento fijado para su unión sin impaciencia, envueltos en una ternura deliciosa, saboreando el exquisito encanto de las caricias insignificantes, de los dedos cogidos furtivamente, de las miradas de pasión tan largas, que las almas parecían morderse y confundirse, y atormentados vagamente por el indeciso deseo de los abrazos apretados.

Resolvieron no invitar á nadie al matrimonio, excepción hecha de la tía Lison, hermana de la baronesa, que vivía, como señora pensionista, en un convento de Versalles.

Después de la muerte de su padre, la baronesa había querido que su hermana viviera á su lado; pero la solterona, atormentada por la idea de que molestaba á todo el mundo, que era inútil é inoportuna, se retiró á una de esas casas religiosas que alquilan habitaciones á las personas que están tristes y solas en la vida. De cuando en cuando, la pobre mujer venía á pasar un mes ó dos con su familia.

Era una mujercita que hablaba poco, ocultándose siempre, saliendo sólo á las horas de comer, y volviéndose en seguida á su cuarto, donde estaba encerrada continuamente. Tenía buen aire, estaba algo aviejada, aunque no contaba más que cuarenta y dos años, mirada dulce y triste; nunca había significado nada en su familia. De pequeña, como no era bonita ni traviesa, apenas la besaban, y tranquila, serena, se pasaba la vida en los rincones. Luego se la sacrificó constantemente. Joven ya, nadie se ocupó en ella.

Era algo así como una sombra ó un objeto de familia, un mueble vivo que la gente se habitúa á ver todos los días, pero en el cual no piensa nunca.

Por costumbre adquirida en la familia, su hermana la consideraba como un ser incompleto, totalmente insignificante. La trataban con una familiaridad y confianza que ocultaba una especie de bondad despreciativa. Llamábanla Lisa, y este nombre, jóven y travieso, la molestaba, al parecer. Viendo que no se casaba, que no se casaría ya, sin duda, transformaron Lisa en Lison. Desde que nació Juana se convirtió en «tía Lison,» una parienta humilde, pulcra, excesivamente tímida, hasta con su hermana y su cuñado, que sin embargo la querían; pero con un afecto vago que era á la vez un compuesto de ternura indiferente, de inconsciente compasión y de benevolencia natural.

A veces, cuando la baronesa hablaba de las cosas lejanas de su juventud, decía, para fijar una fecha: «Fué cuando Lison se dió aquel golpe en la cabeza.»

Y como nunca se decía más, este «golpe en

la cabeza» permanecía como envuelto entre la bruma.

Una tarde Lisa, que entonces contaba veinte años, habíase arrojado al agua sin saber por qué. Nada en su vida, en sus maneras, hacía presentir una locura semejante. La sacaron medio muerta, y los padres, indignados, levantando los brazos al cielo, en vez de buscar la causa misteriosa de aquel hecho, se habían contentado con hablar del golpe en la cabeza de Lisa como hablaban del accidente del caballo *Coco*, que poco antes se había roto una pata en una cuneta, y á quien hubo que matar por esta circunstancia.

Desde aquel día Lisa, y muy pronto Lison, fué mirada como una pobre de espíritu. El dulce desprecio que inspiraba á sus parientes se infiltró lentamente en el corazón de todas las personas que la rodeaban. La misma Juanita, con esa adivinación propia de los niños, no se ocupaba en ella; no subía nunca á besarla en su cama, no entraba nunca en su cuarto. Sólo Rosalía, la doncella que arreglaba este cuarto, sabía, al parecer, dónde estaba situado.

Cuando tía Lison entraba en el comedor para

sentarse á la mesa, la «niña» iba por costumbre á presentarla su frente: nada más.

Si alguien quería hablarla, enviaban un criado á que la buscara; y cuando no estaba allí, no pensaban nunca en ella, sin que jamás se les ocurriera preocuparse y preguntar:

—¡Calle! no hemos visto á Lison esta mañana.

No había sitio para ella. Era una de esas criaturas que permanecen desconocidas, aun para sus parientes más próximos, como inexploradas, y cuya muerte no hace agujero ni deja vacío en una casa; una de esas criaturas que no saben entrar ni en la vida, ni en las costumbres, ni en el amor de los que viven junto á ellos.

Cuando se decía «tía Lison,» estas dos palabras no despertaban, digámoslo así, ningún afecto en el ánimo de nadie. Era como si se hubiese dicho: «la cafetera ó el azucarero.»

Andaba siempre á pasitos precipitados y silenciosos; no hacía nunca ruido, no tropezaba con nada, como si comunicase á los objetos la propiedad de no producir sonido alguno. Sus manos parecían hechas de una especie de mate,

según manejaban ligera y delicadamente cuanto tocaban.

A mediados de Julio llegó toda trastornada por la idea del matrimonio. Traía una porción de regalos, que, por ser de ella, pasaron casi inadvertidos.

Desde el día siguiente de su llegada dejó ya de notarse que estaba allí.

Pero fermentaba en ella una emoción extraordinaria, y sus ojos no se apartaban de los novios. Ocupóse en el equipo con energía singular, con actividad febril, trabajando como una simple costurera en su cuarto, al que nadie venía á verla.

A cada momento presentaba á la baronesa pañuelos que había dobladillado por sí misma, servilletas que había bordado, preguntando:

—¿Está así bien, Adelaida?

Y mamaíta, examinando sin interés el objeto que la presentaba, decía:

—No te canses tanto, mi pobre Lison.

Una noche, después de un día muy caluroso, alzóse la luna de una de esas noches claras y tibias que turban, enternecen, exaltan y parecen despertar todas las secretas poesías del

alma. Los suaves aires del campo entraron en el tranquilo salón. La baronesa y su marido jugaban apaciblemente á las cartas en la claridad redonda que la pantalla de la lámpara dibujaba sobre la mesa; «tía Lisón,» sentada entre ellos, cosía; y los jóvenes, apoyados de pechos en el marco de la ventana, miraban el jardín bañado en luz.

El tilo y el plátano proyectaban su sombra sobre el césped que bajo ellos se extendía, pálido y luciente, hasta el oscuro bosquecillo.

Atraída invenciblemente por el tierno encanto de aquella noche, por la vaporosa iluminación de los árboles y los arbustos, Juana se volvió hacia sus padres.

—Papaíto, vamos á dar una vueltecita allí, por la hierba, delante del castillo.

Sin dejar su juego, le contestó el barón:

—Id, hijos míos.

Y siguió jugando.

Salieron, y empezaron á andar lentamente por el musgo blancuzco hasta el bosquecillo del fondo.

Pasaban las horas sin que pensasen en volver. La baronesa, cansada, quiso retirarse á su cuarto.

—Hay que llamar á esos dos tórtolos,—dijo. De una ojeada recorrió el barón el vasto jardín luminoso, por el cual vagaban dulcemente las dos sombras.

—¡Déjalos!—dijo;—¡se está tan bién ahí fueral Lisón les esperará. ¿Quieres, Lisón?

La solterona abrió los ojos inquietos, y respondió con su tímida voz:

—Bueno, les esperaré.

Papaíto ayudó á la baronesa á levantarse, y cansado también por el calor del día:

—Yo también voy á acostarme, dijo.

Y salió con su mujer.

Entonces tía Lisón se levantó á su vez, y dejando sobre el brazo del sillón la obra empezada, la lana y la aguja grande, vino á ponerse de codos á la ventana, y contempló la noche encantadora.

Los dos novios andaban sin cesar, á través del césped, del bosque á la escalinata, de la escalinata al bosque. Se estrechaban los dedos, y no hablaban, extraños á sí mismos, absortos completamente en la poesía visible que se exhalaba de la tierra.

Juana vió de pronto en el marco de la venta-

na la silueta de la solterona, dibujada por la claridad de la lámpara.

—¡Calle!—dijo.—Es tía Lisón que nos está mirando.

El vizconde alzó la cabeza, y con esa voz indiferente del que habla sin pensar:

—Sí, es tía Lisón.

Y siguieron soñando, andando á pasos cortos, amándose.

Pero el rocío cubría la hierba; sintieron fresco.

—Volvamos ya,—dijo la joven.

Y volvieron.

Cuando entraron en el salón, tía Lisón se había puesto á bordar otra vez; tenía la frente inclinada sobre su trabajo, y sus delgados dedos temblaban un poco, como si estuvieran muy cansados.

Juana se la acercó:

—Tía, vámonos ya á dormir.

La solterona volvió los ojos, los tenía encendidos, como de haber llorado. Los novios no hicieron alto en ello; pero el vizconde vió de pronto los finos zapatos de la joven empapados en agua, y presa de inquietud la preguntó con ternura:

—¿No tenéis frío en esos lindos piecitos?

Y al oírle, los dedos de la tía se sintieron sacudidos por un temblor tan fuerte, que la costura se les escapó; el ovillo de lana rodó á lo lejos; y la pobre mujer, ocultando el rostro entre sus manos, empezó á llorar con fuertes sollozos convulsivos.

Los dos enamorados la miraban con asombro, inmóviles. Juana, rápidamente, se arrodilló delante de ella, le abrió los brazos, trastornada, repitiendo:

—¿Pero qué tienes, pobre Lisón?

Entonces la desdichada, balbuceando, con la voz empapada en lágrimas y el cuerpo crispado de dolor, contestó:

—Es que te ha preguntado... ¿no tenéis frío en esos... lindos piecitos?... A mí no me han dicho nunca esas cosas... á mí... nunca... jamás!...

Juana, sorprendida, apiadada, sintió, sin embargo, deseos de reírse por la idea de un galán diciéndole ternezas á Lisón: y el vizconde se volvió para ocultar su hilaridad.

Pero la tía se levantó de pronto, dejó la lana

en tierra, el bordado sobre el sillón, y se fué sin luz por la sombría escalera, buscando á tientas su cuarto.

Una vez solos, los dos jóvenes se miraron absortos, enternecidos. Juana murmuró:

—¡Pobre tía!

Y Julián:

—Esta noche debe de estar algo loca.

Teníanse cogidas las manos sin decidirse á separarse, y dulcemente, muy dulcemente, cambiaron su primer beso ante el asiento vacío que acababa de dejar tía Lisón.

Al día siguiente ni pensaban siquiera en las ágrimas de la solterona.

Las dos semanas que precedieron al matrimonio dejaron á Juana bastante tranquila, como si ya estuviera cansada de dulces emociones.

En la mañana del día decisivo no tuvo tiempo de reflexionar. Experimentaba solo una gran sensación de vacío dentro de su cuerpo, como si los huesos, la carne, la sangre, todo se hubiera fundido bajo la piel; y al tocar los objetos notaba que los dedos le temblaban mucho. No se tranquilizó hasta hallarse en el coro, durante la misa.

¡Casada! ¡Estaba casada! La sucesión de cosas, de movimientos, de sucesos realizados desde el alba, la parecía un sueño, un verdadero sueño. Hay momentos en que diríase que todo cambia á nuestro alrededor; hasta los gestos tienen una nueva significación; hasta las horas, que al parecer, no ocupan su sitio acostumbrado.

Juana se sentía aturdida; sobre todo, asombrada. La víspera aún no se había modificado nada en su existencia; la esperanza constante de su vida se aproximaba más, hacíase más palpable. Se había dormido niña, se despertaba mujer.

Es decir, que había franqueado esa barrera que parece ocultar el porvenir con todas sus alegrías, con sus felicidades soñadas. Parecía que delante de ella se había abierto una gran puerta: iba á entrar en *lo esperado*.

Concluída la ceremonia, pasaron á la sacristía, que estaba casi desierta, porque no habían invitado á nadie. Luego salieron de ella.

Cuando se presentaron en la puerta de la iglesia, un estrépito formidable hizo dar un salto á la recién casada, y exhalar un grito á la baronesa: era una salva de fusilería disparada

por los aldeanos; y las detonaciones no cesaron hasta que llegaron á los *Pueblos*, donde les esperaba una colación preparada para la familia, el cura de los señores y el de Iport, el alcalde y los testigos, escogidos entre los grandes colonos de las cercanías.

Luego dieron un paseo por el jardín, hasta la hora de comer. El barón, la baronesa, tía Lisón, el alcalde y el padre Picot echaron á andar por la avenida de la mamaíta, mientras que en la otra, el cura leía su breviario, recorriéndola á grandes pasos.

Oíase, del otro lado del castillo, el ruido en que se desbordaba la alegría de los campesinos que bebían sidra al pie de los manzanos. Todo el pueblo, vestido con traje de los días de fiesta, llenaba el patio. Los mozos y las mozas corrían unos tras otros.

Juana y Julián atravesaron el bosquecillo, luego subieron al talud, y silenciosos los dos, se pusieron á mirar al mar. Aunque estaban en Agosto hacía bastante fresco; el viento Norte soplabá, y el sol lucía resplandeciente en un cielo completamente azul.

Buscando un abrigo, los jóvenes atravesaron

la landa, volviendo á la derecha, para ganar el valle ondulante y cubierto de maleza que baja en dirección á Iport. En cuanto llegaron á los tilos se vieron al abrigo del viento, y dejaron el camino para tomar una estrecha senda que se perdía entre el ramaje. Apenas podían ir de frente; entonces Juana sintió un brazo que se doblaba alrededor de su cintura.

Jadeante, con el corazón que latía acelerado, con la respiración cortada, la joven no hablaba. Algunas ramas, más bajas que las otras, les acariciaban los cabellos. Muchas veces tenían que inclinarse para pasar. Juana cogió una hoja; dos *maricas* semejantes á dos conchitas rojas, estaban adheridas á ella.

Entonces, inocente y algo serena, dijo:

—¡Calla! ¡Un matrimonio!

Julián acercó los labios á su oído:

—¡Esta noche seréis mi mujer!

Por más que desde su estancia en el campo hubiera aprendido muchas cosas, Juana no pensaba aún más que en la poesía del amor, y se sorprendió. ¿Su mujer? ¿No lo era ya?

Púsose él á besarla con besos castos y suaves en las sienes, en el cuello, en la nuca, allí

donde los primeros pelillos crecen; sorprendida por cada uno de estos besos de hombre, á los cuales no estaba acostumbrada, volvía instintivamente la cabeza al otro lado para evitar aquella caricia que, sin embargo, la encantaba.

Halláronse de pronto en el lindero del bosque. Confusa por haberse alejado tanto, Juana se detuvo. ¿Qué iban á pensar?—Volvamos,—dijo.

Entonces él retiró el brazo con que rodeaba su talle, y volviéndose ambos, se encontraron frente á frente, tan próximos, que sintieron sus alientos en el rostro, y se miraron. Se miraron con una de esas miradas fijas, agudas, penetrantes, en que dos almas creen confundirse. Buscaron en sus ojos, detrás de las pupilas, en ese impenetrable desconocido del ser; se sondearon en una muda y obstinada interrogación, ¿Qué iban á ser el uno para el otro? ¿Qué iba á ser esta existencia que empezaban juntos? ¿Qué alegrías, qué venturas ó qué desilusiones se reservaban en este largo é indisoluble lazo del matrimonio? Y á los dos les pareció que no se habían visto todavía.

De pronto, Julián, apoyando ambas manos en los hombros de su mujer, la dió en la boca un

beso profundo, como nunca lo había ella recibido. Este beso bajó, penetró en sus venas, en la medula de los huesos; y sintió tan misteriosa sacudida que, sin saber lo que hacía, rechazó á Julián con sus brazos, y por poco se cae de espaldas.

—¡Vámonos! ¡Vámonos!—dijo.

Él no respondió, pero le cogió las manos y no las soltó ya. Hasta la casa no cambiaron una sola palabra. El resto de la tarde se les hizo muy largo.

Al caer la noche se pusieron á la mesa.

Contra las costumbres normandas, la comida fué sencilla y bastante breve. Cierta malestar preocupaba á los invitados. Sólo los dos sacerdotes, el alcalde y los cuatro colonos, mostraron algo de esa tosca alegría que es de rigor acompañe á toda boda.

La alegría parecía muerta; una palabra del alcalde la reanimó. Eran cerca de las nueve cuando empezó á servirse el café. Fuera, bajo los manzanos del primer patio, empezaba el baile campestre. Por la ventana abierta veíase toda la fiesta. Cabos de vela colgados de las ramas daban á las hojas ligero tinte verde gris.

Rústicos de ambos sexos saltaban en corro, aullando una tonada de baile salvaje, que acompañaban débilmente dos violines y un clarinete, subidos sobre una mesa de la cocina á modo de tablado. El canto tumultuoso de los aldeanos cubría, á veces por completo, la canción de los instrumentos; y la débil música, interrumpida y rota por las voces desencadenadas, parecía caer del cielo á pedazos, en pequeños fragmentos de notas desperdigadas.

Dos grandes toneles, rodeados de flameantes antorchas, daban vino á la multitud. Dos criados estaban ocupados en enjuagar continuamente las vasos y los *bols* en un barreño, para tenderlos, chorreando agua todavía, bajo las espitas de donde salía el hilo rojo del vino ó el hilo dorado de la sidra pura. Y los bailarines sedientos, los viejos tranquilos, las muchachas sudorosas, se aglomeraban, tendían los brazos para coger por turno un vaso cualquiera, y verter á grandes tragos en la garganta, echando hacia atrás la cabeza, su líquido preferido.

Sobre una mesa había pan, manteca, queso y salchichón. De cuando en cuando, todos tomaban un bocado, y bajo la techumbre de hojas

iluminadas, esta fiesta sana y violenta daba á los sombríos convidados del salón ganas de bailar también, de beber en el vientre de aquellos barriles y de comer una rebanada de pan con manteca y cebolla cruda.

El alcalde, que llevaba el compás con su cuchillo, exclamó:

—¡Caramba! Es, como si dijéramos, las bodas de Camacho.

El padre Picot, enemigo natural de la autoridad civil, interrumpió:

—Querréis decir de Canaán.

Pero el alcalde no aceptó la lección.

—No, señor cura, yo me entiendo. Cuando digo Camacho, es Camacho.

Levantáronse y pasaron al salón. Después fueron á mezclarse algo con el pueblo alegre; luego se marcharon.

El barón y la baronesa hablaban en voz baja, como si riñeran. Madama Adelaida, más sofozada que nunca, rehusaba, al parecer, lo que la pedía su marido; al fin, y casi en voz alta, dijo:

—No, amigo mío, no; no puedo: no sabría cómo empezar.

Entonces papaíto, separándose bruscamente, se acercó á Juana.

—¿Quieres que demos una vuelta, hijita?— la dijo.

—Como quieras, papá,—respondió ella conmovida.

Y salieron.

En cuanto estuvieron enfrente de la puerta, por la parte del mar, un vientecillo seco les azotó, uno de esos vientos fríos de verano que anuncian ya el otoño. Algunas nubes galopaban en el cielo, velando y descubriendo alternativamente las estrellas.

El barón estrechaba contra su cuerpo el brazo de su hija, oprimiéndole la mano con ternura. Anduvieron durante unos cuantos minutos. Él vacilaba; al parecer, estaba indeciso; por fin se decidió:

—Pequeña, voy á cumplir un deber difícil que corresponde á tu madre; pero no quiere, y es preciso que ocupe yo su puesto. Ignoro lo que tú sabes de las cosas de la vida. Hay misterios que se ocultan con cuidado á los hijos, sobre todo á las hijas, á las hijas que deben conservarse puras de alma, irrepochablemente puras.

hasta la hora en que las ponemos en brazos del hombre que ha de cuidar de su felicidad. A él corresponde levantar este velo tendido sobre el dulce secreto de la vida. Pero muchas veces, cuando todavía no han tenido sospecha ninguna, las jóvenes se rebelan ante la realidad algo brutal que se oculta detrás de los sueños. Heridas en su alma, heridas hasta en su cuerpo, rehusan al esposo lo que la ley, la ley humana y la ley natural, le otorgan como derecho absoluto. No puedo decirte más, querida mía; no olvides esto, esto sólo: que perteneces toda entera á tu marido.

¿Qué sabía ella? ¿Qué adivinaba? Juana se había echado á temblar, oprimida por una melancolía dolorosa, y abrumadora como un presentimiento.

Volvieron. Una sorpresa les esperaba en la puerta del salón. Madama Adelaida sollozaba sobre el pecho de Julián. Sus lágrimas, lágrimas ardientes, movidas como por un soplo de fragua, parecían salirle al mismo tiempo de la nariz, de la boca y de los ojos. Y el joven, sorprendido, sin saber qué hacerse, sostenía en sus brazos á la gruesa mujer que se echaba contra

él, recomendándole á su querida, á su adorada hijita.

El barón se adelantó.

—¡Oh! Nada de escenas, nada de enternecimientos; os lo ruego.

Y cogiendo á su mujer, la sentó en una butaca, mientras se limpiaba el rostro. Volvióse luego á Juana.

—Vamos, pequeña, abraza á tu madre, y anda á acostarte.

A punto de llorar también, la joven dió un beso á su madre, y huyó.

Tía Lison se había retirado ya á su cuarto. Los barones quedaron solos con Julián. Estaban tan cortados los tres, que no se les ocurría decir nada; los dos hombres en traje de *soirée*, de pie, con la mirada vaga; madama Adelaida, abatida en su butaca, sollozando aún. La situación se hacía intolerable; el barón se puso á hablar del viaje que los jóvenes debían emprender á los pocos días.

En su cuarto, Juana dejábase desnudar por Rosalía, que lloraba como una Magdalena. Sus manos, errantes y al azar, no encontraban los cordones ni las agujas, y con seguridad parecía

más conmovida que su ama. Pero Juana no hacía alto en las lágrimas de la joven; parecía que había estado en otro mundo, que había partido para otra tierra, separada de todo cuanto había visto y querido hasta ahora. Todo lo veía trastornado en su vida y en su pensamiento; hasta se le ocurrió una idea extraña: «¿Amaba a su marido?» Ahora se la presentaba como un extraño á quien apenas conocía. Tres meses antes no sabía ni que existía siquiera, y ahora era su mujer. ¿Por qué? ¿Por qué caer tan pronto en el matrimonio, como en un hoyo abierto bajo sus plantas?

Cuando estuvo en *toilette* de noche, se deslizó en el lecho, y las ropas, algo frescas, dando escalafíos á los pies, aumentaron aquella sensación de frío, de soledad, de tristeza que hacía dos horas la pesaba en el alma.

Fuése Rosalía, sin dejar de llorar, y Juana quedó esperando. Esperando ansiosa, con el corazón encogido, ese yo no sé qué adivinado, anunciado en términos confusos por su padre; esa revelación misteriosa de lo que es el gran secreto del amor.

Sin que hubiera oído subir á nadie por la es-

calera, sonaron tres golpes ligeros contra la puerta. Estremeciósé horriblemente, y no contestó. Llamaron de nuevo, luego rechinó la cerradura. Juana ocultó la cabeza bajo las ropas, como si hubiera visto que entraba un ladrón en la casa. Unas botas crujieron dulcemente sobre el pavimento, y alguien se acercó á su lecho.

Sintió un sobresalto nervioso, y exhaló un débil grito; y sacando la cabeza, vió á Julián en pie, delante de ella, que la miraba y se sonreía.

—¡Oh! ¡Qué miedo habéis dado! le dijo.

A lo que él la contestó:

—¿No me esperabas?

Ella no respondió. Le vió vestido de etiqueta, con su seriedad de buen mozo, y se avergonzó horriblemente de estar así, acostada, delante de aquel hombre tan correcto.

Ni uno ni otro sabían ya qué hacer, ni qué decir, no atreviéndose ni siquiera á mirarse en esta hora grave y decisiva, de la cual depende la íntima felicidad de toda la existencia.

Julián sentía vagamente quizá el peligro que ofrece esta batalla, y qué gran posesión de sí mismo, qué astuta ternura necesita el marido para no herir ninguno de los sutiles pudores, de

las infinitas delicadezas de un alma virginal, nutrida de ensueños.

Entonces, dulcemente, le tomó una mano y la besó, y arrodillándose á los pies del lecho, como delante de un altar, murmuró con voz débil, como un soplo:

—¿Queréis amarme?

La joven, tranquilizada de pronto, levantó sobre la almohada su cabeza, rodeada de encajes, y sonriéndose:

—Os amo ya, amigo mío.

Puso él sobre su boca los finos dedos de su mujer, y con la voz alterada por aquella mordaza de carne:

—¿Queréis probarme que me amáis?

Otra vez turbada, sin comprender bien lo que decía, bajo el recuerdo de las palabras de su padre, Juana respondió:

—Soy vuestra, amigo mío.

Cubrió él de húmedos besos su muñeca, y enderezándose lentamente, acercaba su rostro al de la joven, que ella empezaba á retirar. De pronto, pasando un brazo sobre el lecho, abrazó á su mujer por cima de la ropa, mientras que, deslizando su otro brazo bajo la almohada

la levantó con la cabeza que en ella se apoyaba, y bajo, muy bajo, preguntó:

—En ese caso, ¿queréis hacerme un poco de sitio á vuestro lado?

Ella tuvo miedo, miedo instintivo, y balbuceó:

—¡Oh! todavía no; ¡os lo suplico!

Estas palabras le hirieron, al parecer; le chocaron, y, algo frío, tornó á decir, siempre en tono de súplica, pero más brusco:

—¿Y por qué más tarde, si al fin y al cabo hemos de terminar por ahí?

Estas palabras la hicieron daño; pero resignada y sumisa, la joven repitió por segunda vez:

—Soy vuestra, amigo mío.

Salió él, al oír esto, desapareciendo en el tocador, y Juana quedó oyendo sus movimientos, con rumor de ropas que se desatan, ruido de dinero en el bolsillo, caída sucesiva de las botas.

Y de pronto, en calzoncillos y calcetines, atravesó vivamente el cuarto para ir á dejar su reloj sobre la chimenea. Luego se volvió corriendo á la habitación inmediata, removió algo más, y Juana se volvió rápidamente del otro lado, cerrando los ojos al ver que su marido se acercaba.

Hizo un movimiento como para saltar al suelo, cuando una pierna fría y velluda se deslizó contra la suya, y con el rostro entre las manos, sintiendo ganas de llorar de miedo y de susto, la joven, se acurrucó en un lado de la cama.

Cogióla él en seguida entre sus brazos, aunque ella le volvía la espalda, y empezó á besarla ansiosamente el cuello, los flotantes encajes de su chambra y el cuello bordado de su camisa.

Juana no se movía, crispada en una horrible ansiedad, sintiendo que una mano ruda la buscaba el pecho, que ella había ocultado entre los brazos. Trastornada por aquel contacto brutal, respiraba con fuerza; y sentía, sobre todo, deseos de huir, de correr por la casa, de encerrarse en cualquier parte, lejos de aquel hombre.

Éste no se movía. La joven recibía en la espalda todo su calor. Entonces calmóse algo su espanto.

Acabó él por impacientarse, y con voz triste le dijo:

—¿Es decir que no queréis ser mi mujercita?

Ella, cubriéndose la cara con las manos, murmuró:

—¿Pero no lo soy ya?

Y él respondió, con tono algo malhumorado:

—No, querida mía; vamos; no os riáis de mí.

Sintióse Juana conmovida por el tono de descontento de su voz; y se volvió rápidamente hacia él para pedirle perdón.

Julián la abrazó ávidamente, como si estuviera hambriento de ella, recorriendo con rápidos besos, con besos que parecían mordiscos, todo su rostro y lo alto de su pecho, aturdiéndola á caricias. Había ella abierto sus manos y permanecía inerte bajo sus esfuerzos, no sabiendo ya lo que uno ni otro hacían, en una turbación tal de pensamiento, que no la dejaba espacio para comprender. Pero, de pronto, agudo dolor retorció su cuerpo; y mientras él la poseía violentamente, púsose ella á gemir, crispada, en sus brazos.

¿Qué pasó después? Apenas guardó ella el recuerdo, porque había perdido la cabeza; pero creyó comprender que él la arrojaba en los labios una granizada de besos de reconocimiento.

Luego, hubo él de hablarla, ella debió de contestarle: después, hizo él otras tentativas, que

ella rechazó espantada, y al volverse, sintió sobre su pecho aquel pelo crespo que había sentido ya sobre su pierna, y se apartó con espanto.

Cansado al fin de solicitar sin éxito, quedóse él inmóvil, boca arriba.

Entonces dióse ella á pensar, desesperada hasta en lo más profundo de su alma, en la desilusión de una embriaguez soñada tan distinta, de un dulce desco tan rudamente destruído, de una felicidad rota.

—¡Y á esto es á lo que llama ser su mujer!
¡A esto! ¡A esto!

Y durante largo tiempo permaneció así, desconsolada, con la vista errante por los tapices de la pared, por la vieja leyenda de amor que rodeaba su cuarto.

Y como la chocase que Julián no hablaba, no se movía, volvió los ojos hacia él, y vió que estaba durmiendo. ¡Dormía con la boca entreabierta, el rostro tranquilo! ¡Dormía!

No podía creerlo, sintiéndose indignada, más ofendida por este sueño que por su brutalidad, viéndose tratada como una mujer cualquiera. ¿Cómo podía dormirse en semejante noche? ¿No tenía nada de sorprendente para él lo que

había pasado entre ambos? ¡Oh! Más valía que la hubiese pegado, violentado más aún, asesinado á caricias odiosas hasta hacerla perder el conocimiento.

Apoyada en un codo, inclinada sobre él permanecía inmóvil, escuchando un ligero soplo que por entre sus labios pasaba, tomando á veces apariencia de ronquido.

Rayó el día, lívido primero, luego claro, después color de rosa, por último resplandeciente. Julián abrió los ojos, bostezó, alargó sus brazos, miró á su mujer, y, sonriéndose, la preguntó:

—¿Has dormido bien, querida mía?

Notó ella que ahora la llamaba de tú, y respondió sin saber qué pensar:

—Sí. ¿Y vos?

—¡Oh! Yo, muy bien, contestó Julián; y volviéndose hacia ella la abrazó y se puso á hablar tranquilamente. Desarrollábala proyectos de vida con ideas de economía, y esta frase, repetida varias veces, chocaba á Juana, que le oía sin comprender bien el sentido de sus palabras, mirándole, pensando rápidamente en mil cosas que pasaban, apenas perceptibles para su espíritu.

Dieron las ocho.

—Vamos, hay que levantarse, dijo; seríamos ridículos si siguiéramos en la cama.

Y bajó primero. Una vez acabada su *toilette*, ayudó galantemente á su mujer en todos los pequeños detalles de la suya, sin permitir que llamase á Rosalía.

En el momento de salir, la detuvo:

—¿Sabes? le dijo. Cuando estemos solos podemos tutearnos ya, pero delante de tus padres, más vale que esperemos un poco. Cuando volvamos de nuestro viaje de boda será natural.

Juana no salió hasta la hora de almorzar. Y así pasó el día, igual que todos, como si nada hubiera sucedido. Había otro hombre en la casa. Nada más.

V

Cuatro días después llegó la berlina que debía llevarlos á Marsella.

Pasadas las angustias de la primera noche, Juana había acostumbrado ya al contacto de Julián, á sus besos, á sus tiernas caricias, por más que no hubiera disminuído la repugnancia hacia sus íntimas relaciones. Le parecía guapo, le amaba, sentíase otra vez alegre y feliz.

Las despedidas fueron breves y nada tristes. Sólo la baronesa se presentó conmovida, y en el momento en que el carruaje iba á arrancar, puso en la mano de su hija una bolsa pesada, como si fuese de plomo.

—Para tus gastos de muchacha, dijo.

Juana se la guardó en el bolsillo, y los caballos arrancaron.

Ya por la tarde, le dijo Julián:

—¿Cuánto dinero hay en ese bolsillo?

Dieron las ocho.

—Vamos, hay que levantarse, dijo; seríamos ridículos si siguiéramos en la cama.

Y bajó primero. Una vez acabada su *toilette*, ayudó galantemente á su mujer en todos los pequeños detalles de la suya, sin permitir que llamase á Rosalía.

En el momento de salir, la detuvo:

—¿Sabes? le dijo. Cuando estemos solos podemos tutearnos ya, pero delante de tus padres, más vale que esperemos un poco. Cuando volvamos de nuestro viaje de boda será natural.

Juana no salió hasta la hora de almorzar. Y así pasó el día, igual que todos, como si nada hubiera sucedido. Había otro hombre en la casa. Nada más.

V

Cuatro días después llegó la berlina que debía llevarlos á Marsella.

Pasadas las angustias de la primera noche, Juana había acostumbrado ya al contacto de Julián, á sus besos, á sus tiernas caricias, por más que no hubiera disminuído la repugnancia hacia sus íntimas relaciones. Le parecía guapo, le amaba, sentíase otra vez alegre y feliz.

Las despedidas fueron breves y nada tristes. Sólo la baronesa se presentó conmovida, y en el momento en que el carruaje iba á arrancar, puso en la mano de su hija una bolsa pesada, como si fuese de plomo.

—Para tus gastos de muchacha, dijo.

Juana se la guardó en el bolsillo, y los caballos arrancaron.

Ya por la tarde, le dijo Julián:

—¿Cuánto dinero hay en ese bolsillo?

La joven no pensaba ya en él; lo sacó y lo abrió en su falda, por donde se esparció una lluvia de oro: había dos mil francos. Juana palmoteó.

—Voy á hacer locuras, dijo, volviendo á guardar el dinero.

Al cabo de ocho días de marcha y con un calor terrible, llegaron á Marsella. Y al día siguiente el *Rey Luis*, un pequeño paquebot que iba á Nápoles, por Ajaccio, los llevaba en dirección á Córcega.

¡Córcega! ¡Los *Maquis*! ¡Los bandidos! ¡Las montañas! ¡La patria de Napoleón! Parecía á Juana que salía de la realidad para entrar, despierta, en el país de los sueños.

Juntos, y sobre el puente del buque, miraban cómo huían las costas de Provenza. El mar, inmóvil, de un fuerte color azul, como helado, como endurecido por la luz ardiente que caía del sol, se desenvolvía bajo el cielo infinito de un azul casi exagerado.

—¿Te acuerdas de nuestro paseo en la barca del tío Lastique? preguntó Juana.

En vez de responder, su marido le dió un beso en el cuello.

Las ruedas del vapor batían el agua, turbando su pesado sueño; y por detrás, una larga estela espumosa, una larga cola en que la onda agitada hacía espumas, como si fuera Champagne, alargaba, hasta que se perdía de vista, la alta silueta del buque.

De pronto, hacia adelante, á algunas brazas solamente, un enorme pescado, un delfín, saltó fuera del agua, sumergió la cabeza, y desapareció. Juana, sorprendida, tuvo miedo, exhaló un grito, y se apoyó en el pecho de Julián. Luego se echó á reír de su espanto, y miró con ansiedad, á ver si volvía á aparecer el animal. Al cabo de unos segundos le vió salir de nuevo, como si fuera un juguete mecánico. Después tornó á hundirse, y volvió á salir; luego fueron dos, después tres, hasta seis, que parecía como que andaban á ambos lados del vapor, escoltando á su monstruoso hermano, el pez de madera con natorias de hierro. Pasaban á la izquierda, volvían á la derecha, y ya juntos, ya uno á uno, como si estuvieran jugando á perseguirse, lanzábanse al aire de un salto, describiendo una larga curva, y luego se sumergían.

Juana palmoteaba, se estremecía, encantada,

cada vez que salían los enormes y hábiles andadores. Su corazón, presa de una loca é infantil alegría, saltaba como ellos.

De pronto desaparecieron. Una vez más volvieron á verlos, muy lejos, ya en alta mar; luego no se los vió, y durante unos cuantos segundos sintióse Juana apenada por su partida.

Llegaba la tarde; una tarde serena, dulce, radiante, bañada en luz; una tarde de paz. Ni un estremecimiento en el aire ó en el agua; y este reposo ilimitado del mar y del cielo se propagaba á las almas no turbadas por la menor agitación.

El sol se hundía lentamente allá abajo, hacia el Africa invisible; el Africa, la tierra abrasadora cuyos ardores creían sentir; pero algo así como una fresca caricia que no era ni la apariencia de una brisa, rozó sus rostros cuando el astro desapareció.

Los dos esposos no quisieron entrar en su camarote, donde sentían todos los horribles olores de los *paquebots*, y se tendieron sobre el puente, uno al lado de otro, envueltos en sus mantas. Julián se durmió en seguida; pero Juana, agitada por lo desconocido del viaje, permane-

cía con los ojos abiertos, mecida por el ruido monótono de las ruedas, y mirando por cima de ella las legiones de estrellas tan claras, de luz aguda, chispeante y como húmeda, en el puro cielo del Mediodía.

Sin embargo, á la madrugada se durmió. Ruidos, voces, la despertaron. Los marineros, cantando, arreglaban el barco. Sacudió á su marido, que seguía inmóvil, durmiendo, y se levantaron.

Bebía con exaltación el sabor de la bruma salada que la invadía hasta la punta de los dedos. El mar por todas partes. Sin embargo, allá delante, algo gris, algo todavía confuso en la aurora que despertaba, acumulación de nubes extrañas, puntiagudas, desdentadas, parecía flotar sobre las olas.

Luego distinguióse más todo esto; sobre el cielo, que se aclaraba, señalaronse más las formas; surgió una línea de montañas puntiagudas y raras; era Córcega, que aparecía como envuelta en una túnica ligera.

Y alzóse el sol detrás, dibujando en negras sombras los salientes de las crestas; luego encendiéronse todas las cumbres, mientras

el resto de la isla seguía envuelto en una bruma de vapores.

El capitán, un hombrecillo seco, curtido, encorvado, arrugado por los vientos duros y salados, se presentó sobre cubierta, y con voz enronquecida por treinta años de mando, gastada por los gritos exhalados en las borrascas, dijo á Juana:

—¿Huele usted á esa perdida?

Juana, en efecto, percibía un olor extraño y fuerte, olor de plantas, aromas salvajes.

El capitán continuó:

—Es Córcega, que florece así, señora. Ese olor es el suyo, olor de mujer linda. Después de veinte años de ausencia, la reconocería aunque pasase de largo, á cinco millas de distancia. Yo soy de aquí. Allá abajo, en Santa Elena, *él* habla del olor de su país, me han dicho. Es de mi familia.

Y, quitándose el sombrero, el capitán saludó á Córcega, saludó allá abajo, á través del Océano, al gran Emperador, prisionero, que era pariente suyo.

Sintióse Juana de tal modo conmovida, que á poco más rompe á llorar.

Luego el marino extendió el brazo hacia el horizonte:

—¡Los *Sanguinarios!* dijo.

Julián, en pie al lado de su mujer, la tenía cogida por el talle, y una y otro miraban á lo lejos para descubrir el punto señalado.

Por fin vieron unas cuantas rocas en forma de pirámides, que el buque rodeó bien pronto para entrar en un golfo inmenso y tranquilo, poblado de multitud de altas cimas, cuyas faldas aparecían cubiertas de musgo.

El capitán nombró esta vegetación:

—El *Maquis*.

A medida que se adelantaban, el círculo de montañas parecía cerrarse detrás del buque, que nadaba con lentitud en un lago de un azul tan transparente á veces, que dejaba ver el fondo.

Y la ciudad apareció de pronto, completamente blanca, en el fondo del golfo, á orilla de las olas, al pie de las montañas.

Unos cuantos buques italianos estaban anclados en el puerto. Cuatro ó cinco barcos vinieron á rondar alrededor del *Rey Luis*, buscando pasajeros.

Julián, que estaba reuniendo las maletas, preguntó en voz baja á su mujer:

—¿Te parece que bastará con que demos veinte *sous* al camarero?

Hacía una semana que á cada momento dirigía la misma pregunta á su mujer, que siempre se disgustaba al oírla. Algo impaciente, le contestó esta vez, como las demás:

—Cuando no se está seguro de dar lo suficiente, debe uno dar de más.

Continuamente discutía Julián con los fondistas y los camareros, con los cocheros, con los vendedores de cualquier cosa, y cuando, á fuerza de argumentos, obtenía una pequeña rebaja, por pequeña que fuese, decía á Juana, restregándose las manos:

—No me gusta que me roben.

Cuando traían una cuenta, echábase Juana á temblar, segura de antemano de que iba á hacer observaciones sobre cada cosa; humillada por estos regateos, avergonzándose hasta lo blanco de los ojos al ver las miradas desdeñosas de los criados, que seguían con la vista á su marido mientras tenían en la mano la propina insuficiente.

Con el barquero que los llevó á tierra tuvo también una cuestión.

Dirigiéronse á un hotel vacío, en la rinconada de una gran plaza, y se hicieron servir de almorzar.

Acabado el almuerzo, en el momento en que Juana se levantaba para ir á pasear por la ciudad, Julián, abrazándola, la dijo tiernamente al oído:

—¡Si nos acostáramos un poco, moninal...

Quedóse ella suspensa.

—¿Acostarnos? Pero... ¡si no estoy cansada! Él la apretó contra sí.

—Te deseo... ¿Comprendes? ¡Dos días yal... Púsose ella roja, avergonzada, y balbucó:

—¡Oh! ¡Ahor! Pero ¿y qué dirá la gente? ¿Qué van á pensar? ¿Cómo, en pleno día, te vas á atrever á pedir un cuarto? ¡Oh, Julián! Te lo ruego...

Pero él la interrumpió:

—Me importa poco lo que pueden decir y pensar los criados de la fonda. Ya verás cómo yo lo digo.

Y llamó.

La jóven no hablaba; tenía los ojos bajos;

rebelábase en su alma y en su carne ante este incesante deseo del marido; le obedecía con asco, resignada, pero ofendida, viendo en esto algo de bestial, de degradante, algo sucio.

Sus sentidos dormían aún, y su marido, sin embargo, la trataba como si participara de su fuego.

Cuando llegó el mozo, le dijo Julián que los guiara hacia su cuarto.

El criado, que era un verdadero corso, velludo hasta en los ojos, no comprendía; aseguraba que el cuarto estaría preparado á la noche.

Julián, impaciente, se explicó:

—No, ahora mismo. Estamos cansados del viaje y queremos descansar.

Al oírle, una sonrisa se dibujó en los labios del mozo, y Juana sintió deseos de echar á correr.

Cuando, una hora más tarde, bajaron, la joven no se atrevía á pasar por delante de las gentes que se encontraba, persuadida de que iban á reírse y á cuchichear á espaldas suyas. En su interior quería mal á Julián porque no comprendía esto, porque no tenía esos finos pudores, esas instintivas delicadezas; y entre am-

bos sentía como un velo, un obstáculo, comprendiendo por primera vez que dos almas no se penetran nunca por completo, no confunden sus pensamientos; que andan al lado una de la otra, unidas á veces, pero jamás mezcladas, y que el ser moral de cada individuo permanece eternamente solo toda la vida.

Tres días permanecieron en aquella linda ciudad, oculta en el fondo de su golfo azul, cálida como un hornillo, tras su cortina de montañas, que no permite que llegue á ella el viento.

Después de redactar un itinerario para su viaje, y con objeto de no retroceder ante ningún paso difícil, decidieron alquilar caballos. Tomaron, pues, dos caballos corsos, de mirada feroz, delgados é incansables, y una mañana, al rayar el día, se pusieron en camino. Un guía los acompañaba, caballero en una mula, y llevaba las provisiones, porque las posadas son desconocidas en aquel país salvaje.

En un principio el camino seguía el golfo para hundirse bien pronto en un valle, poco profundo, que se dirigía hacia los grandes montes. Con frecuencia se atravesaban torrentes casi secos; algo así como un arroyo se movía

aún bajo las piedras, como una fiera allí oculta, y dejaba oír un tímido rumor.

El país inculto estaba completamente desnudo, al parecer. Los flancos de la costa aparecían cubiertos de altas hierbas, amarillas á la sazón. A veces encontraban un montañés á pie, ó montado en un caballejo, ó á horcajadas sobre un burro del tamaño de un perro. Y todos llevaban á la espalda el fusil cargado, antiguas armas herrumbrosas, que eran temibles en sus manos.

El acre perfume de las plantas aromáticas que cubren la isla parecía espesar el aire, y el camino iba elevándose lentamente por en medio de los largos repliegues de las montañas.

Las cumbres de granito azul ó rosa daban al vasto paisaje tonos de país de hadas; y en las pendientes más bajas, bosques de inmensos castaños parecían verdes zarzas, por lo gigantes que en este país son los relieves del suelo.

De cuando en cuando el guía, extendiendo la mano hacia algunas escarpadas alturas, decía su nombre. Juana y Julián miraban, no veían nada al pronto, y por fin descubrían algo gris, semejante á un montón de piedras desprendidas de la cumbre. Era una aldea, un lugarejo de

granito, pegado allí, colgado como un verdadero nido aéreo, casi invisible, sobre la inmensa montaña.

Este largo viaje al paso enervaba á Juana.

—Corramos un poco, dijo.

Y lanzó al galopé su caballo; luego, notando que su marido no la seguía, se volvió, y se echó á reír como una loca, al verle correr pálido, agarrado á la crin del animal, y dando saltos extravagantes. Su misma belleza, su rostro de «buen mozo» hacían más chistosos su miedo y su torpeza.

Pusiéronse á trotar poco á poco. Ahora el camino se extendía entre dos interminables montes que cubrían como un manto toda la costa.

Era el *Maquis*, el impenetrable *Maquis*, formado de encinas verdes, enebros, madroños-jentiscos, alaternas, tomillos, bojés que enlazaban, mezclándolos á modo de cabelleras, clemátides trepadoras, helechos monstruosos, madre selvas, romeros, alhucemas, espinos, tendiendo sobre la espalda de los montes un vellón inexplorable.

Tenían hambre. El guía se reunió á ellos y

los condujó hasta una de esas fuentes encantadoras, tan frecuentes en los países montañosos delgado hilo de agua helada que sale por un agujerillo abierto en la roca y corre por el borde de una hoja de castaño, dispuesta por un pasajero para llevar hasta su boca la menuda corriente.

Juana se sentía tan dichosa, que tenía que contenerse para no prorrumpir en gritos de alegría.

Volvieron á ponerse en marcha, y empezaron á bajar, rodeando el golfo de Sagone.

Al caer la tarde atravesaron por Cargese, aldea fundada antiguamente por una colonia de fugitivos arrojados de su patria. Altas mozas de talle elegante, manos largas, cuerpo esbelto, graciosas sobre todo, formaban grupo en torno de la fuente. Julián las dió las buenas tardes, y le respondieron con voz melódica en la lengua armoniosa del país abandonado.

Al llegar á Piana, hubieron de pedir hospitalidad como en los tiempos antiguos. Juana temblaba de alegría, esperando que se abriese la puerta á que Julián había llamado. ¡Oh! ¡Aquello era viajar! Viajar con todo lo imprevisto de los caminos inexplorados.

Precisamente fueron á dar con un matrimonio joven, que les recibió como los patriarcas recibían al huésped enviado por Dios, y durmieron sobre una cama de maíz, en una antigua casa cubierto de musgo, cuyo armazón roído de gusanos, surcado por esa polilla que se come las vigas, chascaba, parecía vivir y suspirar.

Salieron al levantarse el sol, y á poco se detuvieron delante de un bosque, un verdadero bosque de granito teñido de púrpura. Había allí picos, columnas, espadañas, figuras sorprendentes modeladas por el tiempo, el viento y la bruma del mar.

De una altura hasta de trescientos metros, delgadas, redondas, retorcidas, deformes, imprevistas, fantásticas, estas rocas sorprendentes semejaban árboles, plantas, hombres, monumentos, frailes con hábitos, diablos cornudos, pájaros desmedidos, todo un pueblo de monstruos, una casa de fieras producto de una pesadilla, petrificada por la voluntad de algún dios extravagante.

Juana, que sentía su corazón oprimido, no hablaba, y cogió la mano de Julián y la estrechó,

invadida por la necesidad de amar, ante esta belleza de las cosas.

Y de pronto, saliendo de aquel caos, descubrieron un nuevo golfo ceñido completamente por una muralla sangrienta de granito rojo, cuyas rocas, color de escarlata, se reflejaban en las azules ondas.

Juana balbuceó: «¡Oh Julián!» sin encontrar más palabras que éstas, conmovida de admiración, como ahogada; y dos lágrimas brotaron en sus ojos. Él, asombrado, la miraba, preguntando:

—¿Qué tienes, monina?

Secóse ella las mejillas, sonrió, y con voz que temblaba un poco:

—No es nada, dijo. Los nervios... No sé... Me he sentido absorta. Soy tan feliz, que la cosa más pequeña me llega al corazón.

Julián no comprendía estos enervamientos femeninos, las sacudidas de estos seres vibrantes á quienes un nada enloquece, á quienes un entusiasmo sacude como una catástrofe, á quienes una sensación inenarrable revuelve, tras torna de alegría, desespera.

Aquellas lágrimas le parecían ridículas, y

preocupado completamente por las penalidades de la marcha, le dijo:

—Mejor sería que cuidases de tu caballo.

Por un camino casi intransitable bajaron hasta el fondo de este golfo, volviendo luego á la derecha para costear el sombrío valle de Ota.

Pero el sendero se anunciaba terrible. Julián propuso:

—Si subiésemos á pie...

Ella no pedía otra cosa, encantada de andar, de estar sola con él después de la emoción que hacía un momento había sentido.

El guía echó hacia adelante con la mula y los caballos, y ellos siguieron lentamente.

La montaña, hendida de arriba á abajo, se entreabría. El sendero se hundió en esta brecha. Sigue el fondo entre dos prodigiosas murallas, y un ancho torrente recorre la grieta. El aire es helado, el granito parece negro, y lo que desde abajo se ve del cielo azul, asombra y aturde.

Un rumor repentino hizo estremecer á Juana. Alzó los ojos; un pájaro enorme salía volando de su agujero: era un águila. Sus alas, abiertas, parecían tocar las dos paredes del pozo, y subió hasta lo alto, en donde desapareció.

Más allá, desdóblase la hendidura del monte; el camino trepa entre los dos valles, en bruscos ziszás. Juana, ligera y alocada, iba delante, haciendo rodar los guijarros bajo sus pies, inclinándose intrépidamente sobre los abismos. Julián la seguía, sofocado, con la vista clavada en tierra, por temor al vértigo.

De pronto el sol les inundó; les pareció que salían del infierno. Tenían sed; una huella húmeda les guió, á través de un caos de piedras, hasta una fuente pequeñísima, canalizada en una caña hueca para uso de los cabreros. Una alfombra de musgo cubría el suelo alrededor. Juana se arrodilló para beber, y Julián hizo lo mismo.

Y conforme saboreaba ella la frescura del agua, tomola él del talle y trató de robarle su puesto al extremo del caño de madera. Ella resistió; los labios, al chocar, se encontraban, se rechazaban. En las peripecias de la lucha uno y otro cogían el delgado extremo del tubo y le mordían para no soltarle. Y el hilo de agua fría, cogido y soltado sin cesar, se rompía y se ataba, rociaba los rostros, los cuellos, los trajes, las manos. Gotillas semejanter á perlas lucían

en los cabellos. Y la corriente se llevaba besos amorosos.

De pronto Juana tuvo una inspiración de cariño. Llenó su boca del claro líquido, y con las mejillas hinchadas á modo de odres hizo entender á Julián que quería darle de beber.

Él alargó el cuello, sonriente, la cabeza echada para atrás, los brazos abiertos, y bebió de un trago en aquella fuente de carne viva, que le vertió en las entrañas un ardiente deseo.

Juana se apoyaba contra él con inusitada ternura; su corazón latía; sus pechos se levantaban; sus ojos parecían cerrarse, empapados en agua. Murmuró en voz baja:

—Julián... te amo.

Y atrayéndole á su vez, se tendió en el suelo, y ocultó entre sus manos el rostro, enrojado de vergüenza.

Él se tendió junto á ella, abrazándola con transporte. La joven jadeaba con enervadora expectación, y de pronto exhaló un grito, herida, como por el rayo, por la sensación que provocaba.

Tardaron mucho tiempo en transponer la cuesta, por lo palpitante y cansada que ella iba, y

hasta la tarde no llegaron á Evisa, á casa de un pariente de su guía: Paoli Palabretti.

Era éste hombre de gran estatura, algo encorvado, y tenía el aire sombrío de un tísico. Los condujo á su habitación; un triste cuarto de piedra lisa, pero hermosa para un país en que se ignora toda belleza; expresaba en su lenguaje *patois corso*, baturrillo de francés y de italiano, el placer que tenía en recibirlos, cuando le interrumpió una voz clara, y una mujercilla morena, con grandes ojos negros, piel tostada por el sol, talle estrecho, dientes que una risa continua tenía siempre al descubierto, entró, abrazó á Juana, tendió la mano á Julián, repitiendo:

—Buenos días, señora; buenos días, señor; estamos bien.

Se llevó los chales, los sombreros, echándose todo sobre un brazo, porque tenía el otro en cabestrillo, y luego hizo salir á todos, diciéndole á su marido:

—Llévalos á pasear hasta la hora de comer.

Palabretti obedeció al punto; se colocó entre los dos jóvenes y les enseñó la aldea. Arrastraba sus pies y sus palabras, tosiendo con frecuencia y repitiendo á cada golpe de tos:

—Es el aire del Val, que es muy fresco y se me ha metido en el pecho.

Los llevó, por una senda extraviada, bajo unos castaños enormes. De repente se detuvo, y con su voz monótona:

—Aquí fué muerto mi primo, Juan Rivaldi, por Mateo Lori. Mirad; yo estaba allí, cerca de Juan, cuando se presentó Mateo á unos diez pasos de nosotros. «Juan—exclamó—no vayas á Albortacce; no vayas, Juan, ó te mato; te lo digo.» Yo cogí á Juan de un brazo: «No vayas, Juan; te mataría.» Se trataba de una joven, Paulina Sinacompí, á quien los dos galanteaban. Pero Juan empezó á gritar: «Iré, Mateo; no serás tú quien me lo impida.» Entonces Mateo bajó su fusil antes que yo pudiese preparar el mío, y tiró. Juan dió un salto terrible, como un niño que baila en la cuerda, sí, señor, y me cayó de lleno sobre el cuerpo, tanto, que se me escapó el fusil y rodó allá abajo, hasta aquel castaño grande que hay allí. Juan tenía la boca muy abierta, pero no dijo una palabra: estaba muerto.

Los jóvenes miraban, estupefactos, al tranquilo testigo de aquel crimen. Juana preguntó:

—¿Y el asesino?

Paoli Palabretti tosió largo rato, y luego añadió:

—Ganó la montaña. Al año siguiente le mató mi hermano. Ya sabéis, mi hermano Filipo Palabretti, el bandido.

Juana se estremeció:

—¿Vuestro hermano? ¿Un bandido?

Un relámpago de orgullo pasó por los ojos del corso, que continuó:

—Sí, señora; un bandido famoso, que había tumbado patas arriba á seis gendarmes. Fué muerto con Nicolás Morali cuando, cerca de en el Niolo y después de seis días de lucha, iban á morir de hambre.

Y añadió con resignación:

—«Eso lo da el país,» con el mismo tono con que hubiera podido decir: «El aire del Val, que es fresco.»

Volvieron á comer, y la joven corsa les trató como si los hubiera conocido hacía veinte años.

Juana estaba preocupada, inquieta. ¿Volvería á encontrar en los brazos de Julián aquella extraña y vehemente sacudida de los sentidos que

había experimentado sobre el musgo de la fuente?

Cuando estuvieron solos en el cuarto, temblaba, porque tenía miedo á permanecer insensible bajo sus besos. Pero se tranquilizó bien pronto, y aquella fué su primera noche de amor.

Y al otro día, á la hora de partir, no se decidía á dejar aquella humilde casa, en que la parecía que había empezado para ella una nueva felicidad.

Llamó á su cuarto á la mujercilla de su huésped, y, estableciendo de antemano que no quería regalarla nada, insistió, hasta incomodarse, en que la enviaría desde París, á su regreso, un recuerdo, un recuerdo al que unía una idea casi supersticiosa.

La joven corsa resistió mucho tiempo, porque no quería aceptar nada; pero acabó por aceptar.

—Pues bien, dijo: enviadme una pistola; una pequeñita.

Juana abrió sus ojos. La corsa prosiguió en voz baja, al oído, como quien confía un dulce é íntimo secreto:

—Es para matar á mi cuñado.

Y, sonriéndose, desató vivamente las vendas que envolvían su brazo en cabestrillo, y luego, enseñando su carne blanca y redonda, atravesada de parte á parte por una cuchillada, ya en cicatrización:

—Si no tuviese tantas fuerzas como él, me habría matado. Mi marido me conoce; no es celoso; además, como veis, está enfermo, y esto le calma la sangre. Además, yo soy una mujer honrada, señora; pero mi cuñado cree todo lo que le dicen. Es celoso por mi marido, y seguramente volverá á empezar. De modo que si yo tuviese una pistolita, estaría tranquila, porque tendría la certeza de vengarme.

Juana prometió enviar el arma; abrazó con ternura á su nueva amiga, y continuó su marcha.

El resto de su viaje no fué más que un sueño, un encanto sin fin, una borrachera de caricias. No vió nada, ni los paisajes, ni las personas, ni los lugares donde se detenía. No veía más que á Julián.

Entonces empezó la intimidad infantil y encantadora de las niñerías del amor, las palabritas tontas y deliciosas, el bautizar con nombres preciosos todos las formas, contornos y

repliegues de sus cuerpos, en que ambos se complacían.

Al llegar á Bastia hubo que pagar al guía. Julián registró sus bolsillos. No hallando en ellos lo que necesitaba, dijo á Juana:

—Ya que no gastas los dos mil francos de tu madre, dámelos, y yo los llevaré. Estarán más seguros en mi cinto, y así no tendré que cambiar.

Juana le alargó su bolsillo.

Ganaron Livourne, visitaron Florencia, Génova, toda la Carniche.

Una mañana de mistral se encontraron en Marsella.

Habían pasado dos meses desde que salieron de los *Pueblos*. Era el 15 de Octubre.

Juana, sobrecogida por el viento frío que al parecer venía de allá abajo, de la lejana Normandía, se sentía triste. Hacía algún tiempo que Julián parecía cambiado, harto, indiferente; y sin saber por qué, tenía miedo.

Cuatro días tardaron aún en emprender su viaje de regreso, no acabando de decidirse á dejar aquel buen país del sol. Parecíale á la joven que volvía del país de la felicidad.

Por fin se fueron.

Debían hacer en París todas sus compras para su definitiva instalación en los *Pueblos*, y Juana se regocijaba ante la idea de adquirir una porción de maravillas, gracias al regalo de mamá; pero en lo que primero pensó fué en la pistolita que había prometido á la joven corsa de Evisa.

Al día siguiente de su llegada dijo á Julián:

—Querido, ¿quieres devolverme el dinero de mamá, porque voy á hacer mis compras?

Volvióse Julián hacia ella con cara de disgusto:

—¿Cuánto necesitas?

Ella balbuceó, sorprendida:

—Pues... lo que quieras.

Él continuó:

—Voy á darte cien francos; sobre todo, no los malgastes.

Juana, confusa y suspensa, no sabía qué decir. Por fin añadió, vacilando:

—Pero es que yo... te había dado ese dinero... para...

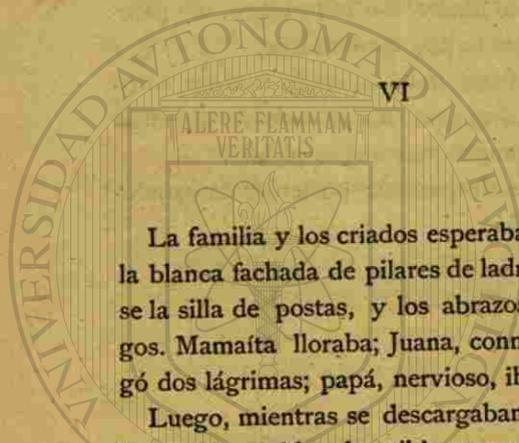
Él no la dejó concluir:

—Sí, perfectamente. Está en tu bolsillo ó en

el mío, ¿qué más da, puesto que uno y otro tenemos un solo dinero? No te lo niego, me parece, puesto que te doy cien francos.

Sin añadir una palabra, cogió ella las cinco monedas de oro; pero no se atrevió á pedirle más, y no compró más que la pistola.

Ocho días después se pusieron en camino para los *Pueblos*.



La familia y los criados esperaban delante de la blanca fachada de pilares de ladrillo. Detúvose la silla de postas, y los abrazos fueron largos. Mamaíta lloraba; Juana, conmovida, enjugó dos lágrimas; papá, nervioso, iba y venía.

Luego, mientras se descargaban las maletas, los recién venidos describieron su viaje, en torno al fuego del salón. Las palabras salían atropelladas de labios de Juana; y todo lo dijo, todo, en media hora, excepto algunos detalles olvidados por la rapidez de la narración.

Concluída ésta, fué la joven á deshacer los paquetes. Rosalía, conmovida también, le ayudaba. Una vez terminada esta faena, cuando la ropa, los vestidos, los objetos de tocador estuvieron ya en su sitio, la doncella dejó á su señorita, y ésta, algo cansada, se sentó.

Preguntábase lo que iba á hacer ahora, bus-

cando una ocupación para su espíritu, una tarea para sus manos. No tenía ganas de volver al salón donde su madre dormitaba, y pensaba en dar un paseo; pero el campo parecía tan triste, que sólo con verle desde su ventana sentía en su corazón como el peso de una gran melancolía.

Entonces vió que ya nada tenía que hacer, nada, jamás. Había pasado su juventud en el convento, preocupándose en el porvenir, atareada de pensar. La continua agitación de sus esperanzas llenaba en aquellos tiempos sus horas, sin que ella advirtiera que pasaban. Luego, apenas salió de las austeras paredes en que se habían abierto á la luz sus ilusiones, halló cumplida su ansia de amor. Había hallado al hombre que aguardaba, le había amado, habíase casado con él en unas cuantas semanas, como se casa uno cuando toma una determinación brusca, y este hombre la recogió en sus brazos sin darle tiempo á que pensase en nada.

Pero he aquí que la dulce realidad de los primeros días iba á convertirse en la realidad cotidiana que cerraba el paso á las esperanzas indefinidas, á las encantadoras inquietudes de lo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIV. 1123
ALFONSO 1123
1625 MONTANREY, AGOSTO

desconocido. Sí: ya no tenía nada que esperar, nada que hacer, ni hoy, ni mañana, ni nunca. Todo lo sentía vagamente en cierta desilusión, en un adormecimiento de sus sueños.

Levantóse, y fué á pegar su frente á los finos cristales. Después de haber mirado algún tiempo al cielo, por el cual rodaban nubes sombrías, se decidió á salir.

¿Eran aquellos el mismo campo, la misma hierba, los mismos árboles que en el mes de Mayo? ¿Qué había sido de la alegría, llena de sol, de las hojas, y la fresca poesía del césped en que brillaban los dientes de león, sangraban las amapolas, radiaban las margaritas, se estremecían, como suspendidas de hilos invisibles, las fantásticas mariposas amarillas? Aquella embriaguez del aire cargado de vida, de aromas, de átomos fecundantes, ya no existía.

Las avenidas, humedecidas por las continuas lloviznas otoñales, se extendían, cubiertas por una espesa alfombra de hojas secas, bajo la delgadez de los manzanos semidesnudos. Las ramas, apedreadas por el granizo, temblaban aún, agitando algunas hojas prontas á desperdigarse en el espacio. Y sin cesar, durante todo el día,

como una lluvia incesante y triste que daba lástima, estas últimas hojas, ahora amarillentas, parecidas á anchas monedas de oro, se desprendían, revoloteaban y caían.

Llegó hasta el bosquecillo, que estaba triste como la alcoba de un moribundo. La verde pared que separaba y daba tonos misteriosos á las inmensas avenidas, se había deshojado. Los arbustos, mezclados como un encaje de hojas finas, chocaban unas contra otras sus delgadas ramas; y el murmullo de las hojas caídas y secas que la brisa empujaba, removía, amontonaba, parecía un doloroso suspiro de agonía.

Algunos pajarillos frioleros saltaban de rama en rama, buscando un abrigo, exhalando ligeros gritos quejumbrosos.

Garantidos, no obstante, por la espesa cortina de los olmos, arrojados á vanguardia contra el viento del mar, el tilo y el plátano, cubiertos todavía por su adorno estival, parecían vestidos: uno de terciopelo encarnado, otro de seda color de naranja, teñidos por los primeros fríos, según la naturaleza de su savia.

Juana iba y venía á pasos lentos por la avenida de mamaíta, á lo largo de la granja de los

Couillard. Algo pesaba sobre ella como la idea de los largos aburrimientos de la vida monótona que empezaba.

Sentóse luego sobre el declive en que Julián la había hablado de amor por primera vez; y quedó allí desvariando, casi sin pensar, presa de una gran languidez, sintiendo ganas de acostarse, de dormir, para escapar á la tristeza de aquel día.

De pronto vió una gaviota que atravesaba el cielo impelida por una ráfaga; y se acordó de aquella águila que había visto allá abajo, en Córcega, en el sombrío valle del Ota. Recibió en el corazón la violenta sacudida, que da el recuerdo de una cosa buena y que ha acabado; y bruscamente vió á su vez la isla radiante, con su salvaje perfume, su sol que madura las naranjas y las cídras, sus montañas de cumbreres achatadas, sus golfos azules y sus valles, por los cuales se desbordan sus torrentes.

Entonces el húmedo y duro paisaje que la rodeaba, con la fúnebre caída de las hojas y las nubes grises arrastradas por el viento, la envolvió en tal espesura de desolación, que se volvió para no romper á llorar.

Mamaíta, acurrucada delante de la chimenea, dormitaba, hecha ya á la melancolía de sus días, que pasaban por ella sin afectarla. Papá y Julián habían salido á pasearse, hablando de sus negocios. Y llegó la noche, esparciendo sus sombras por el vasto salón, alumbrado únicamente por los reflejos del fuego.

Fuera de la casa, por las ventanas, un resto de luz permitía aún distinguir aquella sucia naturaleza de fin de año, y el cielo gris oscuro, como si le hubieran frotado con lodo.

A poco llegó el barón, seguido de Julián; en cuanto entró en la pieza, envuelta en sombras, llamó gritando.

—¡Pronto, pronto, luces, que esto está muy triste!

Y se sentó delante de la chimenea. Mientras sus pies mojados humeaban á la proximidad de la llama y el barro de las suelas caía, seco por el calor, frotábase las manos alegremente.

—Yo creo, —decía, —que va á helar; el cielo aclara por el Norte, y esta noche es luna llena; esta noche va á hacer frío.

Luego, volviéndose hacia su hija:

—Y bien, pequeña: ¿estás contenta por ha-

ber vuelto á tu país, á tu casa, al lado de tus viejos?

Esta sencilla pregunta desconcertó á Juana. Echóse en brazos de su padre, con los ojos bañados en lágrimas, y le abrazó nerviosamente, como para pedirle perdón; porque, á pesar de los esfuerzos que hacía para aparecer alegre, sintióse triste y próxima á desfallecer. Pensaba, no obstante, en la alegría que al volver á ver á sus padres se había prometido; y se asombraba de esa frialdad que paraliza la ternura, como si, cuando se ha pensado mucho de lejos en los seres queridos, perdiendo el hábito de verlos á todas horas, se experimentase al volverlos á ver una especie de atrofia de afecto hasta que se reanudan los lazos de la vida.

La comida fué larga, y apenas se habló en ella. Julián parecía haberse olvidado de su mujer.

En el salón, dejóse la joven invadir por el sueño frente á mamaíta, que dormía; despertada un momento por la voz de los dos hombres que disputaban, se preguntó, intentando sacudir su espíritu, si á ella también iba á invadirla ese sombrío letargo de las costumbres que ningún incidente interrumpe.

La llama de la chimenea, débil y rojiza durante el día, hacíase viva, clara, juguetona; arrojaba grandes reflejos súbitos sobre las tapicerías deslucidas de los sillones, sobre el zorro y la cigüeña, sobre el erizo melancólico, sobre la cigarra y la hormiga.

El barón se acercó, sonriente, y tendiendo sus dedos abiertos hacia los tizones:

—¡Hola, hola!—dijo.—La leña arde bien esta noche. Hiela, hijos míos, hiela.

Luego, apoyando la mano en un hombro de Juana, y señalándola el fuego, añadió:

—Mira, hija mía, lo mejor que hay en el mundo: el hogar, el hogar con la familia á su alrededor. Nada vale lo que él. Pero... ¿no os parece que nos acostemos? Vosotros debéis de estar rendidos.

Ya en su cuarto, preguntábase la joven cómo podrían ser tan diferentes estos regresos á los mismos lugares á quienes creía amar. ¿Por qué razón se sentía ahora como muerta? ¿Por qué aquella casa, aquel paisaje tan querido, todo lo que en otro tiempo hacía latir su corazón, la parecían hoy tan tristes?

Pero, de pronto, su vista se detuvo en el re-

loj. La abejilla seguía oscilando de izquierda á derecha, con el mismo movimiento rápido y continuo, por cima de las flores bermejas. Bruscamente sintióse Juana dominada por un impulso de afecto, comovida hasta derramar lágrimas delante de aquella piececilla mecánica que parecía viva, que le cantaba la hora y palpitaba como un pecho.

Con seguridad que no la había conmovido tanto abrazar á sus padres. El corazón tiene misterios que no penetra la razón.

Por primera vez desde que se casó, estaba sola en su lecho. Julián, pretextando cansancio, había escogido otro cuarto. Además, habían convenido en que cada cual tuviera el suyo.

Tardó mucho en dormirse, extrañando ya no sentir otro cuerpo contra su cuerpo, habituada ya á no dormir sola, preocupada con el viento huracanado del Norte que se encarnizaba contra el techo.

A la mañana la despertó un gran resplandor que tenía de sangre su lecho; y los cristales, como si todo el horizonte estuviese ardiendo, estaban rojos, aunque empañados por la escarcha.

Envolviéndose en un largo peinador, corrió á la ventana y la abrió.

Una brisa helada, sana y punzante, entró en su cuarto, erizándola su piel con un frío agudo que la hizo llorar; y en medio de un cielo bañado en púrpura, un gran sol, resplandeciente y rubicundo como la cara de un borracho, aparecía detrás de los árboles. La tierra, cubierta de escarcha, dura y seca, sonaba bajo los pies de los mozos de labranza. Durante aquella noche todas las ramas que aún tenían algunas hojas las habían perdido; y detrás de la landa desnuda aparecía la gran línea verdosa de las olas, sembradas de rastros blancos.

Bajo las ráfagas, el plátano y el tilo se despojaban rápidamente. A cada soplo de la brisa helada, torbellinos de hojas desprendidas por la fuerte escarcha se desperdigaban en el viento como bandadas de pájaros. Juana se vistió, salió, y, por hacer algo, fué á ver á los colonos.

Los Martín alzaron los brazos al cielo, y la casera la besó en ambas mejillas; luego la obligaron á beber un vasito de noyó. Fué después al otro cortijo. Los Couillard alzaron también

los brazos, la casera la besó en las orejas, y tuvo que beberse un vasito de grosella.

Después de esto volvió para almorzar.

Aquel día pasó como la víspera, frío, en lugar de ser húmedo. Y los demás días de la semana se parecieron á estos dos; y todas las semanas del mes fueron semejantes á la primera.

Poco á poco, sin embargo, fué debilitando el sentimiento que la hacía echar de menos las comarcas lejanas. La costumbre echaba sobre su existencia una capa de resignación parecida al revestimiento calcáreo que ciertas aguas depositan sobre los objetos. Y una especie de interés por las mil cosas insignificantes de la existencia cotidiana, el cuidado de las sencillas ocupaciones normales, renació en su corazón. Desarrollábase en ella como una melancolía meditativa, un vago desencanto del vivir. ¿Qué hubiera necesitado? ¿Qué deseaba? Juana no lo sabía. Ninguna mundana necesidad le atormentaba; ninguna sed de placeres, ningún impulso hacía posibles alegrías; ¿cuáles, cuáles, por otra parte? Como las viejas butacas del salón, gastadas por el tiempo, todo se decolo-

raba poco á poco ante su vista, todo se borraba, adquiriendo un matiz pálido y sombrío.

Sus relaciones con Julián habían cambiado por completo. Desde el regreso de su viaje de bodas, parecía otro, como un actor que ha concluído su papel y adopta su fisonomía ordinaria. Apenas se ocupaba en ella, apenas si la hablaba; súbitamente había desaparecido todo rastro de amor, y eran raras las noches que entraba en su alcoba.

Había tomado á su cargo la dirección del caudal y de la casa, revisaba los ingresos apremiaba á los campesinos, disminuía los gastos; y revistiendo formas de noble labrador, había perdido su barniz y su elegancia de novio.

Aunque estaba lleno de manchas, no dejaba nunca un traje viejo de casa, un traje de terciopelo con botones de cobre, encontrado en su guardarropa de joven; é invadido por la negligencia de las personas que no necesitan agradar, había dejado de afeitarse, hasta el punto de que su barba larga, mal cortada, le afeaba de un modo increíble. Ya no se cuidaba las manos; y después de cada comida se bebía cuatro ó cinco vasitos de cognac.

Juana había intentado dirigirle algunos tiernos reproches; pero él la había respondido con tanta brusquedad: «¿Quieres dejarme en paz?» que ya no se atrevió á darle consejos.

Había tomado su partido ante estos cambios, de un modo tal que á ella misma le asombraba. Julián se había convertido en un extraño, un extraño para quien estaban cerrados su alma y su corazón. Muchas veces pensaba en esto, preguntándose cómo podía ser que, habiéndose encontrado así, habiéndose querido, habiéndose casado en un transporte de ternura, se hallaban de pronto casi tan desconocidos uno á otro como si jamás se hubieran acostado juntos.

¿Y cómo era que tal abandono no la hacía sufrir? ¿Era así la vida? ¿Se habían equivocado? ¿No les guardaba nada el porvenir?

Si Julián hubiera seguido siendo guapo, elegante, cuidadoso, seductor, ¿hubiera sufrido mucho con su desvío?

Estaba convenido que después del día de año nuevo los recién casados se quedarían solos, y que papá y mamá volvería á pasar algunos meses en su casa de Rouen. Aquel in-

vierno los jóvenes no debían abandonar los *Pueblos* para acabar de establecerse, de acostumbrarse y recrearse en los lugares en que iban á pasar su vida. Además, tenían algunos vecinos á quienes Julián quería presentar su mujer: los Briseville, los Coutelier y los Fourville.

Pero aún no podían dar principio á sus visitas, porque hasta entonces les había sido imposible conseguir que viniese el pintor á cambiar las armaduras del coche.

En efecto, el barón había cedido á su yerno el viejo carruaje de familia, y por nada en el mundo hubiera consentido Julián en presentarse en los castillos próximos antes de que el escudo de los Lamare hubiera sustituido al de los Le-Perthuis-des-Vauds.

Pero no había en la comarca más que un solo hombre que conservase la especialidad de los adornos heráldicos, un pintor de Bolbec, llamado Bataille, á quien avisaban de todos los castillos normandos para que pintase preciosos adornos en las pterzuelas de los coches.

Por fin, una mañana de Diciembre, después de almorzar, vieron que un individuo abría la

verja y se adelantaba por el camino, llevando una caja al hombro.

Era Bataille.

Hiciéronle entrar en el salón y le sirvieron de comer como si hubiera sido un príncipe, porque su especialidad, sus relaciones incesantes con toda la aristocracia de la provincia, su conocimiento de las armerías, de los términos consagrados, de los emblemas, le habían convertido en un hombre-blasón, á quien los nobles estrechaban la mano.

Hizo que en seguida le llevaran papel y un lápiz, y mientras comía, el barón y Julián diseñaron sus escudos partidos en cuarteles. La baronesa, trastornada en cuanto se trataba de estas cosas, daba su opinión; y la misma Juana tomaba parte en el debate, como si repentinamente, hubiérase despertado en ella algún misterioso interés.

Durante el almuerzo, Bataille indicaba su opinión, tomaba á veces el lápiz, trazaba un proyecto, citaba ejemplos, describía todos los carruajes señoriales de la comarca, parecía llevar consigo, en su espíritu, hasta en su voz, como una atmósfera de nobleza.

Era un hombrecillo de cortos cabellos grises, de manos manchadas de colores, y que olía á esencias. Antiguamente había estado sometido á un feo proceso de ofensa á las costumbres; pero la consideración de todas las familias nobles del país había borrado aquella mancha hacía mucho tiempo.

En cuanto acabó de tomarse el café, le llevaron bajo la cochera y quitaron la tela encerada que envolvía el carruaje. Bataille le examinó, luego dió gravemente su opinión sobre las dimensiones que, á su juicio, debía de dar á su dibujo; y después de un nuevo cambio de ideas, se puso á la obra.

A pesar del frío, la baronesa hizo que la trajeran un asiento para verle trabajar; luego pidió un calentador para sus pies, que se la helaban, y empezó tranquilamente á hablar con el pintor, preguntándole sobre enlaces que ignoraba, sobre los muertos y los recién nacidos, completando con estas noticias el árbol de las genealogías que conservaba en su memoria.

Julián se había quedado con su suegra. A caballo en una silla, fumaba su pipa, escupía en

el suelo, escuchaba y seguía con los ojos cómo iluminaban su nobleza.

A poco, el tío Simón, que iba á la huerta con su azada al hombro, se detuvo para mirar el trabajo; y habiendo trascendido á ambas granjas la llegada de Bataille, no tardaron en presentarse las mujeres de los colonos. Extasiábanse, puestas de pie á un lado y otro de la baronesa, y repetían:

—Ya hace falta ser diestro para hacer ahí esas cosas.

Hasta las once del día siguiente no pudieron quedar concluídos los escudos de las dos portezuelas. Toda la gente estaba allí, y sacaron fuera la carretela para juzgar mejor.

Estaba perfectamente, y felicitaron á Bataille, que se marchó con su caja á la espalda. Y el barón, su mujer, Juana y Julián convinieron en que el pintor era hombre de grandes recursos que, si las circunstancias se lo hubieran permitido, hubiera llegado á ser un artista.

Pero, por razones de economía, Julián había realizado reformas que necesitaban nuevas modificaciones.

El viejo cochero se había transformado en

jardinero, y habiendo vendido las carrozas para no tener que pagarles su entretenimiento, el mismo vizconde se encargó de guiar.

Además, como se necesitaba que alguien tuviera los caballos cuando los amos se apeasen, hizo lacayo á un joven vaquero llamado Mario.

Por último, para procurarse caballos, introdujo en el arrendamiento de los Couillard y de los Martín una cláusula especial, que los obligaba á dar cada uno de ellos un caballo, un día de cada mes, y en fecha fijada por Julián, dispensándose en cambio de la contribución en aves.

Los Couillard llevaron una gran jacucha de pelo amarillo, y los Martín un pequeño caballo blanco de pelo largo; uno y otro fueron enganchados juntos, y Mario, ahogado en una vieja librea del tío Simón, condujo este tren delante de la escalinata del castillo.

Julián, limpio y lavado, había vuelto á recuperar algo de su pasada elegancia; pero su larga barba le daba aspecto vulgar.

La baronesa, que bajó trabajosamente de su cuarto apoyada en el brazo de su marido, subió al coche y se sentó, sostenida la espalda con cojines. Juana salió á su vez. Primero, se echó á

reír del aparejamiento de los dos caballos; el blanco, decía, era nieto del amarillo; luego, al ver á Mario con la cara hundida en su sombrero de escarapela, cuyo descenso sólo estaba limitado por las narices del muchacho, las manos ocultas en la profundidad de las mangas, y las piernas arropadas en los faldones de su librea, bajo la cual salían sus pies, calzados por unos grandes zapatones; cuando le vió echar atrás la cabeza para mirar, alzar la rodilla para dar un paso como si fuera á cruzar un río, y revolverse como un cojo para obedecer las órdenes que se le daban, perdido por completo, oculto en la amplitud de su traje, sintióse atacada de una risa invencible, que no tenía término.

Volvióse el barón, miró al avergonzado muchacho, y cediendo al contagio, rompió á reír llamando á su mujer y sin poder hablar:

—¡Mi-ra... Ma-Ma-riol!... ¡Tie-ne gra-cial! ¡Dios mío, tie-ne gra-cial!

Entonces la baronesa, inclinándose sobre la portezuela y mirándole, se sintió sacudida por tal crisis de alegría, que toda la carretela bailaba sobre sus muelles.

Julián, pálido, preguntó:

—¿Pero qué os pasa para reiros así? ¡Parecéis locos!

Juana, enferma, convulsa, incapaz de tranquilizarse de repente, se sentó en un peldaño de la escalinata. El barón hizo lo mismo; y, dentro de la carretela, unos estornudos convulsivos, una especie de hipo continuo decían que la baronesa se ahogaba. Y, de pronto, la levita de Mario empezó á palpar; sin duda el muchacho había comprendido, porque se refa con todas sus fuerzas desde el fondo de su extraño traje.

Entonces Julián, irritado, se precipitó sobre él. De un bofetón separó la cabeza del pobre chico del sombrero, que voló sobre el césped; luego, volviéndose hacia su suegro, balbuceó con voz que la cólera hacía temblar:

—Creo que no sois vos quien debía reirse: si no hubiérais derrochado vuestra fortuna, si no os hubiérais comido vuestro capital, ¿estaríamos así? ¿Quién tiene la culpa de que os hayáis arruinado?

Toda la alegría cesó en el momento. Nadie pronunció una palabra. Juana, que ahora sentía ganas de llorar, subió al lado de su madre. El baron, sorprendido y mudo, sentóse enfrente de

las dos mujeres; y Julián, instalándose en el asiento, vió á su lado al niño que lloraba y cuya mejilla iba hinchándose.

El camino fué triste y pareció largo. Todos callaban en el coche. Los tres, preocupados y sombríos, no querían confesarse lo que les molestaba. Comprendían que no hubieran podido hablar de otra cosa. De tal modo les martirizaba aquel pensamiento doloroso, que preferían callarse á ahondar aquel penoso asunto.

Al trote desigual de los dos animales, la carretela pasaba á lo largo de los patios de las granjas, hacía huir á toda prisa algunas gallinas negras que, espantadas, metíanse y desaparecían por los vallados; corría á veces perseguido por un mastín que aullaba, y que pronto tornaba á su casa, con el pelo erizado, volviéndose otra vez para ladrar hacia el coche. Un chico con zapatos enlodados, de largas piernas, que andaba por allí con las manos metidas en los bolsillos, la blusa azul, ahuecada por el viento, hacía la espalda, separábase para dejar paso al coche, y se quitaba torpemente la gorra, dejando ver sus cabellos lacios pegados al cráneo.

Y entre granja y granja extendíase el campo,

interrumpido á lo lejos por otras granjas situadas de trecho en trecho.

Por fin entraron en una gran calle de abetos, lindante al camino. Los baches, enlodados y profundos, hacían que la carretela vacilase, y mamaíta prorrumpía en gritos. Al fin de la avenida había una empalizada blanca, cerrada. Mario fué á abrirla, dando una gran vuelta para llegar por un camino llano, por delante de un alto, vasto y triste edificio, cuyas ventanas estaban cerradas.

Abrióse de pronto la puerta del centro; y un viejo criado, vestido con chaleco rojo con rayas negras, que cubría en parte su mandil de servicio, bajó á lentos pasos los peldaños de la escalinata. Pidió su nombre á los visitantes y los introdujo en un espacioso salón cuyas ventanas, cerradas constantemente, abrió con gran trabajo. Los muebles estaban cubiertos con fundas, el reloj y los candelabros envueltos en un lienzo blanco; y un aire húmedo, un aire de otros tiempos, húmedo, helado, parecía impregnar de tristeza los pulmones, el corazón y la piel.

Sentáronse todos y esperaron. Pasos que se

oían en el corredor de encima de la sala anunciaban un apresuramiento nada habitual. Sorprendidos los castellanos se vestían de prisa y corriendo. Esto duró mucho. Una campanilla sonó varias veces. Otros pasos bajaron por una escalera, luego subieron.

La baronesa, invadida por el frío, estornudaba con exceso. Julián se paseaba por el salón. Juana, triste, permanecía sentada junto á su madre; y el barón, apoyado en el mármol de la chimenea, seguía con la frente baja.

Giró, por fin, una de las altas puertas, y dió paso á los vizcondes de Briseville. Los dos eran bajitos, delgaduchos, andaban á saltitos, no tenían edad apreciable, eran ceremoniosos y tímidos. La mujer, con un traje de seda rameada, cubierta con un gorrito de cintas, hablaba rápidamente, con voz agria. Su marido, envuelto en una estrecha levita muy pomposa, saludaba encogiendo las rodillas. Su nariz, sus ojos, sus dientes desportillados, sus cabellos que parecían encerados y su traje de etiqueta, tenían ese lustre de las cosas muy cuidadas.

Después de los primeros cumplidos de bienvenida y cortesías de vecindad, nadie sabía de

qué hablar. Sin motivo se felicitaron unos á otros. Era de esperar que se conservasen siempre aquellas relaciones de amistad. Cuando se vive todo el año en el campo, el visitarse es un recurso.

Y la atmósfera glacial del salón se metía en los huesos, estrechaba las gargantas. Ahora, la baronesa, sin dejar por eso de estornudar, tosía. Entónces el barón dió la señal de la partida. Los Briseville insistieron:

—¿Cómo? ¿Tan pronto? Quedáos un poco más.

Pero Juana se había levantado sin hacer caso de las señas de Julián, á quien le parecía corta la visita.

Quisieron llamar al criado para que hiciese adelantar el carruaje; pero la campanilla no sonaba. El dueño de la casa se levantó y salió, y luego vino á decir que habían llevado los caballos á la cuadra.

Tuvieron que aguardar. Buscaban todos una frase, una palabra que decir. Hablaron del invierno, que era lluvioso. Juana, con estremecimientos de angustia, preguntó lo que podían hacerse sus huéspedes, solos allí durante todo

el año. Pero los Briseville se admiraron de la pregunta, porque estaban constantemente ocupados, escribiendo muchas veces á sus nobles parientes, diseminados por toda Francia, empleando los días en microscópicas tareas, ceremoniosos uno con otro como si hubiera extraños delante, y hablando solemnemente de los más insignificantes asuntos.

Y bajo el alto techo ennegrecido del vasto salón inhabitado, todo envuelto en telas, el hombre y la mujer, tan pequeños, tan limpios, tan correctos, parecían á los ojos de Juana como nobles en conserva.

Por fin pasó el coche ante las ventanas con sus dos caballos desiguales. Pero Mario había desaparecido. Creyéndose libre hasta la noche, había ido, sin duda, á dar una vuelta por el campo.

Julián, furioso, rogó que le enviasen á pie cuando viniera; y después de mucho saludo por una y otra parte, tomaron el camino de los *Pueblos*.

En cuanto estuvieron encerrados en la carretela, Juana y su padre, á pesar de la pesada obsesión que aún les quedaba por la brutalidad de

Julián, se echaron á reir, imitando los gestos y entonaciones de los Briseville. El barón simulaba al marido, Juana á la mujer, pero la baronesa, algo herida en sus prejuicios, les dijo:

—Hacéis mal en reiros de ese modo; son personas muy correctas, que pertenecen, á excelentes familias.

Callaron para no contrariar á mamáta; pero, de cuando en cuando, y á pesar de todo, Juana y su padre se miraban y volvían á empezar. El barón saludaba ceremoniosamente y decía con tono solemne:—¿Debe ser muy frío vuestro castillo de los *Fueblós* con este aire del mar que le azota todo el día?—Ella tomaba un aire afectado, haciendo monerías con un pequeño movimiento de cabeza, parecido al de un pato bañándose, añadía:—«¡Oh! ¡Aquí tengo en qué ocuparme todo el año! Además, ¡tenemos tantos parientes á quienes escribir! Y M. de Briseville me lo deja á mí todo, mientras él se ocupa en sabias investigaciones con el padre Fille. Están haciendo juntos la historia religiosa de Normandía.»

La baronesa, á su vez, se sonreía, y con tono de benevolencia murmuraba:

—No está bien que nos riamos de este modo de personas de nuestra clase.

Pero, de pronto, el coche se detuvo, y se oyó que Julián, volviéndose, llamaba á alguien. Entonces Juana, y el barón, asomándose á las portezuelas, vieron á un ser raro que parecía rodar hacia ellos. Embarazadas las piernas en la falda flotante de su librea, ciego por su sombrero que se movía sin cesar, agitando sus mangas como aspas de molino, patullando en los grandes charcos que atravesaba corriendo desenfundadamente, tropezando contra todas las piedras del camino, saltando y cubierto de lodo, Mario seguía el carruaje con toda la velocidad de sus piernas.

En cuanto le echó mano Julián, inclinándose sobre el asiento, le llamó junto á él, y soltando las riendas, se puso á acribillar á puñetazos el sombrero, que se le hundió al muchacho hasta los hombros, sonando como un tambor. Dentro de él, aullaba el chico, tratando de huir, de saltar del pescante, mientras su amo, sujetándole con una mano, seguía pegándole con la otra.

Juana, fuera de sí, balbuceaba:

—¡Padre! ¡Padre!

Y la baronesa, indignada, apretaba el brazo de su marido:

—¡Pero evitad eso, Jacobo!

Entonces, bruscamente, el barón bajó el vidrio de la bigotera, y cogiendo la manga de su yerno, le increpó con voz trémula:

—¿Habéis acabado de pegar á ese niño?

Julián, estupefacto, se volvió:

—¿No véis cómo ha puesto el canalla su librea?

Pero el barón, sacando la cabeza entre ambos:

—¿Qué me importa á mí eso? Nadie debe ser severo hasta ese punto.

Julián volvió á incomodarse.

—¡Haced el favor de dejarme en paz! ¡Esto no os importa!

Y otra vez levantó la mano; pero su suegro se la cogió bruscamente, y le hizo que la bajase con tanta fuerza, que chocó con la madera del asiento; y tan violentamente exclamó:

—Si no cesáis, bajo, y yo os haré que le dejéis,—que el vizconde se serenó de pronto, y encogiéndose de hombros, sin contestar, arreó los caballos, que partieron al galope.

Lívidas, las dos mujeres apenas se movían; y oíanse distintamente los fuertes latidos del corazón de la baronesa.

A la hora de comer, Julián estuvo más amable que de costumbre, como si nada hubiera pasado. Juana, su padre y mamá Adelaida, que en su benevolencia tranquila olvidaban pronto, encantados de verle tan amable, dejábanse ir á la alegría con la sensación del bienestar de los convalecientes; y como volvió á hablar de los Briseville, su marido tomó parte en la broma; pero añadió en seguida:

—No importa: tienen aire de nobleza.

Como todos temían reavivar la cuestión de Mario, no hicieron más visitas. Unicamente decidieron enviar tarjetas á los vecinos el día de año nuevo, y aguardar, para verlos, los primeros días tibios de la próxima primavera.

Vino Navidad, é invitaron á comer al cura y al alcalde y su mujer, volviéndoles á invitar el día de año nuevo. Estas fueron las únicas distracciones que rompieron el monótono encadenamiento de los días.

El barón y mamá debían salir de los *Pue-
blos* el día 9 de Enero; Juana quería detenerlos,

pero Julián no ponía empeño en que se quedasen; y ante la frialdad creciente de su yerno, el barón mandó venir de Rouen una silla de posta.

La víspera de su partida, hechas ya las maletas, y al ver que hacía un día claro, Juana y su padre resolvieron bajar hasta Iport, donde no habían estado desde la vuelta de Córcega.

Atravesaron el bosque que la joven había recorrido la víspera de su matrimonio, en unión de aquel cuya eterna compañera iba á ser, aquel bosque donde había recibido su primera caricia, donde había sentido el primer estremecimiento, donde había sentido ese amor sensual que no debía conocer hasta encontrarse en el salvaje valle de Ota, cerca de la fuente en que ella y Julián habían bebido, mezclando sus besos en el agua.

Ya no había allí hojas, ni hierbas trepadoras, nada más que el ruido de las ramas, y ese seco rumor que en invierno tienen los árboles desnudos.

Entraron en la aldehuela. Las calles vacías, silenciosas, tenían olor á mar, á algas, á pescado. Las vastas redes, curtidas, seguían secán-

dose, extendidas delante de las puertas ó sobre guijarros. El mar, gris y frío, con su eterna y gruñidora espuma, empezaba á bajar, descubriendo, en la dirección de Fécamp, las rocas verdosas al pie de la costa. Y á lo largo de la playa, las grandes barcas, echadas sobre un costado, parecían grandes pescados muertos. Caía la tarde, y los pescadores venían por grupos, andando pesadamente con sus grandes botas marinas, el cuello envuelto en lana, un litro de aguardiente en una mano y el farol de la barca en la otra. Durante mucho tiempo giraron alrededor de las inclinadas embarcaciones, metiendo en ellas, con lentitud verdaderamente normanda, sus redes, sus boyas, un pan grande, un puchero de manteca, un vaso y una botella de aguardiente; luego empujaban al agua la barca, ya derecha, que resbalaba ruidosamente sobre los rodillos, hendía la espuma, trepaba sobre la ola, mecíase durante unos cuantos momentos, abría sus oscuras alas, y desaparecía en la noche, con su lucecilla en el extremo del mástil.

Y las altas mujeres de los marineros, cuyas rudas formas resaltaban bajo las delgadas ropas,

detenidas en la playa hasta la partida del último pescador, volvían á la aldea, dormida aún, turbando con sus voces chillonas el pesado sueño de las sombrías calles.

Inmóviles, el barón y Juana contemplaban cómo se perdían en la sombra aquellos hombres que de este modo iban diariamente á arriesgar su vida para no carecer de pan, y que tan pobres eran, sin embargo, que no comían carne nunca.

El barón, entusiasmándose á la vista del Océano, murmuró:

—Esto es hermoso y terrible. ¡Qué grandioso es este mar, envuelto en tinieblas, y sobre el cual hay tantas existencias en peligro! ¿Verdad, Juana?

La joven, con sonrisa helada, le contestó:

—Más me gusta el Mediterráneo.

Pero su padre, indignándose:

—¡El Mediterráneo!—exclamó—Aceite, agua con azúcar, agua azul en un vaso de lejía. ¡Mira éste qué imponente es, con sus crestas de espuma! Y piensa en todos esos hombres que se han ido y á quienes ya no se les ve.

Juana convino con su padre, diciéndole:

—Sí, como quieras.

Pero aquella palabra «¡el Mediterráneo!» que había acudido á sus labios, habíala nuevamente mordido en el corazón, transportando su pensamiento hacia los países lejanos en que yacían sus sueños.

Entonces, en lugar de volver por los bosques, padre é hija ganaron el camino y subieron la costa á pasos lentos. Entristecidos por la próxima separación, apenas hablaban.

De cuando en cuando, y conforme pasaban de largo por las cercas de las granjas, olor de manzanas apiladas, ese olor á limón fresco que en este tiempo parece como que flota en toda la campiña normanda, los azotaba el rostro, ó bien un perfume de establo, ese bueno y cálido aroma que se escapa del vaho de las vacas. En el fondo del patio, una ventanilla iluminada decía cuáles eran las habitaciones ocupadas.

Y Juana creía que su alma se ensanchaba; comprendía cosas invisibles, y aquellas lucecillas diseminadas por el campo la dieron de pronto la viva sensación del aislamiento de las criaturas á quienes todo desune, todo separa

todo arrastra lejos de cuanto quisieran amar.

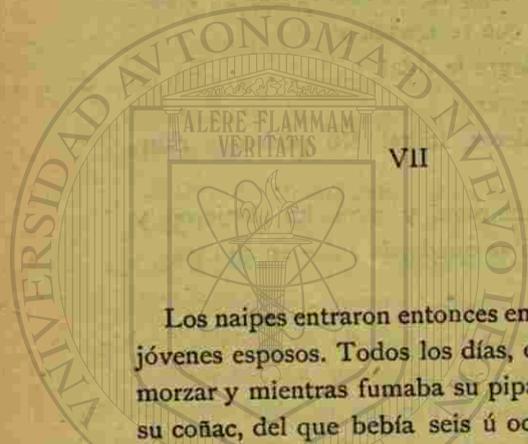
Y exclamó con resignación:

—¡No es alegre la vida!

El barón suspiró:

—¡Qué quieres, hijita! No podemos cambiarla.

Y al otro día papá y mamá partieron, y Juana y Julián se quedaron solos en su casa.



Los naipes entraron entonces en la vida de los jóvenes esposos. Todos los días, después de almorzar y mientras fumaba su pipa y paladeaba su coñac, del que bebía seis ú ocho copas, Julián jugaba con su mujer algunas partidas de *besigue*. Luego, la joven subía á su cuarto, sentábase cerca de la ventana, y mientras la lluvia golpeaba los cristales ó el viento los sacudía, bordaba con empeño. Cansada á veces, alzaba la vista y miraba el mar, que á lo lejos cabrilleaba. Al cabo de algunos minutos de su muda contemplación, reanudaba su labor.

Nada más tenía que hacer, por otra parte. Julián había tomado la plena dirección de su casa para satisfacer del todo sus necesidades de autoridad y sus ansias de economía. Mostrába-

se poseído por una parsimonia feroz; jamás daba una propina; reducía el alimento á lo estrictamente necesario, y al saber que Juana, desde su venida á los *Pueblos*, mandaba que la hiciese el panadero una galletita normanda, suprimió este gasto y la condenó al pan de picos.

Ella no decía nada, por evitar cuestiones, riñas y disgustos; pero cada nueva manifestación de avaricia que notaba en su marido la hería como un alfilerazo. Todo esto la parecía bajo y repugnante, á ella, que se había educado en una familia en que el dinero no se contaba para nada. Muchas veces había oído decir á mamáta:

—El dinero se ha hecho para gastarle.

Ahora Julián la repetía:

—¿No has de poder acostumbrarte á no tirar el dinero por la ventana?

Y cada vez que había rebajado en unos cuantos céntimos una cuenta ó un jornal, decía, sonriéndose, mientras se guardaba la moneda en el bolsillo:

—Los arroyitos son los que hacen los ríos. Algunos días, sin embargo, tornaba Juana á sus sueños. Dejaba dulcemente de trabajar, y con las manos quietas, la vista apagada, rehacía

una de sus novelas de muchacha, entrando de lleno en aventuras encantadoras. Pero bien pronto la voz de Julián, que daba una orden al tío Simón, la arrancaba al adormecimiento de su sueño, y volvía á su obra de paciencia, diciéndose:

—Todo esto acabó.

Y una lágrima caía sobre sus dedos, que empujaban la aguja.

También Rosalía, antes tan alegre y siempre cantando, estaba cambiada. Sus redondas mejillas habían perdido su rojo matiz, y casi huecas ahora, parecía como que las restregaban con tierra.

Muchas veces la preguntaba Juana:

—¿Estás enferma, hija mía?

La pobre mujer contestaba invariablemente:

—No, señora.

Poníase algo colorada, y desaparecía al punto. En vez de correr, como antes, arrastraba trabajosamente sus pies, y no parecía ya ni coqueta, no compraba nada á los buhoneros, que en vano le enseñaban sus cintas de seda, sus corsés y sus perfumes variados.

Y la vasta casa parecía sonar á hueco, som-

bría, con su fachada surcada por la lluvia con anchas manchas grises.

A fines de Enero llegaron las nieves. Véanse de lejos las grandes nubes que venían del Norte por cima del oscuro mar, y empezó la blanca caída de los copos. En una noche quedó cubierto todo el llano, y á la mañana los árboles aparecieron envueltos en esta espuma de hielo.

Calzado con altas botas, que le daban hirsuta apariencia, Julián pasaba los días en el fondo del bosquecillo, emboscado tras el foso que daba á la landa, acechando á los pájaros emigrantes. De cuando en cuando un disparo rompía el helado silencio de los campos, y bandadas de negros cuervos, espantados, salían revoloteando de los árboles.

Sucumbiendo al fastidio, Juana bajaba á veces sobre la escalinata. Rumores de vida venían de muy lejos, repercutidos sobre la dormida tranquilidad de aquella sábana lívida y sombría. Después no oía más que una especie de ronquido de las lejanas olas, y el vago y continuo deslizarse de aquel polvo de agua helada que seguía cayendo sin cesar.

Y la capa de nieve se elevaba constantemente bajo la caída infinita de aquel musgo espeso y ligero.

En una de estas pálidas mañanas, Juana, inmóvil, calentábase los pies en el fuego de su habitación, mientras Rosalía, cada día más cambiada, hacía lentamente la cama. De pronto la joven oyó un suspiro á su espalda. Sin volver la cabeza, preguntó:

—¿Qué te pasa?

Como siempre, la doncella contestó:

—Nada, señora.

Pero su voz parecía rota, expirante.

Pensaba ya Juana en otra cosa, cuando advirtió que no oía á la joven, y la llamó:

—¡Rosalía!

Nadie se movió. Entonces, creyendo que habría salido sin hacer ruido, gritó con más fuerza:

—¡Rosalía! Y ya iba á alargar el brazo para coger la campanilla, cuando un profundo gemido, exhalado cerca de ella, hizo que se levantase con un estremecimiento de angustia:

La pobre sirvienta, lívida, con los ojos extraviados, estaba sentada en el suelo, con las

piernas estiradas, la espalda apoyada contra la madera de la cama.

Lanzóse Juana hacia ella:

—¿Qué tienes? ¿Qué tienes?

La infeliz no dijo nada, no hizo un gesto; fijaba en su ama una mirada loca, y se retorció como sacudida por espantoso dolor. Luego, de pronto, extendiendo todo su cuerpo, resbaló sobre su espalda, ahogando entre sus dientes apretados, un grito de angustia.

Bajo sus ropas, pegadas á sus muslos entreabiertos, algo se movió. Y salió de allí un ruido extraño, un chapoteamiento, un soplo de garganta estrangulada; luego fué un maullido, una queja débil y ya dolorosa; el primer grito de dolor del niño que entra en la vida.

Bruscamente comprendió Juana, y, perdida la cabeza, corrió á la escalera, gritando:

—¡Julián! ¡Julián!

Contestóla él desde abajo:

—¿Qué quieres?

Y ella añadió trabajosamente:

—Es... es Rosalía, que...

Lanzóse Julián, subió de dos en dos los escalones, y entrando bruscamente en el cuarto, le-

vantó de una vez las ropas de la pobre muchacha, y descubrió un espantoso pedacillo de carne, plegado, que gemía crispado y húmedo, y se agitaba entre dos piernas desnudas.

Enderezóse con la cara airada, y echando del cuarto á su mujer, que no sabía lo que la pasaba:

—Vete—la dijo.—Esto no te importa. Envíame á Ludivina y al tío Simón.

Trémula Juana, bajó á la cocina, y luego, sin atreverse á subir, entró en el salón, donde no se encendía fuego desde la partida de sus padres, y esperó ansiosamente noticias. A poco vió al criado que salía corriendo, y que cinco minutos después volvió con la viuda Dentú, la partera del pueblo.

Hubo entonces gran movimiento en la escalera, como si llevasen á un herido, y Julián vino á decir á Juana que ya podía volver á su cuarto.

La joven temblaba como si acabase de asistirse á algún siniestro accidente. Sentóse otra vez delante de su chimenea, y preguntó:

—¿Cómo está?

Nervioso, preocupado, Julián recorría la habitación de arriba abajo, palpitante de cólera

al parecer. Al pronto no respondió; pero pasados unos cuantos minutos, se detuvo, y dijo:

—¿Qué piensas hacer de esa muchacha?

Ella no le comprendió, y mirándole fijamente contestó:

—¡Eh! ¿Qué quieres decir? ¡Yo qué sé!

Julián continuó, como si la indignación le dominase:

—No es cosa de que tengamos en casa un hijo natural.

Ella entonces quedóse muy perpleja, y luego, al cabo de un largo silencio:

—Pues... podíamos darle á criar.

Su marido no la dejó concluir.

—¿Y quién pagaría á la nodriza? ¿Tú, naturalmente?

Ella reflexionó durante mucho tiempo, buscando una solución, y al fin dijo:

—Pues el padre de ese niño se encargará de ello, y, si se casa con Rosalía, no hay dificultad.

Julián, furioso y como si se le hubiera agotado la paciencia, exclamó:

—¡El padre!... ¡El padre!... ¿Le conoces acaso? No... ¿verdad? ¿Pues entonces?...

Juana, conmovida, iba animándole:

—Pero es que no abandonará á esa pobre muchacha. ¡Sería un cobarde! Preguntaremos quién es, iremos á buscarle, y será preciso que se explique.

Julián se había calmado, y otra vez se paseaba.

—Hijita, esa chica no quiere decirnos quién es su amante; no te lo dirá á tí, como tampoco á mí me lo ha dicho. Además, ¿y si él no quiere?... Entretanto no podemos tener bajo nuestro techo á una chica soltera con su hijo: ¿entiendes?

Juana repetía tenazmente:

—Entonces, ese hombre es un miserable; pero le conoceremos, y tendrá que entenderse-las con nosotros.

Julián, que se había puesto encarnado, se incomodaba más:

—Pero... entretanto...

Ella no sabía qué partido tomar, y le preguntó:

—¿A ti qué te parece?

Inmediatamente la dió él su opinión:

—¡Oh! Lo que es yo, lo veo muy sencillo. Le daría unas cuantas monedas, y la echaría á los demonios con su engendro.

Pero la joven, indignada, se sublevó contra tal idea:

—¡Oh! lo que es eso... no. Esa chica es mi hermana de leche; hemos crecido juntas. Ha cometido una falta; tanto peor; pero no por eso la echaré de mi casa, y, si no hay otro remedio, daré educación á su hijo.

Al oirla se exasperó Julián:

—¡Y eso nos formará buena reputación, con el nombre y las relaciones que tenemos! En todas partes dirán que protegemos el vicio, que amparamos mujeres perdidas, y las personas honradas no querrán poner el pie en nuestra casa. ¡Estás loca cuando piensas en eso!

La joven no había perdido su serenidad.

—Nunca permitiré que salga de casa Rosalía; si tú no quieres tenerla, mi madre la tomará, y acabaremos por conocer el nombre del padre de su hijo.

Él entonces salió furioso, dando un portazo y gritando:

—¡Cuando se les mete una idea en la cabeza, las mujeres son estúpidas!

A la tarde subió Juana á ver á la parida. La pobre, bajo los cuidados de la viuda Dentú,

permanecía inmóvil en su cama, con los ojos abiertos, mientras la enfermera tenía en brazos al recién nacido.

Apenas vió á su ama, Rosalía rompió en sollozos, ocultando la cara entre las ropas, agitándose con desesperación. Juana quiso abrazarla, pero ella se resistía; retiraba el rostro. La enfermera intervino entonces; la destapó, y llorando todavía, pero ya dulcemente, la infeliz se dejó besar.

Ardía algo de fuego en la chimenea; hacía frío; el niño lloraba. Juana no se atrevía á hablar del pequeñuelo, temerosa de provocar una nueva crisis, y había cogido la mano de la muchacha, repitiendo maquinalmente:

—Esto no será nada, no será nada.

La pobre chica miraba á hurtadillas á la enfermera; temblaba al oír los gritos del niño, ahogada por un resto de pena que á veces estallaba en un sollozo convulsivo, mientras las lágrimas, á duras penas contenidas, sonaban á modo de agua en su garganta.

Una vez más la abrazó Juana, y en voz baja la dijo al oído:

—Ya lo arreglaremos todo, hija mía.

Luego, al ver que empezaba un nuevo acceso de llanto, huyó corriendo.

Todos los días volvió, y todos los días Rosalía estallaba en sollozos al ver aparecer á su señora.

Al niño le pusieron en ama en una casa próxima.

Mientras esto sucedía, Julián apenas hablaba á su mujer, como si desde el día en que ésta se negó á despedir á la criada, la guardase rencor. Un día volvió sobre este asunto; pero Juana sacó de su bolsillo una carta, en que la baronesa decía que si no la conservaban en los *Pueblos*, la enviasen inmediatamente á Rosalía.

Julián gritó furioso:

—¡Tan loca como tú es tu madre!

Pero no insistió.

Quince días después la parida podía levantarse y volver á su servicio.

Juana la llamó un día, hizo que se sentase á su lado, la cogió las manos entre las suyas, y mirándola fijamente:

—Vamos, hija, la dijo; cuéntamelo todo.

Rosalía se echó á temblar, y balbuceó:

—¿El qué, señora?

—¿De quién es ese niño?

La muchacha fué presa de una espantosa desesperación, y hacía esfuerzos por cubrirse todo el rostro con las manos.

Pero Juana le abrazaba á la fuerza, la consolaba.

—Es una desgracia, hija: ¡qué quieres! Has sido débil; eso les pasa á muchas. Si el padre del niño se casa contigo, nadie pensará en ello, y nosotros podremos tomarle á nuestro servicio.

Como si estuvieran atormentándola se quejaba Rosalía, y de cuando en cuando daba una sacudida como si quisiera desprenderse y huir.

Juana continuó:

—Comprendo que te dé vergüenza; pero ya ves que no me incomodo, que te hablo con dulzura. Si te pregunto quién es ese hombre, es por tu bien, porque al verte así comprendo que te abandona, y quiero evitarlo. Julián irá á buscarle, ya verás, y le obligaremos á que se case contigo; y como os tendremos aquí á los dos, tendrá que hacerte feliz.

Ahora Rosalía hizo un esfuerzo tan brusco, que arrancó sus manos de las de su ama, y huyó como una loca.

Aquella noche, mientras comían, dijo Juana á su marido:

—He querido decidir á Rosalía á que me revelase el nombre de ese infame, y no he podido conseguirlo. Inténtalo tú, á ver si obligamos á ese miserable á que se case con ella.

Julián se enfadó al oírla.

—Mira, ya te he dicho que no quiero oír hablar de estas historias. Has querido conservar á esa chica á tu servicio, bueno; pero no me aburras más con ese asunto.

Desde el día del parto parecía que su carácter se había hecho más irritable aún, y había tomado la costumbre de no hablar á su mujer sino á gritos, como si siempre estuviera furioso, mientras ella, por el contrario, bajaba la voz, mostrábase dulce, conciliadora, para evitar todo disgusto, y muchas noches lloraba en su lecho.

A pesar de su constante irritabilidad, su marido había vuelto á sus costumbres conyugales, olvidadas desde su regreso, y era raro que pasase tres noches seguidas sin entrar en el cuarto de su mujer.

Pronto se curó del todo Rosalía, y alegróse un tanto, por más que siempre se presentaba

amedrentada, como si la persiguiera un temor desconocido. Y dos veces más echó á correr cuando Juana quería preguntarla nuevamente.

Julián también cambió algo; Juana pareció asimismo recobrar su satisfacción perdida; y aunque á veces se sentía presa de extrañas molestias, de las cuales no hablaba á nadie, alimentaba vagas esperanzas, volvía á sus alegrías perdidas. El deshielo no había venido aún, y ya hacía cinco semanas que un cielo claro como un cristal azul durante el día, y sembrado por la noche de estrellas, que parecían de escarcha, extendíase sobre la sábana unida, dura y luciente de las nieves.

Las granjas, aisladas en sus espacios cuadrados, detrás de sus cortinas de grandes árboles, cubiertos de nieve, parecían dormir, envueltas en blancas túnicas. Ni los hombres ni los animales salían al exterior; sólo las chimeneas de las chozas, en los delgados hilos de humo que subían rectos por el espacio glacial, revelaban la vida oculta en su interior.

La llanura, la playa, todo parecía muerto, muerto por el frío. De cuando en cuando oíase que chascaban los árboles, como si bajo

su corteza se rompieran sus miembros de madera, y á veces desprendíase y caía una gran rama, petrificada su savia y rotas sus fibras por la invencible helada.

Juana esperaba ansiosa la vuelta de los aires tibios, atribuyendo al terrible rigor del tiempo todos los vagos sufrimientos que la martirizaban.

Unas veces no podía comer nada, llena de asco á la vista de cualquier alimento; otras su pulso latía como loco; otras también, lo poco que comía la daba torturas de indigestión; y sus nervios, distendidos, vibrando incesantemente, la hacían vivir en una agitación constante y que no podía tolerar.

Una noche el termómetro bajó más, y Julián, estremeciéndose al levantarse de la mesa (porque nunca estaba calentada á punto la habitación, por lo que él economizaba la leña), se restregó las manos, murmurando:

—Esta noche será bueno dormir en compañía, ¿no te parece, monina?

Reíase con su risa de otro tiempo, y Juana se precipitó á su cuello; pero sentíase tan molesta aquella noche, tan dolorida, tan extrañamente

nerviosa, que, besándole en los labios, le rogó en voz baja que le dejase dormir sola, diciéndole en pocas palabras lo que sentía.

—Te lo ruego, querido; te aseguro que no estoy bien. Mañana estaré mejor, sin duda.

Él no insistió.

—Como quieras, hijita; si estás mala, tienes que cuidarte.

Y hablaron de otra cosa.

La joven se acostó temprano. Julián, por extraordinario, mandó que le encendiesen fuego en su cuarto. Cuando vinieron á decirle que ya ardía bien, besó á su mujer en la frente y se marchó.

La casa entera parecía dominada por el frío; las paredes, húmedas, dejaban oír ligeros rumores, como si se estremeciesen; y Juana, en su lecho, tiritaba.

Dos veces se levantó para echar leña á la chimenea y buscar vestidos, ropas, faldas y amontonarlas sobre su cama. Nada bastaba á darle calor; sus pies se entumecían, y en sus muslos y en sus huesos sentía vibraciones que no la dejaban estar quieta, agitándola y enervándola con exceso.

Pronto sus dientes castañetearon, temblaron sus manos, oprimióse su pecho; su corazón latía con golpes sordos, y á veces parecía detenerse; y su garganta jadeaba, como si el aire no pudiera entrar en ella.

Una angustia espantosa sobrecogió su alma al mismo tiempo que el frío invencible la invadía hasta la medula de los huesos. Nunca había sentido nada semejante; nunca se había sentido abandonada hasta tal punto por la vida, pronta á exhalar su último aliento.

—¡Voy á morir!... ¡Me muerol... pensó.

Y presa de terror, saltó del lecho, llamó á Rosalía, esperó; llamó otra vez, esperó de nuevo, helada y trémula.

La muchacha no acudía; dormía sin duda con ese sueño pesado que resiste á todo ruido, y Juana, perdiendo la cabeza, se lanzó, con los pies desnudos, á la escalera.

Subió en silencio, á tientas; dió con la puerta, la abrió, gritó: «¡Rosalía!» Siguió adelante, tropezó con la cama, paseó sus manos sobre ella, y reconoció que estaba vacía. Estaba vacía y fría, como si nadie se hubiera acostado allí.

Muda de sorpresa, se dijo:

—¿Qué es esto? ¡Ha salido por ahí con este tiempo!...

Pero como su corazón, que de pronto había acelerado sus latidos, saltaba, la ahogaba, bajó con las piernas temblando, con objeto de despertar á Julián.

Entró violentamente en el cuarto de éste, trastornada por la idea de que iba á morir y por el deseo de verle antes de perder el conocimiento.

Al resplandor del fuego, que agonizaba, vió al lado de la cabeza de su marido la cabeza de Rosalía sobre la almohada.

Uno y otra se despertaron al oír el grito que dió. Durante un segundo permaneció inmóvil, en el extravío que tal descubrimiento la causaba. Luego echó á correr, volvió á su cuarto, y como Julián, trastornado, había dicho: «¡Juana!» se sintió sobrecogida por el miedo, un miedo horrible á verle, á oír su voz, á escuchar sus explicaciones, á encontrarse frente á frente con él, y se precipitó de nuevo por la escalera, y la bajó.

Ahora corría en la oscuridad, á riesgo de rodar los peldaños, de romperse los huesos con-

tra la piedra. Caminaba hacia adelante, impedida por una imperiosa necesidad de huir, de no saber nada, de no ver á nadie.

Una vez abajo, se sentó en un escalón, en camisa y descalza; y allí se estuvo, atónita, sin pensar.

Julián había saltado del lecho y se vestía á toda prisa. Juana le oía moverse, andar. Se puso de pie para huir de él, que ya bajaba la escalera gritando:

—¡Oye, Juana!

No; Juana no quería oír, ni dejarse tocar con la punta de los dedos, y se lanzó en el comedor, como si huyera de un asesino, buscando una salida, un escondite, un rincón oscuro, un medio cualquiera de esquivarle. Acabó por meterse bajo la mesa. Pero Julián abría ya la puerta, con la luz en la mano, y repitiendo: «¡Juana!»

Y ella echó á correr como una liebre; lanzóse á la cocina, y dió dos vueltas por ella como una fiera acorralada; y al ver que su marido seguía adelantándose hacia ella, abrió bruscamente la puerta del jardín y se lanzó al campo.

El contacto helado de la nieve, en que sus piernas, desnudas, se hundían hasta las rodi-

llas, la dió de pronto desesperada energía. Aunque iba desnuda, no sentía frío; no sentía nada; de tal modo había entumecido su cuerpo la convulsión de su alma; y corría, corría, blanca como la tierra.

Siguió la gran avenida, atravesó el bosquecillo, franqueó la zanja, y partió á campotravesía.

No había luna; las estrellas lucían como un rastro de fuego en la negrura del cielo; pero la llanura, sin embargo, estaba clara; tenía una blancura mate, una inamovilidad fija, un silencio infinito.

Juana andaba de prisa, sin alentar, sin saber, sin pensar en nada. De pronto se encontró á orillas del derrumbadero. Instintivamente se detuvo, y se acurrucó, desprovista de todo pensamiento y toda voluntad.

Ante ella, y en aquel sombrío agujero, el mar, invisible y mudo, exhalaba el olor salado de sus algas de baja mar.

Allí se estuvo mucho tiempo, inerte de espíritu como de cuerpo; luego, de pronto, se echó á temblar; pero á temblar locamente, como una vela agitada por el viento. Sus brazos, sus ma-

nos, sus pies, sacudidos por una fuerza invisible, palpaban, vibraban precipitadamente, y de una vez volvió al conocimiento, claro, punzante.

Luego pasaron ante sus ojos antiguas visiones: el paseo con su marido en el bote del tío Lastique; lo que hablaron, su amor naciente, el bautismo de la barca; después subió más, hasta aquella noche mecida de sueños en que llegó á los *Pueblos*. ¡Y ahora! ¡ahora! ¡Oh! ¡La vida estaba rota, acabada toda alegría, imposible toda esperanza; y surgió ante ella el porvenir espantoso, lleno de torturas, de traiciones y de desesperación! Más valía morir; así se acababa todo.

Pero una voz gritaba desde lejos:

—¡Aquí... aquí hay huellas... pronto, pronto, por aquí!

Era Julián, que la buscaba.

¡Oh! No quería volver á verle. En el abismo, allí, delante de ella, oía ahora un pequeño rumor; el vago deslizarse del agua sobre las rocas.

Sintió una sacudida, y se levantó para lanzarse ya; y dando á la vida el adiós de los desesperados, pronunció en un gemido la última palabra de los moribundos, la última palabra de

los soldados que mueren jóvenes, destrozados por una bala en una acción:

—¡Madre!

Súbito el pensamiento de mamáta vino á ella; la vió llorando, vió al barón de rodillas delante de su cadáver yerto, y en un segundo comprendió todo el pesar de su desesperación.

Entonces cayó abatida sobre la nieve, y no huyó cuando Julián y el tío Simón, seguidos de Mario, que traía una linterna, la cogieron de los brazos y la echaron hacia atrás, porque estaba casi en la orilla.

Como no podía moverse, hicieron de ella lo que les dió la gana. Sintió que la llevaban, que la metían en el lecho, que la daban fricciones con paños ardiendo; luego se borró todo recuerdo, perdió toda noción de sí.

Una pesadilla—¿fué una pesadilla?—se apoderó de ella después. Estaba acostada en su cuarto. Era de día, pero no acertaba á levantarse. ¿Por qué? No lo sabía. De pronto oía un ruidito en el suelo, como arañazos, roces, y de repente un ratón, un ratoncillo gris, pasaba con viveza sobre las ropas de su cama. Otro ratón le seguía, y luego otro, que se la subía por el

pecho con un trote vivo y menudo. La joven no tenía miedo, pero quiso coger el animalillo y alargó su mano, aunque no consiguió nada.

Entonces, otros ratones, diez, veinte, cientos, miles de ellos surgieron por todas partes. Trepaban á las columnas, desfilaban por las tapicerías, cubrían toda la cama y se metían bajo las ropas; Juana los sentía cómo se deslizaban por su piel, la hacían cosquillas en las piernas, bajaban y subían todo á lo largo de su cuerpo. Los veía que subían de los pies de la cama para entrársela en el pecho, y se agitaba; extendía sus manos abiertas para coger alguno, y las cerraba constantemente vacías.

Esto la exasperaba, quería huir, gritaba, y la parecía que la tenían inmóvil, que unos brazos vigorosos la sujetaban, paralizándola; pero no veía á nadie.

No tenía la noción del tiempo. Aquello debió ser largo, larguísimo.

Luego tuvo un despertar, un despertar rendido, cansado, y, sin embargo, dulce. Sentíase débil, muy débil. Abrió los ojos y no se extrañó de ver á mamáta sentada en su habitación, con un hombre desconocido para ella.

¿Cuántos años tenía? Lo ignoraba, y se creía una niña. Tampoco se acordaba de nada.

El hombre, grueso, dijo:

—Ya recobra el conocimiento.

Y mamaíta se echó á llorar. Entonces, el mismo hombre añadió:

—Vamos, tranquilizáos, señora baronesa; ya os he dicho que ahora respondo de ella. Pero no le habléis de nada, de nada. Que duerma.

Y le pareció á Juana que vivía aún mucho tiempo amodorrada, invadida por un sueño pesado; apenas se proponía pensar; y no se lo proponía, como si vagamente tuviese miedo á que la realidad reapareciese en su imaginación.

Un día, al tiempo de despertarse, vió á Julián que estaba solo á su lado; y bruscamente, como si se rasgase el velo que ocultaba su vida pasada, la vió toda ella.

Sintió un dolor horrible en el corazón, y quiso huir de nuevo. Echó lejos de sí las ropas, saltó al suelo, y cayó, porque sus piernas se negaban á sostenerla.

Julián se lanzó hacia ella; y ella se puso á gritar para que él no la tocase. Retorcíase, se agitaba. Abrióse la puerta. Tía Lison, con la

viuda Dentú, acudía, y detrás el barón, y, siguiendo á todos, mamaíta, que venía sofocada,

Volviéronla á la cama; y en seguida cerró los ojos para no hablar y reflexionar á sus anchas.

Su madre y su tía la cuidaban, andaban á su alrededor, la preguntaban:

—¿Nos oyes ahora, Juana, Juanita?

Ella, sin contestar, se hacía la sorda, no respondía; y notó perfectamente que el día acababa. Llegó la noche. La enfermera se sentó á su lado, y de cuando en cuando la daba de beber.

Bebía sin decir nada, pero no dormía ya; razonaba penosamente buscando algo que se la escapaba, como si hubiese tenido agujeros en su memoria, grandes espacios en blanco y vacíos en que no estaban señalados los sucesos.

Poco á poco, y después de largos esfuerzos, reconstituyó los hechos.

Y pensó en ellos con fija obstinación.

Mamaíta, tía Lison y el barón habían venido; luego había estado muy enferma. Pero ¿y Julián? ¿Qué había dicho? ¿Sabrían algo sus padres? Y Rosalía, ¿dónde estaba? Y ella, ahora, ¿qué iba hacer? Se la ocurrió una idea luminosa;

volver á Rouen con papá y mamá como antiguamente. Sería viuda; eso es todo.

Entonces esperó, oyendo lo que hablaban alrededor de ella, comprendiendo muy bien, sin dejarlo ver, gozando de este regreso de su razón, astuta y paciente.

Por fin, aquella noche se quedó sola con la baronesa y la llamó en voz baja:

—¡Mamá!

Tan cambiada la pareció su voz, que se extrañó al oírla. La baronesa estrechó sus manos.

—¡Hija! ¡Querida Juana! ¡Hija mía! ¿Me reconoces?

—Sí, mamá; pero no llores, porque tenemos que hablar mucho. ¿Te ha dicho Julián por qué me escapé en medio de la nieve?

—Sí, monina; has tenido una fiebre altísima, y muy peligrosa.

—No es eso, mamá. La fiebre me atacó después; pero ¿te ha dicho la causa de esta fiebre, y por qué me fuí?

—No, hija mía.

—Pues fué porque le ví acostado con Rosalía.

La baronesa creyó que deliraba todavía, y se puso á hacerla caricias.

—Duérmete, hija mía; serénate, trata de conciliar el sueño.

Pero Juana, insistente, añadió:

—Estoy en mi juicio, mamá; no deliro como he debido delirar estos últimos días. Una noche en que me sentía enferma fuí á buscar á Julián. Rosalía estaba acostada con él. El dolor me hizo perder la cabeza y huir por la nieve para arrojarme al mar.

Pero la baronesa insistía:

—Sí, monina; has estado muy enferma, muy enferma.

—No es eso, mamá; he encontrado á Rosalía en la cama de Julián, y no quiero quedarme con él. Me iré con vosotros á Rouen, como antes.

La baronesa, á quien el médico había recomendado que no contrariase á Juana en nada, contestó:

—Sí, hija mía.

Pero la enferma se impacientó:

—Ya veo que no me crees. Anda á buscar á papá, y verás cómo, al fin y al cabo, me comprende.

Y mamá se levantó con dificultad, cogió los dos bastones en que se apoyaba, salió arras-

rando los pies y volvió á poco con el barón, en quien se apoyaba.

Sentáronse delante del lecho, y Juana empezó á hablar. Poco á poco, con voz débil, pero clara, lo contó todo: el carácter extravagante de Julián, sus durezas, su avaricia y, por último, su infidelidad.

Cuando acabó, el barón comprendió perfectamente que no divagaba; pero no sabía qué contestar ni resolver.

Cogióla con ternura una mano, como antiguamente cuando la dormía contándole cuentos:

—Oye, hija mía, hay que obrar con prudencia. No hagamos nada atropelladamente; trata de soportar á tu marido hasta tanto que una resolución cualquiera... ¿Me lo prometes?

La joven murmuró:

—¡Bueno! Pero cuando me cure, no me quedaré aquí.

Luego, bajando la voz, añadió:

—¿Dónde está ahora Rosalía?

El barón añadió:

—No la verás más.

Pero Juana se obstinaba:

—¿Dónde está? Quiero saberlo.

Entonces el barón confesó que aún no se había marchado, pero que se iba á marchar.

Al salir del cuarto de la enferma, acalorado por la cólera, herido en su corazón de padre, fué á buscar á Julián, y le increpó:

—Caballero, vengo á pedir os cuenta de vuestra conducta para con mi hija. La habéis engañado con vuestra criada. Es una doble indignidad.

Pero Julián se hizo el inocente, negó con pasión, puso á Dios por testigo. ¿Qué prueba había para acusarle? ¿Acaso no estaba loca Juana? ¿No acababa de sufrir fiebre cerebral? ¿No había huido una noche, por entre la nieve, en un acceso de delirio, en los comienzos de su enfermedad? ¡Y precisamente aquella noche, en medio de aquel acceso, cuando corría casi desnuda por la casa, es cuando pretendía haber visto á la criada en el lecho de su marido!...

Y se arrebataba; amenazó con un proceso; se indignaba con vehemencia. Y el barón, confundido, le ofreció sus excusas, le pidió perdón y le tendió su mano leal, que Julián no quiso recoger.

Al conocer Juana la contestación de su mari-

do, no se incomodó, limitándose á contestar:

—Miente, papá; pero ya concluiremos por convencerle.

Y durante dos días estuvo recogida en sí misma, taciturna, pensativa.

A la tercera mañana quiso ver á Rosalía. El barón se negó á que subiera la criada. Aseguró que se había ido. Juana no cedió, y repetía:

—Pues que vayan á buscarla á su casa.

Y ya se incomodaba, cuando entró el doctor, á quien contaron todo para que juzgara y decidiera. Pero de pronto, Juana, enervada más por la contradicción, se echó á llorar, gritando entre sollozos:

—Quiero ver á Rosalía; quiero verla.

El médico entonces, cogiéndola una mano y en voz baja, la dijo:

—Tranquilizaos, señora; toda emoción podría ser grave, porque estáis en cinta.

Juana se quedó anonadada, como herida por un golpe, y en aquel momento creyó sentir que algo se movía en su interior. Luego se quedó silenciosa, sin oír lo que la decían, absorbiéndose en su pensamiento. Agitada por aquella idea nueva y extraña de que una criatura vivía

en ella, no pudo dormir en toda la noche; y triste, apenada, sintiendo que fuera hijo de Julián, inquieta, porque temía que se pareciese á su padre. Al rayar el día hizo que viniese el barón.

—Papaíto, he tomado mi resolución; quiero saberlo todo, ahora más que nunca: ¿oyes? lo quiero, y sabes que en la situación en que estoy no hay que contrariarme. Escúchame bien. Vas á ir á buscar al señor cura. Le necesito, para que no mienta Rosalía; luego, cuando llegue, harás que suba esa chica, y te quedarás aquí con mamáta. Sobre todo, cuida de que Julián no sospeche nada.

Una hora más tarde entraba el sacerdote, más grueso aún, tan jadeante como mamáta. Sentóse cerca de ella en un sillón, con el vientre caído entre sus abiertas piernas, y empezó á chancearse, mientras se pasaba su pañuelo de cuadros por la frente.

—Y bien, señora baronesa, parece que no adelgazamos. Yo creo que engordamos á la par.

Luego, volviéndose hacia el lecho de la enferma:

—¡Eh! ¡Eh! ¿Qué es lo que me han dicho, señora mía, que pronto vamos á tener otro bau-

tizo? ¡Ah! ¡Ah! ¡Esta vez no será de una barca!

Y añadió con gravedad:

—Será de un defensor para la patria.

Y, después de pensar un rato:

—A menos que sea una buena madre de familia.—Y saludando á la baronesa:—como vos, señora.

Pero la puerta del fondo se abrió. Rosalía, como una loca, llorando, se negaba á entrar, agarrándose al marco de la puerta, de donde la empujaba el barón. Impacientado éste, la empujó con fuerza, haciéndola entrar. Entonces ella se cubrió el rostro con las manos, y quedó en pie sollozando.

En cuanto la vió Juana, se incorporó bruscamente, se sentó en la cama, más pálida que las ropas, y su corazón agitado levantaba con sus latidos la delgada camisa, pegada á su piel. Sofocada, respirando apenas, no podía hablar. Por fin, con voz cortada por la emoción, dijo:

—No... no... no tendré... no tendría necesidad de preguntarte... Me basta... verte... así... ver cómo te avergüenzas... delante de mí...

Hizo una pausa, porque no podía hablar, y continuó:

—Pero quiero saberlo todo... todo... todo. He hecho venir al señor cura para que sea como una confesión: ¿oyes?

Inmóvil Rosalía, exhalaba gritos ahogados entre sus manos crispadas.

El barón, á quien la cólera invadía, la cogió por los brazos, la sacudió con fuerza, y haciéndola que se arrodillase junto al lecho:

—Habla,—pues,—la dijo. Contesta.

La criada permaneció en el suelo, en esa actitud en que se representa á las Magdalenas, con la cofia torcida, el delantal por el suelo, velado nuevamente el rostro por las manos, que ya estaban libres otra vez.

Entonces la habló el sacerdote:

—Vamos, hija mía, escucha lo que te dicen, y contesta. No queremos hacerte daño; pero sí queremos saber lo que ha ocurrido.

Juana, inclinada sobre el borde del lecho, la miraba. La preguntó:

—¿Es verdad que estabas acostada con Julián cuando yo os sorprendí?

Por entre sus manos gimió Rosalía:

—Sí, señora.

Al oírla, la baronesa se echó á llorar, también

muy sofocada, y sus sollozos convulsivos acompañaban á los de Rosalía,

Juana, con los ojos fijos en la muchacha, continuó:

—¿Desde cuándo era eso?

Rosalía balbuceó:

—Desde que vino.

Juana no comprendía.

—¿Desde que vino!... Entonces... ¿desde... desde la primavera?

—Sí, señora.

—¿Desde que entró en esta casa?

—Sí, señora.

Y como si las preguntas la hiciesen daño, Juana interrogó con voz precipitada:

—Pero ¿cómo fué? ¿Cómo te solicitó? ¿Cómo te entregaste á él? ¿Qué te dijo? ¿Cómo cediste? ¿Cómo pudiste?...

Y Rosalía, apartando ahora sus manos, presa también de la necesidad de hablar:

—No sé. El día que comió aquí por primera vez, fué á buscarme á mi cuarto. Se había escondido en el granero. No me atreví á gritar, por no dar escándalo. Se acostó conmigo. ¡Si hubiese sabido lo que en aquel momento ha-

cía!... ¡Hizo lo que quisí! ¡No dije nada, porque me gustaba!

Entonces Juana, dando un grito:

—Pero tu... tu hijo... ¿es suyo?

Rosalía sollozó:

—¡Sí, señora!

Luego, una y otra se callaron.

Sólo se oía el ruido de las lágrimas de Rosalía y de la baronesa.

Juana, abrumada, sintió á su vez que sus ojos se arrasaban, y lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

El hijo de la criada y el suyo tenían el mismo padre. Su cólera se había desvanecido. Sentíase ahora invadida por una desesperación sombría, lenta, profunda, infinita.

Por fin se recobró un tanto, y con la voz alterada, húmeda, voz de mujer que llora, añadió:

—Cuando volvimos... de allá... del viaje... ¿cuándo empezó?

La criada, caída en tierra, balbuceó:

—La... primera noche.

Cada palabra retorció el corazón de Juana. Es decir, que la primera noche, la noche del regreso á los *Pueblos*, la había dejado por aquella

muchacha. ¡Por eso había separado cama y la dejaba dormir sola!

Ya sabía bastante; ya no quería saber más.

—¡Vete! ¡Vete! gritó.

Y como Rosalía no se moviese, aniquilada, Juana llamó á su padre.

—¡Llévatela! ¡Llévatela!

Pero el cura, que aún no había dicho nada, creyó llegada la ocasión de sermonear un poco:

—Lo que has hecho está muy mal, hija mía, muy mal, y el buen Dios no te perdonará tan fácilmente. Piensa en el infierno, que te espera si en adelante no observas buena conducta. Ahora que tienes un hijo, es preciso que te arregles. La señora baronesa hará algo por ti, y te encontraremos un marido...

Mucho tiempo hubiera seguido hablando; pero el barón cogió de nuevo á Rosalía por los brazos, la levantó, y llevándola hasta la puerta, la arrojó como un fardo al corredor.

En cuanto volvió, más pálido que su hija, el sacerdote volvió á tomar la palabra:

—¡Qué queréis! Así son todas en el pueblo. Es una desolación, pero no podemos nada contra ella, y hace falta algo de indulgencia para

las flaquezas de la carne. No hay una que no se case en cinta, señora.

Y añadió sonriendo:

—Parece una costumbre local.

Luego, con indignación:

—¡Hasta los niños se mezclan en esto! ¿No me encontré á dos criaturas el año pasado en el cementerio, un chico y una chica de las que van á la doctrina? Previne á los padres. ¿Sabéis lo que me contestaron? «¡Qué quiere usted, señor cura! No podemos evitarlo; no somos nosotros quienes les enseñan esas porquerías.» De modo, señor barón, que vuestra criada ha hecho lo que las demás...

Pero el barón, que temblaba de cólera, le interrumpió:

—¿Y qué me importa á mí ella? Julián es quien me indigna; lo que ha hecho es infame, y me llevo á mi hija.

Y se paseaba por la habitación, animándose cada vez más, desesperado:

—¡Es infame haber hecho traición á mi hija de ese modo, infame! Ese hombre es un perdido, un canalla, un miserable, y yo se lo voy á decir; voy á abofetearle, á matarle á palos.

Pero el sacerdote, que lentamente absorbía un polvo de tabaco junto á la baronesa, que lloraba, y que trataba de cumplir su ministerio de paz, añadió:

—Vamos á ver, señor barón; aquí para entre los dos, ha hecho como todos. ¿Conocéis á muchos esposos fieles?—Y añadió con malicia:—Apostaría á que vos mismo tenéis algo de que arrepentiros. Vamos, ponéos la mano sobre el corazón: ¿me engaño?

El barón, sorprendido, había hecho alto en sus paseos, enfrente del sacerdote, que prosiguió:

—Bueno, habéis hecho lo que todos. ¿Quién sabe si no habéis tropezado con alguna criadilla como ésta? Y no por eso ha sido menos feliz ni menos amada vuestra esposa, ¿verdad?

El barón, cortado, no se movía.

¡Caramba! Era verdad; era verdad que él había hecho lo mismo, y más aún, siempre que había podido, sin respetar tampoco el domicilio conyugal, sin vacilar nunca ante las doncellas de su mujer cuando eran guapas. ¿Y era por eso un miserable? ¿Por qué juzgaba tan severamente la conducta de Julián, siendo así que

nunca creyó que su conducta fuese culpable?

Y la baronesa, sacudida aún por sus sollozos, sintió pasar una sonrisa por sus labios al acordarse de las calaveradas de su marido, porque era de esa raza sentimental que se entenece pronto, y benévola, para quien las aventuras amorosas forman parte de la existencia.

Juana, aniquilada, con los ojos abiertos ante ella, tendida de espaldas y con los brazos inertes, pensaba dolorosamente. Una palabra de Rosalía habíala llegado á lo vivo, hiriéndola en el alma, entrándola como una barrena en el corazón:—Yo no dije nada, porque me parecía guapo.

A ella también le gustaba; y sólo por esto se había dado, se había unido de por vida á aquel hombre, renunciando á cualquier otra esperanza, á los proyectos entrevistos, á todo lo desconocido del día siguiente. Había caído en aquel matrimonio, en aquel agujero sin bordes para salir de él, hundiéndose en aquella miseria, en aquella tristeza, en aquella desesperación, sólo porque, como Rosalía, le había encontrado guapo.

Abrióse de golpe la puerta, y entró Julián.

huraño, terrible; había visto en la escalera á Rosalía desesperada, y comprendiendo que la muchacha había hablado, que allí se tramaba algo, venía á enterarse. La presencia del sacerdote le dejó inmóvil.

Con voz trémula, pero aplacada, preguntó:

—¿Qué hay? ¿Qué pasa?

El barón, tan furioso un momento antes, no sabía qué decir, temiendo que su yerno le devolviese el argumento empleado ya por el sacerdote. Mamaita gimoteaba con más fuerza; pero Juana se había levantado, apoyada sobre sus manos, y miraba, jadeante, á aquel que la hacía sufrir tan cruelmente. Balbuceó:

—Lo que hay es que ya no ignoramos nada, que sabemos todas vuestras infamias desde... desde el día que habéis entrado en esta casa...

Hay, que el hijo de esa criada es vuestro... como... como el mío. Los dos serán hermanos...

Y como este pensamiento la abrumase, recrudenciando su dolor, se dejó caer sobre las sábanas, y lloró á lágrima viva.

Julián permanecía con la boca abierta, sin saber qué decir. El cura intervino de nuevo:

—Vamos, vamos, no nos apenemos así, mi joven amiga; sed razonable.

Se levantó, acercóse al lecho, y puso su mano tibia sobre la frente de la pobre mujer desesperada. Este simple contacto la calmó de un modo extraño; experimentó cierta languidez, como si aquella gruesa mano de campesino, acostumbrada á los gestos que absuelven, á las caricias que confortan, la hubiera traído con su contacto un adormecimiento misterioso.

El buen hombre, que continuaba en pie, siguió así:

—Señora, hay que perdonar. Os acontece una gran desgracia; pero Dios, en su misericordia, la ha compensado con una gran felicidad, puesto que vais á ser madre. Ese niño será vuestro consuelo. En su nombre, os suplico y os conjuro á que perdonéis el error de M. Julián. Será un nuevo lazo entre los dos, una prenda de su futura fidelidad. ¿Cómo habéis de vivir separada de aquel cuyo fruto llevais en vuestras entrañas?

Ella no respondía, cansada, dolorida, agotada ahora, sin fuerza ni para el rencor, ni para la cólera; como si la hubiesen cortado los ner-

vios, como si la hubiesen soltado, casi sin vida.

La baronesa, á quien parecía imposible todo resentimiento, y cuya alma era incapaz de todo esfuerzo prolongado, murmuró:

—Vamos, Juana.

Entonces el sacerdote, atrajo al vizconde hacia el lecho de su esposa, y cogiéndole una de sus manos, la colocó en la mano de Juana; dió en ellas un golpecito para unir las definitivamente; y, abandonando su tono predicador, dijo muy satisfecho:

—Vaya, ya está hecho: creedme, así es mejor.

Luego las dos manos, un momento juntas, se separaron. No atreviéndose Julián á abrazar á Juana, besó en la frente á su suegra, giró sobre sus talones, cogió el brazo del barón, que no se le resistió, contento, en el fondo, de que así se hubiera arreglado todo, y salieron juntos para fumar un cigarro.

Entonces la enferma, aniquilada, se acurrucó; mientras el sacerdote y mamaíta charlaban en voz baja.

El cura hablaba explicando, desarrollando sus ideas, y la baronesa asentía á todo con un signo de cabeza. Por fin concluyó diciendo:

—Conque quedamos en eso; dais á esa chiquilla la granja de Barville, y yo me encargo de buscarla un marido, un buen chico, muy correcto. ¡Oh! Con un dote de 20.000 francos no han de faltarnos pretendientes. Lo único que nos costará trabajo será elegir.

Y la baronesa se sonreía ahora, dichosa, luciendo dos lágrimas que se habían quedado paradas en sus mejillas, pero cuyo surco húmedo estaba ya seco.

Y repetía:

—Convenido; Barville vale, tasado por lo bajo, 20.000 francos; pero lo colocaremos en cabeza del niño; los padres no tendrán más que el usufructo de por vida.

Y el cura se levantó, estrechando la mano de mamaíta:

—No os molestéis, señora, no os molestéis; yo sé lo que vale un mal paso.

Al salir se encontró á tía Lison que venía á ver á su enferma. Tía Lison no advirtió nada; no la dijeron nada, y, como siempre, no supo nada.

Rosalía había abandonado la casa, y Juana cumplió el término de su doloroso embarazo. Tantas penas la habían abrumado, que no hallaba placer ninguno en sentirse madre. Esperaba á su hijo sin curiosidad, agobiada aún por aprensiones de desgracias indefinidas.

La primavera había venido dulcemente. Los árboles, desnudos, se estremecían bajo la brisa, fresca todavía; pero en la hierba húmeda de las cunetas, donde se pudrían las hojas de otoño, empezaban á aparecer ligeras flores amarillas. De toda la llanura, de los patios, de las granjas, de los campos, salía cierto olor á humedad, como un sabor de fermentación. Y multitud de puntitos verdes brotaban de la oscura tierra, y lucían á los rayos del sol.

Una mujer gruesa, fuerte como un varal, reemplazaba á Rosalía, sosteniendo á la baro-

nesa en sus monótonos paseos á lo largo de su avenida, donde la huella de su pie más pesado quedaba incesantemente húmeda y enlodada.

Papaíto daba el brazo á Juana, ya muy torpe, y siempre dolorida, y tía Lison, inquieta, atareada por el próximo acontecimiento, la llevaba de la mano, turbada ante aquel misterio que jamás debía ella conocer.

Todos caminaban sin hablar durante horas enteras, mientras Julián recorría á caballo la comarca; gusto nuevo que de pronto se había apoderado de él.

Nada vino ya á turbar su sombría existencia. El barón, su esposa y el vizconde hicieron una visita á los Fourville, que, al parecer, eran antiguos conocidos de Julián, sin que nadie pudiese decir cómo habían hecho las amistades. Otra visita de cumplido cambiaron con los Briseville, que seguían encerrados en su mansión dormida.

Una tarde, á eso de las cuatro, viendo que dos jinetes, una mujer y un hombre, entraban al trote en el patio que precedía al castillo, Julián, muy animado, penetró en el cuarto de Juana:

—Pronto, pronto, baja. Ahí están los Fourville. Vienen como vecinos, sin etiqueta, sabiendo que estás mala. Di que he salido, pero que me esperas pronto. Voy á arreglarme algo.

Juana, asombrada, bajó. Una joven pálida, linda, con apariencia de dolor, ojos abiertos y cabellos de un rubio mate, como si nunca hubieran sentido la caricia de un rayo de sol, presentó tranquilamente á su marido, una especie de gigante, de *coco*, de grandes bigotes rojos. Luego añadió:

—Hemos tenido varias veces el gusto de encontrar á M. de Lamare. Sabemos por él que estáis enferma, y no hemos querido aplazar más el venir á veros, como vecinos, sin etiqueta, ya lo veis, pues venimos á caballo. Además, el otro día tuve la satisfacción de recibir la visita de vuestra señora madre y del barón.

Hablaba familiarmente, con gran facilidad y distinción. Juana se sintió seducida y quedó prendada de ella.

—Será mi amiga,—pensó.

Por el contrario, el conde de Fourville parecía un oso que había entrado en el salón. Al

sentarse puso su sombrero sobre la silla inmediata, dudó algún tiempo sobre lo que haría de sus manos, las apoyó en las rodillas, en los brazos de la butaca, y acabó por cruzar los dedos, como si rezase.

De pronto entró Julián. Juana, asombrada, no le reconocía. Se había afeitado. Estaba guapo, elegante y seductor como en el día de su boda. Estrechó la mano velluda del conde, á quien su llegada pareció despertar, y besó la mano de la condesa, cuya pálida mejilla se enrojeció un poco, y cuyas pupilas sufrieron un estremecimiento.

El vizconde habló; estuvo amable como antiguamente. Sus grandes ojos, espejos de amor, habíanse hecho acariciadores; y sus cabellos, mates y duros hasta entonces, habían adquirido bajo la pomada y el aceite perfumado sus blandas y relucientes ondulaciones.

En el momento de salir los Fourville, la condesa se dirigió á él.

—Querido vizconde, ¿queréis dar el jueves un paseo á caballo?

Y mientras él se inclinaba murmurando: «¡Ya lo creo, señora!» volvióse ella hacia Juana, y

con voz tierna y penetrante, acompañada de una sonrisa afectuosa:

—¡Oh! Cuando estéis curada, galoparemos los tres por toda la comarca. Será delicioso.

¿Queréis?

Con un mohín encantador levantó la falda de su amazona; luego subió á la silla con rapidez de pájaro, mientras su marido, después de haber saludado torpemente, poníase á horcajadas sobre su recio caballo normando, que le daba cierta apariencia de centauro.

Cuando desaparecieron en la revuelta de la empalizada, Julián, que estaba encantado, al parecer, exclamó:

—¡Qué personas más amables! Ahí tienes un conocimiento que nos será útil.

Juana, contenta sin saber por qué, respondió:

—La condesita es arrebatadora, creo que la querré mucho; pero el marido me parece muy toco. ¿Dónde los has conocido?

Julián se restregaba alegremente las manos.

—Los encontré casualmente en casa de los Briseville. Él parece algo brusco. Es un cazador rabioso, pero noble por sus cuatro costados.

Y la comida fué casi alegre, como si una secreta felicidad hubiese entrado en la casa.

Nada nuevo ocurrió ya hasta los últimos días de Julio.

Un martes por la tarde hallábanse los dos esposos sentados bajo el plátano, en torno á una mesa de madera que sostenía dos vasitos y una jarra de aguardiente, cuando Juana exhaló de pronto como un grito, y, poniéndose muy pálida, se llevó ambas manos á un costado. Un dolor rápido, agudo, había recorrido bruscamente todo su cuerpo, extinguiéndose en seguida.

Pero al cabo de diez minutos, experimentó otro dolor que fué mucho más largo, aunque no menos vivo. Casi llevada por su marido y por su padre, la costó trabajo entrar en casa. El corto trayecto del plátano á su cuarto se la hizo interminable, y gemía á pesar suyo, rogando que la permitieran sentarse, detenerse, agobiada por una intolerable sensación de peso en el vientre.

No era aún tiempo del alumbramiento, que no se esperaba hasta Septiembre; pero como se temía un accidente, el tío Simón enganchó á toda prisa el coche y partió á galope en busca

del médico. Éste llegó á media noche, y á primera vista reconoció los síntomas de un parto prematuro.

Los dolores habíanse calmado un tanto en el lecho, pero Juana sentía una horrible angustia, un desesperado decaimiento de todo su ser, algo como el presentimiento, el contacto misterioso de la muerte. Hay momentos en que ésta nos roza desde tan cerca, que su soplo nos hiela el corazón.

El cuarto estaba lleno de gente. Mamaíta, echada en un sillón, se ahogaba. El barón, cuyas manos temblaban, corría de un lado para otro, traía objetos, consultaba al médico, perdía la cabeza. Julián andaba de arriba abajo, turbado el rostro, pero sereno; y la viuda Dentú permanecía á los pies del lecho, con un rostro apropiado á las circunstancias, rostro de mujer experta que no se asombra de nada. Enfermera, comadrona, velaba á los muertos, y recibía también á los que vienen, recogiendo su primer grito, lavando su nueva carne en la primer agua, envolviéndole en el primer pañal, con la misma tranquilidad con que oía la última palabra, el último ronquido de estertor, el último estreme-

cimiento de los que se van, haciéndoles también su último tocado, esponjando con vinagre su gastado cuerpo, envolviéndole en el último traje; y todo esto habíala dado una inquebrantable indiferencia á todos los accidentes del nacimiento ó de la muerte.

La cocinera Ludivina y tía Lison permanecían discretamente ocultas junto á la puerta del vestíbulo.

Y la enferma, de cuando en cuando, exhalaba un débil quejido.

Durante dos horas pudo creerse que el suceso se haría esperar mucho; pero al rayar el día los dolores redoblaron su violencia, y bien pronto se hicieron verdaderamente espantosos.

Y Juana, cuyos gritos involuntarios se escapaban por entre sus dientes apretados, pensaba sin cesar en Rosalía, que no había sufrido, que casi no se había quejado, y cuyo hijo, el bastardo, había salido al mundo sin penas ni torturas. Allá en su interior turbado y deleznable hacía incesante comparación entre las dos, y maldecía á Dios, á quien antes había creído justo; se indignaba de las culpables preferencias del destino y de las criminales menti-

ras de los que predicán la rectitud y el bien.

A veces hacíase tan violenta la crisis, que se extinguía en ella toda idea, y se encontraba sin fuerza, sin vida, sin conocimiento más que para sufrir.

En sus momentos de calma no podía separar la vista de Julián; y otro dolor, dolor de su alma, la punzaba, recordándola aquel día en que su criada había caído al pie de aquel mismo lecho con su hijo entre las piernas, el hermano de aquel otro ser que tan cruelmente desgarraba ahora sus entrañas. Con una memoria sin sombras, rehacía en su espíritu los gestos, las miradas, las palabras de su marido ante aquella joven tendida en el suelo, y ahora leía en él, como si sus pensamientos estuviesen escritos en sus movimientos, el mismo fastidio, la misma indiferencia hacia ella que hacia la otra, la apatía del hombre egoísta, á quien irrita la paternidad.

Pero una convulsión horrible se apoderó de ella, un espasmo tan cruel, que se dijo:—¡Voy á morir!... ¡Me muero!—Y una furiosa rebeldía, necesidad de maldecir llenaba su alma, odio exasperado contra aquel hombre que la había

perdido y contra el hijo desconocido que la mataba.

Tendióse en un esfuerzo supremo para arrojar de sí aquel peso. La pareció que todo su vientre se vaciaba por completo, y su sufrimiento se aplacó.

La enfermera y el médico estaban inclinados sobre ella, la volvían; se llevaron algo, y pronto aquel ruido ahogado que ella había oído otra vez, la hizo estremecer; después ese grito doloroso, ese débil quejido de niño recién nacido se la entró en el alma, en el corazón, en todo su ser, en todo su pobre cuerpo agotado; y con un gesto inconsciente, deseó alargar los brazos.

Hubo en ella un sacudimiento de alegría, un impulso hacia una nueva felicidad que acababa de brotar. Hallábase en un momento libre, llamada, dichosa; dichosa como jamás lo había sido. Su corazón y su carne se reanimaban; se sentía madre.

¡Quiso conocer á su hijo! No tenía pelo, ni uñas, porque había venido demasiado pronto; pero cuando vió que aquella masa se movía, cuando le vió abrir la boca, exhalar sus vagidos, cuando tocó aquel engendro deslucido, gestero,

vivo, sintióse inundada por una alegría irresistible, comprendió que estaba salvada, garantida contra toda desesperación; que tenía allí algo á quien amar hasta el punto de no saber hacer más que eso.

Desde entonces tuvo sólo un pensamiento: su hijo. Hízose madre fanática, tanto más exaltada cuanto que había sido más herida en su amor, más burlada en sus esperanzas. Necesitaba que la cuna estuviese siempre al lado de la cama; y luego, cuando pudo levantarse, pasar días enteros sentada cerca de la ventana meciendo la frágil cuna.

Tuvo celos de la nodriza; y cuando la criaturilla, sedienta, tendía los brazos hacia el amplio seno de azuladas venas, y cogía entre sus labios golosos el botón de carne oscura y plegada, pálida y trémula miraba á la vigorosa y serena campesina, sintiendo deseos de arrancarla su hijo, y pegar y rasgar con sus uñas aquel pecho en que el pequeñuelo bebía con tanta avidez.

Quiso bordar por sí misma, para adornarle, telas finísimas de complicada elegancia, y le

envolvió en una bruma de encajes, ciñéndole la cabeza con magníficas gorritas. Sólo hablaba de eso; cortaba las conversaciones para enseñar un pañal, un babero ó alguna cinta superiormente hecha; y sin oír nada de cuanto se decía á su alrededor, extasiábase sobre las puntillas que ella volvía y revolvía entre sus manos en alto para mirarlas mejor, y de repente preguntaba:

—¿Os parece que estará bien con esto?

El barón y mamaíta se sonreían ante esta frenética ternura; pero Julián, turbado en sus costumbres, disminuído en su importancia dominante por la llegada de aquel tirano gritón y todopoderoso, celoso inconscientemente de aquel pedazo de hombre que le robaba su lugar en la casa, repetía á todas horas, impaciente y con cólera:

—¡Está pesada con su rorro!

Bien pronto se sintió de tal modo dominada por este amor, que se pasaba las noches sentada al lado de la cuna viendo dormir al niño. Esta contemplación apasionada y enfermiza, esta fatiga incesante, hacía que se debilitase; adelgazaba, tosía, y el médico dispuso que la separaran de su hijo.

Juana se incomodó, lloró, pero todos se hicieron sordos á sus súplicas. Todas las noches se dejaba al niño en la habitación de la nodriza, y á las altas horas la pobre madre se levantaba desnuda, é iba á acercar su oído á la cerradura de la puerta para convencerse por sí misma de que su hijo dormía tranquilamente, sin despertarse, y no necesitaba nada.

Así la encontró Julián una vez que volvió tarde de comer en casa de los Fourville, y desde aquel día la encerraron con llave en su cuarto para obligarla á permanecer en el lecho.

A fines de Agosto se verificó el bautizo, en que fué padrino el barón, y tía Lison madrina. El niño recibió los nombres de Pedro Simón Pablo; se le llamó por este último.

En los primeros días de Septiembre, tía Lison se marchó en silencio, y su ausencia fué tan inadvertida como su presencia.

Una tarde, después de comer, se presentó en la casa el cura. Parecía preocupado, como si llevase consigo algún secreto, y después de una conversación insignificante, rogó á la baronesa y á su esposo que le concediesen su atención, en particular, durante algunos minutos.

Salieron los tres, con paso lento, hasta el extremo de la gran avenida, hablando con animación, mientras Julián, que se había quedado sólo con Juana, estaba asombrado, inquieto, incomodado por aquel secreto. Cuando el sacerdote se despidió, empeñóse en acompañarle, y los dos salieron juntos, dirigiéndose á la iglesia, donde se oía el toque del *Angelus*.

Hacia fresco, casi frío, y á poco volvieron al salón. Medio dormidos estaban cuando Julián, con el rostro encendido, volvió, indignado al parecer.

Desde la puerta, y sin pensar que Juana estaba allí, gritó, dirigiéndose á sus suegros:

—¡Pero estáis locos, por vida de Dios! ¡Vais á dar veinte mil francos á esa chica!

Tan grande fué la sorpresa de todos, que ninguno le respondió. Y el vizconde continuó, ciego de cólera:

—¡No se debe ser tonto hasta ese punto! ¿Es que quereis dejarnos sin un real?

Entonces el barón, que iba reponiéndose trató de hacerle callar:

—¡Calláos! ¡Pensad que estáis delante de vuestra esposa!

Pero él temblaba de desesperación:

—¡Me cuido poco de eso! Además, ella no sabe lo que es esto: es un robo que la hacéis.

Juana, sorprendida, miraba, sin comprender.

Balbuceó:

—Pero, ¿qué hay?

Entonces Julián volvióse hacia ella, la tomó por testigo, como á una asociada que también sufre perjuicio en un beneficio esperado. La contó bruscamente el complot para casar á Rosalía; la donación de la hacienda de Barville, que lo menos valía veinte mil francos. Y añadía:

—Es que tus padres son locos, locos de atar, querida. ¡Veinte mil francos! ¡Veinte mil francos! ¡Pero es que han perdido la cabeza! ¡Veinte mil francos para un hijo natural!

Juana escuchaba sin emoción, sin cólera, asombrándose ella misma de su calma, indiferente á todo lo que no fuese su hijo.

El barón se ahogaba, no encontrando nada que decir. Por fin estalló, y golpeando el suelo con el pie, gritó:

—Pensad en lo que decís, que es repugnante. ¿Quién tiene la culpa de que haya habido

que dotar á esa mujer? ¿De quién es ese hijo? ¿Queréis abandonarla ahora?

Julián, absorto ante la violencia del barón, le miraba con fijeza. Con tono más tranquilo, añadió:

—¡Pero si con mil quinientos había bastante! Antes de casarse, todas las mujeres tienen aquí un hijo. Sea de éste ó del otro, eso no importa. Aparte de que dando una de vuestras granjas, que vale veinte mil francos, á más del perjuicio que nos hacéis, es lo mismo que si dijérais á todos lo que ha sucedido; hubiérais debido pensar en nuestra situación y en nuestro nombre.

Y hablaba con voz serena, como hombre convencido de su derecho y de la lógica de su razonamiento.

El barón, turbado por esta argumentación inesperada, permaneció delante de él con la boca abierta. Entonces Julián, sintiéndose fuerte, presentó sus conclusiones:

—Afortunadamente, nada se ha hecho todavía; conozco al pretendiente; es un buen hombre, y con él podremos entendernos. Yo me encargo de todo.

Y salió al punto, por miedo sin duda á pro-

longar la discusión, satisfecho del silencio de todos, que tomaba por un sentimiento de aquiescencia.

En cuanto se fué, gritó el barón, aún sorprendido y trémulo:

—¡Oh! ¡Esto es demasiado! ¡Es demasiado!

Pero Juana, alzando los ojos sobre el rostro descompuesto de su padre, se echó á reir de pronto, con su risa franca de otro tiempo, cuando veía algo que le hacía gracia. Y decía:

—Padre, padre, ¿has oído cómo decía: *veinte mil francos?*

Y mamáta, tan propensa á reir como á llorar, al acordarse del semblante furioso de su yerno, de sus exclamaciones de indignación y de su vehemente negativa á que se diese á la joven seducida por él un dinero que no le pertenecía; contenta también por el buen humor de Juana, sintióse sacudida por una risa hiposa, que la arrasaba los ojos de lágrimas. El barón á su vez, invadido por el contagio, rompió á reir; y los tres, como en mejores días, se reían hasta ponerse malos.

Cuando se calmaron un poco, dijo Juana, asombrada:

—Es raro, pero nada de esto me lastima. Ahora le veo como á un extraño. Me parece que no soy su mujer. Ya veis, me río con sus... sus... sus faltas de delicadeza.

Y, sin saber por qué, abrazáronse los tres, temblando, pero sonrientes todavía.

Pero dos días más tarde, después de almorzar, apenas Julián acababa de salir á caballo, un mocetón de veintidós ó veintitrés años, vestido con blusa azul completamente nueva, de mangas abullonadas, abotonadas en los puños, franqueó silenciosamente la empalizada, como si hubiese estado acechando desde muy temprano aquel momento, se deslizó á lo largo del foso de los Couillard, dió la vuelta al castillo, y se acercó recatadamente al barón y á las dos mujeres, sentadas, como siempre, bajo el plátano.

Al verlas, habíase quitado la gorra, y se adelantaba, saludando torpemente.

En cuanto estuvo bastante cerca para hacerse oír, refunfuñó:

—Servidor vuestro, señor barón, señora y la compañía.

Y al ver que no le decían nada, añadió:

—Soy Deseado Lecoq.

Como este nombre no evocaba en él ningún recuerdo, el barón preguntó:

—¿Qué queréis?

Entonces el mozo se turbó ante la necesidad de explicarse. Bajando y levantando la vista sucesivamente desde su gorro, que conservaba entre las manos, hasta la torre del castillo:

—Es que el señor cura me ha hablado á propósito del negocio...

Callándose en seguida por miedo á soltar alguna palabra de más y comprometer sus intereses.

El baron, que no comprendía, añadió:

—¿Qué negocio? Yo no sé...

El otro, bajando la voz, se resolvió á hablar:

—El negocio de vuestra criada... Rosalía...

Juana, que había adivinado, se levantó, y se alejó con su hijo en brazos. Y el barón dijo:

—Acercáos, señalándole la silla que acababa de dejar su hija.

El aldeano se sentó en seguida, murmurando:

—¡Es usted muy bueno!

Luego esperó, como si nada tuviera que decir. Al cabo de un silencio bastante largo, de-

cidiose por fin, y levantando los ojos hacia el cielo azul:

—¡Buen tiempo es éste para la estación! Lástima que la tierra no se aproveche de él.

Y se calló de nuevo.

El barón se impacientaba, y con voz seca abordó resueltamente la cuestión:

—¿Es decir que sois vos quien se casa con Rosalía?

Turbóse el hombre, sorprendido en sus costumbres de cautela normanda. Con voz más viva, pero desconfiada, replicó:

—Eso, según; tal vez sí, tal vez no; según.

Pero estas tergiversaciones irritaban al barón.

—¡Por vida de Dios! responded francamente. ¿La tomáis, sí ó no?

Perplejo el otro, no levantaba la vista de sus pies.

—Si es como me ha dicho el señor cura, sí la tomo; pero si es como me ha dicho el señor Julián, no la tomo.

—¿Qué os ha dicho el señor Julián?

—El señor Julián me ha dicho que me darán mil quinientos francos, y el señor cura me dijo que me darán veinte mil: yo quiero por

veinte mil, pero no quiero por mil quinientos.

A este punto la baronesa, que permanecía hundida en un sillón, se echó á reír á carcajadas ante la ansiosa actitud del rústico. Este la miró con el rabillo del ojo, sin comprender lo que aquella risa quería decir, y esperó.

El barón, á quien aquel regateo molestaba, cortó bien pronto la cuestión.

—He dicho al señor cura que se os dará la granja de Barville, para mientras viváis, pasando después a ser propiedad del niño. Esa granja vale veinte mil francos. Yo no tengo más que una palabra. ¿Está hecho, sí ó no?

El mozo sonrió con aire humilde y satisfecho, y volviéndose locuaz, exclamó:

—¡Oh! Si es así, no digo que no. Eso era lo único que lo impedía. Cuando el señor cura me habló de ello, quise hacerlo en seguida, y con mucho gusto, porque así servía al señor barón, y «él me lo pagará,» decía yo. Cuando las gentes se sirven, se encuentran, ¿verdad? cuando se necesitan. Pero el señor Julián vino á verme y á decirme que no podían ser más que mil quinientos. Entonces me dije: «Hay que enterarse,» y he venido. No es que desconfiase; pero

quería saber... Las cuentas claras son las que hacen los buenos amigos. ¿No es así, señor barón?

Era preciso ponerle coto; el barón preguntó: —¿Cuándo queréis que se efectúe el matrimonio?

Entonces el hombre volviése tímido de pronto, se turbó. Por fin, dijo vacilando:

—¿No tenemos que firmar antes algún papel?

Esta vez se incomodó el barón:

—Pero, caramba, si tenéis el contrato de matrimonio, ¿qué más queréis? Ese es el mejor papel.

El aldeano se obstinaba:

—Entretanto, podríamos firmar un papel; eso no estorba nunca.

El barón se puso en pie para terminar:

—Respondedme sí ó no, y pronto. Si no queréis, decidlo, porque tengo otro pretendiente.

El miedo á la competencia volvió loco al astuto normando. Se decidió, tendió la mano, como si acabase de comprar una vaca:

—Chocad, señor barón; está hecho. Sería un puerco el que se desdijese.

El barón chocó; luego llamó:

—¡Ludivina!

La cocinera asomó la cabeza por una ventana.

—Trae una botella de vino.

Bebieron, para *mojar* el negocio concluído, y el mozo partió mucho más ligero que había venido.

No dijeron nada de esto á Julián. Preparóse en secreto el contrato, y, una vez publicadas las amonestaciones, la boda se celebró un lunes por la mañana.

Como prenda cierta de fortuna, una vecina llevó á la iglesia el muñeco, marchando detrás de los recién casados. Y nadie se asombró de esto en el pueblo; muchos envidiaban á Deseado Lecoq. Había nacido peinado, decían con sonrisa maliciosa, en que no había nada de indignación.

Julián dió un escándalo, que abrevió la estancia de sus suegros en los *Pueblos*. Juana los vió partir sin gran tristeza. Pablo era ya para ella una fuente inagotable de felicidad.

IX

Sintiéndose Juana completamente restablecida de su parto, resolvieron marido y mujer ir á devolver su visita á los Fourville y presentarse también en casa del marqués de Coutelier.

Julián acababa de comprar un nuevo coche, un faetón que sólo exigía un caballo, con objeto de poder salir dos veces al mes.

Engacháronle un día claro de Diciembre, y después de dos horas de camino á través de las llanuras normandas, empezó á descender en un vallecillo, cuyo suelo estaba en cultivo, y cuyos lados aparecían cubiertos de enramada.

Después de las tierras sembradas vinieron los prados, después un pantano lleno de grandes cañas, secas á la sazón, y cuyos largos tallos se movían agitados por el viento.

De pronto, después de un brusco recodo

—¡Ludivina!

La cocinera asomó la cabeza por una ventana.

—Trae una botella de vino.

Bebieron, para *mojar* el negocio concluído, y el mozo partió mucho más ligero que había venido.

No dijeron nada de esto á Julián. Preparóse en secreto el contrato, y, una vez publicadas las amonestaciones, la boda se celebró un lunes por la mañana.

Como prenda cierta de fortuna, una vecina llevó á la iglesia el muñeco, marchando detrás de los recién casados. Y nadie se asombró de esto en el pueblo; muchos envidiaban á Deseado Lecoq. Había nacido peinado, decían con sonrisa maliciosa, en que no había nada de indignación.

Julián dió un escándalo, que abrevió la estancia de sus suegros en los *Pueblos*. Juana los vió partir sin gran tristeza. Pablo era ya para ella una fuente inagotable de felicidad.

IX

Sintiéndose Juana completamente restablecida de su parto, resolvieron marido y mujer ir á devolver su visita á los Fourville y presentarse también en casa del marqués de Coutelier.

Julián acababa de comprar un nuevo coche, un factón que sólo exigía un caballo, con objeto de poder salir dos veces al mes.

Engacháronle un día claro de Diciembre, y después de dos horas de camino á través de las llanuras normandas, empezó á descender en un vallecillo, cuyo suelo estaba en cultivo, y cuyos lados aparecían cubiertos de enramada.

Después de las tierras sembradas vinieron los prados, después un pantano lleno de grandes cañas, secas á la sazón, y cuyos largos tallos se movían agitados por el viento.

De pronto, después de un brusco recodo

apareció el castillo de la Vrilette, que hundía todos sus muros en un gran estanque, limitado al frente por un bosque de altos abetos que trepaban á la otra vertiente del valle.

Tuvieron que pasar por un antiguo puente levadizo, y franquear una vasta portada, estilo Luis XIII, para entrar en el patio de honor, ante una elegante mansión de la misma época, con cuadros de ladrillo, flanqueada por torrecillas coronadas de pizarra.

Julián explicaba á Juana todas las partes del castillo, como íntimo de él, y que le conocía á fondo. Hacía los honores, extasiándose ante su belleza.

—¡Mira esta portada! Es grandioso un castillo así, ¿verdad! Toda la otra fachada está en el estanque; tiene una escalinata que baja hasta el agua, y al pie de ella hay amarradas cuatro lanchas, dos para el conde y otras dos para la condesa. Allí abajo, á la derecha, donde se ve aquella barrera de manzanos, termina el estanque y empieza el río, que llega hasta Fécamp. Todo esto está lleno de salvagina. Al conde le gusta cazar aquí. Es una verdadera residencia señorial.

Por la puerta de entrada, que se había abierto, salió la pálida condesa, que venía al encuentro de sus visitantes, vestida con un traje de cola, como una castellana antigua. Parecía la hermosa dama del Lago, nacida para aquella mansión condal.

El salón tenía ocho ventanas, cuatro de las cuales daban al estanque y al sombrío bosque de pinos que, enfrente, remontaba la costa. El ramaje, de tonos negros, hacía profundo, severo y lúgubre aquel estanque, y cuando soplabá el viento, los gemidos de los árboles parecían la voz del pantano.

La condesa estrechó las dos manos de Juana, como si viera en ella una amiga de la infancia; la hizo sentar, y ella á su vez se sentó en una silla baja, mientras Julián, cuyas antiguas elegancias renacían desde cinco meses antes, hablaba, sonreía dulce y familiarmente.

La condesa y él hablaron de sus paseos á caballo. Ella se reía un poco de su manera de montar, llamándole «el caballero Vacila,» y él, riéndose también, la bautizaba con el nombre de «la reina Amazona.» Un tiro que sonó bajo las ventanas hizo que Juana exhalase un débil

grito. Era el conde, que mataba una cercela.

Llamóle al punto su mujer. Se oyó ruido de remos, el choque de una barca contra la piedra, y apareció con botas altas, seguido de dos perros, empapados, rojizos como él, y que se acostaron sobre la alfombra, delante de la puerta.

En su casa parecía estar más á sus anchas y encantado de ver á los visitantes. Hizo que pusieran leña en la chimenea, que trajesen vino de Madera y bizcochos, y de pronto exclamó:

—¡Os quedaréis á comer con nosotros! Está dicho.

Juana, que no dejaba de pensar en su hijo, rehusaba; el conde insistió, y como la joven se obstinase en su negativa, Julián hizo un brusco gesto de impaciencia. Entonces temió ella despertar su carácter malo y reñidor, y aunque atormentada por la idea de no ver á su hijo hasta el otro día, aceptó.

La tarde fué encantadora. Primero visitaron las fuentes, que corrían al pie de una roca cubierta de musgo; luego dieron una vuelta en barca á través de verdaderos caminos

abiertos en una selva de cañas secas. El conde, sentado entre sus dos perros, que olfateaban el viento, remaba; y cada sacudida de sus remos levantaba la barcaza, inclinándola hacia adelante. De cuando en cuando Juana dejaba empapar su mano en el agua fría, y gozaba con la helada frescura, que la recorría desde la punta de los dedos al corazón. A proa, Julián y la condesa envuelta en sus chales, sonreían con esa sonrisa continua de las personas que son dichosas y á quienes su dicha no deja nada que decir.

La tarde caía con largos estremecimientos, soplos del Norte, que pasaban por entre los marchitos juncos. El sol se había hundido detrás de los abetos; y solo mirar el cielo rojo, cruzado por raras nubecillas, color escarlata, daba frío.

Entraron en el vasto salón, en donde ardía un fuego gigantesco. Desde la puerta se experimentaba una sensación de calor y placer que regocijaba el ánimo. Entonces el conde, transformado, cogió á su esposa entre sus brazos de atleta, y levantándola como á un niño hasta la altura de sus labios, estampó en sus dos mejillas un par de sonoros besos.

Y Juana, que se sonreía, miraba á aquel gigante que parecía un ogro, con aquellos bigotazos, y pensaba:

—¡Cómo nos engañamos diariamente al juzgar á los demás!

Involuntariamente volvió la vista hacia Julián, y le vió en pie, junto al quicio de la puerta, horriblemente pálido y con los ojos fijos en el conde. Aproximóse á él, inquieta, y le preguntó en voz baja:

—¿Estás malo? ¿Qué tienes?

Con voz colérica la contestó:

—Nada, déjame en paz. Me ha dado frío.

Cuando pasaron al comedor, el conde pidió permiso para que entrasen sus perros, los cuales fueron al punto á situarse á espaldas y á derecha é izquierda de su amo. Este les daba á cada momento algún bocado, y acariciaba sus largas orejas sedosas. Los animales alargaban la cabeza, tendían la cola y se estremecían de contento.

Después de comer, cuando Juana y Julián se disponían ya á retirarse, M. de Fourville les detuvo para que viera una pesca con linterna.

Les condujo en unión de la condesa, á la es-

calinata que bajaba hasta el estanque, y subió en su barca, llevando un esparavel y una antorcha encendida. La noche era clara; el cielo estaba sembrado de estrellas.

La antorcha reflejaba en el agua surcos de fuego extraños y movibles; lanzaba fulgores que bailaban sobre las cañas: iluminando la gran barrera de los abetos. De pronto, habiendo girado la barca, una sombra de hombre colosal, fantástica, se alzó sobre aquella parte iluminada del bosque. La cabeza sobresalía de los árboles, se perdía en el cielo; los pies se hundían en el estanque. Luego, el ser desmedido abrió los brazos como si fuese á coger las estrellas. Sus brazos inmensos se enderezaron bruscamente, luego cayeron, y oyóse á poco rumor ligero de agua fustigada.

Virando entonces poco á poco la barca, pareció como que el prodigioso fantasma corría á lo largo del bosque que iluminaba, girando también, la luz; luego se hundió en el horizonte sin fin; más tarde volvió á presentarse, más pequeño, pero más determinado, con sus extraños movimientos sobre la fachada del castillo.

Y la voz gruesa del conde gritó:

—¡Gilberta, traigo ochol!

Los remos golpearon el agua. Ahora la enorme sombra permanecía de pie, inmóvil sobre la pared, pero disminuyendo poco á poco de cuerpo y amplitud; su cabeza bajaba, al parecer; su cuerpo se adelgazaba; y cuando M. de Fourville subió los peldaños de la escalinata, siempre seguido de su criado que llevaba la antorcha, la sombra habíase reducido á las proporciones de su persona y repetía sus gestos. Llevaba en la red ocho peces que coleaban todavía.

Cuando Juana y Julián estuvieron en el camino, envueltos en capas y mantas que les habían prestado, Juana dijo, casi sin darse cuenta de ello:

—¡Qué buen hombre es ese gigantón!

Y Julián, que guiaba, contestó:

—Sí, pero no siempre guarda las formas delante de la gente.

Ocho días después fueron á casa de los Coutelier, que pasaban por ser la familia más noble de la provincia. Su dominio de Reminil lindaba con la gran aldea de Cany. El nuevo castillo, edificado en tiempo de Luis XIV, estaba oculto en un parque magnífico, rodeado de

altos muros. En una altura veíanse las ruinas del castillo viejo. Unos lacayos de librea hicieron entrar á los visitantes en una gran habitación imponente. En el centro, una especie de columna soportaba una inmensa copa de Sèvres, y en el pedestal una carta autógrafa del Rey, resguardada por una placa de cristal, invitaba al marqués Leopoldo-Hervé-José-Germer de Varneville, de Rollebose de Coutelier, á recibir este don del soberano.

Juana y Julián examinaban este presente real cuando entraron los marqueses. Ella venía empolvada, esforzándose por ser amable, amanejada por el deseo de parecer condescendiente. Él, grueso, de cabellos blancos, peinados hacia arriba, ponía en sus gestos, en su voz, en toda su actitud, una altivez que denunciaba su importancia.

Eran personas etiqueteras, cuyo espíritu, cuyos sentimientos y cuyas palabras aparecen siempre en zancos.

Hablaban solos, sin esperar la contestación, sonriéndose con aire indiferente, como si constantemente estuvieran cumpliendo la misión que su nacimiento les imponía, de recibir con

amabilidad á los nobles de las cercanías.

Juana y Julián cohibidos, se esforzaban por agradar, temerosos de prolongar la visita más de lo debido, pero sin saber cómo retirarse; la marquesa terminó por sí misma la visita, natural, sencillamente, cortando la conversación, como una Reina que despide con toda cortesía.

Al salir, dijo Julián:

—Si te parece, aquí escasearemos nuestras visitas. A mí, con los Fourville me basta.

Y Juana fué de su opinión.

Diciembre, ese mes negro, pasaba lentamente. La vida en la casa volvía á empezar como el año pasado. Juana, sin embargo, no se aburría ya, preocupada constantemente con Pablo, á quien Julián miraba de reojo con mirada inquieta y recelosa.

Muchas veces, cuando le tenía en sus brazos, acariciándole con esa ternura desenfrenada que tienen las madres hacia sus hijos, la joven se lo presentaba á Julián, diciéndole:

—¡Pero bésale, hombre! ¡Cualquiera diría que no le quieres!

Él entonces, con aire de disgusto, rozaba con los labios la frente glacial del niño, describiendo

do con todo su cuerpo un círculo, como si temiera tropezar sus manitas crispadas de la criatura que se movían, y al punto se retiraba bruscamente, como si algo le repugnase y le expulsase de allí.

De cuando en cuando el alcalde, el médico y el cura comían con ellos; y también los Fourville, con los cuales intimaban cada vez más.

El conde parecía adorar á Pablo. Teníale sobre sus rodillas mientras duraban sus visitas, y aun durante tardes enteras. Manejábale con delicadeza entre sus gruesas manos de coloso, haciéndole cosquillas en las narices con la punta de sus largos bigotes; luego le besaba con transportes apasionados, como hacen las madres con sus hijos. Pesábale mucho que su matrimonio fuese estéril.

Marzo fué seco y apacible. La condesa Gilberta volvió á hablar de paseos á caballo, que darían los cuatro. Juana, algo cansada de las largas tardes, de las largas noches, de los largos días, todos iguales y monótonos, aceptó sus proyectos con satisfacción, y durante una semana se ocupó en confeccionarse su amazona.

Luego empezaron las excursiones: marcha-

ban siempre por parejas; la condesa y Julián delante, el conde y Juana cien pasos atrás. Estos hablaban familiarmente, como dos amigos, porque habían llegado á serlo por el contacto de sus almas rectas, de sus corazones sencillos; aquéllos hablaban bajo á menudo, reíanse á veces con grandes carcajadas, mirábanse de pronto, como si sus ojos tuvieran que decirse cosas que sus labios no pronunciaban, y á lo mejor salían bruscamente al galope, impulsados por un deseo de huir, de ir más allá, muy lejos.

Gilberta reñía al parecer; su voz viva, traída por el viento, llegaba á veces hasta los dos jinetes que marchaban detrás. Entonces el conde se sonreía y decía á Juana:

—No siempre se levanta de buen talante mi mujer.

Una tarde, al volver, como la condesa excitase á su yegua, picándola, y conteniéndola al momento con bruscas sacudidas, oyóse la voz de Julián, que repetía:

—Tened cuidado, tened cuidado; os va á arrastrar.

Ella contestó:

—Tanto peor; eso no es cuenta vuestra.

Y lo dijo con un tono de voz tan claro y tan duro, que las palabras secas sonaron en el campo como si quedaran suspendidas en el aire.

El animal se encabritaba, relinchaba, babeaba. Con toda la fuerza de sus pulmones, el conde, inquieto, gritó:

—¡Ten cuidado, Gilberta!

Y como si quisiera desafiarle, en una de esas exasperaciones de mujer que nada detiene, la condesa golpeó brutalmente con su látigo entre las dos orejas del animal, que se enderezó furioso, azotó el aire con sus patas delanteras, y al caer se lanzó en un salto formidable, devorando la llanura con todo el vigor de sus corvejones. Franqueó primero un llano, y luego, precipitándose á través de los labrados, levantaba en polvo la tierra húmeda, y corría de tal modo, que apenas se distinguían la montura ni la amazona.

Julián, estupefacto, permanecía como clavado en su sitio, gritando con desesperación:

—¡Señoral! ¡Señoral!

Pero el conde exhaló algo así como un gruñido, é inclinándose sobre la silla de su pesado caballo, lanzóle hacia adelante con un movimiento de todo su cuerpo, y con tal aire, ex-

citándole, arrastrándole, enloqueciéndole con la voz, el gesto y las espuelas, que el enorme jinete parecía llevar al pesado animal entre sus muslos, y levantarle, como si quisiera volar con él. Caminaban rectos con velocidad increíble, y Juana veía, allá abajo, las dos siluetas de la mujer y del marido, que huían, huían, disminuían, se borraban, desaparecían, como se ve á dos pájaros que se pierden y se desvanecen en el horizonte.

Julián se acercó, siempre al paso, murmurando con furia:

—¡Creo que hoy está loca!

Y los dos salieron detrás de sus amigos, ocultos á la sazón en un repliegue del camino.

Al cabo de un cuarto de hora los vieron que volvían, y pronto se reunieron los cuatro.

El conde, colorado, sudando, riéndose, cantando, triunfante, traía sujeto por su irresistible mano el caballo trémulo de su mujer; ella venía pálida, con el rostro crispado, triste, y como si fuera á caer se sostenía, apoyada con una mano, en el hombro de su marido.

Aquel día comprendió Juana que el conde amaba con locura.

Durante el mes siguiente, la condesa estuvo alegre, como nunca lo había estado. Venía más á menudo al castillo, reía sin cesar, abrazaba á Juana con transportes de ternura. Hubiérase dicho que un misterioso arrebato había bajado á su existencia. Su marido, dichoso también, no apartaba de ella los ojos, y á cada momento trataba de tocar su mano, su vestido, en un transporte de pasión.

Una tarde decía á Juana:

—Ahora estamos de buenas. Nunca he visto á Gilberta tan amable como ahora. Ya no tiene mal humor, ni se encoleriza. Comprendo que me ama. Hasta ahora no estaba muy seguro de ello.

Julián también parecía cambiado; estaba más alegre, no tenía impacencias, como si la amistad de las dos familias hubiese traído la paz y la alegría á cada una de ellas.

La primavera fué singularmente precoz y cálida.

Desde las dulces mañanas hasta las tardes tibias y serenas, el sol hacía germinar toda la superficie de la tierra. Era aquella una brusca y poderosa eflorescencia de todos los gérmenes á

la vez, uno de esos irresistibles crecimientos de savia, una de esas ansias de renacer que la Naturaleza muestra á veces en algunos años privilegiados, y que nos harían creer en rejuvenecimientos del mundo.

Juana se sentía vagamente turbada por esta fermentación de vida. Tenía súbitas languideces ante una florecilla en la hierba, melancolías deliciosas, horas de soñadora molicie.

Luego sentíase invadida por tiernos recuerdos de los primeros tiempos de su amor; no es que en su corazón se renovase su afecto hacia Julián; aquello había acabado, acabado de una vez y para siempre; pero toda su carne, acariciada por las brisas, penetrada por los perfumes de la primavera, se turbaba, como agitada por algún invisible, algún tierno llamamiento.

Complacíala estar sola, abandonarse bajo el calor del sol, recorrida sin cesar por sensaciones, por goces vagos y tranquilos que no despertaban ideas.

Una mañana, durante su somnolencia, tuvo una visión, una visión rápida de aquel agujero lleno de sol en medio de los follajes sombríos en el bosquecillo de Etretat. Allí era donde, por

vez primera, había sentido que su cuerpo se estremecía junto al de aquel hombre á quien entonces amaba; allí era donde, por primera vez, había balbuceado el tímido deseo de su corazón; allí donde había creído tocar de pronto el radiante porvenir de sus esperanzas.

Y quiso ver de nuevo aquel bosque, hacer á él una especie de peregrinación sentimental y supersticiosa, como si una vuelta á aquellos sitios debiera cambiar algo en la marcha de su vida.

Julián había salido al amanecer, sin decir adónde. Hizo, pues, ensillar el caballejo blanco de los Martín que ahora montaba algunas veces, y partió.

Era uno de esos días tan tranquilos que nada se mueve en ninguna parte, ni una hierba, ni una hoja; todo parece eternamente inmóvil, como si el viento hubiera muerto. Dírase que hasta los insectos habían desaparecido.

Una calma ardiente descendía del sol, insensiblemente, en una polvareda de oro; y Juana caminaba al paso de su caballo, dichosa, tranquila. De cuando en cuando levantaba los ojos para mirar una nubecilla blanca, del tamaño de

un copo de algodón, algo de vapor suspendido, olvidado, que había quedado allá arriba, solo, en medio del cielo azul.

Bajó por el valle que va á perderse en el mar, entre esos grandes arcos de la costa que se llaman las puntas de Etretat, y lentamente ganó el bosque. A través de las hojas, aún cubiertas de escarcha, se filtraba la luz. Buscaba el sitio sin encontrarle, vagando por las estrechas sendas.

De pronto, al atravesar una larga avenida, vió dos caballos de silla atados á un árbol, y los reconoció al punto; eran los de Gilberta y de Julián. Empezaba á pesarle la soledad; aquel encuentro imprevisto la alegró, y puso al trote su montura.

Cuando llegó adonde estaban atados los dos animales, pacientemente, como hechos á estas largas esperas, llamó, pero nadie respondió á su llamamiento.

Un guante de mujer y los dos látigos yacían en tierra sobre el pisoteado césped. Es decir, que habían estado allí sentados, y que luego se habían alejado, dejando allí sus caballos.

Esperó un cuarto de hora, veinte minutos,

asombrada, sin comprender lo que podían hacer. Como había echado pie á tierra y no se movía, apoyada en el tronco de un árbol, dos pajarillos, sin verla, jugueteaban en la hierba, á su lado. Uno de ellos se movía, saltaba alrededor del otro, con las alas abiertas y vibrantes, piando y moviendo la cabeza: de repente se aparearon.

Sorprendióse Juana, como si hubiera ignorado lo que era aquello; luego se dijo:

—¡Ah! Es verdad. Estamos en primavera.

Luego se la ocurrió otro pensamiento, una sospecha. Miró otra vez el guante, los látigos, los dos caballos abandonados, y montó febrilmente en la silla, sintiendo irresistibles deseos de alejarse.

Ahora galopaba en dirección al castillo. Su cabeza bullía, razonaba, enlazando hechos, concordando circunstancias. ¿Cómo no había adivinado antes? ¿Cómo no había visto nada? ¿Cómo no había comprendido las ausencias de Julián, el renacimiento de su pasada elegancia, el amansamiento de su carácter? Recordaba también las brusquedades nerviosas de Gilberta, sus exageradas calinerías, y, desde hacía algún

tiempo, aquella especie de beatitud en que vivía y que, al parecer, hacía tan feliz al Conde.

Puso su caballo al paso, porque necesitaba reflexionar gravemente, y la marcha agitada desordenaba sus ideas.

Pasada la emoción primera, su corazón había recobrado la calma: no tenía celos, ni odios, sino solamente desprecio. Apenas pensaba en Julián; nada la podía asombrar en él; pero la doble traición de la Condesa, de su amiga, la sublevaba. ¡Es decir, que todo el mundo es pérfido, embustero, falso! Las lágrimas se agolpaban á sus ojos. A veces se llora tanto una ilusión como á un muerto.

Resolvióse, sin embargo, á aparentar que no sabía nada, á cerrar su alma á todo afecto, á no querer más que á Pablo y á sus padres, y á soportar con rostro tranquilo á los demás.

Volvió Julián á la hora de comer, encantador y sonriente, con pretensión de ser amable. La preguntó:

—¿Pero no vienen este año papá y maíta?

Tanto le agradeció ella esta galantería, que casi le perdonó el descubrimiento del bosque; é

invadiéndola de pronto un violento deseo de volver á ver en seguida á los dos seres á quienes más amaba, después de Pablo, pasó el día escribiéndoles para que apresuraran su venida.

La anunciaron para el 20 de Mayo. A la sazón era el 7 del mismo mes.

Los esperó con creciente impaciencia, como si, aparte de su afecto filial, hubiese experimentado una nueva necesidad de estrechar su corazón contra dos corazones honrados; de hablar, con toda sinceridad, á personas puras, sanas de toda infamia, cuya vida, cuyas acciones y cuyos pensamientos y deseos habían sido siempre rectos.

Lo que ahora sentía era una especie de aislamiento de su conciencia en medio de aquellas conciencias que desfallecían; y aunque hubiese aprendido en un momento á disimular, aunque acogiese á la Condesa con la mano extendida y el labio sonriente, sentía crecer en ella y envolverla esta sensación del vacío, de desprecio hacia los hombres; y cada día las ligeras noticias de la comarca arrojábanla al alma un asco más grande, un desprecio más alto de las criaturas.

La hija de los Couillard acababa de tener un hijo, y el matrimonio iba á verificarse. La criada de los Martín, una huérfana, estaba embarazada; una vecinita de quince años, lo mismo; una viuda, una mendiga coja y avara, que por lo horrible de su suciedad se llamaba la Corteza, estaba en cinta también.

A cada momento se tenían noticia de un nuevo embarazo, ó de alguna picardía de una soltera, de una campesina casada y madre de familia, ó de algún rico ó respetado colono.

Aquella primavera ardiente parecía revolver la savia en los hombres como en las plantas.

Y Juana, cuyos sentidos apagados no se agitaban ya, cuyo corazón amortiguado, cuya alma sentimental parecían moverse sólo por soplos tibios y fecundos, que soñaba, exaltada sin deseos, apasionada por los sueños y muerta para las necesidades carnales, se asombraba, poseída de una repugnancia que llegaba á ser espantosa, ante esta sucia bestialidad.

El apareamiento de los seres la indignaba como una cosa contranatural; y si odiaba á Gilberta, no era porque la había robado su ma-

rido, sino por el hecho mismo de haber caído en este fango universal.

Esta no era, no, de la raza de los rústicos, en quienes dominan los bajos instintos. ¿Cómo había podido abandonarse de la misma manera que aquellos brutos?

El mismo día en que debían llegar sus padres, Julián reavivó sus repulsiones, contándola alegremente, como una cosa natural y chistosa, que el panadero, habiendo oído ruido en el horno la víspera, que no era día de cocción, creyó sorprender en él un gato y había encontrado á su mujer, «que no estaba haciendo pan en el horno.»

Y añadió:

—El panadero tapó la abertura, y por poco se ahogan allá adentro; el hijo pequeño de la panadera fué quien avisó á los vecinos, porque había visto entrar á su madre con el hornero.

Y Julián se reía repitiendo:

—Esos pillos nos dan á comer pan de boda. Es un verdadero cuento de Lafontaine.

Juana no se atrevía á tocar el pan.

Cuando la silla de posta se detuvo delante de la escalinata, y el rostro satisfecho del

barón asomó por los cristales, la joven sintió en su alma y en su pecho una emoción profunda, un tumultuoso impulso de afecto como jamás lo había sentido.

Pero se quedó suspensa y estuvo á punto de desmayarse cuando vió á mamáta. En los seis meses de invierno la baronesa había envejecido diez años. Sus grandes mejillas, blandas, caídas, se habían enrojecido como si estuviesen teñidas en sangre; su mirada habíase apagado; para que se moviera tenían que levantarla de ambos brazos; su respiración penosa se había hecho silbante, y tan difícil, que los que estaban á su lado experimentaban molestia dolorosa.

El barón, que la veía á todas horas, no había advertido esta decadencia; y cuando ella se quejaba de sus continuos ahogos, de su pesadez, que cada día era mayor, respondía:

—No, hija mía, no; yo siempre te he conocido así.

Después de acompañarles á su habitación, retiróse á la suya para llorar, desconsolada, abatida. Luego fué á buscar á su padre, y estrechándose contra su pecho, con los ojos llenos todavía de lágrimas, le dijo:

—¡Pero qué cambiada está mamá! ¿Qué tiene? dímelo, ¿qué tiene?

El barón se sorprendió, y dijo:

—¿Te lo parece? ¡Vaya una ideal! Pues no, no me he separado de ella un momento, y te aseguro que yo no la encuentro mal; está como siempre.

Aquella noche dijo Julián á su mujer:

—Tu madre cose con mal hilo. La encuentro mal.

Y al ver que Juana estallaba en sollozos, se impacientó:

—Vamos, mujer, esto no quiere decir que no tenga remedio. Siempre has de ser exagerada. Ha cambiado, nada más, lo cual es propio de su edad.

Al cabo de ocho días, apenas pensaba en ello, acostumbrada ya á la nueva fisonomía de su madre, y rechazando quizá sus temores, como se rechazan siempre, por una especie de instinto egoísta, de necesidad natural de tranquilidad de alma, las aprensiones, los cuidados amenazadores.

La baronesa, que ya no podía andar, no salía más que media hora cada día. Una vez que ha-

bía recorrido su avenida, no podía moverse más y pedía que la dejarán sentarse en su banco. Y cuando se veía imposibilitada hasta de llegar al extremo del paseo, decía:

—Detengámonos; hoy mi hipertrofia me rompe las piernas.

No se reía, contentándose con sonreír ante cosas que el año anterior la hubieran hecho prorrumpir en carcajadas. Pero como conservaba la vista, pasaba los días leyendo *Corina* ó las *Meditaciones*, de Lamartine; luego pedía que la trajesen la caja «de los recuerdos». Y vaciando sobre sus rodillas las viejas cartas caras á su corazón, ponía la caja á su lado é iba guardando una á una sus «reliquias» después de haber vuelto á leerlas. Y cuando estaba sola, completamente sola, besaba algunas de ellas, como se besan en secreto los cabellos de los muertos á quienes se amó en vida.

A veces entraba bruscamente Juana, y la encontraba llorando lágrimas amargas.

—¿Qué tienes, mamáta?—la decía.

Y exhalando un gran suspiro, respondía la baronesa:

—Mis reliquias tienen la culpa de todo. Re-

mueve una cosas que eran buenas y que pasaron. Además, hay personas en quienes apenas se pensaba, y que reaparecen de pronto. Cree una verlas, oírlas; y esto hace un efecto espantoso. Ya conocerás, más tarde, lo que es esto.

Cuando el barón llegaba en estos momentos de melancolía, murmuraba:

—Juana, hija mía, si quieres creerme, quema tus cartas, todas tus cartas, las de tu madre, las mías, todas. No hay nada más terrible, Juana, cuando uno es viejo, que asomarse á su juventud.

Pero Juana guardaba también sus cartas, preparando su «caja de reliquias,» obedeciendo, aun cuando difería de su madre, á una especie de instinto hereditario de sentimentalismo soñador.

Al cabo de unos días el barón tuvo que ausentarse para un asunto, y se marchó.

El tiempo era magnífico. Las noches dulces, sembradas de estrellas, sucedían á las tardes serenas, las tardes serenas á los días radiantes, y los días radiantes á las auroras esplendentes. Mamáta se repuso; y Juana, olvidando los amo-

ríos de Julián y la perfidia de Gilberta, se sentía casi por completo dichosa. Todo el campo estaba florido y perfumado; y el vasto mar, siempre en calma, resplandecía, desde la mañana á la noche, como un espejo.

Una tarde Juana cogió en brazos á su hijo y se fué al campo. Miraba sucesivamente á Pablo, la hierba, acribillada de flores á lo largo del camino, sumergiéndose en una felicidad sin límites. De minuto en minuto besaba al niño, estrechándole con pasión contra su seno; luego, acariciada por algún sabroso olor campestre, sentíase desfallecer, abstraída en un bienestar indefinido. Después pensó en el porvenir de aquella criatura. ¿Qué sería? Tan pronto quería que fuese un grande hombre afamado, poderoso, como prefería que fuese humilde para que estuviese con ella constantemente, afectuoso, tierno, siempre con los brazos abiertos hacia mamá. Cuando le quería con su corazón egoísta de madre, deseaba que fuese siempre su hijo, nada más que su hijo; pero cuando le quería con su razón apasionada, ambicionaba que sobresaliese entre los demás.

Sentóse á orillas del camino, y se puso á mi-

rarle. La pareció que no le había visto nunca, y se asombró al pensar que aquel niño crecería, andaría con paso firme, tendría pelos en la cara y hablaría con voz sonora.

Oyó que alguien la llamaba desde lejos, y alzó la cabeza. Era Mario, que venía corriendo. Creyó que la esperaba una visita, y se levantó, disgustada de que la molestasen. Pero el chico llegaba á escape, y cuando estuvo cerca, gritó:

—¡Señora! ¡Es que se ha puesto muy mala la señora baronesa!

Sintió como si una gota de agua fría corriese todo á lo largo de su espalda, y, aturdida, echó á correr rápidamente.

Desde alguna distancia vió un grupo de gente aglomerada bajo el plátano. Se precipitó hacia aquel grupo, que se abrió para darla paso, y vió á su madre tendida en el suelo, con la cabeza sostenida por dos almohadas. El rostro estaba completamente negro, los ojos cerrados, y su pecho, que llevaba veinte años jadeando, ahora no se movía. La nodriza cogió al niño de los brazos de su madre y se le llevó.

Juana, aturdida, preguntó:

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Cómo se ha caído?
¡Que vayan á buscar al médico!

Y al volverse distinguió al cura, avisado no se sabe cómo. Ofreció sus cuidados, y empezó á prestarlos, levantándose las mangas de la sotana. Pero el vinagre, el agua de Colonia, las fricciones, todo fué ineficaz.

—Habrá que desnudarla y meterla en la cama, dijo el sacerdote.

El colono José Couillard, el tío Simón y Ludivina estaban entre los presentes. Ayudados por el padre Picot, quisieron levantar á la baronesa; pero al ponerla en pie, la cabeza cayó hacia atrás, y como pesaba tanto, la ropa se rompió. Entonces Juana, horrorizada, empezó á gritar. Y volvieron á dejar en tierra el cuerpo enorme, abandonado á sí mismo.

Preciso fué tomar una butaca del salón, y una vez sentada en ella pudieron llevársela. Paso á paso subieron, la escalinata primero, la escalera después, y, ya en la alcoba, la pusieron sobre la cama.

Como la cocinera no acababa de desnudarla, la ayudó la viuda Dentú, que había acudido en seguida, lo mismo que el sacerdote, como si

uno y otra hubieran «olido carne muerta,» según trase de los criados.

José Couillard partió á rienda suelta en busca del doctor; y cuando el sacerdote se disponía á ir por los Santos Óleos, la enfermera le murmuró al oído:

—No os molestéis, señor cura; yo entiendo de esto: ya se ha ido.

Juana, como una loca, suplicaba; no sabía qué hacer, ni qué intentar, ni á qué remedio acudir. El cura, á todo evento, pronunció la fórmula de absolución.

Durante dos horas todo el mundo estuvo expectante cerca de aquel cuerpo amoratado y sin vida. Caída ahora de rodillas, Juana sollozaba, consumida de angustia y de dolor.

Cuando se abrió la puerta y vió que entraba el doctor, creyó que con él entraban también la salvación, el consuelo, la esperanza, y se precipitó hacia él, balbuceando todo cuanto sabía del accidente:

—Estaba paseándose, como todos los días... se sentía bien... muy bien... había tomado un caldo y dos huevos en el desayuno... cayó de pronto... se puso negra, como la veis, y no se

ha movido... todo lo hemos intentado para reanimarla... todo...

Sorprendida por un gesto discreto de la enfermera al médico, que quería significar que todo había concluido, se calló. Y negándose á comprender, le interrogó amistosamente, repitiendo:

—¿Es grave? ¿Creéis que es grave?

Por fin habló el doctor:

—Mucho me temo que todo... haya... haya concluido. Tened valor, mucho valor.

Juana, abriendo los brazos, se echó sobre el cuerpo de su madre.

Entraba Julián. Visiblemente contrariado, pero sin un grito de dolor, sin desesperación aparente, se quedó estupefacto, cogido de improviso con demasiada brusquedad para de pronto adoptar el rostro y la actitud de rigor en aquellas circunstancias. Murmuró:

—¡Ya me lo esperaba yo; ya comprendía que esto se acababa!

Luego sacó el pañuelo, se enjugó los ojos, se arrodilló, se persignó, refunfuñó algo, y, levantándose, quiso alzar á su mujer. Pero ésta, casi tendida sobre el cadáver, estaba abrazada á él y

le besaba. Tuvieron que llevársela á viva fuerza. Parecía loca.

Pasada una hora, la permitieron que volviera. No quedaba ninguna esperanza. La habitación se había convertido en capilla ardiente. Cerca de una ventana, Julián y el sacerdote hablaban en voz baja. La viuda Dentú, sentada cómodamente en un sillón, como mujer acostumbrada á velar y que se siente en su casa allí donde penetra la muerte, parecía ya medio adormilada.

Cafa la noche. El sacerdote se adelantó hacia Juana, la cogió ambas manos, la animó, derramando sobre aquel corazón inconsolable la onda oleosa de los consuelos eclesiásticos. Habló de la difunta, la celebró en términos sacerdotales, y triste, con esa falsa tristeza de los curas que sacan partido de los muertos, se ofreció á pasar la noche rezando al lado del cadáver.

Pero Juana, á través de sus lágrimas convulsivas, rehusó. Quería estar sola, completamente sola, en aquella última noche. Adelantóse Julián:

—Eso no puede ser; nos quedaremos los dos, dijo.

La joven decía que «no» con la cabeza, incapaz de hablar más. Por fin pudo decir:

—Es mi madre, mi madre; quiero velarla yo sola.

El médico murmuró:

—Dejad que haga lo que quiera; la enfermera puede quedarse en la habitación próxima.

Pensando en su cama, el sacerdote y Julián consintieron. Luego el padre Picot se arrodilló á su vez, oró, levantóse y salió murmurando:— Era una santa,—con el mismo tono con que decía: *Dominus vobiscum*.

Después el vizconde, con su voz de siempre, preguntó:

—¿Quieres tomar algo?

Juana no contestó, ignorando que la pregunta se dirigía á ella. Julián continuó:

—Harías bien en comer cualquier cosa para sostenerte.

Ella le dijo al fin, con aire de extravío:

—Envía á llamar á papá en seguida.

Y su marido salió para disponer que un hombre á caballo marchase á Rouen.

Quedóse ella abismada en una especie de dolor inmóvil, como si para abandonarse á la ola

ascendente de las penas desesperadas, hubiera aguardado la hora de la última entrevista.

Las sombras habían invadido la habitación, envolviendo en sus tinieblas á la difunta. La viuda Dentú, con su paso menudo, se puso á andar de un lado para otro buscando y disponiendo objetos visibles, con movimientos silenciosos de enfermera. Luego encendió dos bujías, que depositó suavemente sobre la mesa de noche, cubierta por una servilleta blanca, á la cabecera del lecho.

Al parecer Juana no veía nada, no sentía, no comprendía nada. Aguardaba á quedarse sola. Julián volvió á entrar; había comido ya, y otra vez preguntó:

—¿No quieres tomar nada?

Su mujer hizo un signo negativo con la cabeza.

Sentóse él en silencio, con aire más resignado que triste.

Así estuvieron los tres, distantes unos de otros sin moverse en sus asientos.

De cuando en cuando, la enfermera, que se dormía, roncaba un poco; luego se despertaba bruscamente.

Julián acabó por levantarse, y acercándose á Juana:

—¿Quieres quedarte sola ya?

En un arranque involuntario cogióle ella la mano:

—¡Oh, sí! dejadme sola.

El vizconde la dió un beso en la frente, murmurando:

—Vendré á verte con frecuencia.—Y salió con la viuda Dentú, que hizo rodar su butaca hasta la otra habitación.

Juana cerró la puerta, luego fué á abrir las dos ventanas, y recibió en pleno rostro la tibia caricia de una noche de siega. El heno del prado, segado la víspera, estaba, apilado recibiendo la luz de la luna.

Esta dulce sensación la hizo daño, porque creyó ver en ella algo irónico.

Volvió junto al lecho, cogió una de las manos frías é inertes de su madre, y se puso á considerarla atentamente.

No estaba ya tan hinchada como en el momento del ataque; ahora parecía dormir más apaciblemente que nunca; y la pálida llama de las hachas que el aire hacía oscilar, disipaba á

cada momento las sombras de su rostro, dándole apariencias de vida, como si se hubiese movido.

Juana la miraba con avidez, y evocaba del fondo lejano de su primera juventud una porción de recuerdos.

Acordábase de las visitas de mamaita al locutorio del convento; cómo la tendía el papelón de dulces y pasteles, una porción de detalles pequeños de hechos ligeros, leves ternuras, palabras, entonaciones, gestos familiares, los pliegues de sus ojos cuando se reía, su suspiro ahogado cuando acababa de sentarse.

Y permanecía allí absorta, repitiendo con una especie de atontamiento:

—Ha muerto.

Y comprendió todo lo horrible de esta palabra.

Aquella que estaba allí tendida—mamá, mamaita, Mme. Adelaida—¿estaba muerta? No se volvería á mover, no volvería á hablar, no se reiría más, no comería ya nunca enfrente de papaito; no volvería á decir:—«Buenos días, Juanita.»—¡Había muerto!

Iban á meterla en una caja, á clavarla, á en-

terrorarla, y todo habría concluído. Ya no la vería más. ¿Era esto posible? ¿Cómo? ¿No tendría ya madre? Aquel rostro querido, tan conocido, y visto desde que se abrieron sus ojos, amado desde que se abrieron sus brazos, aquel gran manantial de afecto, aquel ser único, la madre, más importante para el corazón que todos los demás seres, había desaparecido. Ya no la quedaban más que unas cuantas horas de ver su rostro, aquel rostro inmóvil y sin pensamiento; después, nada, nada ya, un recuerdo.

Cayó de hinojos en una crisis horrible de desesperación; y con las manos crispadas sobre la ropa que retorció entre sus dedos, la boca pegada al lecho, gritó con voz desgarradora, ahogada entre las sábanas y las mantas:

—¡Oh, mamá, mamá; pobre mamá mía!

Y como comprendiese que se iba á volver loca, loca como aquella noche de fuga por la nieve, se levantó y fué corriendo á la ventana para tomar el fresco, para beber aire nuevo que no fuese el aire de aquel lecho, el aire de aquella muerta.

Los céspedes cortados, los árboles de la lancha, el mar allá abajo, dormían en el seno de una

paz silenciosa, bajo el tierno encanto de la luna. Algo de aquella tranquilizadora dulzura invadió á Juana, que empezó á llorar lentamente.

Luego volvió al lecho y se sentó, tornando á tomar en su mano la mano de mamáíta, como si la velase en una enfermedad.

Atraído por la luz de los cirios había entrado un insecto, golpeaba los muros como una pelota, iba de un lado á otro del cuarto. Juana, distraída por su vuelo y su zumbido, alzaba los ojos para verle, pero no llegaba á percibir más que su sombra, que vagaba por la blancura del techo.

Después no le oyó. Entonces notó un ligero tictac del péndulo y otro ruido pequeño, ó más bien un rozamiento apenas perceptible. Era el reloj de mamáíta que seguía andando, olvidado en las ropas tendidas sobre una silla á los pies del lecho. Y una vaga relación entre esta muerta y aquella máquina que no se había detenido, reavivó el dolor agudo de Juana.

Miró la hora. Eran escasamente las diez y media; y se sintió presa de miedo horrible ante aquella noche pasada toda entera en aquel sitio.

Otros recuerdos acudían á su imaginación: los de su propia vida. Rosalía, Gilberta, las amargas desilusiones de su agobiado corazón. Es decir, que todo era miseria, pena, desgracia y muerte; todo engañaba, todo mentía, todo hacía sufrir y llorar. ¿Dónde hallar un poco de reposo y alegría? ¿En otra existencia sin duda? Cuando el alma esté libre de la prueba terrenal. ¡El alma! Púsose á soñar, á soñar en este insondable misterio, lanzándose bruscamente en poéticas convicciones, que otras hipótesis, no menos vagas, echaban inmediatamente por tierra. ¿Dónde estaba, ahora, el alma de su madre, el alma de aquel cuerpo inmóvil y helado? Tal vez muy lejos. ¿En algún punto del espacio? ¿Pero dónde? ¿Evaporada como el perfume de una flor seca, ó errante como un pájaro invisible escapado de su jaula? ¿Llamada por Dios, ó esparcida al acaso en las nuevas creaciones, mezclada á los gérmenes prontos á brotar? ¿Muy próxima tal vez? ¿En aquel cuarto, junto á aquella carne inanimada que había abandonado? Y, bruscamente, Juana creyó sentir que un soplo la rozaba, como si fuese el contacto de un espíritu. Tuvo miedo, un miedo ho-

rrible, tan violento, que no se atrevía á moverse, ni á respirar, ni á volverse para mirar á su espalda. Su corazón latía como espantado.

Y de pronto, el invisible insecto volvió á alzar su vuelo y á revolotear chocando contra las paredes. La jóven se estremeció de pies á cabeza primero; sosegada luego, cuando reconoció el zumbido del alado animalillo, se levantó y se volvió. Sus ojos cayeron sobre el *secretaire* de las cabezas de esfinge, el mueble de las reliquias.

Y una idea tierna y singular se apoderó de ella; leer en esta última velada, á modo de libro de oraciones, las viejas cartas que eran tan caras á la difunta. Creyó que iba á llenar un deber delicado y santo, algo verdaderamente filial que, en el otro mundo, produciría placer á mamaíta.

Era la antigua correspondencia de sus abuelos, á quienes ellos no habían conocido. Quería tenderles los brazos por cima del cuerpo de su hija, ir hacia ellos en esta fúnebre noche, como si ellos también sufriesen; formar una especie de misteriosa cadena de ternura entre aquellos muertos de hacía tiempo, la que acababa de

desaparecer á su vez, y ella, que quedaba aún en la tierra.

Levantóse; bajó la tablilla del *secretaire* y sacó del cajón de abajo diez paquetitos de papeles amarillentos, ordenados y puestos unos al lado de los otros.

Los dejó todos sobre la cama, entre los brazos de la baronesa, por una especie de refinamiento sentimental, y empezó á leer.

Eran cartas viejas de esas que se encuentran en los antiguos *secretaires* de las familias, esas cartas que huelen á otro siglo.

La primera empezaba así: «Querida mía;» otra: «Hermosa hija mía;» muchas: «Pequeñina mía,» «Amor mío,» «Mi adorada hija;» después: «Mi querida niña,» «Mi querida Adelaida,» «Mi querida hija;» según se dirigían á la niña, á la joven y, más tarde, á la mujer.

Y todo esto estaba lleno de ternuras apasionadas y pueriles, de mil cosas íntimas, de esos grandes y sencillos acontecimientos del hogar, que tan mezquinos son para los indiferentes: «papá tiene tos; Hortensia, la criada, se ha abrasado un dedo; el gato Croquerat ha muerto; han cortado el abeto que había á la derecha de

la empalizada; á mamá se la ha perdido su libro de misa al volver de la iglesia, y cree que se lo han robado.»

Hablábase también en ellas de personas desconocidas para Juana, pero cuyo nombre recordaba vagamente haber oído pronunciar en otro tiempo, en su infancia.

Estos detalles, que la parecían revelaciones, la enternecían como si hubiera entrado de pronto en toda la vida pasada, secreta, la vida del corazón de mamá. Miraba el cuerpo yacente, y con un brusco movimiento púsose á leer en voz alta, á leer para la muerta, como si quisiera distraerla, consolarla.

Y el cadáver, inmóvil, parecía feliz.

Una á una iba arrojando las cartas á los pies de la cama; y pensó ponerlas en el ataúd, á modo de flores.

Desató otro paquete. Era de letra desconocida. Empezó á leer: «No puedo pasarme sin tus caricias. Te amo y me vuelves loco.»

Nada más: no llevaba firma.

Dió la vuelta al papel sin comprender lo que aquello significaba. Las señas estaban bien: «Señora baronesa de Le-Perthuis des Vauds.»

Abrió la siguiente: «Ven esta tarde, en cuanto él salga. Tendremos una hora por nuestra. Te adoro.»

En otra: «He pasado una noche de delirio deseándote inútilmente. Tenía tu cuerpo en mis brazos, tu boca bajo mis labios, tus ojos bajo mis ojos. Y, además, sentía rabias y cóleras que me daban tentaciones de tirarme por el balcón, pensando que, á aquella misma hora, tú dormías á su lado, te tenía como quisiera...»

Juana, suspensa, no comprendía.

¿Qué era aquello? ¿De quién y para quién eran aquellas palabras de amor?

Hallando siempre declaraciones desenfrenadas, citas con recomendaciones de prudencia, prosiguió su lectura, leyendo siempre, al final, estas cinco palabras: «Sobre todo, quema esta carta.»

Por último abrió una carta insignificante, una simple aceptación para comer, pero de la misma letra, y firmada: «Pablo de Ennemare,» aquél á quien el barón llamaba, cuando todavía hablaba de él: «¡Pobre Pablo!» y cuya mujer había sido la mejor amiga de la baronesa.

Y Juana, bruscamente, tuvo una duda que en

seguida se convirtió en una certidumbre: su madre le había tenido por amante.

Y de pronto, con la cabeza atontada, rechazó de una sacudida aquellos papeles infames, como hubiera rechazado un animal venenoso que se la hubiese subido encima, y corrió á la ventana y se puso á llorar copiosamente exhalando gritos involuntarios que la rompían la garganta; luego, sintiendo destrozado todo su ser, dejóse caer al pie del muro, y ocultando su rostro en la cortina para que no se oyese sus gemidos, sollozó abismada en una desesperación insondable.

Tal vez hubiera permanecido así toda la noche, sin un rumor de pasos que oyó en la habitación inmediata y que hizo que se pusiera en pié de un salto. ¿Sería su padre? ¡Y todas aquellas cartas tiradas por el suelo y por la cama! Bastaría que leyese una para que lo supiera todo... ¡é!

Se precipitó, y cogiendo á puñados todos los amarillentos papeles, los de sus abuelos y los de su amante, con los que aún no había desatado y estaban en los cajones del *secretaire*, los arrojó, á puñados, en la chimenea; cogió después una de las bujías que ardían sobre la

mesa de noche y prendió fuego á aquel montón de cartas. Brotó una gran llamarada que iluminó el cuarto, el lecho y el cadáver con un fulgor vivo y juguetón, que dibujaba en negro, sobre la blanca cortina de la cabecera del lecho, el trémulo perfil del rostro rígido y las líneas del cuerpo que parecía enorme bajo las ropas de la cama.

Cuando en el fondo de la chimenea no quedó más que un montón de cenizas, volvió á sentarse cerca de la abierta ventana, como si no se hubiera atrevido á permanecer al lado de la muerta, y rompió á llorar, con el rostro entre las manos y gimiendo con tono de angustia, con tono de queja desolada:

—¡Oh, mamá, mamá! ¡Pobre mamá mía!

Una horrible reflexión acudió á su mente: Si mamáta no hubiera muerto, por casualidad, si estuviese dormida con un sueño letárgico, si de pronto despertase y hablara... ¿No aminoraría su amor filial el horrible secreto conocido? ¿La besaría con los mismos labios piadosos? ¿La querría con el mismo afecto sagrado? No. No era posible. Y pensar esto la desgarraba el corazón.

La noche pasaba; las estrellas palidecían; era la hora fresca que precede al día. La luna, ya muy baja, iba á hundirse en el mar, anacarándose su tersa superficie.

Y presentósele á Juana el recuerdo de aquella noche pasada á la ventana cuando llegó á los *Pueblos*. ¡Qué lejos estaba todo aquello! ¡Cómo había cambiado! ¡Qué diferente veía ahora el porvenir!

En aquel momento el cielo revistió rosado color, un color de rosa alegre, encantador. Juana miraba sorprendida, como delante de un fenómeno, aquel radiante nacimiento del día, preguntándose si era posible que en esta tierra en que lucían tales auroras no hubiese alegría ni felicidad.

El ruido de la puerta la hizo estremecer. Era Julián, que la preguntó:

—Y qué, ¿no estás cansada?

Ella balbuceó: «No,» satisfecha ya de no estar más tiempo sola.

—Ahora, vete á descansar, la dijo su marido. La joven besó lentamente á su madre con un beso largo, doloroso y triste, y entró en su cuarto.

Pasó el día en esas tristes ocupaciones que pide un muerto. El barón llegó por la tarde. Lloró mucho.

El entierro se verificó al otro día.

Después que, por última vez, hubo apoyado sus labios en la frente helada de su madre; después que la hizo el último tocado y vió meter el cuerpo en el ataúd, Juana se retiró. Los convidados iban á llegar.

Gilberta llegó la primera, y se arrojó, sollozando, en brazos de su amiga.

Veíanse por la ventana los coches, que se paraban á la verja, viniendo al trote. En el gran vestibulo resonaban voces. Mujeres vestidas de negro, á quienes Juana no conocía, entraban poco á poco en la habitación. La marquesa de Coutelier y la vizcondesa de Briseville la besaron.

Estando en esto vió que tía Lison se deslizaba detrás de ella, y la abrazó con ternura, lo cual que hizo desfallecer á la solterona.

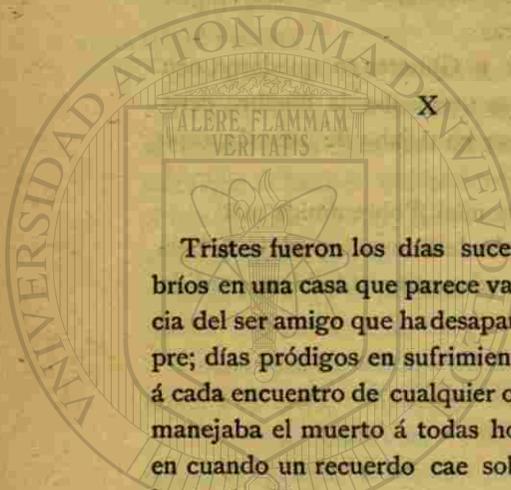
Entró Julián, de luto, elegante, atareado, satisfecho de aquella afluencia de gente; habló en voz baja á su mujer para pedirla un consejo, y añadió en tono confidencial:

—Ha venido toda la nobleza; estará muy bien. Y volvió á salir, saludando con mucha gravedad á las señoras.

Sólo tía Lison y Gilberta se quedaron con Juana, mientras se verificaba la fúnebre ceremonia. La condesa no dejaba de besarla, repitiendo:

—¡Pobre amiga mía! ¡Pobre amiga mía!

Cuando el conde de Fourville volvió á buscar á su mujer, lloraba como si hubiera perdido á su madre.



X
Tristes fueron los días sucesivos, días sombríos en una casa que parece vacía por la ausencia del ser amigo que ha desaparecido para siempre; días pródigos en sufrimientos, que estallan á cada encuentro de cualquier objeto de los que manejaba el muerto á todas horas. De cuando en cuando un recuerdo cae sobre el corazón y le atrofia. Esa es su butaca, esa su sombrilla, dejada en el vestíbulo; ese su vaso, que la criada no ha lavado todavía. Y en todas las habitaciones hay cosas de estas abandonadas en cualquier parte; sus tijeras, un guante, el volumen cuyas hojas gastaron sus dedos entorpecidos, y mil nonadas que adquieren dolorosa significación, recuerdos mil, hechos insignificantes.

Y su voz os persigue; creéis oírla; pensáis huir, escaparos á su obsesión. Y, sin embargo,

debéis quedaros, porque hay allí otros que también sufren y se quedan.

Además, Juana estaba agobiada por el recuerdo de lo que había descubierto. Este pensamiento pesaba sobre ella; su corazón herido no se curaba. Su soledad de ahora se aumentaba con este secreto horrible; su última confianza había caído con su última creencia.

Al cabo de algún tiempo el barón, que tenía necesidad de moverse, de cambiar de aire, de salir de la negra pena en que se hundía más y más, se ausentó.

Y la vasta casa, que de cuando en cuando veía desaparecer de este modo á uno de sus amos, recobró su vida serena y normal.

Luego Pablo cayó enfermo; Juana estuvo como loca, y pasó doce días sin dormir, casi sin comer.

El niño se curó; pero su madre quedó espantada ante la idea de que se podía morir. Si esto pasaba, ¿qué haría ella? ¿Qué sería de ella? Y poco á poco sintió nacer en su corazón el ansia de tener otro hijo. Bien pronto soñó con él, dominada nuevamente por su antiguo deseo de ver á su alrededor dos criaturitas, una

niña y un niño. Fué como una obsesión en ella.

Pero desde lo que pasó con Rosalía vivía separada de Julián. Dada la situación en que se hallaban, una aproximación parecía hasta imposible. Julián amaba á otra, lo sabía; y sólo el pensamiento de sufrir otra vez sus caricias hacía estremecer de repugnancia.

Habríase resignado, sin embargo ¡hasta tal punto la halagaba la idea de ser madre otra vez!; pero se preguntaba cómo podría reanudar sus besos. Habríase muerto de humillación antes de dejar que se adivinasen sus intenciones; y él, por su parte, no pensaba en ella, al parecer.

Tal vez hubiera renunciado á su proyecto; pero todas las noches dió en soñar con una niña; la veía jugueteando con Pablo bajo el plátano; y á veces sentía despertarse en ella como una especie de comezón de levantarse é ir, sin pronunciar una palabra, á buscar á su marido en su cuarto. Por dos veces llegó á deslizarse hasta la puerta; pero se volvió vivamente, con el corazón palpitante de vergüenza.

El barón se había marchado; mamáíta había muerto; ahora Juana no tenía ya á nadie á quien

poder consultar, á quien fiar sus íntimos secretos.

Entónces se resolvió á buscar al padre Picot y decirle, bajo secreto de confesión, los difíciles proyectos que tenía.

Cuando llegó, leía él su breviario en su jardinito de árboles frutales.

Después de hablar algunos minutos de unas cosas y otras, balbuceó avergonzándose:

—Quisiera confesarme, señor cura.

El sacerdote se quedó asombrado, y levantó los anteojos para mirarla bien; luego se echó á reír:

—No creo que podáis tener pecados muy grandes sobre la conciencia.

Ella se turbó, y dijo:

—No, pero tengo que pedir os un consejo... tan... tan... tan penoso, que no me atrevo á hablaros de esto así como así.

Instantáneamente dejó él su apariencia de hombre bonachón y revistió su carácter sacerdotal:

—Está bien, hija mía, os oiré en el confesionario: vamos.

Pero la joven le detuvo, vacilante, cortada de

improviso por una especie de escrúpulo que la daba hablar de estas cosas, un tanto vergonzosas, en el recogimiento de una iglesia vacía.

—Pues bien, no... señor Cura... lo que quiero decir... puedo... puedo decirlo aquí. Mirad, vamos á sentarnos allá abajo, al pie de vuestro pabelloncito.

Dirigiéronse á aquel sitio lentamente, buscando ella la manera de empezar, de abordar la cuestión. Se sentaron.

Entonces, como si se estuviese confesando, empezó:

—Padre mío...—luego vaciló y repitió otra vez:—«Padre mío...»—y se calló, toda turbada.

El sacerdote aguardaba, con las manos cruzadas sobre el vientre. Al ver su turbación, la animó:

—Vamos, hija mía, cualquiera diría que no os atrevéis; vamos, tened valor.

Por fin tomó ella su partido, como un holgazán que se arroja al peligro:

—Padre mío, quisiera tener otro hijo.

El padre Picot no contestó, no comprendía; y ella tuvo que explicarse, balbuciente, aturrida.

—Ahora estoy sola en la vida; mi padre y

mi marido apenas se entienden; mi madre ha muerto, y...—añadió en voz baja que temblaba:—¡El otro día creí ver morir á mi hijo! Entonces, ¿qué hubiera sido de mí?...—

Se calló; el sacerdote, desconcertado, la miraba:

—Vamos, hija mía, lleguemos á la cuestión. Juana repitió:

—¡Quisiera tener otro hijo!

Acostumbrado á las bromas groseras de las aldeanas, que apenas si se recataban de él, respondió el sacerdote con un picaresco movimiento de cabeza:

—Pues eso creo que sólo en vos consiste.

La joven alzó hacia él sus cándidos ojos, y balbuceó, confundida:

—Pero... es que... ya comprendéis que... desde... desde lo que sabéis... de la criada... mi marido y yo vivimos... vivimos completamente separados.

Hecho á las promiscuidades y costumbres campesinas, desprovisto de esa delicadeza, quedó el cura absorto ante esta revelación; creyó, por fin, adivinar lo que realmente deseaba la joven. La miró de soslayo con mirada llena

de benevolencia y simpatía por su desgracia.

—Sí; ahora comprendo perfectamente. Comprendo que la... viudez os pese. Sois joven, estáis buena. Nada; es muy natural, muy natural.

Arrastrado por su naturaleza picaresca de sacerdote campesino, daba ligeras palmaditas en la mano de Juana:

—Los mismos Mandamientos os permiten eso. «Sólo en el matrimonio desearás la obra de la carne.» ¿Os habeis casado, no es verdad? Pues no es para picar rábanos.

A su vez no comprendió ella sus equívocos; pero en cuanto llegó á entenderlos, se puso roja de vergüenza, y se quedó cortada, con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Oh, señor cural! ¿Qué decís? ¿Qué pensáis? Os juro..., os juro...

Y los sollozos la ahogaron.

Sorprendióse él, y se puso á consolarla:

—Vamos, no he querido disgustaros. Gataba una broma, cosa permitida cuando es honrada. Pero contad conmigo; podeis contar conmigo. Yo veré á M. Julián.

Juana no sabía qué decir. Ahora quería re-

nunciar á esta intervención, que juzgaba torpe y peligrosa, pero no se atrevía; y se fué, después de haber balbuceado:

—¡Muchas gracias, señor cural!

Pasaron ocho días, durante los cuales vivió en una inquietud mortal.

Una noche, á la hora de comer, miróla Julián de una manera extraña, expansiva, galante. Hasta en su actitud había una especie de irónica galantería; y como después de comer salieran á dar un paseo por la avenida de maíta, inclinóse él hacia su oído, y la dijo:

—¡Parece, querida mía, que al fin hemos hecho las paces!

Juana no le contestó. Miraba en el suelo algo así como una línea recta, á la sazón invisible, porque había crecido la hierba sobre ella. Era la huella del pie de la baronesa, que se iba borrando como se borra un recuerdo. Y Juana sentía que su corazón se crispaba, se anegaba en tristeza; sentíase sola en la vida, muy lejos de todo el mundo.

Julián añadió:

—Yo no deseo otra cosa; pero temía disgustarte.

Ponfase el sol, el aire era suave. Vivo deseo de llorar oprimía á Juana; una de esas necesidades de expansión hacia un pecho amigo, una necesidad de abrazar, murmurando sus penas. Un sollozo la subía hasta la garganta. Abrió los brazos, y cayó en los de Julián.

Y lloró. Sorprendido él, miraba sus cabellos, porque no podía ver su rostro, que ella escondía en su pecho. Creyó que le amaba todavía, y depositó en su nuca un beso de condescendencia.

Luego volvieron á casa sin hablar. Julián la siguió, y pasó la noche con ella.

Reanudáronse sus antiguas relaciones, que el vizconde cumplía como un deber que no le desagradaba, y ella sufría como una necesidad penosa, y resuelta á cortarlas para siempre una vez que se sintiese nuevamente embarazada.

Pero pronto advirtió que las caricias de su marido no eran como las de otro tiempo; eran tal vez más refinadas, pero menos completas. La trataba á modo de amante discreto, no como esposo tranquilo.

Ella se asombró, observó, y pronto advirtió

que sus caricias cesaban antes de que pudiera fecundarla.

Una noche, besándole en la boca, murmuró:

—¿Por qué no te entregas á mí del todo, como antes?

Julián se echó á reir:

—Para que no te hagas embarazada.

Ella se estremeció:

—¿Por qué no quieres más hijos?

Con aire de sorpresa, la contestó el vizconde:

—¡Eh! ¿Qué dices? ¿Estás loca? ¿Otro hijo? Vaya, muchas gracias. Basta con uno para tener ocupado á todo el mundo y gastar un dineral. ¡Otro hijo! ¡Gracias!

Juana le estrechó en sus brazos, le besó, envolviéndole en amor y diciéndole en voz baja:

—¡Oh, te lo suplico! ¡Hazme madre otra vez siquiera!

Pero él se incomodó, como resentido:

—Decidamente estás loca. Ahórrame oír necedades; te lo ruego.

Callóse ella, prometiéndose obligarle, por la astucia, á que le diese la felicidad que deseaba.

Entonces intentó prolongar sus besos, repre-

sentando la comedia con delirante ardor, apretándole contra ella con sus dos brazos, crispados, en transportes que simulaba. Empleó todos los subterfugios; pero él no perdía la cabeza, y ni una vez se descuidó.

Entonces, más y más dominada por su encarnizado deseo, dispuesta á arriesgarlo todo, á atreverse á todo, impulsada al extremo, volvió á casa del padre Picot.

Estaba acabando de almorzar, muy colorado, quejándose de unas palpitaciones que sentía después de cada comida. En cuanto la vió entrar, exclamó:

—¿Qué hay?—deseoso de saber el resultado de las negociaciones.

Decidida ahora, y sin timideces púdicas, contestóle ella desde luego:

—Mi marido no quiere tener más hijos.

Volvióse el sacerdote hacia la joven, interesado, dispuesto á entrar, con curiosidad sacerdotal, en estos misterios de alcoba, que le hacían agradable el confesonario. La preguntó:

—¿Cómo es eso?

Entonces, á pesar de su determinación, turbóse para explicarlo:

—Pues... que se niega... se niega á hacerme madre.

El cura, conocedor de estas cosas, comprendió, y se puso á preguntarla con detalles precisos y minuciosos, glotonería de hombre que ayuna.

Luego reflexionó algunos instantes, y, con voz tranquila, como si hubiese hablado de la cosecha, que se preparaba buena, la trazó un plan de conducta hábil, poniendo los puntos sobre las *ies*:

—No tenéis más que un medio, hija mía, y es hacerle creer que estáis embarazada. No tomará precauciones, y conseguiréis quedar en cinta.

Ella se puso colorada en extremo; pero, decidida á todo, insistió:

—¿Y... y si no me cree?

El cura sabía todos los recursos que guían y manejan á los hombres:

—Anunciad vuestro embarazo á todo el mundo; decidlo en todas partes, y acabará por creerlo él mismo.

Y luego añadió, como para absolverse de esta estratagema:

—Estáis en vuestro derecho; la Iglesia no

tolera las relaciones entre hombre y mujer sino con el fin de la procreación.

La joven siguió el astuto consejo, y quince días después anunciaba á Julián que se creía embarazada. Julián dió un salto.

—¡Imposible! Eso no es verdad, dijo.

Indicóle ella la razón de sus sospechas; pero se tranquilizó:

—¡Bah! Espera un poco. Ya verás.

Desde aquel día la preguntaba diariamente:

—¿Qué tal?

Y ella le contestaba siempre:

—No, todavía no; pero me engañaría mucho si no estuviese en cinta.

A su vez crecían las inquietudes de él; estaba furioso, desconsolado, sorprendido. Seguía diciendo:

—No entiendo una palabra en todo esto; ni una palabra. ¡Que me ahorquen si sé cómo ha ocurrido!

Al cabo de un mes, Juana anunciaba por todas partes la noticia, excepto á la condesa Gilberta, por una especie de pudor complicado, lleno de delicadezas.

Desde que por primera vez le dió cuenta de

sus sospechas, no se le acercaba Julián; luego tomó su partido, rabiando, y diciendo:

—Ahí tienes uno que viene sin que le llamen.

Y volvió á entrar en el cuarto de su mujer.

Lo que había previsto el sacerdote se cumplió en todas sus partes. Quedó embarazada.

Entonces, inundada por una alegría delirante, cerró su puerta todas las noches, consagrándose á perpetua castidad, en un transporte de reconocimiento á la vaga divinidad á quien adoraba.

Sentíase otra vez casi dichosa, asombrándose de la prontitud con que se había dulcificado su dolor después de la muerte de su madre. En un principio creyó que no se consolaría nunca, y en dos meses se cerraba aquella llaga viva. Quedábale sólo una tierna melancolía, como un velo de pesar arrojado sobre su vida. Ningún accidente la parecía ya posible. Sus hijos crecerían, la amarían, y ella envejecería tranquila, satisfecha, sin ocuparse en su marido.

A fines del mes de Septiembre, el padre Picot vino á hacer una visita de cumplido, con una sotana nueva, que no llevaba más que ocho días de manchas, y presentó á su sucesor, el

padre Tolbiac. Era éste un sacerdote muy joven, delgado, bajito, de palabra enfática y cuyos ojos, orlados de grandes ojeras, indicaban un alma violenta.

El anciano cura había sido nombrado deán de Gaderville.

• Juana se entristeció verdaderamente por este cambio. La figura del buen hombre estaba unida á todos sus recuerdos de joven. Era quien la había casado, quien había bautizado á Pablo y enterrado á la baronesa. No podía pensar en Etouvent sin ver la silueta del padre Picot pasando á lo largo de las granjas, y le quería, porque era alegre y natural.

A pesar de su ascenso, no estaba alegre, al parecer. Decía:

—Me cuesta trabajo marcharme, señora condesa. Hace dieciocho años que estoy aquí. ¡Oh! El pueblo da poco y no vale gran cosa. Los hombres no tienen más religión que la que estrictamente necesitan, y las mujeres, ya lo veis, las mujeres no tienen conducta ninguna. Las jóvenes no pasan por la Iglesia para el matrimonio sino después de hacer una peregrinación á Nuestra Señora de la Leche y Buen

Parto, y la flor de azahar anda barata en el país. Tanto peor; á mí me gusta mucho.

El nuevo cura hacía gestos de impaciencia y se ponía colorado. Bruscamente dijo:

—Conmigo, fuerza será que cambie todo esto.

Parecía un niño rabioso, débil, delgaducho, dentro de su sotana, usada ya, pero limpia.

El padre Picot le miró de soslayo, como hacía en sus momentos de regocijo:

—Mirad, señor cura: para impedir estas cosas tendríais que encadenar á vuestros feligreses; y hasta eso no serviría de nada.

El curita contestó con voz cascada:

—¡Ya lo veremos!

Y el anciano sacerdote sonrió, olfateando su presa:

—La edad os calmará, padre, y también la experiencia; conseguiréis alejar de la iglesia á los últimos fieles, nada más. En este país son creyentes, pero, por el nombre de Dios, tened cuidado. En cuanto á mí, cuando veo entrar en la iglesia una joven que me parece algo abultada, me digo: «Esta me trae un nuevo feligrés,» y trato de casarla. Creedme; no conseguiréis evitar que falten; pero podéis ir á buscar al padre

de la criatura é impedir que abandone á su víctima. Casadlos, padre, casadlos; no os ocupéis en otra cosa.

El nuevo sacerdote respondió rudamente:

— No pensamos lo mismo; es inútil insistir.

Y el padre Picot volvió á echar de menos su aldea, el mar, que veía desde las ventanas de su presbiterio, los vallecillos adonde iba á rezar en su breviario, viendo cómo pasaban de lejos los buques.

Los dos sacerdotes se despidieron. El viejo abrazó á Juana, que se quedó casi llorando.

Ocho días después, el padre Tolbiac volvió. Habló de las reformas que llevaba á cabo, como hubiera podido hacerlo un príncipe al tomar posesión de un reino. Luego suplicó á la vizcondesa que no faltase á la misa del domingo, y comulgase todas las fiestas.

— Vosotros y yo, la dijo, somos la cabeza del país; debemos gobernarle y mostrarnos á él como un ejemplo que deben de imitar. Hace falta que estemos unidos para ser fuertes y respetados. Dándose la mano la iglesia y el castillo, la cabaña nos temerá y nos obedecerá.

La religión de Juana era toda de sentimien-

to; tenía esa fe soñadora que conserva siempre la mujer; y si apenas cumplía sus deberes era, sobre todo, por costumbre guardada en el convento, porque hacía tiempo ya que la filosofía escéptica del barón había echado por tierra sus convicciones.

El padre Picot se contentaba con lo poco que ella podía darle, y no la pedía más. Pero su sucesor, que no la había visto en la misa del domingo anterior, acudió inquieto y severo. Ella no quiso romper con el presbiterio y prometió ir, reservándose no hacerlo sino las primeras semanas, y eso por complacencia.

Pero poco á poco adquirió la costumbre de la iglesia, y sufrió la influencia de aquel curilla íntegro y dominante. Como era mística, la gustaba por su exaltación acalorada. Hacía vibrar en ella la cuerda de poesía religiosa que todas las mujeres tienen en el alma. Su intratable austeridad, su desprecio del mundo y sus sensualidades, su disgusto de las preocupaciones humanas, su amor de Dios, su inexperiencia salvaje y juvenil, su palabra dura, su voluntad inflexible, daban á Juana la idea de lo que debían de ser los mártires; y ella, enferma ya

y martirizada, se dejaba seducir por el rígido fanatismo de aquel niño, ministro del altar, que la llevaba al Cristo consolador, mostrándola cómo las piadosas alegrías de la religión aplacarían todos sus sufrimientos; y se arrodillaba en el confesonario, humillándose, sintiéndose débil y pequeña delante de aquel sacerdote que representaba unos quince años.

Pero pronto fué éste aborrecido por toda la comarca.

De inflexible severidad para consigo mismo, mostrábase con implacable intolerancia para los demás. Había, sobre todo, una cosa que le llenaba de cólera y de indignación: el amor. Hablaba de él en sus sermones con furia, en términos crudos, según la costumbre eclesiástica, arrojando sobre aquel auditorio períodos terribles contra la concupiscencia; y temblaba de furor, convulso, ocupado el espíritu por imágenes que en sus furiosos evocaba.

Los mozos y las muchachas se dirigían miradas picarescas á través de la iglesia; y los aldeanos viejos, á quienes siempre les gusta bromear acerca de esto, desaprobaban la intolerancia del curita al volver á la granja terminada la misa, al

lado del hijo vestido de blusa azul y de la mujer envuelta en un manto negro. Y toda la comarca se conmovió.

Contábanse en voz baja sus severidades en el confesonario, las severas penitencias que imponía; y como se obstinase en negar la absolución á las mozas cuya castidad había sufrido algún ataque, la mofa se mezcló á la murmuración. En la misa mayor de los días festivos refase la gente al ver que se quedaban en los bancos muchas jóvenes que no iban á comulgar con las demás.

No tardó en espiar á los novios para impedir que se encontrasen, como un guarda persigue á los cazadores furtivos. Cazábalos á lo largo de las cunetas, detrás de las granjas, en las noches de luna, y en las plantaciones de juncos marinos, en la vertiente de las costas bajas.

Una vez descubrió á dos que no se separaron, aunque le vieron; teníanse agarrados por la cintura, y andaban abrazándose por un valle lleno de piedras.

El cura gritó:

—¿Queréis acabar, cochinos?

Y el mozo, volviéndose hacia él, le respondió:

—¿Qué te parece?

La contestó:

—Este hombre es un inquisidor. Debe de ser muy peligroso.

Más tarde, cuando supo por los aldeanos, de quienes era amigo, las severidades del joven sacerdote, sus violencias, aquella especie de persecución que ejercía contra las leyes y los instintos innatos, le cobró odio.

Pertenecía el barón á la raza de los viejos filósofos, adoradores de la naturaleza; enterneciase apenas veía á dos animales unirse, cayendo de hinojos ante una especie de Dios panteísta, rebelándose ante la concepción de un Dios de intenciones burguesas, de cóleras jesuíticas, y venganzas de tirano, un Dios que era la creación entrevista, fatal, ilimitada, omnipotente; la creación, vida, luz, tierra, pensamiento, planta, roca, hombre, aire, animal, estrella, Dios, insecto al mismo tiempo, creando porque es creación, más fuerte que una voluntad, más vasta que un razonamiento, produciendo sin objeto, sin razón y sin fin en todos sentidos y en todas las formas, á través del espacio infinito, según las necesidades del acaso

y la proximidad de los soles que caldean los mundos.

La creación contenía todos los gérmenes, desarrollándose en ella el pensamiento y la vida como las flores, y los frutos como los árboles.

Así es que, para él, la reproducción era la gran ley general, el acto sagrado, respetable, divino, que cumple la oscura y constante voluntad del Ser universal. Y de granja en granja empezó una ardiente campaña contra el sacerdote, que perseguía así la vida

Desconsolada Juana, rezaba al Señor, suplicaba á su padre; pero éste la contestaba invariablemente:

—Hay que combatir á estos hombres; es al mismo tiempo un derecho y un deber para nosotros. No son humanos.

Y sacudiendo sus largos cabellos blancos, repetía:

—No son humanos; no comprenden nada, nada, nada. Obran como en un sueño fatal; son antifísicos.

Y gritaba:

—¡Antifísicos! — como si fuera una maldición. El sacerdote veía quién era su enemigo; pero

como quería seguir dominando el castillo y la joven, contemporizaba, seguro de la victoria.

Además, estaba poseído por una idea fija; había descubierto casualmente los amores de Gilberta y de Julián, y quería cortarlos á toda costa. Un día vino á ver á Juana, y después de una larga conversación mística, la pidió que se uniera á él para matar el mal en su propia familia, para salvar dos almas en peligro.

La joven no le entendió, y quiso saber á qué se refería.

Él contestó:

—Aún no ha llegado la hora, pero sonará muy pronto.

Y se alejó bruscamente.

El invierno tocaba á su fin; un invierno podrido, como dicen en los campos, tibio y húmedo.

Volvió el cura unos cuantos días después, y en términos oscuros habló de esas relaciones indignas entre personas que deben ser irreprochables. Según él, á los que tienen noticia de tales hechos corresponde la obligación de cortarlos por todos los medios. Entró luego en consideraciones elevadas, y, por último, cogiendo

en sus manos la de Juana, la intimó á que abriera los ojos, mirase y le ayudara.

Esta vez, la joven había comprendido, pero se callaba, espantada al pensar todo el trastorno que podía caer sobre su casa, ahora tranquila; y fingió no saber á qué se refería el sacerdote. Este no vaciló, y habló con toda claridad:

—Es penoso el deber que voy á cumplir, señora condesa, pero no puedo obrar de otro modo. El ministerio que ejerzo me ordena que no os deje ignorar más tiempo lo que podéis impedir. Sabed, pues, que vuestro esposo mantiene amistad criminal con Mad. de Fourville.

Juana bajó la cabeza resignada y sin fuerzas.

El sacerdote continuó:

—¿Qué pensáis hacer ahora?

Ella balbuceó:

—¿Qué queréis que haga, señor cura?

El contestó con violencia:

—Intervenid en esa pasión culpable.

Ella se echó á llorar, y con voz de angustia dijo:

—¡Pero si me ha engañado ya con la criada!
¡Si no me escucha! ¡Si no me quiere! ¡Si me

maltrata en cuanto manifiesto un deseo que no le conviene!... ¿Qué puedo hacer?

El cura, sin contestar directamente, exclamó:

—¡Es decir que os inclináis! ¡Os resignáis! ¡Consentís! ¡El adulterio está bajo vuestro techo, y lo toleráis! ¡El crimen se hace á vuestra vista, y apartáis la mirada? ¿Sois una esposa? ¿Una cristiana? ¿Una madre?

La joven sollozaba:

—¿Qué queréis que haga yo?

El replicó:

—Todo, antes que permitir esta infamia. Os digo que todo. Abandonarle. Huir de esta casa que está manchada.

Díjole ella:

—Pero es que yo no tengo dinero, señor cura; y además, ahora no tengo valor. Por otra parte, ¿cómo marcharme sin tener pruebas de ello? No tengo derecho á hacerlo.

El sacerdote se levantó trémulo:

—La cobardía os aconseja; os creía de otro manera; ¡sois indigna de la misericordia de Dios! Juana cayó de rodillas:

—¡Oh! Os lo ruego, aconsejadme; no me abandonéis.

Con voz brusca contestó:

—Abrid los ojos á M. de Fourville. A él le toca romper estas relaciones.

Ante esta idea, se sintió sobrecogida de espanto:

—¡Pero es que los mataría, señor cural ¡Y había yo de cometer una delación! ¡Oh! Lo que es eso, jamás.

Entonces levantó él la mano como para decirle, temblando de cólera.

—Permaneced en vuestra vergüenza y en vuestro crimen, porque sois más culpable que ellos. Sois la esposa complaciente. No tengo nada que hacer aquí, nada.

Y se fué, tan furioso, que todo su cuerpo temblaba.

Ella le siguió extraviada, próxima á ceder, empezando á prometer. Pero él continuaba vibrante de indignación, andando á rápidos pasos, sacudiendo furiosamente su gran paraguas azul, casi tan alto como él.

Vió á Julián que, en pie cerca de la empalizada, estaba dirigiendo unos trabajos de campo, y volvió á la izquierda para atravesar la granja de los Couillard, iba diciendo:

—Dejadme, señora, no tengo nada que decir.

Precisamente en su camino, en medio del patio, un grupo de niños, los de casa y los de casas próximas, reunidos alrededor de la perrera de *Mirza*, la perra, contemplaban con curiosidad algo que había de despertar en ellos su atención muda y concentrada. En medio de todos el barón, con las manos á la espalda, miraba también curiosamente. Hubiérasele tomado por un maestro de escuela. Pero cuando vió de lejos al sacerdote, se retiró, para no encontrarse y tener que saludarle.

Juana, con voz de súplica, le decía:

—Dejadme algunos días, señor cura, y volved al castillo. Yo os diré lo que he podido hacer, y lo que tengo dispuesto, y nos pondremos de acuerdo.

Llegaban entonces cerca del grupo de muchachos, y el cura se acercó para ver qué era lo que tanto les interesaba. Es que estaba pariendo la perra. Delante de ellos, cinco perrillos bullían ya alrededor de su madre, que los lamía tiernamente, echada sobre uno de sus costados, toda dolorida. En el momento de

acercarse el sacerdote, el pobre animal, crispado, se alargó una vez más, y apareció otro nuevo perrillo. Entonces todos los pilluelos, llenos de alegría, se pusieron á gritar, palmo-teando:

—¡Otro más! ¡Otro más!

Para ellos era aquello un juego natural, en que no entraba para nada la impureza. Contemplaban aquel parto lo mismo que hubieran visto caer manzanas.

Empezó el padre Tolbiac por quedarse absor-to; luego, presa de una furia irresistible, empezó á repartir cachetes sobre todas las cabe-cillas agrupadas. Los chiquillos, asustados, echaron á correr, y el sacerdote se encontró súbitamente enfrente de la perra, que otra vez hacía esfuerzos para levantantarse. Pero él no la dió tiempo á que se enderezase sobre sus patas, y como un loco se puso á pegarla ruda-mente. Encadenado como estaba el pobre animal, no podía escaparse, y gemía horriblemen-te, retorciéndose bajo los golpes. El cura rom-pió su paraguas, y al verse con las manos va-cías, se subió encima, pateándola con frenesí, aplastándola. De este modo la hizo que echase

al mundo otro perrillo, que salió á su presión, y á taconazos remató á Mirza, cuyo cuerpo, ensangrentado, se movía aun en medio de los recién nacidos, que aullaban, ciegos y torpes, buscando ya las mamas de su madre.

Juana había echado á correr, pero de pronto el sacerdote se sintió agarrar por el pescuezo; un bofetón le echó al suelo el sombrero; y el barón, desesperado, arrastrándole hasta la empalizada, le arrojó en medio del camino.

Cuando M. Le-Perthuis se volvió, vió á su hija arrodillada en medio de los perrillos, que recogía en su falda. Tornó hacia ella corriendo, gesticulando, y gritaba:

—¡Ahí tienes, ahí tienes al hombre de sota-
nal! ¿Lo has visto ahora?

Los colonos habían acudido; todos miraban al pobre animal, destrozado, y la tía Couillard decía:

—¿Pero es posible que se pueda ser tan salvaje?

Juana había recogido á los siete perrillos y quería sacarlos adelante.

En vano se intentó darles leche; tres de ellos murieron al otro día. El tío Simón corrió todo

el pueblo buscando una perra que los criase; no la encontró, pero trajo una gata, afirmando que era lo mismo. Mataron luego á tres de los cuatro animales que quedaban, y se confió el último á aquella nodriza de otra raza, que le adoptó sin miramientos, y le tendió su teta, echándose sobre un costado.

Para que no agotase á su madre adoptiva, se la quitó al perro quince días después, y Juana se encargó de criarle con biberón. Le había llamado Toto; pero el barón le cambió el nombre, bautizándole con el de «Matanza.»

El sacerdote no volvió; pero al domingo siguiente lanzó desde el púlpito imprecaciones, maldiciones y amenazas contra el castillo, diciendo que había que cauterizar las llagas, anatematizando al barón, que celebró sus anatemas, y aludiendo, velada y tímidamente todavía, á los nuevos amores de Julián. El vizconde se exaltó; pero el temor á dar un escándalo hizo que se contuviera.

Y desde entonces, de sermón en sermón, el sacerdote siguió anunciando su venganza, prediciendo que la hora de Dios se acercaba, que heriría á todos sus enemigos.

Julián escribió al Arzobispo una carta respetuosa, pero enérgica; el padre Tolbiac se vio amenazado de caer en desgracia, y se calló.

Ahora se le veía dando á largos pasos grandes paseos solitarios, con aire de exaltación. Gilberta y Julián le veían á todas horas en sus paseos á caballo, unas veces de lejos, como un punto negro en el extremo de un llano, ó á orillas de la costa; otras leyendo su breviario en cualquier valle estrecho en que iban á entrar. Al distinguirle, volvían grupas para no pasar junto á él.

La primavera había venido, reavivando su amor, arrojándolos cada día uno en brazos de otro; aquí ó allá, bajo todo abrigo adonde les llevaba su carrera.

Como las hojas de los árboles estaban claras todavía, y la hierba húmeda, y no podían, como en medio del verano, ocultarse en los sotos de los bosques, habían adoptado frecuentemente, para esconder sus abrazos, la choza de un pastor, abandonada desde el otoño en la cumbre de la costa de Vaucotte.

Allí permanecía sola, en alto sobre sus ruedas, á quinientos metros de la cortadura, preci-

samente en el punto en que empezaba el rápido descenso del valle. En ella no podían sorprenderles, porque dominaban las llanuras; y los caballos, atados á las varas, esperaban á que se cansasen de hacerse caricias.

Sucedió en esto que un día, al salir de aquel refugio, distinguieron al padre Tolbiac sentado, casi escondido en los juncos marinos de la costa.

—Dejaremos nuestros caballos en el valle— dijo Julián— desde lejos podrían denunciarnos.

Y adquirieron la costumbre de atar los animales en un repliegue del valle, lleno de maleza.

Una tarde, al volver los dos á la Vrilette, donde debían comer con el conde, se encontraron al cura de Etouvent que salía del castillo, y se apartó á un lado para dejarlos pasar, saludándoles sin mirarlos.

Algo les inquietó el encuentro; pero su inquietud se disipó en seguida.

Una tarde hallábase Juana leyendo junto al fuego, porque hacía mucho frío, aunque se estaba á principios de Mayo, cuando vió entrar precipitadamente al conde de Fourville, que venía á pie y corriendo de tal modo, que en

seguida pensó que había acontecido alguna desgracia.

Bajó en seguida para recibirle, y al verle le creyó loco. Traía en la cabeza un gran gorro de pieles, que sólo usaba en su casa, vestido con su blusa de caza, y tan pálido, que su bigote rojo, que generalmente no se destacaba sobre su rostro colorado, parecía á la sazón una llama. Y sus ojos, extraviados, rodaban dentro de sus órbitas.

Balbuceó:

—¿Está aquí mi mujer, verdad?

Juana, perdiendo la cabeza, contestó:

—No, no la he visto hoy.

El conde se sentó, como si sus piernas estuvieran rotas; quitóse el gorro y se enjugó la frente con un pañuelo varias veces, con un gesto maquinal; luego, levantándose de un salto, se adelantó hacia la joven con las dos manos extendidas, la boca abierta, dispuesto á hablar, á confiarla algún terrible dolor; pero se detuvo, la miró con fijeza, pronunció en una especie de sollozo:

—¡Es que... vuestro marido... vos también!...

Y echó á correr en dirección al mar.

Juana fué á detenerle, llamándole, suplicándole, con el corazón crispado de terror, pensando:

—¡Lo sabe todo! ¿Qué va á hacer? ¡Oh! ¡Con tal que no los encuentre!

Pero no podía alcanzarle; el conde no la escuchaba. Seguía andando hacia adelante sin vacilar, como hombre que sabe adónde va. Saltó la zanja, y luego, atravesando á paso de gigante los juncos marinos, ganó la cortadura.

Juana, en pie sobre el talud, le siguió largo tiempo con los ojos; luego, perdiéndole de vista, entró en la casa, atormentada de angustia.

El conde había vuelto hacia la derecha; iba corriendo. El mar, encrespado, agitaba sus ondas; negras nubes llegaban, arrastradas por locas velocidades, y pasaban, seguidas por otras, y cada una de ellas dejaba caer sobre la costa una furiosa llovizna. El viento silbaba, gruñía, arrasaba la hierba, derribaba los primeros tallos, arrastrando como copos de espuma, grandes pájaros blancos que se llevaba lejos, hacia el interior.

Las turbonadas que se sucedían azotaban el rostro del conde, empapaban sus mejillas, y sus

bigotes, por los cuales corría el agua, llenaban de zumbidos sus orejas y su corazón de tempestades.

Allá abajo, delante de él, el valle de Vaucotte abría su profunda garganta. Hasta allí nada más que una choza de pastor, cerca de un redil vacío. Había dos caballos sujetos á los largueros de la casa móvil.—¿Qué se podía temer de esta tempestad?

En cuanto los vió, el conde se echó al suelo; luego se arrastró sobre las rodillas y las manos, semejante á una especie de monstruo, con su gran cuerpo sucio de lodo, y su gorro de pelo. Trepó hasta la cabaña solitaria, y se inclinó hacia abajo para que no le vieran por las hendiduras de las tablas.

Los caballos, que le habían visto, se agitaban; cortó lentamente sus bridas con un cuchillo que llevaba abierto en la mano; y habiendo sobrevenido una borrasca, los animales echaron á correr azotados por el granizo que golpeaba el techo inclinado de la casa de madera, haciéndola saltar sobre sus ruedas.

Entonces, alzándose sobre sus rodillas, el conde miró por bajo de la puerta, hacia el interior.

No se movía; al parecer esperaba. Pasó un rato bastante largo; por fin se levantó, cubierto de lodo de la cabeza á los pies. Con un gesto violento corrió el cerrojo que cerraba la puerta por fuera, y cogiendo los largueros, se puso á sacudir aquella guarida como si hubiera querido destrozarla. Luego se unció á ellos, doblando su alto cuerpo con un esfuerzo desesperado, tirando jadeante, como pudiera hacerlo un buey, y arrastró hasta la rápida pendiente la casa móvil y lo que encerraba. Alguien gritaba dentro, golpeando las tablas con el puño, sin comprender nada de cuanto sucedía.

Cuando estuvo en lo alto de la pendiente, soltó la ligera mansión, que empezó á rodar sobre la inclinada cuesta; precipitando su carrera, locamente impulsada, moviéndose cada vez más de prisa, saltando, tropezando como un ser vivo, golpeando el suelo con sus largueros.

Un viejo mendigo que estaba sentado en un barranco, la vió pasar, dando saltos sobre su cabeza, y oyó los gritos horribles que sonaban dentro de aquella caja de madera.

De pronto perdió una rueda de un tropezón, se acostó sobre un costado, y empezó á descen-

der como una bola, semejante á una casa que, arrancada de la cumbre de un monte, bajase dando volteretas. Luego, al llegar á un reborde del valle, saltó, describiendo una curva; y cayendo al fondo, quedó aplastada en él, como un huevo.

En cuanto se rompió sobre el suelo pedregoso, el viejo mendigo, que la había visto pasar, bajó lentamente por los espinos; y movido por su prudencia campesina, no osando acercarse, se fué á la granja más inmediata á anunciar el incidente.

Todos acudieron: levantaron los restos de la caseta, y vieron dos cuerpos. Estaban muertos, aplastados, sangrientos. El hombre tenía la cabeza abierta y toda la cara aplastada. La mandíbula de la mujer colgaba, desprendida en un choque, y sus miembros, rotos, estaban blandos, como si no hubiesen tenido huesos bajo la carne.

A pesar de todo, los reconocieron, y se echaron á disertar largamente sobre las causas de la desgracia.

—¿Qué harían en esta choza?—preguntó una mujer.

Y el mendigo contó que, al parecer, habíanse resguardado en ella para ponerse al abrigo de la tormenta, y que el viento furioso había debido arrastrar la caseta hasta el precipicio. Y explicaba cómo él mismo iba á guarecerse allí, cuando vió los caballos atados á las varas, lo cual le hizo entender que alguien ocupaba la choza. Y añadió con aire satisfecho:

—A no ser por eso, el accidente me hubiera pasado á mí.

Una voz dijo:

—¡Más valía!

Al oirla, el buen hombre sintió una cólera terrible.

—¿Y por qué hubiera valido más? ¿Porque soy pobre y ellos ricos? Miradlos ahora...

Y trémulo, desgarrado, chorreando agua, súcio, con su barba crespa y sus largos cabellos, que se le salían por el sombrero sin fondo, señalaba á los dos cadáveres con la punta de su cayado, y decía:

—Ante esto, todos somos iguales.

Pero otros aldeanos habían acudido, y miraban desde lejos, con mirada inquieta, torva, espantada, cobarde y egoísta. Deliberaron acerca de

lo que debían hacer; y con la esperanza de una recompensa, decidieron llevar los cuerpos á los castillos respectivos. Con este objeto engancharon dos carretas. Pero surgió una nueva dificultad. Unos querían simplemente echar paja en el fondo de los carros; otros, para mayor comodidad, querían poner colchones.

La mujer que había hablado antes, exclamó:

—¡Pero no veis que esos colchones se van á llenar de sangre y habrá que meterlos en lejía!

Un grueso colono, de rostro alegre, la interrumpió:

—Ya nos los pagarán. Cuanto más valgan, más darán.

El argumento fué decisivo.

Y las dos carretas, colocadas en alto sobre ruedas sin muelles, partieron al trote, una á la derecha, otra á la izquierda, sacudiendo á cada vaivén que daban en los baches aquellos restos de dos personas que se habían separado, y que ya no se volverían á encontrar.

En cuanto vió rodar la caseta sobre el rápido declive, el conde huyó con toda la velocidad de sus piernas, á través de la lluvia y la borrasca. Así corrió durante muchas horas, cortando los

caminos, saltando los taludes, abriéndose paso por entre los setos; y volvió á casa al caer el día, sin saber cómo.

Los criados aturdidos le esperaban, y le anunciaron que los dos caballos habían vuelto sin sus jinetes, el de Julián detrás del de la condesa.

Entonces M. de Fourville vaciló, y con voz entrecortada, dijo:

—Les habrá ocurrido algún incidente con este tiempo tan horrible. Que todos salgan á buscarlos.

Él también salió; pero en cuanto advirtió que nadie le veía se ocultó en una zarza, acechando el camino por donde iba á volver, muerta ó moribunda, tal vez inválida, desfigurada para siempre, aquella á quien amaba aún con pasión salvaje.

A poco pasó por delante de él una carreta que llevaba algo extraño.

Detúvose delante del castillo, luego entró. Era ella, sí, ella; pero una angustia horrible le dejó clavado en su sitio, un miedo horrible á saber, un espanto á conocer la verdad; y no se movía, tímido como una liebre, temblando al más ligero ruido.

Esperó una hora, tal vez dos. La carreta no salía. Dijo que su mujer estaba agonizante; y la idea de verla, de volver á encontrar su mirada, le llenó de tal horror, que temió ser descubierto en su escondite y verse obligado á entrar para asistir á aquella agonía, y huyó más, en medio del bosque. De pronto, se le ocurrió que podía ella necesitar socorro, que á nadie tenía para que la cuidase, y volvió, corriendo á todo correr.

Al entrar tropezó con su jardinero y le preguntó:

—¿Qué hay?

El hombre no se atrevía á contestar. Entonces, M. Fourville, casi aullando, le preguntó:

—¿Ha muerto?

Y el criado balbuceó:

—Sí, señor conde.

Experimentó un gran alivio. Una calma entró de pronto en su sangre y en sus músculos, que vibraban, y subió con paso firme los pedregales de la gran escalinata.

La otra carreta había llegado al castillo. Juana la vió desde lejos, vió el colchón, adivinó que encima de él yacía el cuerpo, y lo com-

prendió todo. La emoción fué tan viva, que cayó desmayada.

Cuando recobró el conocimiento, su padre la sostenía la cabeza, mojándola las sienes con vinagre. La preguntó vacilando:

—¿Sabes?...

Murmuró:

—Sí, padre.

Pero cuando quiso levantarse, no pudo conseguirlo: tanto era lo que sufría.

Aquella misma noche dió á luz una niña muerta.

Nada vió del entierro de Julián, nada supo. Sólo al cabo de uno ó dos días se enteró de que había venido «tía Lison;» y en las pesadillas febriles que la atormentaban trataba con obstinación de recordar cuándo se había marchado del castillo la solterona, en qué época, en cuáles circunstancias. No podía acabar de saberlo, ni en sus horas de lucidez, teniendo sólo la seguridad de que la había visto después de la muerte de mamáta.

tes recuerdos, dulces y melancólicos, breves alegrías de amor que en otro tiempo la había dado su marido. A cada momento la estremecía este brusco despertar de su memoria, y le volvía á ver tal cual había sido en el día de sus desposorios, y tal cual le había amado en sus únicas horas de pasión, pasadas bajo el ardiente sol de Córcega. Todos los defectos disminuían, borrábanse todas las durezas; las mismas infidelidades se atenuaban ahora en la creciente lejanía de la tumba. Y Juana, dominada por una especie de vaga gratitud póstuma hacia aquel hombre que la había tenido en sus brazos, perdonaba los sufrimientos pasados para no pensar más que en los momentos felices. Más tarde, el tiempo caminando sin cesar, los meses cayendo sobre los meses, cubrieron con el velo del olvido, semejante á polvo acumulado, todas sus reminiscencias y todos sus dolores, y se consagró completamente á su hijo.

Este llegó á ser el ídolo, el pensamiento único de los tres seres reunidos á su alrededor y sobre los cuales reinaba como un déspota. Algo así como celos estalló en los tres esclavos que tenía. Juana se ponía nerviosa al ver

XI

Tres meses pasó sin salir de su cuarto, tan pálida y tan débil, que cuantos la veían juzgaban próxima su muerte. Papaíto y tía Lison se habían instalado en los *Pueblos* y no se separaban de ella. De la sacudida violenta que sufrió habíala quedado una especie de enfermedad nerviosa; el menor ruido la hacía estremecer, y caía en largos síncope, provocados por las causas más insignificantes.

Nunca había pedido detalles sobre la muerte de Julián. ¿Qué la importaban? ¿Acaso no sabía lo bastante? Todos la achacaban á un accidente; pero ella no se engañaba, y guardaba en su corazón aquel torcedor secreto: el conocimiento del adulterio y la visión de aquella terrible visita del conde el día de la catástrofe.

A la sazón sentía invadida su alma por tris-

los largos besos que el pequeñuelo daba al barón, después que éste le tenía á caballo en una de sus rodillas. Y tía Lison, desdeñada por él como por todos lo había sido siempre, tratada á veces como una criada por este amo que no hablaba todavía, se iba á llorar á su cuarto, comparando las insignificantes caricias mendigadas por ella y apenas obtenidas, con los abrazos que guardaba para su madre y su abuelo.

Dos años tranquilos, sin ningún acontecimiento, pasaron en la preocupación incesante del niño. Al empezar el tercer invierno se decidió que irían á vivir en Rouen hasta la primavera, y toda la familia emigró. Pero al llegar á la vieja casa, abandonada y húmeda, Pablo fué atacado de una bronquitis tan grave, que llegó á pensarse en una pleuresía, y los tres parientes, unánimes, con la cabeza trastornada, declararon que no podía pasarse sin el aire de los *Pueblos*. Y allí se trasladaron desde el momento en que los médicos le dieron el alta.

Entonces empezó una serie de años dulces y monótonos.

Siempre juntos y alrededor del niño, ya en

su cuarto, ya en el gran salón, ya en el jardín, extasiándose en sus vagidos, en sus expresiones chistosas, en sus muecas.

Su madre le llamaba mimosamente Pablito, el chico no podía articular esa palabra, y pronunciaba *Pollito*, lo cual provocaba en todos risas inacabables. Quedóle el mote de Pollito, y no se le designaba de otro modo.

Como crecía muy rápidamente, una de las ocupaciones más apasionadas de los tres parientes, á quienes el barón llamaba «sus tres madres,» era medirle.

Habíase marcado sobre el quicio de la puerta del salón una serie de rayas hechas con un cortaplumas, y que indicaba por meses los progresos de su crecimiento. Aquella escala, bautizada con el nombre de «la escala de Pollito,» ocupaba un lugar considerable en la existencia de todos.

Luego un nuevo individuo vino á representar un papel importante en la familia: el perro *Matanza*, descuidado por Juana, que ahora sólo se ocupaba en su hijo. Alimentado por Ludivina, y metido en un tonel viejo delante de la cuadra, vivía solitario, atado siempre.

Vió Pablo una mañana, y empezó á gritar para que le dejasen ir á darle un beso. Con infinitas precauciones le llevaron. El perro hizo muchas fiestas al niño, que berreó cuando le separaron de él. Desde aquel día soltaron á *Matanza*, que se instaló en la casa, convirtiéndose en el inseparable de Pablo, el amigo de todos los instantes. Juntos rodaban por el suelo y dormían sobre la alfombra. A poco, *Matanza* dormía en el mismo lecho de su camarada, que no consentía en separarse de él. Pensando en las pulgas, Juana se desconsolaba á menudo, y tía Lisón aborrecía al perro porque tomaba un lugar tan grande en el afecto del niño, afecto que ella hubiera deseado tanto.

Habían cambiado raras visitas con los Briseville y los Coutelier. Sólo el médico y el alcalde interrumpían regularmente la soledad del viejo castillo. Desde la muerte de la perra y las sospechas que el sacerdote la había inspirado respecto á la muerte horrible de la condesa y de Julián, Juana no iba á la iglesia, irritada con un Dios que podía tener tales ministros.

De cuando en cuando el padre Tolbiac anatematizaba con directas alusiones el castillo habi-

tado por el Espíritu del Mal, el Espíritu de la Eterna Rebelión, el Espíritu de Error y de Mentira, el Espíritu de Iniquidad, el Espíritu de Corrupción y de Impureza. Así designaba al barón.

Por lo demás, su iglesia estaba desierta, y cuando pasaba á lo largo de los campos en que los labradores empujaban su arado, los aldeanos no se detenían para hablarle ni se volvían para saludarle. Pasaba por brujo, porque había sacado los demonios á una mujer poseída del mal espíritu. Decían que conocía palabras misteriosas para alejar los maleficios que, según él, no eran más que una especie de farsa de Satanás. Imponía las manos á las vacas que daban leche azul ó que llevaban hecha un círculo la cola, y hacía que pareciesen los objetos perdidos sólo con decir unas cuantas palabras desconocidas.

Su espíritu, estrecho y fanático, se entregaba apasionadamente al estudio de los libros religiosos que contenían la historia de las apariciones del diablo sobre la tierra, las diversas manifestaciones de su poder, sus influencias ocultas y variadas, todos los recursos que tenía

y los resultados ordinarios de sus astucias. Y como se creía particularmente escogido para combatir á esta Potencia misteriosa y fatal, había aprendido todas las fórmulas de exorcismos indicadas en los Manuales eclesiásticos. Incesantemente creía sentir que en la sombra rondaba el Espíritu Maligno, y á cada momento venía á sus labios la frase latina: *Sicut leo rugiens circuit quærens quem devoret.*

Esparciose entonces un gran miedo, un gran terror hacia su fuerza oculta. Sus mismos colegas, ignorantes de aldea, para quienes Belcebú es artículo de fe, y que, turbados por las prescripciones minuciosas del Ritual para casos de manifestación de esta potencia del mal, llegaban á confundir la religión con la magia, consideraban al padre Tolbiac como algo brujo; y le respetaban, tanto por el poder oscuro que suponían en él, como por la austeridad inafacable de su vida.

Cuando encontraba á Juana, no la saludaba.

Esta situación inquietaba y desolaba á tía Lison, que en su alma medrosa de solterona no comprendía que no se fuera á la iglesia. La pobre era, sin duda, piadosa; sin duda también

confesaba y comulgaba, pero nadie lo sabía, ni trataba de averiguarlo.

Cuando estaba sola, completamente sola con Pablo, hablábale en voz baja de Dios. El niño apenas la escuchaba cuando la oía contar las historias milagrosas de los primeros tiempos del mundo; pero cuando le decía que tenía que querer mucho, mucho, al buen Dios, solía preguntarla:

—¿Dónde está, tía?

Ella entonces le señalaba el cielo.

—Allí arriba, Pollito; pero no tienes que decirlo.

Tenía miedo al barón.

Pero un día Pollito la contestó:

—Dios está en todas partes, menos en la iglesia.

Había hablado á su abuelo de las misteriosas revelaciones de su tía.

El niño contaba ya diez años; su madre parecía tener cuarenta. Era fuerte, travieso, atrevido para trepar á los árboles, pero no sabía mucho. Las lecciones le aburrían y las daba de mano en seguida. Y cada vez que el barón le detenía un poco ante un libro, Juana llegaba al momento, y decía:

—Déjale jugar ahora. No hay que cansarle.
¡Es tan pequeño!

Y es que para ella tenía siempre seis meses ó un año. Apenas si se daba cuenta de que andaba, corría, hablaba como un hombrecito, y vivía en un temor constante de que se cayese, de que tuviera frío, de que no se sofocase al correr, de que no comiera mucho para su estómago ó poco para su crecimiento.

Al cumplir trece años surgió una grave dificultad: la primera comunión.

Una mañana fué tía Lison á ver á su sobrina, y la indicó que no se podía dejar pasar más tiempo sin que se le diera al niño instrucción religiosa para que cumpliera sus primeros deberes. Argumentó de mil maneras, invocando mil razones, y, más que nada, la opinión de las personas que les visitaban. La madre, turbada, indecisa, vacilaba, afirmando que aún era pronto. Pero un mes más tarde, visitando á la vizcondesa de Briseville, preguntóle ésta como una cosa natural:

—¿Este año hará su primera comunión vuestro Pablo, eh?

Y Juana, cogida de sorpresa, contestó:

—Sí, señora.

Esta simple palabra la decidió, y, sin decir nada, encargó á tía Lison que llevase el niño á la doctrina.

Durante un mes todo marchó bien; pero una tarde volvió Pollito algo ronco de la iglesia, y al día siguiente empezó á toser. La madre, desesperada, le interrogó, y supo que el cura le había echado de la iglesia porque estaba enredando, teniéndole hasta el fin de la lección en una corriente de aire.

Retúvole, pues, en su casa, y ella misma le enseñó ese alfabeto de la religión. Pero á pesar de los ruegos de tía Lison, el padre Tolbiac se negó á admitirle entre los que comulgaron, aduciendo que no estaba bien instruido.

Lo mismo sucedió al año siguiente. Entonces el barón, desesperado, juró que el niño no necesitaba creer en esa niñería, en ese símbolo pueril de la transustanciación para ser un hombre honrado, y quedó decidido que se le educaría como cristiano, pero no como católico que practicase, y que al llegar á su mayor edad quedaría en perfecta libertad de ser lo que quisiera.

Algún tiempo después Juana fué á visitar á

los Briseville, y éstos no le pagaron la visita; esto le extrañó, tanto más, cuanto que conocía la meticolosa cortesía de sus vecinos; pero la marquesa de Coutelier la reveló con altívez el motivo de su abstención.

Considerándose, por la situación de su marido, su título muy auténtico y su fortuna considerable, como una especie de reina de la nobleza normanda, la marquesa se conducía como tal, hablaba libremente, mostrábase graciosa ó severa, según los casos, amonestaba, reñía, felicitaba á propósito de todo. Una vez que fué Juana á verla, la alta señora, después de algunas frases secas, la dijo con frialdad:

—La sociedad se divide en dos clases: los que creen en Dios y los que no creen en Él. Los unos, aun los más humildes, son amigos nuestros; los otros no son nada para nosotros.

Juana, comprendiendo la indirecta, contestó:

—Pero ¿no se puede creer en Dios sin frecuentar las iglesias?

La marquesa contestó:

—No, señora; los fieles van á rezar á Dios en su iglesia, como se va á buscar á las personas en su casa.

Resentida Juana, añadió:

—Dios está en todas partes, señora. En cuanto á mí, que creo desde el fondo del corazón en su bondad, no le siento presente cuando algunos sacerdotes se ponen entre Él y yo.

La marquesa se levantó:

—El sacerdote lleva el estandarte de la Iglesia, señora; el que no sigue ese estandarte está contra él y contra nosotros.

Juana, trémula, habíase levantado á su vez:

—Vos, señora, creéis en el Dios de un partido; yo creo en el Dios de las personas honradas.

Saludó, y salió.

Los aldeanos también la censuraban entre sí porque Pollito no había hecho su primera comunión. Ellos no iban á misa, ni se acercaban á comulgar, ó no comulgaban sino en Pascuas, según las prescripciones formales de la Iglesia; pero tratándose de los chicos, ya es otra cosa; y el que más y el que menos hubiera retrocedido ante la audacia de criar un hijo fuera de su ley común, porque la religión es la religión.

Pronto advirtió la censura de que era objeto, y en el fondo de su alma se indignó contra to-

dos estos convencionalismos, estos arreglos de conciencia, este miedo universal que sienten todos, esta gran cobardía asentada en el fondo de todos los corazones, y disfrazada, cuando se ofrece á la vista, con máscaras tan respetables.

El barón tomó á su cargo dirigir los estudios de Pablo, y empezó por el latín. La madre no le hacía más que una recomendación:—Sobre todo, que no se canse.—Y rondaba, inquieta, cerca del cuarto en que le tomaba la lección, cuya entrada la había prohibido papaásto, porque á cada paso les interrumpía para preguntarle:

—¿Tienes fríos los pies, Pollito?—O bien:—¿Te duele la cabeza?—Y otras veces se dirigía al barón:—No le hagas hablar tanto, que va á enfermar de la garganta...

En cuanto el niño estaba libre, bajaba al jardín con su madre y su tía. A la sazón cultivaba la tierra, y los tres plantaban árboles nuevos en la primavera, sembraban granos, cuyo nacimiento y brote les apasionaban, cortaban ramas, cogían flores para hacer ramos.

El primer cuidado del joven era recoger en salada; dirigía cuatro grandes cuadros del huer-

to en que criaba con gran empeño lechugas, achicorias, pimientos, todas las especies conocidas de estas hortalizas; regaba, cavaba, podaba, ayudado por sus dos madres, á quienes hacía trabajar como si las pagase para ello. Veía-sele durante horas enteras, de rodillas en las platabandas, estropeándose los vestidos y las manos, ocupadas en introducir la raíz de las plantas jóvenes en agujeros que ellas abrían en la tierra.

Pollito crecía; frisaba ya en los quince años, y la escala del salón señalaba un metro cincuenta y ocho, pero seguía siendo un niño por su inteligencia, ignorante, sencillo, ahogado entre aquellas dos faldas y aquel buen anciano que era de otro siglo.

Llegó un día en que el barón habló de colegio, y Juana se echó á llorar. Tía Lisón, trastornada, permanecía en un rincón sombrío.

La madre respondía:

—¿Qué necesidad tiene de saber tanto? Haremos de él un labrador, un noble campesino. Cultivará sus tierras, como hacen muchos nobles. Vivirá y envejecerá dichoso en esta casa en que, antes que él, vivimos y morire-

mos nosotros. ¿Qué más se nos puede exigir?

Pero el barón movía la cabeza á un lado y otro.

—¿Qué le contestarás si cuando cumpla veinticinco años viene á ti y te dice: «No soy nada, no sé nada por culpa tuya, por tu egoísmo maternal: me siento incapaz de trabajar, de distinguirme, y, sin embargo, no había yo nacido para la vida oscura, humilde y triste á que me ha condenado tu ternura poco previsora?»

La madre seguía llorando, y decía á su hijo:

—Dime, Pollito, ¿me reprocharás algún día haberte querido mucho?

Y el niño grande, sorprendido, la contestaba:

—No, mamá.

—¿Me lo juras?

—Sí, mamá.

—¿Quieres quedarte aquí, no es eso?

—Sí, mamá.

Pero el barón habló claro y con firmeza:

—Juana, tú no tienes derecho á disponer de esa vida. Lo que haces es cobarde y casi criminal; sacrificas tu hijo á tu felicidad particular.

Ocultó ella su rostro entre las manos, exha-

lando sollozos convulsivos, y balbuceaba en medio de sus lágrimas:

—¡He sido tan desgraciada!... ¡Tanto! Ahora que estoy tranquila con él aquí, me le quitan... ¿Qué va á ser de mí... sola... sola?...

Su padre se levantó, se sentó á su lado, y estrechándola entre sus brazos:

—¿Y yo, Juana?

Su hijo se asió bruscamente á su pescuezo, le abrazó con violencia, y luego, sofocada todavía, articuló en medio de sus sollozos:

—Sí... Tienes razón... Tal vez tienes razón... papaito. Estaba loca; pero ¡he sufrido tanto! Quiero que vaya al colegio.

Sin acabar de comprender lo que iban hacer con él, Pollito á su vez rompió á llorar. Entonces las dos madres, besándole, mimándole, le animaron. Y cuando fueron á acostarse, los tres llevaban el corazón metido en un puño, y solos ya, los tres lloraron largo rato: hasta el barón, que hasta entonces se había contenido.

Quedó decidido que pondrían al joven en un colegio en el Havre; y durante aquel verano fué más mimado que nunca.

Su madre gemía á menudo al pensar en la

separación. Preparó su equipo como si fuera á emprender un viaje de diez años; luego, una mañana del mes de Octubre, después de una noche pasada en vela, las dos mujeres y el barón subieron con él á la berlina, que partió al trote de los dos caballos.

Ya en otro viaje habían escogido su sitio en el dormitorio y su sitio en clase. Juana, ayudada por tía Lisón, pasó todo el día arreglando las ropas en la comodita. Como en el mueble no cabía más que la cuarta parte de lo que llevaban, se llamó á los empleados del colegio para pedirles que lo admitieran, pero no fué posible; llamado el ecónomo, hizo presente que tanta ropa no hacía más que ocupar sitio, sin que hubiera de servir nunca; y en nombre del reglamento se negó á ceder otra cómoda. Desconsolada la madre resolvióse, en vista de esto, á alquilar una habitación en una fonda próxima, recomendando al hostelero que por sí mismo llevase á Pollito todo aquello que necesitase en cuanto el niño le llamara.

Después fueron al muelle para ver entrar y salir los buques.

La tarde triste cayó sobre la ciudad que,

poco á poco, se iluminó. Entraron en un *restaurant* á comer. Ninguno de ellos tenía hambre, y los tres se miraban con los ojos empañados, mientras los platos desfilaban por delante de ellos y volvían casi llenos.

Acabada la comida, encamináronse lentamente hacia el colegio. Niños de todas edades llegaban por donde quiera, llevados por criados ó por sus familias. Muchos lloraban. En el vasto patio medio á oscuras, oíase ruido de sollozos.

Juana y Pollito estuvieron abrazados mucho tiempo. Tía Lisón permanecía detrás, con la cara oculta en el pañuelo, olvidada completamente. Pero el barón, que se enternecía, abrevió la despedida, llevándose á su hija. La berlina esperaba delante de la puerta; subieron los tres, y aquella noche regresaron al castillo.

De cuando en cuando oíase en la sombra un gran sollozo.

El día siguiente se lo pasó Juana llorando. Al otro mandó enganchar el faetón, y se puso en marcha para el Havre. Pollito, al parecer, se había acostumbrado ya á la idea de la separación. Por primera vez en su vida tenía cama-

radas; y el deseo de jugar hacía que se estre-
meciera en su silla, en la sala de visitas.

Juana volvió un día sí y otro no, y los do-
mingos que eran días de salida. No sabiendo
qué hacer durante las clases, permanecía sen-
tada en la vasta sala no sintiéndose con fuerzas
ni con valor para alejarse del colegio. El provi-
sor la llamó un día á su cuarto y la rogó que
o menudease tanto sus visitas, pero ella no
hizo caso de la recomendación, y él entonces
la advirtió que, si seguía impidiendo que su
hijo jugase durante las horas de recreo, y tra-
bajase, incomodándole continuamente, se vería
en la precisión de devolversele; y al mismo
tiempo dijo algo de esto al barón. Desde enton-
ces permaneció guardada de vista en el castillo
lo mismo que una prisionera, esperando las va-
caciones cada vez con más ansiedad que su hijo.

Una inquietud incesante agitaba su alma.
Púsose á rondar el país, paseándose sola con el
perro *Matanza* durante días enteros, abstraída,
soñadora. A veces se quedaba sentada duran-
te toda una tarde, mirando al mar desde lo alto
de la costa; otras veces bajaba hasta Iport á
través de los bosques, rehaciendo antiguos pa-

seos, cuyo recuerdo la perseguía. ¡Qué lejos
estaba, qué lejos, el tiempo en que recorría
aquel mismo país, joven, ebria de sueños!

Cada vez que volvía á ver á su hijo, la pare-
cía que llevaba ya diez años de separación. De
mes en mes se hacía hombre; ella, en cambio,
de mes en mes se hacía vieja. Su padre pare-
cía hermano suyo, y tía Lisón, que no enveje-
cía, marchita desde los veinticinco años, pare-
cía una hermana mayor.

Pollito apenas trabajaba; repitió el primer
año; el segundo fué así, así; pero tuvo que vol-
ver á empezar el tercero, y al llegar á los veinte
años estaba estudiando retórica todavía.

Habíase transformado en un buen mozo ru-
bio, con patillas ya crespas y casi bigotes. Aho-
ra era él quien venía á los *Pueblos* los domi-
ngos. Como daba hacía algún tiempo lecciones
de equitación, alquilaba un caballo, y en dos
horas recorría el trayecto.

Desde por la mañana salía Juana á esperarle
con la tía y el barón, que poco á poco se en-
corvaba, y andaba ya como un viejecito, con
las manos á la espalda, como si así quisiera
caer de bruces.

Poco á poco seguían á lo largo del camino, sentándose á veces en la cuneta y mirando á lo lejos á ver si distinguían el jinete. En cuanto éste se presentaba como un punto negro sobre la línea blanca, ponía su caballo al galope para llegar como un vendaval, lo cual hacía temblar de miedo á Juana y Lisón, y exaltaba al abuelo que gritaba ¡bravo! en un entusiasmo de impotente.

Aunque ya Pablo era más alto que su madre, pues la llevaba la cabeza, ella le trataba siempre como á un niño, y seguía preguntándole: «¿No tienes fríos los pies, Pollito?» y cuando se paseaba delante de la escalinata después de almorzar fumando un cigarrillo, abría la ventana para gritarle:

—No salgas sin nada á la cabeza, que vas á coger un resfriado.

Y se estremecía de inquietud cuando, ya de noche, montado él á caballo:

—Sobre todo, no vayas tan de prisa, Pollito mío; ten prudencia, piensa en tu pobre madre, que se desesperaría si te ocurriese algo.

En esto llegó un sábado por la mañana y recibió una carta de Pablo anunciándola que no le

esperase al otro día, porque unos amigos habían organizado una partida y le habían invitado.

Durante todo el día del domingo estuvo ella atormentada con la amenaza de una desgracia; el jueves, no pudiendo sufrir más, salió para el Havre.

Sin que pudiera decir en qué, le encontró muy cambiado. Parecía animado, hablaba con voz más varonil, y de repente la dijo, como si fuera la cosa más natural.

—Mira, mamá: puesto que has venido hoy, no iré á veros el domingo, porque vamos á continuar nuestra partida.

Suspensa, sofocada, como si la hubiera anunciado que se marchaba á América, se quedó la infeliz al oírle.

—¡Oh, Pollito! ¿Qué tienes? Dime qué te pasa.

Él se echó á reír, y la besó.

—Nada, mamá, nada. Voy á divertirme con unos cuantos amigos. Eso es propio de mi edad.

Juana no halló ninguna palabra para responderle, y cuando se vió sola en el coche, ideas extrañas le asaltaron. Esta vez no había reco-

nocido á su hijo, á su Pollito de otro tiempo. Por primera vez notaba que era ya un hombre, que ya no era suyo, que iba á vivir aparte, sin ocuparse de los pobres viejos. Se la figuró que en un solo día se había transformado. ¡Cómo! ¿Era su hijo, el pobre niño que antes la hacía picar ensaladas, aquel fuerte mocetón barbudo cuya voluntad iba cobrando firmeza?

Y durante tres meses Pablo no fué á ver á su familia sino de tarde en tarde, siempre agitado por el deseo evidente de marcharse en seguida, tratando de ganar una hora cada noche. Esto asustaba á Juana; pero el barón la consolaba siempre diciéndola:

—Déjale que haga lo que quiera; el niño tiene ya veinte años.

En esto, un viejecillo mal vestido, que hablaba un francés chapurrado, con ligero acento alemán, se presentó en el castillo y preguntó por «la señora vizcondesa.» Y después de muchos saludos ceremoniosos sacó del bolsillo una sucia cartera, diciendo:

—Tengo aquí una cartita para vos.

Y desplegándole, alargó un pedazo de papel

grasiento. Juana lo leyó, lo volvió á leer, miró al judío, y le preguntó:

—Y esto, ¿qué es?

El hombre, muy cumplimentero, lo explicó.

—Yo os lo diré. Vuestro hijo necesitaba algún dinero, y como yo sé que sois una buena madre, le he prestado un poco para sus atenciones.

Juana temblaba.

—Pero, ¿por qué no me lo ha pedido á mí?

El judío explicó muy detenidamente que se trataba de una deuda de juego que tenía que pagar al día siguiente, antes de las doce de la mañana; que Pablo no era aún mayor de edad, por lo cual nadie le hubiera prestado un cuarto, y que «su honor estaba gravemente comprometido» á no ser por «el pequeño servicio que él había hecho al joven.»

Juana quería llamar al barón, pero no podía levantarse: hasta tal punto la paralizaba la emoción. Por fin dijo al usurero:

—¿Queréis hacerme el favor de llamar?

Vacilaba éste, temiendo algún lazo, y balbuceó:

—Si esto os impone algún sacrificio, volveré.

Ella dijo que no con la cabeza. Llamó el juicio, y los dos esperaron en silencio, sentados uno enfrente del otro.

El barón comprendió en seguida de lo que se trataba. El recibo era de mil quinientos francos; pagó mil, y mirando fijamente á aquel hombre, le dijo:

—Sobre todo, no volváis.

El usurero dió las gracias, saludó y se marchó.

El abuelo y la madre salieron en seguida para el Havre; pero al llegar al colegio supieron que, desde hacía un mes, Pablo no parecía por allí. El director había recibido cuatro cartas firmadas «Juana» anunciando una indisposición de su hijo, y dando noticias suyas. Cada carta venía acompañada de un certificado facultativo; todo falso, naturalmente. Estas noticias les dejaron aterrados, y mirándose sin decir una palabra, permanecieron mucho tiempo.

El director, apenado, les condujo á casa del comisario de policía; aquella noche se quedaron en el hotel.

Al otro día fué detenido el joven en casa de una *entretendida* de la ciudad. Su abuelo y su

madre se lo llevaron á los *Pueblos*, sin que en todo el camino se cambiase una palabra entre los tres. Juana llevaba oculto el rostro en el pañuelo. Pablo miraba con aire indiferente la compañía.

En ocho días descubrieron que durante los tres últimos meses había contraído deudas por valor de quince mil francos. Los acredores no habían acudido, porque sabían que pronto sería mayor de edad.

No tuvieron ninguna explicación, porque querían reconquistarle por medio de la dulzura. Le daban á comer manjares delicados, le mimaban, le hacían fiestas. Era la primavera; le alquilaron una barca en Iport, á pesar del miedo de Juana, para que pudiese dar, cuando quisiera, largos paseos por el mar. Por miedo á que se fuera al Havre no le entregaban un caballo.

El joven vivía allí sin hacer nada, siempre de mal humor, brutal á veces. El barón se preocupaba al ver que no acababa sus estudios. Juana, á quien el pensamiento de una nueva separación enloquecía, se preguntaba, sin embargo, lo que iba á hacer con él.

Una noche no volvió. Supieron que había

salido en barca con dos marineros; su madre, desconsolada, bajó, sin nada á la cabeza, hasta Iport, ya entrada la noche. Unos cuantos hombres esperaban en la playa la vuelta de la embarcación.

Apareció á lo lejos un punto de fuego, que se fué acercando, columpiándose. Pablo no venía á bordo. Se había hecho conducir al Havre.

La policía le buscó inútilmente: no le encontró. La joven que en su primera desaparición le había ocultado, había desaparecido también, sin dejar huella, después de pagar sus alquileres y vender su mobiliario. En el cuarto de Pablo hallaron dos cartas de aquella mujer, que, al parecer, estaba loca por el joven. En ellas hablaba de un viaje á Inglaterra, para el cual, decía, contaba con los fondos necesarios.

Y los tres habitantes del castillo vivieron silenciosos y sombríos en el oscuro infierno de los tormentos morales. Los cabellos de Juana, grises ya, habían encanecido por completo; la pobre se preguntaba ingenuamente qué había hecho en el mundo para que el destino la maltratase de aquel modo.

En esto recibió una carta del padre Tolbiac. «Señora, la mano del Todopoderoso pesa sobre vos. Le habéis rehusado vuestro hijo; Él os lo ha tomado á su vez para arrojárselo á una prostituta. ¿No os hará abrir los ojos esta enseñanza del cielo? La misericordia del Señor es infinita. Quizá os perdone si volvéis á prosternaros ante Él. Yo soy su indigno servidor; yo os abriré la puerta de su casa cuando vengáis á llamar á ella.»

Largo tiempo permaneció con esta carta en su regazo. Tal vez era verdad lo que aquel sacerdote la decía. Y todas las incertidumbres religiosas pusiéronse á desgarrarla la conciencia. ¿Podía ser Dios vengativo y celoso como los hombres? Pero si no era celoso, nadie le temería, no le adoraría nadie. Sin duda para dárse nos mejor á conocer se manifestaba á los humanos con sus propios sentimientos. Y entrando en ella la duda cobarde que empuja á la Iglesia á los que vacilan, á los que no tienen tranquilidad, un día, al caer de la tarde, entró furtivamente en el presbiterio, y arrodillándose á los pies del enflaquecido sacerdote, solicitó la absolución.

El padre Tolbiac la prometió un semi-perdón. —Dios, la dijo, no puede derramar todas sus gracias sobre un techo que cobija á un hombre como el barón. Pronto, añadió, sentiréis los efectos de la divina Mansedumbre.

En efecto, dos días después recibió carta de su hijo. En el desvanecimiento de su dolor la consideró como el principio de los consuelos que el sacerdote la había prometido.

«Mi querida mamá: No estés inquieta por mí. Estoy en Londres, bien de salud, pero muy necesitado de dinero. No tenemos un cuarto, y hay días que los pasamos sin comer. La que me acompaña, y á quien quiero con toda mi alma, ha gastado cuanto tenía, ¡cinco mil francos! por no abandonarme, y ya comprenderás que mi honor está comprometido en devolverla cuanto antes esa cantidad. Mucho te agradecería que, puesto que pronto voy á ser mayor de edad, me adelantaras unos quince mil francos sobre la herencia de papá; me sacarías de un gran apuro.

»Adiós, mi querida mamá; te abrazo con todo mi corazón, como igualmente á abuelito y á tía

Lison. Espero volverte á ver muy pronto. Tu hijo,

VIZCONDE PAUL DE LAMARE.»

¡La había escrito! Es decir, no la olvidaba. No pensó en que la pedía dinero. Se lo enviaría, puesto que lo necesitaba. ¿Qué es el dinero? ¡La había escrito!

Y, llorando, corrió á llevar la carta al barón. Llamóse á tía Lison; palabra por palabra, y discutiendo sobre cada frase, volvieron á leer aquella hoja escrita que hablaba de él.

Juana, saltando de la desesperación absoluta á una especie de embriagadora esperanza, defendía á Pablo.

—¡Vendrá, va á venir, puesto que ha escrito! El barón, más sereno, dijo:

—De todos modos, nos ha dejado por esa mujer. La ama más que á nosotros, puesto que no ha vacilado en irse con ella.

Un dolor súbito y espantoso atravesó el corazón de Juana, é inmediatamente despertó en ella el odio hacia aquella querida que le robaba su hijo; un odio implacable, salvaje, odio de madre celosa. Hasta entonces todo su pen-

samiento había sido para Pablo; costábale trabajo pensar que una tunanta había sido causa de sus extravíos. Pero de pronto esta reflexión de su padre había evocado á su rival, hábale revelado su fatal poder, y sintió que entre esta mujer y ella empezaba una lucha encarnizada, comprendiendo que más quisiera perder á su hijo que dividirle con la otra.

Toda su alegría se disipó.

Enviaron los quince mil francos, y pasaron cinco meses sin recibir noticias suyas.

Al cabo de ellos se presentó un agente de negocios para arreglar los detalles de la herencia de Julián. Juana y el barón dieron las cuentas sin discutir, abandonando hasta el usufructo, que era de la madre. Cuando Pablo volvió á París recibió ciento veinte mil francos. Entonces escribió cuatro letras, en seis meses, dando noticias suyas, en estilo conciso, y terminando con frías protestas de ternura. «Trabajo, decía; he encontrado una posición en la Bolsa. Cualquiera día pienso ir á abrazaros.»

No hablaba ni una palabra de su querida, y este silencio decía más que si hubiera escrito cuatro páginas hablando de ella. En aquellas

cartas frías Juana sentía la presencia de esa mujer emboscada, implacable, enemiga perpetua de las madres: la querida.

Los tres solitarios hablaban entre sí de lo que podían hacer para salvar á Pablo, y no se les ocurría nada. ¿Ir á París? ¡Y para qué!

El barón decía:

—Hay que dejar que su pasión se gaste. Él solo volverá.

Y su vida era digna de lástima. Juana y tía Lison iban á la iglesia, recatándose del barón.

Pasó mucho tiempo sin tener noticia alguna; una mañana recibieron una carta que los dejó aterrados:

«Mi pobre mamá: Estoy perdido; no tengo más que levantarme la tapa de los sesos si no vienes en mi ayuda. Acaba de fracasar una especulación que presentaba para mí todas las probabilidades de éxito apetecibles, y debo ochenta y cinco mil francos. No pagar, es el deshonor, la ruina, la imposibilidad de hacer nada en la vida. Estoy perdido. Te lo repito; me pegaré un tiro antes que sobrevivir á mi vergüenza. Tal vez lo hubiera hecho ya sin los

consuelos de una mujer de quien no te hablo nunca, y que es mi Providencia.

Te abrazo desde el fondo de mi corazón, querida mamá, y quizá por última vez. Adiós.

PABLO.»

Adjuntos á esta carta venían legajos de papeles en que se daban explicaciones detalladas acerca del desastre.

El barón respondió á vuelta de correo, y partió para el Havre, con objeto de enterarse; allí hipotecó tierras para procurarse el dinero que había que enviar á Pablo.

El joven contestó con tres cartas de entusiastas agradecimientos y ternuras apasionadas, anunciando su vuelta inmediata para abrazar á sus queridos parientes.

No volvió.

Pasó un año.

Juana y el barón iban á salir para París con objeto de intentar el último esfuerzo, cuando supieron, por una carta, que estaba otra vez en Londres, montando una empresa de vapores-correos con la razón social: PABLO DELAMARE Y COMPAÑÍA. Escribía:

«Es la fortuna asegurada para mí, tal vez la riqueza. Y yo no expongo nada. Ya veis qué ventaja. Cuando vuelva á veros me habré hecho con una buena posición en el mundo. No hay como los negocios para salir de apuros.»

Tres meses después la Compañía de vapores se declaró en quiebra, y se perseguía al director por irregularidades en las escrituras comerciales. Juana sufrió una crisis nerviosa, que duró varias horas. Después tuvo que guardar cama.

El barón salió para el Havre, se enteró, vió abogados, agentes de negocios, procuradores, notarios; comprobó que el déficit de la Sociedad *Delamare* ascendía á doscientos treinta y cinco mil francos, é hipotecó sus bienes otra vez, quedando gravados por una enorme suma el castillo y las dos granjas colindantes.

Una noche, hallábase arreglando las últimas formalidades en el despacho de un agente, cuando cayó al suelo con un ataque de apoplejía. Un hombre á caballo avisó á Juana. Cuando ésta llegó, su padre había muerto.

Llevóse el cadáver á los *Pueblos*, tan aniquilada, que su dolor era más bien aplanamiento que desesperación.

El padre Tolbiac negó al cuerpo la entrada en la iglesia, á pesar de las súplicas é instancias de las dos mujeres trastornadas. El barón fué enterrado al caer la tarde sin ceremonia alguna.

Pablo supo lo ocurrido por uno de los agentes de su quiebra. Aún seguía escondido en Inglaterra. Escribió excusándose de no haber acudido por no haber recibido á tiempo la noticia. «Por lo demás, decía, ahora que me has sacado del apuro, mi querida mamá, vuelvo á Francia y te abrazaré muy pronto.»

Juana vivía en tal abatimiento de ánimo, que, al parecer, no comprendía nada.

Y hacia últimos del invierno, tía Lison, que entonces tenía sesenta y ocho años, fué atacada de una bronquitis que degeneró en fluxión de pecho, y se murió sin sentir, balbuceando:

—¡Pobre Juanita mía! Voy á pedir á Dios que tenga lástima de ti.

Juana la siguió al cementerio; vió cómo caía á tierra sobre el ataúd, y cuando estaba á punto de desmayarse deseosa de morir también, de no sufrir más, de no pensar más, una forzada campesina la cogió en sus brazos y se la llevó como si fuera una criatura.

De vuelta en el castillo, Juana, que acababa de pasar cinco noches á la cabecera de la anciana, dejó que la acostase, sin resistencia, aquella aldeana desconocida que la manejaba dulcemente y con autoridad; y cayó en un sueño de agotamiento, abrumada de fatiga y de pesar.

Despertóse al mediar la noche. Sobre la chimenea ardía una lamparilla; una mujer dormía en un sillón. ¿Quién era aquella mujer? Juana no la reconocía, é inclinada sobre un lado de la cama, trataba de distinguir bien sus facciones al resplandor oscilante de la mecha que flotaba sobre el aceite de una taza.

Parecía, sin embargo, que había visto aquella cara. ¿Cuándo? ¿Dónde? La mujer dormía apaciblemente, con la cabeza echada sobre un hombro, su cofia había caído al suelo. Podría tener unos cuarenta ó cuarenta y cinco años; era fuerte, colorada, fornida, varonil. Sus anchas manos colgaban á un lado y otro del sillón. Sus cabellos eran grises. Juana la miraba con obstinación en ese trastorno del despertar después de un sueño febril que sigue á las grandes desgracias.

Con seguridad había visto aquella cara. ¿Ha-

cía mucho tiempo? ¿Hacía poco? No lo sabía, y esta idea, preocupándola, la abrumaba. Levantose con mucho tiento, y se acercó á ella en puntillas. Era la mujer que la había levantado en el camposanto primero, que la había acostado después. Todo lo recordaba confusamente.

Pero ¿se la había encontrado en otra parte, en otra época de su vida, ó sólo la sentía renacer en el oscuro recuerdo del último día? Además, ¿cómo estaba allí, en su cuarto? ¿Por qué?

La mujer abrió los ojos, vió á Juana, y se puso en pie rápidamente. Estaban una enfrente de otra, tan cerca que sus pechos se tocaban. La desconocida refunfuñó:

—¿Qué es esto? ¿Levantada ya? ¿Queréis co-
ger ahora una enfermedad? Hacedme el favor de volveros á la cama.

Juana la preguntó:

—¿Quién sois?

Pero la otra, abriendo los brazos, la cogió, y con la fuerza de un hombre la acostó otra vez. Y al tiempo de dejarla con cuidado sobre las sábanas, inclinada, acostada casi sobre ella, se echó á llorar, besándola con fuego en las

mejillas, en los cabellos, en los ojos, bañándola en lágrimas el rostro, y balbuceando:

—Pobre amita mía, señorita Juana, pobre amita mía: ¿no me reconocéis?

Y Juana exclamó:

—¡Rosalía, hija mía!...

Y echándola ambos brazos al cuello, la estrechó contra sí, besándola; y las dos juntas sollozaban, estrechamente abrazadas, mezclando sus lágrimas, sin poder separar sus brazos.

Rosalía fué la primera en serenarse.

—Vamos, hay que ser buena y no coger frío.

Recogió las ropas de la cama, apretándolas contra el cuerpo de Juana, y colocó sobre la almohada la cabeza de su antigua ama que, palpitante por los recuerdos evocados en su alma, continuaba sollozando.

Por fin acabó por preguntar:

—¿Cómo es que has vuelto, hija mía?

Rosalía contestó:

—¡Caramba! ¡Iba á dejaros así, sola como
estáis!

Juana continuó:

—Enciende una luz para que te vea.

Y cuando la luz ardió sobre la mesa de no-

che, largo rato estuvieron mirándose sin decir una palabra. Luego Juana, tendiendo la mano á su criada, murmuró:

—Nunca te hubiera reconocido, hija mía; estás muy cambiada, ¿sabes? pero no tanto como yo.

Y Rosalía, contemplando á aquella mujer de cabellos blancos, delgada y marchita, á quien había dejado joven, fresca y hermosa, la contestó:

—Es verdad que estáis muy cambiada, señora, y más que debíais estarlo. ¡Pero pensad que hace ya veinticuatro años que no nos vemos!...

Calláronse, reflexionando de nuevo. Juana, por fin, balbuceó:

—¿Has sido feliz, siquiera?

—Y Rosalía, vacilando ante el temor de despertar algún recuerdo demasiado doloroso, balbuceaba:

—Pues... sí... sí... señora. No he tenido mucho de que quejarme; he sido más feliz que vos... lo que es eso, con seguridad. Sólo una cosa me ha hecho daño siempre: no haber continuado aquí.

Después de esto, se calló bruscamente, te-

miendo haber dicho esto sin pensar lo que decía. Pero Juana añadió con dulzura:

—¡Qué quieres, hija mía! No siempre hace una lo que quiere. ¿Tú también estás viuda, verdad?—Una angustia hizo temblar su voz, y añadió:—¿Tienes más... más hijos?

—No, señora.

—Y ese, tu... tu hijo..., ¿qué ha sido de él? ¿Estás contenta?

—Sí, señora; es un buen muchacho que trabaja de verdad. Se ha casado hace seis meses, y se hará cargo de la granja ahora que yo vengo á vivir con vos.

Temblando de emoción, murmuró Juana:

—¿Es decir que no me abandonarás ya, hija mía?

Y Rosalía, con tono brusco:

—Naturalmente, señora; en eso pienso.

Pasó mucho tiempo sin que se dijeran nada.

A pesar suyo, ponfase Juana á comparar sus existencias, pero sin amargura en el corazón. Resignada ya á las crueles injusticias de la suerte, la dijo:

—¿Qué tal fué tu marido para ti?

—¡Oh! Era un buen hombre señora, nada

holgazán, y que supo hacer una fortuna. Ha muerto tísico.

Entonces Juana, sentándose en la cama, poseída de la necesidad de saber, dijo:

—Vamos, cuéntame toda tu vida, hija mía. Eso me hará bien.

Y acercando una silla, Rosalía se sentó, y se puso á hablar de ella, de su casa, de su gente, entrando en los menudos pormenores que son tan caros á los campesinos, describiendo su corral, riéndose á veces de cosas ya viejas que la recordaban buenos ratos pasados, levantando poco á poco la voz, como labradora acostumbrada á mandar. Terminó diciendo: — ¡Oh, ahora soy rica! No temo nada. — Turbóse, y añadió en voz más baja: — A vos os lo debo todo; así es que no quiero que me déis nada. Con esta condición me quedo; si no, me voy.

Juana, añadió:

—Sin embargo, ¿supongo que no querrás servirme de balde?

— ¡Pues ya lo creo que sí, señora! ¡Dinero! ¿Me daríais dinero?... ¡Pero si tengo tanto como vos! ¿Sabéis siquiera lo que os queda con tanto

embrollo de préstamos, hipotecas é intereses que no se pagan á su debido tiempo y se acumulan al capital? ¿No lo sabéis, verdad? Pues bien; yo os aseguro que no tenéis ni diez mil libras de renta. Ni diez mil, entendedlo bien. Pero yo voy á arreglar esto, y de seguida.

Habíase puesto á hablar en voz alta, acalorándose, indignándose ante aquellos bienes descuidados, aquella ruina que amenazaba. Y al ver pasar una vaga sonrisa por los labios de su ama, exclamó muy seriamente:

—No hay que reirse de estas cosas, señora, porque los nobles sin dinero no son más que los villanos.

Juana la cogió las manos conservándolas entre las suyas; luego pronunció lentamente, perseguida sin cesar por un pensamiento dominante:

— ¡Oh! Lo que es yo, no he tenido suerte. Todo se me há puesto mal. La fatalidad se ha encarnizado conmigo.

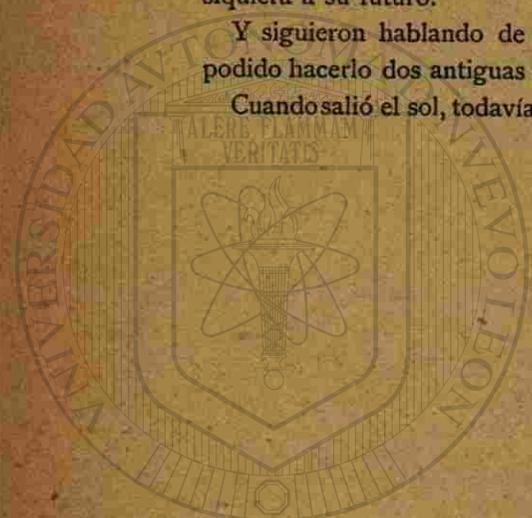
Pero Rosalía movió la cabeza:

—No hay que decir eso, señora; no hay que decir eso. Os habéis casado mal; eso es todo.

No debe una casarse así como así, sin conocer siquiera á su futuro.

Y siguieron hablando de sí como hubieran podido hacerlo dos antiguas amigas.

Cuando salió el sol, todavía estaban hablando.



XII

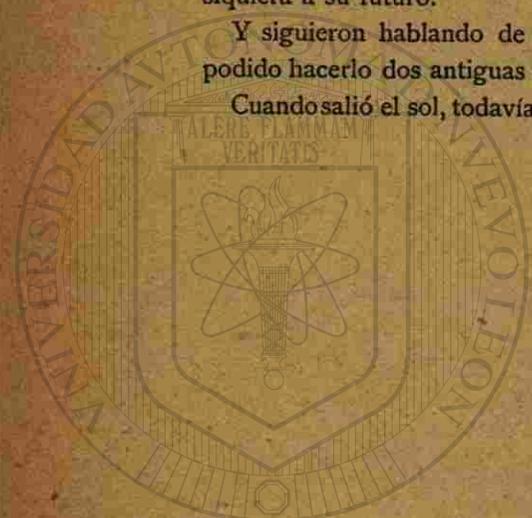
En ocho días tomó Rosalía el gobierno absoluto de las cosas y gentes del castillo. Juana obedecía pasivamente. Débil, y arrastrando los pies como antiguamente mamaíta, salía del brazo de su criada, que la hacía pasear poco á poco, la sermoneaba, la consolaba con frases tiernas y bruscas, tratándola como á una niña enferma.

Siempre estaban hablando del pasado; Juana con lágrimas en los ojos, Rosalía con el tono tranquilo de los aldeanos impasibles. La antigua doncella volvió varias veces sobre la cuestión de los intereses que se pagaban; luego exigió que Juana, que no entendía nada de esto, la entregase los papeles que guardaba, avergonzada por su hijo. Durante una semana, Rosalía hizo un viaje diario á Fécamp para que un No-

No debe una casarse así como así, sin conocer siquiera á su futuro.

Y siguieron hablando de sí como hubieran podido hacerlo dos antiguas amigas.

Cuando salió el sol, todavía estaban hablando.



XII

En ocho días tomó Rosalía el gobierno absoluto de las cosas y gentes del castillo. Juana obedecía pasivamente. Débil, y arrastrando los pies como antiguamente mamaíta, salía del brazo de su criada, que la hacía pasear poco á poco, la sermoneaba, la consolaba con frases tiernas y bruscas, tratándola como á una niña enferma.

Siempre estaban hablando del pasado; Juana con lágrimas en los ojos, Rosalía con el tono tranquilo de los aldeanos impasibles. La antigua doncella volvió varias veces sobre la cuestión de los intereses que se pagaban; luego exigió que Juana, que no entendía nada de esto, la entregase los papeles que guardaba, avergonzada por su hijo. Durante una semana, Rosalía hizo un viaje diario á Fécamp para que un No-

tario á quien ella conocía la explicase bien todas aquellas cosas.

Una noche, después de haber acostado á su señora, se sentó á la cabecera del lecho, y la dijo sin preparación ninguna:

—Ahora, señora, vamos á hablar un rato.

Y expuso la situación.

Arreglado todo, quedarían unos siete ú ocho mil francos de renta: nada más.

Juana respondió:

—¿Y qué quieres, hija mía? Siento que no haré los huesos duros; siempre tendré bastante para mí.

Pero Rosalía se incomodó.

—Para vos, señora, es posible; pero y á M. Pablo, ¿no pensáis dejarle nada?

Juana se estremeció.

—Te lo ruego, no me hables nunca de mi hijo. Cuando pienso en él, sufro mucho.

—Por el contrario, quiero hablaros de él, porque vos no estáis para eso, señora Juana. Hace tonterías; pues bien, algún día dejará de hacerlas, se casará, tendrá hijos, necesitará dinero para criarlos. Escuchadme bien: vais á vender los *Pueblos*.

De un salto se sentó Juana en el lecho.

—¡Vender el castillo! ¿En eso piensas? ¡Oh! Nunca.

Pero Rosalía no se dió por vencida:

—Os digo que lo venderéis, y lo venderéis porque hace falta.

Y explicó sus cálculos, sus proyectos, sus pensamientos.

Una vez vendidos el castillo y las dos granjas colindantes á un aficionado con quien se había visto, la quedarían cuatro granjas situadas en Saint-Leonard, y que, libres de toda hipoteca, constituirían una renta de ocho mil trescientos francos. Dejando á un lado mil trescientos francos anuales para la conservación y entretenimiento de la hacienda, quedarían siete mil francos, de los cuales se sacarían cinco mil para los gastos de la casa, reservando otros dos mil para formar un fondo de previsión.

Y añadió:

—Todo lo demás se lo ha comido. Ya no hay nada. En adelante, yo seré quien tenga la llave, ¿entendéis? Y en cuanto á M. Pablo, no le daremos nada, pero nada; capaz sería de quitarnos hasta el último céntimo.

Juana, que lloraba en silencio, murmuró:

—Pero, y si no tiene qué comer?

—Si tiene hambre, vendrá, y siempre tendremos cama y comida para él. ¿Creéis que habría hecho tanta necedad si desde un principio no le hubierais dado nada?

—Pero tenía deudas; se hubiera deshonrado.

—Cuando no tengáis ya nada, ¿dejará de contraerlas? Habéis pagado, bueno; pero no pagaréis más; de eso respondo yo. Ahora, señora, buenas noches.

Y se fué.

Juana no durmió, trastornada por la idea de vender el castillo, de salir de él, de abandonar aquella mansión á que estaba enlazada su vida toda.

Cuando al otro día vió entrar en su cuarto á Rosalía, la dijo:

—Hija mía, nunca podré decidirme á salir de aquí.

Pero la criada se incomodó.

—Pues será preciso que os determinéis, señora. Va á venir el Notario, acompañando al señor que desea comprar el castillo. Sin esto, dentro de cuatro años no tendréis qué comer.

Juana estaba anonadada, y repetía:

—¡No podré, no podré!

Una hora después, el cartero la entregó una carta de Pablo, que pedía diez mil francos más. ¿Qué hacer? Trastornada, consultó á Rosalía, que alzó los brazos al cielo:

—¿Qué os decía yo, señora? ¡Ah! ¡Buenos estaríais los dos si yo no hubiera venido!

Y plegándose á la voluntad de su criada, Juana contestó al joven:

«Mi querido hijo: Ya no puedo hacer nada por tí. Me has arruinado, y hasta me veo obligada á vender el castillo. Pero no olvides que tendré siempre un abrigo para tí el día en que quieras venir á refugiarte al lado de tu anciana madre, á quien has hecho sufrir mucho.

JUANA.»

Y cuando llegó el Notario con M. Jouffrin, ex refinador de azúcar, ella misma los recibió, invitándoles á que visitasen detenidamente la posesión. Un mes después firmaba la escritura de venta, y compraba al mismo tiempo una casita de poca apariencia, situada cerca de Go-

derville, sobre la carretera de Montvillers, en la aldea de Batteville.

Luego, hasta la noche, se paseó, completamente sola, por la avenida de mamaíta, con el corazón desgarrado y el alma angustiada, dirigiendo al horizonte, á los árboles, al banco de césped que se alzaba bajo el plátano, á todas aquellas cosas tan conocidas y que parecían haber entrado en sus ojos y en su alma; al bosquecillo, al talud que había delante de la landa y en el cual se había sentado tantas veces y desde el cual había visto correr en dirección al mar al conde de Fourville el día terrible de la muerte de Julián, á un viejo olmo sin cabeza, contra el cual solía apoyarse, á todo aquel jardín amigo, despedidas desesperadas y sollozantes.

Rosalía vino á cogerla del brazo para obligarla á entrar.

Un aldeano alto, de veinticinco años, estaba esperando á la puerta. La saludó familiarmente, como si la conociera hacía mucho tiempo:

—Buenos días, señora Juana; ¿vamos bien? Madre me ha dicho que viniera para hacer la mudanza, y quisiera saber lo que vais á llevaros para irlo mudando de cuando en cuando, con

objeto de no descuidar las faenas del campo.

Era el hijo de su criada y de Julián, el hermano de Pablo. Creyó que su corazón dejaba de palpar, y, sin embargo, de buena gana habría abrazado á aquel mozo.

Mirábale, tratando de ver si se parecía á su marido, si se parecía á su hijo. Era colorado, vigoroso; tenía los cabellos rubios y los ojos azules de su madre. Y, sin embargo, se parecía á Julián. ¿En qué? ¿En qué? No lo podía decir, pero había algo del vizconde en el conjunto de su fisonomía.

El mozo continuó:

—Si pudierais enseñarme todo eso en seguida, os lo agradecería mucho.

Pero no sabía aún todo lo que se decidiría á llevar, porque su nueva casa era muy pequeña, y le rogó que volviese á últimos de semana. Desde entonces la mudanza la preocupó, trayendo una triste distracción á su vida sombría y monótona.

Y de habitación en habitación iba buscando los muebles que le recordaban algún suceso; muebles amigos de esos que forman parte de nuestra vida, casi de nuestro ser, conocidos

desde la juventud, y á los cuales van unidos recuerdos de alegrías ó tristezas, fechas de nuestra historia, que han sido mudos compañeros de nuestras horas dulces ó sombrías, que han ennegrecido, que se han gastado junto á nosotros, cuya funda está ahuecada por asientos cuyos dobleces están rotos, cuyas juntas se sueltan, y cuyo color se borra.

Uno á uno los escogía, vacilando á veces, turbada como antes de tomar determinaciones capitales, volviendo á cada paso sobre su decisión, compulsando los méritos de dos sillones ó de algún viejo *secretaire* comparado con una antigua mesa de labor.

Abría los cajones, trataba de recordar los hechos; y cuando se había dicho varias veces:

—Sí, me llevaré esto, bajaba el objeto al comedor.

Quiso conservar todo el mobiliario de su cuarto, su lecho, sus alfombras, su reloj; todo. Cogió unas cuantas sillas del salón, aquellas cuyo dibujo la había gustado más en su niñez, el zorro y la cigüeña, el zorro y el cuervo, la cigarra y la hormiga, y el erizo melancólico.

Luego, visitando todos los rincones de la

mansión que se disponía á abandonar, subió un día al desván.

Grande fué su asombro; había allí una porción de objetos de todas clases, rotos los unos, sucios solamente los demás, subidos algunos sin saber por qué, porque no gustaban ya, porque habían sido reemplazados. Veía mil cosas que conocía de antiguo, y que de pronto habían desaparecido sin que ella hubiera pensado en ello; nonadas que había manejado, pequeños objetos insignificantes que durante quince años habían pasado junto á ella, que había visto diariamente, sin fijarse en ellos, y que al hallarlos de pronto en aquel desván, al lado de otros más antiguos, de los que se acordaba perfectamente, en los primeros tiempos de su llegada al castillo, adquirían súbitamente la importancia de testigos olvidados, de amigos vueltos á encontrar. Le hacían el efecto de esas personas á quienes se ha frecuentado mucho sin que nunca se haya revelado, y que una tarde, de pronto, á propósito de nada, se ponen á charlar sin fin, á mostrar toda un alma cuya existencia nadie sospechaba.

Iba de uno en otro, estremeciéndose, y decía:

—¡Calle! Esta taza de China la rompí yo una tarde unos días antes de mi casamiento. ¡Ah! Aquí está la linterna de mamá y el bastón que papá rompió una tarde al abrir la empalizada, cuyas maderas había hinchado la nieve.

Asimismo había allí muchas cosas que no conocía, que no la recordaban nada, procedentes de sus abuelos ó tatarabuelos; esas cosas empolvadas que parecen desterradas en un tiempo que no es el suyo, y que parecen sentir su abandono, cuya historia no sabe nadie, porque nadie ha visto á los que las eligieron, las compraron, las poseyeron, las amaron, ni ha conocido las manos que las manejaban familiarmente ni los ojos que las miraban con placer.

Juana las tocaba, las volvía, dejando señalados sus dedos en el polvo acumulado sobre ellas; y permanecía allí, en medio de estas antigüedades, á la pálida luz que se filtraba por algunas vidrieras empotradas en el techo.

Examinaba minuciosamente sillas de tres pies, pensando en si no la recordaban algo: una tina de metal, un calentador desfondado, que creía reconocer, y un monton de utensilios de cocina inservibles.

Así hizo una lista de lo que se quería llevar, y cuando bajó, envió á Rosalía á que lo sacase. Indignada ésta, se resistía á bajar «tanta porquería.» Pero Juana, no obstante su ninguna fuerza de voluntad, se resistió esta vez, y fué preciso obedecerla.

Una mañana, Dionisio Lecoq, el joven labrador, hijo de Julián, llegó con su carreta para hacer el primer viaje. Rosalía se fué con él á fin de subir y colocar los muebles en el sitio que debían ocupar.

Una vez sola, púsose Juana á vagar por las habitaciones del castillo, presa de una horrible crisis de desesperación, abrazando, en transportes de amor exaltado, todo aquello que no se podía llevar, los grandes pájaros blancos de los tapices del salón, viejos jirones, todo lo que encontraba. Iba de una habitación en otra, como una loca, con los ojos llenos de lágrimas. Después salió para despedirse del mar.

Eran aquellos los últimos días de Septiembre; un cielo bajo y gris parecía pesar sobre la tierra; las olas, tristes y amarillentas, se alejaban hasta perderse de vista. Largo tiempo permaneció en pie sobre la playa, dando vueltas á

pensamientos torcedores. Luego, al entrar la noche, volvió al castillo, después de haber sufrido en aquel día tanto como en sus más grandes pesares.

Rosalía había vuelto, y la esperaba, encantada con la nueva casa, que, á su entender, era mucho más alegre que aquel gran caserón, que ni siquiera estaba situado en una carretera.

Juana se pasó llorando toda la noche.

Desde que supieron que el castillo no era suyo, los colonos no tenían con ella más que estrictamente las atenciones que la debían, llamándola entre sí «la Loca,» sin darse cuenta de por qué lo hacían, sin duda porque con su instinto de brutos adivinaban su sentimentalismo enfermizo y creciente, sus exaltados desvaríos, todo el desorden de su pobre alma, sacudida por la desgracia.

La víspera de su marcha entró casualmente en la cuadra. Un gruñido la hizo estremecer. Era *Matanza*, en quien no pensaba hacía varios meses. Ciego y paráltico, en una edad á que llegan pocos de estos animales, vegetaba aún sobre una cama de paja cuidada por Ludivina, que no se olvidaba de él. Juana le cogió en

brazos, le dió un beso y se lo llevó á la casa. Gordo como un tonel, arrastrábase apenas sobre sus patas, abiertas y rígidas, y aullaba como esos perros de madera que sirven de juguete á los niños.

Amaneció el último día. Juana se había acostado en el antiguo cuarto de Julián, porque el suyo no tenía ya muebles.

Salió del lecho extenuada y jadeante, como si acabara de dar una gran carrera. El carro que llevaba las maletas y el resto del mobiliario estaba ya cargado en el patio. Otro carro de dos ruedas estaba preparado para conducir á la señora y su criada.

El tío Simón y Ludivina se quedarían en la casa hasta que llegase el nuevo propietario; luego se retiraban á casa de unos parientes. Juana les había constituido una pequeña renta. Además, tenían economías. Eran á la sazón servidores muy viejos, inútiles y charlatanes. Mario, que se había casado, vivía hacía tiempo fuera del castillo.

A eso de las ocho empezó á caer una lluvia helada y menuda, traída allí por una ligera brisa del mar. Hubo que esperar las cubiertas para

el carro. Las hojas empezaban á desprenderse de los árboles.

Sobre la mesa de la cocina humeaban unas tazas de café con leche. Juana se sentó delante de la suya, bebiéndola á pequeños sorbos, levantándose al concluir:

—¡Vámonos! dijo.

Se puso su sombrero, su chal, y mientras Rosalía la calzaba unos chanclos, murmuró muy emocionada:

—¿Te acuerdas, hija mía, cómo llovía cuando salimos de Rouen para venir aquí?

Dióle una especie de espasmo; se llevó ambas manos al pecho y cayó de espaldas sin conocimiento. Durante más de una hora estuvo como muerta; por fin abrió los ojos, y grandes convulsiones la atacaron, acompañadas de un copioso llanto.

Cuando se sintió algo calmada, se halló tan débil, que no podía levantarse. Pero Rosalía, que temía nuevas crisis si se retardaba la marcha, fué á buscar á su hijo. Entre los dos la cogieron, la sacaron, la metieron en la berlina, sobre el banco de madera cubierto de cuero encerado; y la antigua criada, que subió junto

á Juana, envolvió sus piernas, la cubrió los hombros con un fuerte mantón, y tapándola con un paraguas, exclamó:

—¡Vámonos, Dionisio, vámonos aprisa!

El joven trepó al lado de su madre, y sentándose de lado, por falta de sitio, lanzó al trote su caballo, cuya marcha precipitada hacía saltar á las dos mujeres.

Al volver una esquina del pueblo vieron á una persona que se paseaba á lo largo del camino: era el padre Tolbiac, que estaba allí como espiando su partida.

Hizo alto para dejar pasar el coche. Con una mano se levantaba la sotana por miedo al lodo, y sus piernas flacuchas, envueltas en medias negras, terminaban en enormes zapatos llenos de barro.

Juana bajó los ojos para no verle; y Rosalía, que lo sabía todo, se puso furiosa. Iba murmurando:

—¡Villano! ¡Villano!

Y de pronto, agarrándose á su hijo:

—¡Dale un latigazo! le dijo.

Pero el joven, al pasar junto al sacerdote, hizo que se hundiese una rueda en la cuneta, y

una ola de lodo saltó, cubriendo al eclesiástico desde los pies á la cabeza.

Y Rosalía, radiante, se volvió para enseñarle el puño, mientras el sacerdote se limpiaba con su pañuelo.

Cinco minutos llevaban andando, cuando Juana exclamó:

—¡Se nos ha olvidado *Matanza!*

Fué preciso detenerse, y Dionisio se bajó y fué á buscar al perro, mientras Rosalía tenía las riendas.

Volvió el joven, llevando en brazos al grueso animal, informe y pelado, y lo depositó en la falda de las dos mujeres.

Dos horas más tarde detúvose el coche delante de una casita de ladrillo, edificada en medio de un verjel plantado de perales á orillas de la carretera.

Cuatro pabellones enrejados, cubiertos de madreselvas y clemátides, formaban los cuatro extremos de este jardín, dividido en cuadritos de legumbres separados entre sí por estrechos senderos bordeados de árboles frutales.

Un seto vivo muy elevado rodeaba por todas partes esta propiedad, separada de la granja ve-

cina por un campo. Cien pasos delante de ella había una fragua. Las demás viviendas distaban de ella lo menos un kilómetro.

La vista se extendía alrededor por la llanura del país de Caux, sembrado todo de granjas que envolvían las cuatro dobles líneas de altos árboles que cerraban aquel espacio.

Apenas llegó Juana, dijo que quería descansar; pero Rosalía no se lo permitió, temiendo que se entregase á sus desvaríos.

El carpintero de Goderville estaba allí ya, avisado previamente para la instalación; en seguida empezaron á colocar los muebles que ya habían venido, esperando los que no habían llegado todavía. Esto ocasionó un gran trabajo y exigió largas reflexiones y dilatados razonamientos.

Al cabo de una hora apareció el carro en la empalizada, y hubo que descargarle, aunque llovía. Al llegar la noche la casa estaba en completo desorden, llena de objetos apilados por donde quiera; y Juana, rendida, se durmió apenas se tendió en el lecho.

Los días sucesivos no tuvo tiempo de enter necerse, por lo agobiada de cansancio que se

hallaba. Hasta experimentó cierto placer en hermostrar su nueva casa, pensando incesantemente en que su hijo iba á venir á verla. Las alfombras de su antiguo cuarto sirvieron para el comedor, que hacía tambien de sala, y con especial cuidado arregló una de las dos habitaciones del piso principal, á la que dió en su pensamiento el nombre de «Cuarto de Pollito;» ella se reservó la segunda; Rosalía se estableció en el piso segundo, junto al desván.

Arreglada tan cuidadosamente, la casita era una preciosidad; y los primeros días gustó mucho á Juana, por más que veía que le faltaba algo de que no se daba cuenta.

Una mañana, el pasante del Notario de Fécamp le llevó tres mil seiscientos francos, valor de los muebles que había dejado en el castillo, y que tasó un tapicero. Al recibir este dinero sintió un estremecimiento de placer, y en cuanto aquel hombre se marchó, apresuróse á ponerse su sombrero, deseosa de ir á Goderville cuanto antes para enviar á Pablo la suma inesperada.

Pero cuando iba por la carretera se encontró á Rosalía que volvía del mercado. Sin adivinar

toda la verdad, la criada concibió alguna sospecha; una vez que la supo, porque Juana no sabía ocultar nada, dejó en tierra la cesta para regañarla á sus anchas.

Y puesta en jarras, gruñó mucho; luego cogió á su señora con el brazo derecho, se colocó la cesta bajo el izquierdo, y en esta forma, sin dejar de refunfuñar, se puso en marcha hacia la casa.

En cuanto entraron, la criada exigió que la fuese entregado el dinero; Juana se lo dió, reservándose los seiscientos francos; pero Rosalía, puesta ya en guardia, descubrió la astucia, y la pobre madre tuvo que dárselo todo; sin embargo, la criada consintió en que este resto se le remitiese al joven.

Pablo dió las gracias al cabo de unos cuantos días. «Me has hecho un gran servicio, mi querida mamá, porque estábamos en una profunda miseria.»

A pesar de esto, Juana, no se acostumbraba á vivir en Batteville; parecía sin cesar que no respiraba como antes, que estaba aún más sola, más abandonada, más perdida. Salía para dar una vuelta, ganaba la aldea de Verneuil,

volvía por los Tres-Pantanos, y una vez de vuelta, se volvía á levantar, presa de vivo deseo de salir, como si se la hubiera olvidado ir precisamente allí donde debía de ir, donde tenía gana de pasearse.

Y todos los días volvía á empezar esto, sin que comprendiese la razón de esta vaga necesidad. Pero una tarde ocurriósela inconscientemente una frase que la reveló el secreto de sus inquietudes. Al sentarse para comer, se dijo á sí misma:

—¡Oh! ¡Cuántas ganas tengo de ver el mar!

Sí: lo que tanto echaba de menos era el mar, su vecino hacía veinticinco años; el mar, con su aire salado, sus cóleras, su voz gruñona, sus hábitos poderosos; el mar, que veía todas las mañanas desde su ventana del castillo, que respiraba día y noche, que sentía cerca de ella, y al que, sin darse cuenta de ello, amaba como se ama á una persona.

También *Matanza* vivía en extrema agitación. Desde la tarde de su llegada habíase instalado al pie del aparador de la cocina, y no era posible desalojarle de allí. Allí permanecía todo el día, casi inmóvil, sin hacer más movimiento

que volverse de tarde en tarde, exhalando un sordo gruñido.

Pero en cuanto llegaba la noche se levantaba; tropezando con las paredes, se arrastraba hacia la puerta. Luego, cuando había pasado fuera los pocos minutos que necesitaba, volvía, se sentaba otra vez ante el hogar, todavía caliente, y allí se estaba aullando en cuanto sus amas iban á acostarse.

Toda la noche se la pasaba así, y sus aullidos eran como voces lastimeras y quejumbrosas; interrumpía á veces cosa de una hora, y después tornaba á aullar en tono más desgarrador aún. Le ataron á un barril delante de la casa, y aulló bajo las ventanas. Como estaba débil y le faltaba poco para morir, le volvieron á dejar en la cocina.

Juana no podía dormir oyendo gruñir y arrañar las puertas al viejo animal, que al parecer se hallaba á disgusto en aquella casa que comprendía no era suya. Nada bastaba á tranquilizarle. Adormilado durante el día, como si sus ojos apagados, la conciencia de su debilidad le hubiesen impedido moverse cuando todos los seres viven y se agitan, poníase á rondar sin descan-

so en cuanto entraba la noche, como si no ocase vivir y moverse sino en las tinieblas, que á todos nos dejan ciegos.

Una mañana le encontraron muerto, y fué un gran alivio para todos.

El invierno llegaba, y Juana sintióse invadida por invencible desesperación. No era uno de esos dolores agudos que parecen torcer el alma, sino una tristeza lúgubre y sombría.

Ninguna distracción la despertaba; nadie se ocupaba de ella. La carretera que delante de su casa se extendía á derecha é izquierda, estaba desierta casi siempre. De cuando en cuando pasaba al trote un tilbury, guiado por un hombre de colorado rostro, cuya blusa, ahuecada por el viento, formaba una especie de globo azul; á veces era una pesada carreta, ó bien veíanse á lo lejos dos aldeanos, hombre y mujer, pequeñísimos, en el horizonte, que crecían luego, y después que pasaban la casa volvían á disminuir, haciéndose como dos insectos allá abajo, al extremo de la línea blanca que se alargaba hasta perderse de vista, subiendo y bajando, según las ondulaciones del terreno.

Cuando volvió á crecer la hierba, una joven

en zagalejo pasaba todas las mañanas por delante de la empalizada, cuidando de dos vacas flacuchas que rumiaban á lo largo del camino; y á la tarde volvía, con el mismo aspecto de somnolencia, dando un paso cada diez minutos, detrás de los animales.

Todas las noches soñaba Juana que vivía aún en el castillo. Allí se encontraba, como antiguamente, con papá, mamá, y á veces tía Lison. Rehacía cosas olvidadas y que ya habían concluido. Veíase sosteniendo á la baronesa, que daba su paseo acostumbrado. Y todos los días lloraba al despertarse.

Constantemente pensaba en Pablo, preguntándose:—«¿Qué hace? ¿Cómo está ahora? ¿Pienso en mí algunas veces?»—Y paseándose lentamente por los escuetos caminos abiertos entre las granjas, daba vueltas en su cabeza á todas estas ideas que la atormentaban; pero lo que sobre todo la hacía sufrir, eran los celos implacables que sentía hacia aquella desconocida que le había robado su hijo. Sólo este odio la contenta, impidiéndola obrar, ir á buscarle, meterse en su casa. Parecíala estar viendo á su querida de pie, en la puerta, y preguntando:—«¿Qué

buscáis aquí, señora?» — Su orgullo de madre se rebelaba ante la posibilidad de esta entrevista; su altivez orgullosa de mujer siempre pura, inmaculada, sin desfallecimientos, la exasperaba más y más contra todas las cobardías del hombre manchado por las sucias prácticas del amor carnal, que hace cobardes á los mismos corazones. La humanidad la parecía inmunda cuando pensaba en todos los sucios secretos de los sentidos, en las caricias que envilecen, en todos los misterios adivinados de los apareamientos indisolubles.

Transcurrieron la primavera y el verano. Pero cuando volvió el otoño con sus lluvias pertinaces, el cielo gris, las noches sombrías, invadióla tal cansancio de vivir, que se resolvió á intentar un gran esfuerzo para reconquistar á su Pollito, cuya pasión debía haberse gastado ya.

Y le escribió una carta, como preparación:

«Mi querido hijo: Voy á rogarte que vengas á mi lado. Piensa que estoy vieja y enferma, y sola todo el año con una criada. Ahora vivo en un casita, en la carretera. Esto es muy triste; pero si tú estuvieras conmigo, todo cambiaría

para mí. No tengo á nadie más que á ti en el mundo, y no te he visto hace siete años. Nunca podrás saber lo desgraciada que he sido, y lo mucho que mi corazón hubiera descansado en ti. ¡Eras mi vida, mi sueño, mi única esperanza, mi único amor, y me faltas y me has abandonado!

»¡Oh! Vuelve, Pollito mío, vuelve á abrazarme, vuelve al lado de tu anciana madre, que te tiende con desesperación sus brazos.

»JUANA.»

Algunos días después recibió la contestación:

«Mi querida mamá: No desearía otra cosa que verte, pero no tengo un cuarto. Envíame algún dinero, é iré. Ya pensaba ir para hablarte de un proyecto que me permitiría hacer lo que me pides.

»El desinterés y el afecto de la que ha sido mi compañera en estos malos días que atravieso, no tienen límites. No es posible que por más tiempo deje de reconocer públicamente su amor y los sacrificios que la debo. Además, tiene muy buenas maneras, que ya podrás apre-

ciar. Es muy instruída, y lee mucho. En fin, no puedes formarte idea de todo lo que ha hecho por mí. No sería hombre si no la atestiguase mi reconocimiento. Voy, pues, á pedirte tu consentimiento para casarme con ella. Me perdonarías mi escapatorias y viviríamos todos juntos en tu nueva casa.

»Si la conocieras, me darías en el acto tu permiso. Te aseguro que es perfecta y distinguidísima. Tengo la seguridad de que llegarás á amarla. En cuanto á mí, no podría vivir sin ella.

»Espero impaciente tu respuesta, mi querida mamá, y esperándola, te abrazamos de corazón.

»Tu hijo

»VIZCONDE PABLO DE LAMARE.»

Juana quedó aterrada, inmóvil, con la carta en el regazo, adivinando la astucia de aquella mujer que constantemente había retenido á su hijo, sin dejarle venir una sola vez, esperando su hora, la hora en que la anciana madre, desesperada, no pudiendo resistir al deseo de abrazar á su hijo, cedería y lo otorgaría todo.

Y el dolor por esta tenaz preferencia de Pa-

blo hacia aquella mujer la destrozaba el corazón.—«No me quiere—decía—no me quiere.»

Entró Rosalía: Juana balbuceó:

—Ahora quiere casarse con ella.

La criada se sobresaltó.

—¡Oh, señora! Vos no permitiréis eso. Seguramente M. Pablo no puede recoger á esa perdida.

Y Juana, abrumada, pero indignada, murmuró:

—Eso jamás, hija mía. Y puesto que no quiere venir, iré yo á buscarle, y veremos quién puede más.

Y se puso á escribir á Pablo, anunciándole su llegada, y con objeto de verle en otra parte que en el cuarto en que vivía aquella tunanta.

Mientras esperaba la contestación, hizo sus preparativos. Rosalía empezó á amontonar en una vieja maleta la ropa blanca y los efectos de su señora. Pero al tiempo de doblar una falda, una antigua falda de campo, exclamó:

—¡Si no tenéis nada que poner os! No puedo permitir que vayáis así; seríais la irrisión de todo el mundo, y las señoras de París os tomarían por una criada.

Juana la dejó hacer, y las dos mujeres se tras-

ladaron juntas á Goderville para escoger una tela á cuadros verdes, que entregaron á la costurera del barrio. Fueron luego á casa del notario Maese Roussel, que anualmente hacía un viaje de quince días á la capital, para que éste les diera informes. Hacía ya veintiocho años que Juana no veía á París.

El Notario hizo muchas recomendaciones sobre el modo de precaverse contra los carruajes, procedimientos para no ser robado, diciendo á Juana que se cosiera el dinero en los dobleces de la ropa y no llevase en el bolsillo más que lo indispensable; habló largamente de los *restaurants* de precios moderados, entre los cuales designó dos ó tres que eran más frecuentados por las señoras, é indicó el Hotel de Normandía, donde él mismo se hospedaba, cerca de la estación del ferrocarril. Podían decir que iban de parte suya.

Hacía seis años que entre París y el Havre funcionaban esos ferrocarriles de que en todas partes se hablaba. Pero Juana, entregada á sus penas, no había visto aún esos coches de vapor que traían revuelta á toda la comarca.

Sin embargo, Pablo no contestaba.

Su madre esperó ocho, quince días, yendo todas las tardes á la carretera para salir al paso al cartero, á quien preguntaba temblando:

—¿No traéis nada para mí, tío Malandain?

Y el buen hombre la respondía invariablemente, con su voz enronquecida por la intemperie:

—Hoy tampoco hay nada, señora.

Seguramente aquella mujer evitaba que Pablo escribiera.

En vista de esto, resolvió Juana marcharse en seguida. Quería llevar consigo á Rosalía, pero ésta se negó á seguirla para no aumentar los gastos del viaje. Además, no consintió que su ama llevase más de trescientos francos.

—Si necesitáis más—la dijo—me lo escribís, y yo me entenderé con el señor Notario para que os lo envíe. Si os doy más, M. Pablo os lo quitará.

Y una mañana de Diciembre subieron las dos al carro de Dionisio Lecoq, que fué á buscarlas para conducir las á la estación, hasta donde Rosalía acompañaba á su señora.

Informáronse primero acerca del precio de los billetes, y cuando todo estuvo en regla y la

maleta facturada, esperaron ante aquellas líneas de hierro, tratando de comprender cómo manobraría aquello; tan preocupadas estaban con este enigma, que apenas pensaban en los tristes motivos del viaje.

Por fin, un silbido lejano las hizo volver la cabeza, y vieron una máquina negra que andaba. Llegó con horrible estrépito, pasó por delante de ellas, arrastrando una larga cadena de casetas corredizas, y al ver que un empleado abría una portezuela, Juana abrazó a Rosalía llorando, y subió á uno de aquellos cajones.

Rosalía, conmovida, gritaba:

—Hasta la vista, señora; buen viaje; venid pronto.

—Hasta la vista, hija mía.

Sonó un silbido más, y todo aquel rosario de coches se puso á rodar poco á poco primero, luego más de prisa, y después con espantosa rapidez.

En el compartimiento en que iba Juana dormían dos caballeros, acurrados en dos rincones. La pobre mujer veía cómo pasaban los campos, los árboles, las granjas, las aldeas; asustada por aquella velocidad, sintiéndose arrebatada

en una nueva vida, arrastrada hacia un mundo nuevo, que no era el suyo, el de su tranquila juventud y su monótona existencia.

Caía la tarde cuando el tren llegó á París. Un mozo cogió la maleta de Juana, y ésta le siguió aturdida, atropellada, no sabiendo cómo pasar entre la multitud, casi corriendo detrás de aquel hombre, temiendo siempre perderle de vista.

Cuando estuvo en las oficinas del hotel, se apresuró á decir:

—Vengo aquí recomendada por M. Roussel.

La dueña, una gruesa señora muy seria, sentada ante su escritorio, preguntó:

—¿Qué M. Roussel?

Juana, cortada, contestó:

—Pues... el notario de Goderville, que se hospeda aquí todos los años.

La gruesa señora añadió:

—Puede ser. No le conozco. ¿Queréis un cuarto?

—Sí, señora.

Un chico, cogiendo su maleta, subió la escalera delante de ella.

Juana sentía oprimido su corazón. Sentóse delante de una mesita y pidió que la sirvieran

un caldo con un alón de pollo. Desde el amanecer no había tomado nada.

Comió tristemente á la luz de una bujía, pensando en mil cosas, recordando su paso por aquella misma ciudad, de vuelta de su viaje de novios, cuando se denunciaron los primeros signos del carácter de Julián. Pero entonces era joven, animosa, confiada; ahora se sentía vieja, tímida, débil, confundida ante la más ligera contrariedad. Una vez terminada su comida, se puso á la ventana y miró á la calle, que estaba llena de gente. Tenía ganas de salir, pero no se atrevía á hacerlo. Creyó que se perdería; se acostó, y apagó la luz.

Pero el ruido, aquella sensación de una ciudad desconocida, y el trastorno del viaje, la tenían desvelada. Pasaban las horas. Los rumores del exterior se aplacaban poco á poco, sin que Juana pudiera dormir, enervada por ese semi-reposo de los grandes pueblos. Estaba acostumbrada al sueño profundo y tranquilo de los campos, que todo lo entorpece, los hombres, los animales y las plantas, y ahora sentía en torno suyo toda una misteriosa agitación. Voces apenas perceptibles llegaban hasta

ella, como si se hubiesen deslizado por las paredes del hotel. De cuando en cuando crujía un suelo, cerrábase una puerta, sonaba una campanilla.

A eso de las dos de la mañana, cuando empezaba á adormecerse, una mujer exhaló gritos en una habitación inmediata; Juana se sentó rápidamente en el lecho; luego creyó oír una risa de hombre.

Conforme se acercaba el día, invadía la imagen de Pablo, y se vistió apenas rayó el alba.

Pablo vivía en la calle de Sauvage; obedeciendo las recomendaciones de economía que la hiciera Rosalía, quiso ir á pie. Hacía buen tiempo: el aire frío picaba la carne, las gentes corrían por las calles. Juana andaba también aceleradamente, siguiendo una calle que la habían indicado, al extremo de la cual debía de volver á la derecha primero, luego á la izquierda; llegada á una plaza, allí la darían razón. No encontró la plaza, y pidió noticias de ella á un panadero, que la dió otras señas. Volvió á andar, se perdió, vagó, siguió otros consejos, y se perdió del todo.

Casi al azar andaba ahora; ya se decidía á

tomar un coche cuando vió el Sena, y siguió los muelles.

Al cabo de una hora, próximamente, entraba en la calle de Sauvage, una especie de callejón oscuro. Detúvose delante de una puerta, tan conmovida, que no podía dar un paso.

Allí, en aquella casa, estaba Pollito; sentía que la temblaban las rodillas y las manos; por fin entró, siguió un corredor, vió la portería, y alargando una moneda de plata, preguntó:

—¿Podrías subir á decir á M. Pablo de Lamare que una señora anciana, amiga de su madre, le espera aquí?

El portero contestó:

—Ya no vive en la casa, señora.

Sintió un escalofrío, y balbuceó:

—¡Ahl... ¿Y dónde... dónde vive ahora?

—No sé.

Sintióse aturdida, como si se fuera á caer, y permaneció algún tiempo sin poder hablar. Por fin hizo un esfuerzo violento, recobró su razón y murmuró:

—¿Desde cuándo se marchó?

El buen hombre la dió cuantas noticias quiso.

—Hace unos quince días salieron como si tal

cosa, una noche, y no han vuelto. En el barrio debían á todo el mundo; así se explica que no hayan dejado sus señas.

Como si hubiesen disparado muchos tiros delante de sus ojos, Juana veía fogonazos, grandes llamaradas. Pero una idea fija la sostenía, haciéndola permanecer de pie, tranquila en la apariencia y prudente. Quería saber para encontrar á Pollito.

—¿De modo que no ha dicho nada al marcharse?

—¡Oh! nada, nada; se escaparon porque no tenían dinero.

—Pero alguien vendrá á buscar su correspondencia.

—No se la daría yo. Pero apenas reciben diez cartas al año. Sin embargo, dos días antes que se fueran les subí una.

Su carta, sin duda. Precipitadamente dijo:

—Oid, soy su madre, y he venido á buscarle. Tomad diez francos para vos. Si tenéis alguna noticia de él, llevádmela al hotel de Normandía, calle del Havre, y os la pagaré bien.

—Contad conmigo, señora, dijo el portero.

Y Juana se alejó.

Echó á andar sin cuidarse de adónde iba. Andaba de prisa, como si fuera á hacer algo que urgiese; deslizábase á lo largo de los muros, chocando con la gente que llevaba algún paquete; atravesaba las calles sin ver venir los coches, insultada por los cocheros; tropezaba en las aceras, en las cuales no se fijaba; corría hacia adelante, trastornada.

Encontróse de pronto en un jardín, y se sintió tan fatigada, que se sentó en un banco. Allí debió pasar mucho tiempo, llorando sin notar que lloraba, porque la gente que pasaba deteníase á mirarla. Al fin sintió frío, y se levantó para marcharse; pero estaba tan agobiada y débil, que apenas podía andar.

Quería entrar á tomar un caldo en un restaurant, pero no se atrevía, por una especie de vergüenza, de miedo, de pudor por su pena, que quería ocultar á la gente. Deteníase un segundo ante la puerta, miraba al interior, veía la gente sentada á la mesa y comiendo, y huía intimidada, diciéndose: «Entraré en el otro;» y no entraba tampoco en el siguiente. Acabó por comprar en casa de un panadero un panecillo en

forma de media luna, y se puso á comerle andando. Tenía mucha sed, pero no sabía dónde ir á beber, y se pasó sin agua. Franqueó una bóveda, y se halló en otro jardín. Reconoció el Palais Royal.

Como el sol y la marcha la habían dado algún calor, sentóse de nuevo una hora ó dos.

Entraba la gente: gente elegante que hablaba, sonreía, saludaba; gente dichosa, en que las mujeres son guapas, los hombres ricos, y que no vive más que para las galas y la alegría.

Aturdida al verse en medio de aquel hormiguero brillante, Juana se levantó para huir; pero detúvola el pensar que allí podría ver á Pablo, y se puso á andar á un lado y otro espiondo los rostros, yendo y viniendo sin cesar de un extremo á otro del jardín.

Algunos se volvían para mirarla; otras se reían y la señalaban. Lo advirtió, y echó á correr, creyendo, sin duda, que la gente se reía de su aire y de su vestido á cuadros verdes, escogido por Rosalía y hecho según las indicaciones que dió la costurera de Goderville. No se atrevía ni á preguntar las señas del hotel. Se atrevió por fin, y llegó á él.

Sentada en una silla pasó el resto del día, al pie de la cama, que no tocó siquiera. Luego comió, como la víspera, una sopa y un poco de carne. Después se acostó, realizando todos estos actos maquinalmente y por hábito.

Al día siguiente se dirigió á la prefectura de policía para que buscasen á su hijo; nada pudieron asegurarla, pero la ofrecieron ocuparse en el asunto.

Entonces erró por las calles, siempre esperando tropezársele. Y en medio de aquella multitud que se agitaba, sentíase más sola, más perdida, más abandonada que en la inmensidad del campo.

Cuando volvió al hotel por la noche, dijeronla que un hombre había preguntado por ella de parte de M. Pablo, y que al día siguiente volvería. Dióla un vuelco el corazón, y no durmió en toda la noche. ¡Si fuese él!... Sí, él debía ser, por más que las señas que la dieron no eran las suyas.

A eso de las nueve de la mañana oyó que llamaban á su puerta, y dijo: «¡Adelante!» dispuesta á levantarse con los brazos abiertos. Se presentó un desconocido. Y mientras se excu-

saba de haberla molestado y explicaba lo que quería—una deuda de Pablo que venía á reclamar—lloraba ella sin querer dejar ver su llanto, secándose las lágrimas con las puntas de los dedos, conforme se deslizaban por los extremos de sus ojos. Aquel hombre había sabido su llegada por la portera de la calle de Sauvage, y como no podía encontrar al joven, se dirigía á la madre. Y le alargaba un papel, que ella cogió sin pensar en nada. Leyó una cifra, 90 francos; sacó el dinero, y pagó.

Aquel día no salió.

Al siguiente se presentaron otros acreedores. Dió todo cuanto la quedaba, reservándose sólo unos veinte francos, y escribió á Rosalía diciéndola cuál era su situación.

Pasaba todos los días andando á la ventura, esperando la respuesta de su criada, sin saber qué hacer, ni en qué emplear las lúgubres horas, las horas interminables, no teniendo nadie á quien decir una palabra cariñosa, nadie que conociese su desgracia. Caminaba al azar, agitada ahora por una necesidad de partir, de volver allá abajo, á su casita á orillas de la solitaria carretera.

No podía vivir allí unos días antes, por lo mucho que la agobiaba la tristeza, y ahora comprendía que ya no podía vivir sino allí, donde sus sombrías costumbres se habían arraigado.

Por fin, una tarde, al volver al hotel, se encontró con una carta y doscientos francos. Rosalía decía:

«Señora Juana, volved en seguida, porque ya no os enviaré dinero. En cuanto á M. Pablo, yo iré á buscarle cuando sepamos de él.

»Os saludo. Vuestra servidora

»ROSALÍA.»

Y Juana regresó á Batteville una mañana en que nevaba y hacía mucho frío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
XIV BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALEXANDER" 24
Apto. 1645 CALLES DE MEXICO

En adelante no salió, no se movió. Levantábase todos los días á la misma hora, miraba el tiempo que hacía, y bajaba á la sala á sentarse delante del fuego.

Allí se pasaba los días enteros, fijos los ojos en la llama, dejando vagar á la ventura sus lamentables pensamientos y siguiendo el triste desfile de sus desgracias. Las tinieblas invadían poco á poco la habitación, sin ella que hubiera hecho otro movimiento que echar leña al hogar. Entonces la criada traía una lámpara, y decía:

—Vamos, señora Juana, tenéis que moveros, ó no tendréis apetito esta noche.

No podía vivir allí unos días antes, por lo mucho que la agobiaba la tristeza, y ahora comprendía que ya no podía vivir sino allí, donde sus sombrías costumbres se habían arraigado.

Por fin, una tarde, al volver al hotel, se encontró con una carta y doscientos francos. Rosalía decía:

«Señora Juana, volved en seguida, porque ya no os enviaré dinero. En cuanto á M. Pablo, yo iré á buscarle cuando sepamos de él.

»Os saludo. Vuestra servidora

»ROSALÍA.»

Y Juana regresó á Batteville una mañana en que nevaba y hacía mucho frío.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
XIV BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALEXANDER" 24
Apto. 1645 CALLES DE MEXICO

En adelante no salió, no se movió. Levantábase todos los días á la misma hora, miraba el tiempo que hacía, y bajaba á la sala á sentarse delante del fuego.

Allí se pasaba los días enteros, fijos los ojos en la llama, dejando vagar á la ventura sus lamentables pensamientos y siguiendo el triste desfile de sus desgracias. Las tinieblas invadían poco á poco la habitación, sin ella que hubiera hecho otro movimiento que echar leña al hogar. Entonces la criada traía una lámpara, y decía:

—Vamos, señora Juana, tenéis que moveros, ó no tendréis apetito esta noche.

Perseguíanla á menudo ideas fijas que la dominaban, y atormentada por preocupaciones insignificantes, las cosas más pequeñas adquirían gran importancia en su cabeza enferma.

Revivía, sobre todo en el pasado, en el pasado distante, pensando en los primeros tiempos de su vida y en su viaje de novia á Córcega. Paisajes de esta isla, olvidados hacía mucho tiempo, surgían de pronto ante ella en los tizones de la chimenea, y recordaba todos los detalles, todos los sucesos pequeños, todas las figuras que allí había visto; perseguíala la cabeza de Juan Ravoli, el guía; á veces creía escuchar su voz.

Luego pensaba en los tranquilos años de la infancia de Pablo, cuando la obligaba á preparar ensaladas, y se arrodillaba ella en la tierra blanda al lado de tía Lison, rivalizando ambas en cuidados para agradar al niño, luchando por ver quién las obtendría mejores.

Y en voz baja murmuraban sus labios: «¡Pollito, Pollito mío!» como si estuviera hablándole, y deteniéndose en esta palabra, trataba de verle durante horas y horas, de escribir en el vacío con el dedo extendido las letras que componían

este nombre. Trazábalas lentamente, ante el fuego, haciéndose la ilusión de que las veía, y al ver que no era así, volvía á empezar la *P* con su brazo, que temblaba de cansancio, esforzándose por concluir de dibujar el nombre; cuando lo había conseguido, lo empezaba nuevamente, hasta que no podía más, lo mezclaba, lo confundía todo, modelaba otras palabras desesperándose hasta la locura.

Dominábanla todas las manías de los solitarios. Cualquier cosa cambiada de sitio la exaltaba. Muchas veces Rosalía la obligaba á andar, llevándola hasta la carretera; pero al cabo de veinte minutos, decía:

—No puedo más, hija mía.

Y se sentaba á orillas del camino.

A poco, el moverse se la hizo odioso, y permanecía en la cama el mayor tiempo posible.

Una sola costumbre la había quedado de su infancia: levantarse inmediatamente después de haber bebido su café con leche. Gustábala de una manera exagerada, y de todo se hubiera privado antes que de esto. Todas las mañanas esperaba á Rosalía con impaciencia un tanto sensual; y en cuanto ésta dejaba sobre la mesa

de noche la taza llena, sentábase y la vaciaba vivamente, con apariencias de golosa.

Pero poco á poco fué acostumbrándose á quedarse sentada algunos momentos después de haber dejado la taza vacía sobre el plato; luego se tendió de nuevo en la cama; después prolongó de día en día esta pereza, hasta que entraba furiosa Rosalía y la vestía casi á la tuerza.

A pesar de esto, Juana no tenía más que una apariencia de voluntad, y siempre que su criada la pedía un consejo, la proponía una cuestión, inquiría su parecer, la respondía invariablemente:

—Haz lo que quieras, hija mía.

Crefase tan directamente perseguida por una tenaz mala suerte, que llegó á ser fatalista como un oriental; y la costumbre de ver cómo sus sueños se desvanecían y sus esperanzas se disipaban, hacía que no se atreviese á emprender nada, y vacilase días y días antes de realizar la cosa más sencilla, porque estaba en la persuasión de que siempre había de tomar por mal camino, y que todo se la había de poner mal.

A cada momento repetía:

—Yo no he tenido suerte en mi vida.

Y al oirla Rosalía, exclamaba:

—¿Pues qué diríais si tuvieseis que trabajar para comer, si os vieseis obligada á levantaros todos los días á las seis de la mañana para ir al trabajo? Hay, sin embargo, muchos que se ven obligados á hacer esto, y cuando llegan á viejos, se mueren de miseria.

Juana contestaba:

—Pero piensa que estoy sola, abandonada por mi hijo.

La criada se enfurecía:

—¡Vaya una cosa! ¿Y qué es eso? ¿Y los jóvenes que son soldados? ¿Y los que emigran á América?

América representaba para ella un país vago adonde va la gente á hacer fortuna, y del cual no se vuelve.

Y continuaba:

—Siempre hay un momento en que debemos separarnos unos de otros, porque los jóvenes y los viejos no están hechos para vivir juntos.— Y añadía con dureza:—Vamos á ver, ¿qué diríais si se hubiera muerto?

A esto no respondía nada Juana.

Cobró algunas fuerzas cuando el aire entibió en los primeros días de primavera; pero no empleaba esta vuelta de la actividad sino para sumirse más y más en sus sombríos pensamientos.

Una mañana en que subió al desván para buscar algo que necesitaba, encontró allí una caja llena de calendarios antiguos, que se habían guardado, siguiendo en esto una costumbre de los campesinos. La pareció que volvía á encontrar los años mismos de su pasado, y ante aquel montón de cartones cuadrados permaneció sobrecogida por una emoción confusa y extraña.

Los cogió y se los llevó á la sala de abajo. Entre ellos los había de todas dimensiones, grandes y pequeños. Ocupóse en alinearlos por fechas sobre la mesa; y así encontró el primero, el que ella había llevado al castillo. Durante largo rato le miró, con los días tachados por su mano la mañana de su marcha á Rouen, al día siguiente de su salida del convento. Y lloró, lloró lágrimas lentas y sombrías, lágrimas de anciana enfrente de su vida miserable, expuesta ante ella sobre aquella mesa.

Y se la ocurrió una idea, que pronto fué para

ella una obsesión terrible, incesante, encarnizada. Quería recordar, casi día por día, cuanto había hecho.

Sujetó á las paredes, uno al lado de otro, aquellos cartones amarillos, y se pasaba las horas enteras enfrente de ellos, preguntándose:

—¿Qué me pasó á mí este mes?

Había señalado con trazos las fechas memorables de su historia, y ocurríala á veces que llegaba á reconstruir uno entero, agrupando, relacionando uno con otro, los pequeños hechos que habían precedido ó seguido á tal ó cual acontecimiento.

A fuerza de atención obstinada, de esfuerzos de memoria, de voluntad concentrada, llegó á restablecer casi por completo sus dos primeros años en el castillo; porque los distintos recuerdos de su vida volvían á ella con singular facilidad y con una especie de relieve.

Pero los años siguientes se perdían, al parecer, en una niebla, se confundían uno con otro; á veces permanecía por tiempo indefinido con la cabeza inclinada sobre un calendario, el alma atenta hacia el pasado, sin llegar á acordarse de

si en aquel cartón era donde podía hallar tal recuerdo.

Iba de uno en otro alrededor de la sala, que rodeaban como los grabados de un *Via Crucis*, aquellos cuadros de los pasados días. Brusca-mente detenía su silla delante de uno de ellos y permanecía inmóvil hasta la noche mirándole, sumida en sus recuerdos.

Luego, de pronto, cuando todas las cosas se despertaron al calor del sol, cuando las cosechas se pusieron á crecer en los campos, los árboles á reverdecer, cuando los manzanos se desvanecieron como bolas rosadas y perfumaron la llanura, sobrecogióle una gran agitación.

No podía estarse quieta; iba y venía, salía y entraba veinte veces al día, y á veces vagaba á lo largo de las granjas, exaltándose en una especie de dolor febril.

La vista de una margarita enterrada en un matorral, de un rayo de sol deslizándose entre las hojas, de un charco en una cuneta, en el cual se miraba el cielo azul, la conmovían, la enternecían, la trastornaban, volviendo á darla sensaciones lejanas, como el eco de sus emociones juveniles, cuando iba soñando por el campo.

Esperando el porvenir, había entonces sentido las mismas sacudidas; había saboreado aquella dulzura y aquella perturbadora embriaguez de los días tibios. Ahora que el porvenir estaba cerrado para ella, volvía á sentir lo mismo. Gozaba el sentido, pero al propio tiempo sufría también, como si al penetrar en su piel seca, en su sangre ya fría, en su alma agobiada, la eterna alegría del mundo no pudiese darla más que un encanto debilitado y doloroso.

Creía también que alrededor de ella, todo había cambiado un poco. El sol debía de ser menos ardoroso que cuando ella era joven; el cielo, menos azul; la hierba algo menos verde, y las flores, más pálidas y menos olorosas, no embalsamaban ya tanto.

En ciertos días, sin embargo, invadía tal bienestar de vida, que se ponía á pensar, á esperar; porque ¿es posible no esperar alguna cosa, no obstante el rigor encarnizado de la suerte, cuando hace buen tiempo?

Andaba y andaba durante horas y horas, como fustigada por la excitación de su alma. A veces se detenía súbitamente, y se sentaba á orillas del camino para pensar en cosas tristes.

¿Por qué no la habían amado como á otras?
¿Por qué no había ella conocido las sencillas
felicidades de una vida tranquila?

Otras veces también se olvidaba de que era
una vieja; de que ya no tenía por delante más
que unos cuantos años lúgubres y solitarios; de
que ya había andado todo su camino; y lo mis-
mo que cuando tenía dieciséis años, trazaba
planes y proyectos agradables á su corazón.
Luego, la dura sensación de lo real caía sobre
ella; volvía á levantarse agobiada como bajo la
caída de un peso que la hubiera roto las carnes,
y volvía á emprender más lentamente el cami-
no de la casa, murmurando:

—¡Oh, vieja loca! ¡Vieja loca!

A la sazón, Rosalía la decía á todas horas:

—¡Pero tranquilizáos, señora! ¿Qué os pasa
para que os conmováis de ese modo?

Y Juana respondía tristemente:

—¡Qué quieres! Estoy como *Matanza* en sus
últimos días.

Una mañana la criada entró más pronto que
de costumbre en su habitación, y dejando sobre
la mesa de noche la taza de café con leche, la
dijo:

—Vamos, bebed aprisa. Ahí está esperán-
donos Dionisio. Vamos á los *Pueblos*, porque
tenemos que hacer allí.

Conmovióse tanto Juana, que creyó que iba
á desvanecerse, y se vistió temblando, atur-
dida, desfalleciéndose al pensar que iba á ver
de nuevo su querida morada.

Un cielo radiante se extendía sobre la tierra,
y el caballo, presa de loca alegría, iba á veces
al galope. Cuando entraron en la aldea de Etou-
vent, sintió Juana que respiraba con trabajo, por
las palpitations repetidas de su pecho; y cuan-
do distinguió los pilares de ladrillo de la empa-
lizada, dijo en voz baja dos ó tres veces, y á
pesar suyo:

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!—como ante las cosas que
sacuden el corazón.

Desengancharon el carro en casa de los Coui-
llard, y mientras Rosalía y su hijo iban á sus
negocios, los de la granja invitaron á Juana á que
diese una vuelta por el castillo, cuyos dueños
estaban ausentes, y la entregaron las llaves.

Salió sola, y cuando se vió delante de la vieja
mansión, por la parte del mar, detúvose para
mirarla. En el exterior nada había cambiado.

El vasto edificio de color gris recibía entonces sonrisas del sol sobre sus muros descoloridos. Todas las ventanas estaban herméticamente cerradas.

Un tallo de rama seca la cayó en el vestido y la hizo alzar los ojos. Era del plátano. Acercóse al tronco, de corteza lisa y pálida, y le acarició con la mano, como podía haberlo hecho con un animal. Tropezó en la huerta contra un pedazo de madera podrida: era el último fragmento del banco en que tantas veces se había sentado con todos los suyos, el banco en que había recibido la primer visita de Julián.

Ganó entonces la doble puerta del vestíbulo, y la costó mucho trabajo abrirla, porque la pesada llave, enmohecida, se resistía á girar. Acabó por ceder la cerradura, con gran rechinar de resortes, y la puerta, resistente asimismo, cedió bajo un empujón.

Inmediatamente y casi corriendo subió Juana hasta su cuarto; estaba empapelado de claro, y no le reconoció; pero después de abrir una ventana se sintió conmovida en lo más profundo de su ser ante todo aquel horizonte tan querido, el bosquecillo, los olmos, la landa y el

mar, sembrado de velas oscuras que parecían inmóviles á lo lejos.

Púsose á rondar por el vacío caserón, mirando en las paredes manchas que eran familiares á sus ojos.

Detúvose ante un pequeño agujero abierto en la pared por el barón, que muchas veces se divertía, cuando era joven, en tirar las armas contra el tabique, cuando pasaba por aquel sitio.

Clavado detrás de una puerta se encontró en el cuarto de mamaíta, en un rincón sombrío, cerca del lecho, un fino alfiler de cabeza de oro, que ella había clavado allí (ahora lo recordaba), y que después buscó durante muchos años. Nadie le había visto. Le cogió como si fuera una reliquia inapreciable, y le besó.

Iba por todas partes, buscaba, reconocía huellas casi invisibles en las cortinas de la habitación, que no se habían cambiado; volvía á ver aquellas raras figuras que muchas veces da la imaginación á los dibujos de las telas, de los mármoles, á las sombras del techo, manchado por el tiempo. Y sola en el inmenso castillo silencioso, lo reconocía á pasos cortos, como si

estuviera en un cementerio. Allí yacía toda su existencia.

Bajó al salón. Estaba sombrío, con sus ventanas cerradas, y tardó algún tiempo en distinguir nada de lo que había en él; luego, cuando su mirada se acostumbró á la oscuridad, reconoció poco á poco los altos tapices por los cuales se paseaban algunos pájaros. Como si acabasen de dejarlos en aquel momento, dos sillones habían quedado delante de la chimenea, y el olor mismo del cuarto, un olor que ella había conservado siempre, como cada persona tiene el suyo, un olor vago, apenas sensible, dulce perfume indeciso de las habitaciones antiguas, embriagaba su memoria. Permanecía jadeante, aspirando aquel hálito del pasado, y con los ojos fijos en los dos sillones. Y de repente, en una brusca alucinación, engendrada por una idea fija, creyó ver, vió, como tan á menudo lo había visto, á su padre y á su madre, calentándose los pies al fuego.

Retrocedió espantada, tropezó con el quicio de la puerta, agarróse á él para no caer, con los ojos fijos siempre en las dos butacas.

La visión había desaparecido.

Quedóse durante unos cuantos minutos como aturdida; luego fué tomando poco á poco posesión de sí misma, y temiendo volverse loca, quiso huir. Su mirada cayó casualmente sobre el quicio, en el que se apoyaba, y vió la escala de Pollito.

Las leves indicaciones trepaban con intervalos desiguales sobre la pintura; y unas cifras, trazadas con el cortaplumas, indicaban las edades, los meses y el crecimiento de su hijo. Unas veces era la letra del barón, más grande; otras, la suya, más pequeña; otras la de tía Lison, algo temblona. Y se la figuró que el niño de aquel tiempo estaba allí, delante de ella, con sus cabellos rubios, apoyando su cabecita contra la pared para que le midiesen.

El barón gritaba:

—Juana, ha crecido un centímetro en estas seis semanas!

Y se puso á besar frenéticamente el marco de la puerta.

Pero alguien la llamaba desde fuera. Era la voz de Rosalía:

—Señora Juana, señora Juana, os esperamos para almorzar.

Salió medio desvanecida, sin comprender nada de cuanto la decían. Comió lo que la sirvieron; escuchó sin calor lo que la hablaban; habló inconscientemente con los colonos que la preguntaban por su salud; se dejó besar, besó ella en las mejilla que la tendían, y volvió á subir al carruaje.

Cuando, á través de los árboles, perdió de vista la alta techumbre del castillo, sintió que algo se rompía en su pecho. Comprendía que acababa de dar el último adiós á su morada.

Volvieron á Batteville.

En el momento en que iba á entrar en su nueva casa vió una cosa blanca en el suelo, debajo de la puerta: era una carta que el cartero había dejado allí en su ausencia. Reconoció la letra de Pablo, y la abrió, trémula de angustia. Decía así:

«Querida mamá: No te he escrito antes porque no quería que hicieras á París un viaje inútil, pues yo tenía que ir á verte. Me encuentro bajo el peso de una gran desgracia, y en una situación difícilísima. Hace seis días que, después de haber dado á luz una niña, está moribunda mi mujer, y no tengo un cuarto. No sé qué hacer de mi hija, á quien la portera cría

como puede, con biberón, pero temo perderla. ¿No podrías tú encargarte de ella? No sé absolutamente qué hacer, y no tengo dinero para ponerla en ama. Contesta á vuelta de correo.

Tu hijo, que te quiere,

PABLO.»

Juana se dejó caer sobre una silla, falta de fuerzas hasta para llamar á Rosalía. Cuando ésta llegó, volvieron á leer, juntas, la carta, y, leída, se quedaron silenciosas, durante largo rato, una enfrente de otra.

Rosalía fué la primera en hablar.

—Yo me iré á buscar á la niña, señora. No podemos dejarla así.

—Ve, hija mía, respondió Juana.

Se callaron. La criada continuó:

—Ponéos vuestro sombrero, señora, y vámonos á Goderville á ver al Notario. Si la otra se muere, es necesario que M. Pablo se case con ella, por la niña, para cuando sea mayor.

Y Juana, sin contestar, se puso su sombrero. Una alegría profunda, inexpresable, inundaba

su corazón; una alegría páfida que quería ocultar á toda costa, una de esas alegrías abominables de que nos avergonzamos, pero de las cuales gozamos ardientemente en el secreto misterioso del alma: ¡La querida de su hijo se moría!

El Notario dió á la criada indicaciones detalladas, que ella se hizo repetir varias veces; segura al fin de que no cometería ninguna equivocación, dijo:

—No temáis nada; yo me encargo de todo. Aquella noche salió con dirección á París.

Juana pasó dos días en un trastorno de pensamiento que la imposibilitaba de pensar en nada. La tercera mañana recibió una sola palabra de Rosalía, que anunciaba su regreso en el tren de la noche. Nada más.

A eso de las tres hizo enganchar el coche de un vecino, que la trasladó á la estación de Beuzeville para esperar á su criada.

En pie estaba sobre el andén, la vista fija sobre la línea recta de los rails, que huían uniéndose allá abajo, abajo, en la extremidad del horizonte. De cuando en cuando miraba al reloj. ¡Todavía diez minutos! ¡Cinco... dos!... ¡La hora! Nada se veía en el distante camino! Por fin, de

pronto, vió una mancha blanca, una humareda, y luego, debajo, un punto negro que creció, creció, caminando á toda velocidad. La abultada máquina acertó su andar, pasó rugiendo delante de Juana, que ávidamente acechaba las portezuelas. Algunas se abrieron; por ellas bajaba la gente: aldeanos de blusa, mujeres con cestos, chicuelos. Por fin vió á Rosalía, que traía en sus brazos una especie de paquete de lienzo.

Quiso ir hacia ella, pero la temblaban tanto las piernas, que temió caerse. Su criada la había visto, y se la reunió con su tranquilidad acostumbrada, diciéndola:

—Buenos días, señora; ya estoy aquí, ¡y no me ha costado poco!

Juana balbuceó:

—¿Qué hay?

Rosalía contestó:

—Pues nada; que se ha muerto esta noche. Se han casado; aquí está la pequeña.

Y alargó la niña, á quien no se veía por lo envuelta que estaba en los pañales.

Juana la cogió maquinalmente, y salieron de la estación, subiendo después al coche.

Rosalía continuó:

—M. Pablo vendrá después del entierro. Mañana á estas horas, puede.

Juana murmuró:

—¡Pablo!...

Y no dijo más.

Bajaba el sol hacia el horizonte, inundando de claridad las llanuras verdosas, manchadas de trecho en trecho por el oro de las colzas en flor y la sangre de las amapolas. Una quietud infinita se cernía sobre la tierra tranquila, en que la savia germinaba. El coche iba á buen paso; el cochero hacía chascar su látigo para animar al caballo.

Y Juana miraba, delante de sí, en el aire, en el cielo, por el cual de las golondrinas pasaban á modo de cohetes. Y de pronto, una dulce tibieza, un calor de vida que atravesaba sus vestidos, llegó á sus piernas, penetró en su carne; era el calor de la criatura que se había dormido en sus rodillas.

Entonces, súbita emoción la invadió. Descubrió bruscamente la cara de la niña, á quien no había mirado todavía: la hija de su hijo. Y como la pobre criatura, herida por la luz, abriese sus ojos azules, moviendo la boca, Juana se

puso á abrazarla como una loca, levantándola en sus brazos, acribillándola á besos.

Pero Rosalía, contenta y satisfecha, la detuvo.

—Vamos, vamos, señora Juana, acabad; vais á hacerla llorar.

Y luego añadió, respondiendo así, sin duda, á su propio pensamiento:

—Ya veis; la vida no es nunca tan buena ni tan mala como se nos figura.

FIN

